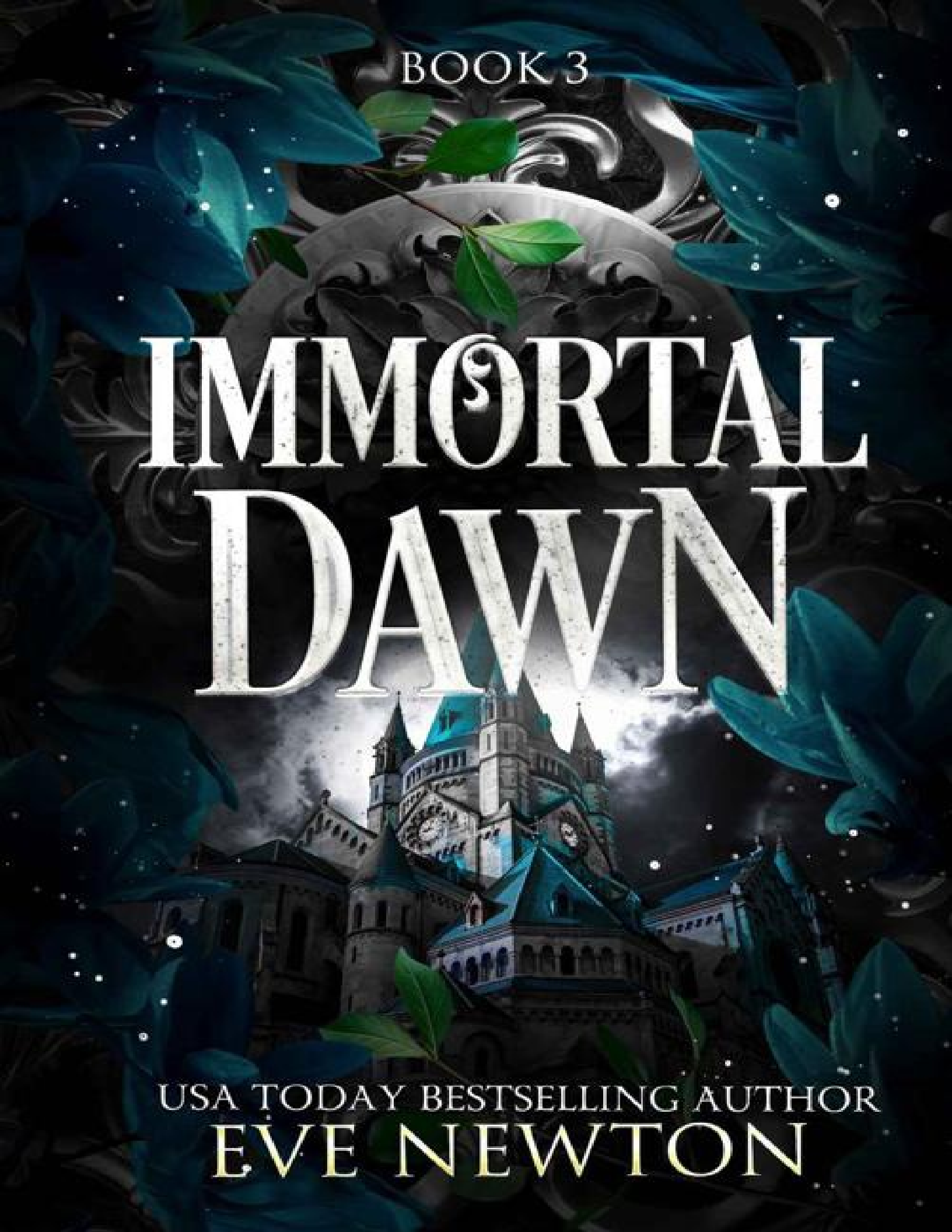

BOOK 3
IMMORTAL
DAWN
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
EVE NEWTON

IMMORTAL DAWN

DESCENSO INMORTAL
LIBRO 3

EVE NEWTON

Derechos de autor

Derechos de autor © 2024 por Eve Newton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro.

ÍNDICE

Prefacio

1. Ignacio
2. Zaiah
3. Adelaide
4. Corvus
5. Ignacio
6. Zephyr
7. Adelaide
8. Zaiah
9. Adelaide
10. Corvus
11. Adelaide
12. Ignatius
13. Adelaide
14. Adelaide
15. Zaiah
16. Adelaide
17. Adelaide
18. Adelaide
19. Zephyr
20. Adelaide
21. Adelaide
22. Ignatius
23. Adelaide
24. Adelaide
25. Adelaide
26. Zaiah
27. Adelaide
28. Adelaide
29. Zephyr
30. Adelaide
31. Adelaide
32. Adelaide
33. Ignatius
34. Adelaide
35. Ignatius
36. Adelaide
37. Adelaide
38. Zephyr
39. Ignatius
40. Zaiah
41. Corvus
42. Adelaide

43. Adelaide
Epílogo

Otras Obras de Eve Newton

PREFACIO

Nota de la autora

Este es un romance paranormal de harén invertido oscuro para jóvenes universitarios. Todos los personajes principales tienen 21 años.

Los chicos de Descenso Inmortal son esencialmente los villanos y este libro contiene contenido adulto y gráfico, por lo que se recomienda discreción al lector. Este es el LIBRO 3 de 3.

No es una lectura extremadamente oscura, pero hay algunas advertencias de contenido para este libro/serie. Se pueden encontrar exclusivamente en mi sitio web. Por favor, consúltalas para este libro, ya que hay algunas escenas que requieren discreción:

Únete a mi grupo de Facebook para actualizaciones en tiempo real sobre futuras lecturas:

Escanéame para advertencias de contenido



IGNACIO

—Eh… —digo, mirando hacia arriba a esa cosa flotando en el aire que se parece a Adelaide pero definitivamente no lo es—. ¿Qué demonios es el Vacío?

—Excelente pregunta —dice Zephyr, también mirándolo fijamente. Todos lo estamos haciendo.

—Eso, chicos, es una monstruosidad que necesita volver a su caja —dice Malachar mientras él y la madre de Adelaide se acercan.

—Sin faltarle al respeto, señor, pero no me diga —respondo con sarcasmo.

Él se ríe entre dientes. —Ven aquí, chico de fuego. Esto es algo para *ti*.

Aparto la mirada de la cosa del Vacío para mirar con incredulidad al padre de Zephyr. —Sí, no lo creo. Usted es todopoderoso. Hágalo usted.

—Chicos, ¿podrían darse prisa? —murmura Zaiah—. Esa cosa se está poniendo inquieta.

—¡TODOS USTEDES SON INSECTOS QUE SERÁN APLASTADOS BAJO MI DOMINIO!

La declaración de muerte del Vacío nos paraliza a todos por un momento, pero luego las cosas vuelven a moverse.

—Está bien, sí, a la mierda con esto. Se lo voy a dejar a las criaturas antiguas que realmente tienen una oportunidad...

—¡Muchacho! —gruñe Malachar—. Esto depende de ti.

—¿Por qué?

—No puedes combatir ese tipo de oscuridad con oscuridad.

—¿Por qué no? —exijo saber. ¿Por qué me han puesto en el centro de atención para esto?

—Ni con luz —dice la madre de Adelaide—. Pero tú, Ignacio. Tú eres un verdadero poder contra ella.

—¿Ella? ¿Carmesí?

—No —afirma Malachar con indiferencia—. Su madre, Lucrecia.

—Ah, mierda —murmura Corvus detrás de mí—. Ig, date prisa, ¿quieres?

—¿Por qué el fuego?

La madre de Adelaide se acerca a mí y toma mi rostro entre sus manos. Su luz brilla a través de mi piel, haciéndola resplandecer. —El fuego es el arma definitiva. No es ni oscuro ni luz. Puede destruir y purificar. Tú puedes hacer esto.

—¿Qué se supone que debo hacer? —Me vuelvo para mirar hacia el Vacío.

—Tienes que atar a esa cosa y será mejor que te des prisa —dice Malachar. Me preocupa mucho que el Rey de las Hadas Oscuras esté asustado de esta cosa.

Trago saliva y casi me atraganto. Mi garganta está repentinamente seca como papel de lija. El

peso de las expectativas de todos se asienta sobre mis hombros como una manta de plomo. Pero mientras miro hacia arriba a la cosa que solía ser Adelaide, flotando allí con esos ojos negros sin fondo, sé que no tengo otra opción. Tengo que intentarlo.

—Bien —murmuro, flexionando mis dedos—. Atar a un horror cósmico. Sin presiones.

Tomo un profundo respiro, buscando en mi interior ese núcleo de fuego que siempre está ardiendo. Responde con entusiasmo, surgiendo a través de mis venas como fuego líquido. El aire a mi alrededor tiembla por el calor.

—¿TE ATREVES A DESAFIARNOS? —retumba el Vacío, su voz haciendo temblar mis huesos.

—Sí —digo, mi voz más firme de lo que me siento—. Aparentemente, me atrevo.

La sensación familiar de las llamas lamiendo mi piel es reconfortante, anclándome en este momento de caos. —Aquí vamos —digo, levantando mis manos hacia el Vacío.

Las llamas saltan de mi cuerpo, arqueándose hacia arriba en una brillante columna de fuego. Se envuelven alrededor del Vacío, creando una jaula de calor abrasador y luz. La criatura que una vez fue Adelaide se retuerce y grita, un sonido que me hiela la sangre a pesar del infierno que nos rodea.

—¿Está funcionando? —grita Zephyr sobre el rugido de las llamas.

Aprieto los dientes, vertiendo más poder en la prisión de fuego. —¡No lo sé!

El Vacío lucha contra sus ataduras. Mis llamas parpadean, a punto de extinguirse. Es entonces cuando Malachar pone su mano en la parte posterior de mi cuello. El frío es nauseabundo, pero hace que el fuego vuelva a la vida. La madre de Adelaide presiona su mano sobre la de él, y el poder dentro de mí sube de nivel.

—Oscuridad y luz. Tú puedes con esto.

Las palabras de aliento de Malachar son un consuelo. Con mi mano derecha, lanzo una ráfaga de fuego al pecho del Vacío, y aúlla, increíblemente enfurecido. Con mi izquierda, hago girar una banda de fuego a su alrededor, manteniéndolo en su lugar.

Empiezo a sudar. Esa es la sensación más extraña del mundo. Pero no es un sudor caliente. Es uno frío, y sé que proviene del poder de Malachar.

—¡Maldita sea! —grita Zephyr detrás de mí—. ¡Vamos, Iggy!

—Lo estoy intentando —digo entre dientes. El problema es que he logrado contener a esta maldita cosa, pero ¿y ahora qué?

—Acaba con esto —dice Malachar.

—¿Cómo demonios se supone que haga eso? —tropiezo bajo la tensión.

—Quema el recipiente.

—¿Qué? —pregunto, perdiendo el control sobre la criatura mientras estoy seguro de que acabo de escucharlo mal—. Tienes que estar bromeando. Esa es Adelaide.

—¡RAH!

El Vacío, que se había largado al infierno y de vuelta, se lanza contra nosotros y por instinto, levanto mis manos de nuevo, atrapándolo en una jaula de fuego.

—¡No voy a quemar a Adelaide!

—Tienes que hacerlo.

La voz de la madre de Adelaide es suave en mi oído. —Lucrecia está en un estado vulnerable ahora mismo. Esta es la única manera.

—No mataré a Adelaide.

Ella me sonríe con tristeza. —No lo harás. Adelaide ya no está en su cuerpo. Su alma está con Crimson en el lugar intermedio.

—¿Lugar intermedio? —Nunca había oído hablar de esto y por la cara de Zaiah, él tampoco, mientras se acerca con curiosidad.

Ella asiente. —Purifica este mal, Ignatius, y el cuerpo de Adelaide sanará eventualmente. Ya no es una Vesper, ya no es una vampira. Ha trascendido.

—Pero...

—Nada de peros, muchacho —me interrumpe Malachar—. Hazlo.

La rabia y la angustia burbujean en mi interior, y pierdo la paciencia con él. —¡Deja de llamarme "muchacho", maldita sea! —rujo y aumento la temperatura de mi fuego.

—Ese es mi muchacho —se ríe, observando esto con un mórbido entusiasmo, el fuego reflejándose en sus ojos.

—¡Ugh! —escupe Zephyr—. No lo escuches, Ig. Está siendo un imbécil.

Malachar suelta una carcajada. —Tal vez, pero está funcionando, ¿no? —Su agarre se aprieta en la parte posterior de mi cuello—. Termínalo.

Tropiezo de nuevo mientras me giro para mirar por encima del hombro a los otros chicos. Sus rostros están tan afligidos como estoy seguro que está el mío. El tiempo se mueve más lento en este momento. Me siento enfermo, inseguro. ¿Y si me están mintiendo? ¿Y si Adelaide todavía está ahí dentro y la asesino?

Corvus es el primero en dar un paso adelante. Coloca su mano sobre la de la madre de Adelaide. —Tienes que hacerlo, Ig. —Su voz es suave, quebrada, como mi corazón—. Debemos tener fe en que volverá a nosotros entera y como era.

—Esto no recae solo sobre ti —dice Zephyr, colocando su mano sobre la de Corvus—. Todos estamos aquí, haciendo esto.

Zaiah se une a ellos, poniendo su mano sobre la de Zephyr. —Cada uno de nosotros carga con el peso de esta decisión, Ig. Haz esto no para salvarnos a nosotros, sino para salvar a todos los que están ahí fuera.

Vuelvo a mirar al Vacío que lleva el cuerpo de Adelaide. Está luchando como una bestia, pero con el poder de todos los que me rodean, no puede escapar. Pero no puedo hacer esto para siempre.

—Ignatius —dice Alec, el último en unirse a nosotros—. Esta bestia devorará planos. Primero este y luego el plano mortal. Esto duele, lo sé. Todos podemos sentir tu dolor. Lo compartimos. No estás solo.

Cierro los ojos, respirando profundamente. La presión de sus manos sobre mis hombros me ancla, me recuerda que no estoy solo en esta elección imposible. Cuando abro los ojos de nuevo, ardo de determinación.

No digo nada. No necesito hacerlo porque no hay nada que decir.

Concentro toda mi energía, toda mi voluntad, en las llamas que rodean al Vacío. El fuego arde más brillante, más caliente, hasta que es de un blanco cegador. La criatura que una vez fue Adelaide se retuerce y grita, su voz antigua y terrible.

—Lo siento, Addy —susurro, esperando que de alguna manera, en algún lugar, pueda oírme —. Vuelve a nosotros. Estamos aquí, esperando.

Con un último impulso de poder, vierto todo lo que tengo en el infierno. Los gritos del Vacío alcanzan un punto febril, y luego se cortan de repente. Hay un destello cegador, y después... silencio.

El fuego se disipa, dejando atrás una figura que cae al suelo con un golpe seco. Es el cuerpo chamuscado de Adelaide, quemado, inmóvil y sin vida.

El silencio que sigue es ensordecedor. Miro fijamente el cuerpo quemado de Adelaide, mi

estómago revuelto por la culpa y el horror. *¿Qué he hecho?*

Reprimo el sollozo mientras Corvus se apresura hacia adelante, acunando su cabeza, su rostro una máscara del mismo dolor inconmensurable que me recorre hasta el alma.

Los otros chicos se separan y caen de rodillas a su lado, pero yo estoy clavado en el sitio. —¿Hice lo correcto?

Malachar es el último en quitar su mano de mi cuello. —Hiciste lo que era necesario. El Vacío habría destruido todo.

Apenas lo escucho. Mis ojos están fijos en la piel chamuscada de Adelaide, su cabello chamuscado. —¿Pero a qué costo?

La madre de Adelaide da un paso adelante, ahora apareciendo humana en su dolor. —El alma de mi hija está a salvo —dice—. Pero traerla de vuelta será otro desafío completamente diferente.

—¿Cómo? —exige Corvus, su voz está cargada de emoción—. ¿Cómo la traemos de vuelta?

Ella niega con la cabeza. —No lo sé. El lugar intermedio no es fácilmente accesible, ni siquiera para seres como yo.

—Entonces, ¿cuál fue el maldito punto? —espeto, la ira repentinamente ardiendo en mi pecho—. Salvamos el mundo, pero la perdimos a ella. ¿Cómo es eso una victoria?

—No lo es —dice Zephyr en voz baja—. Pero es lo que tenemos.

Miro alrededor el paisaje devastado, los pilares derrumbándose, el cielo agitado. La amenaza inmediata puede haber desaparecido, pero las secuelas apenas están comenzando.

ZAIAH

EL SILENCIO que sigue es pesado y asfixiante. Miro fijamente el cuerpo carbonizado de Adelaide, con la bilis subiendo por mi garganta. No puede ser así como termina. No después de todo lo que hemos pasado.

—No podemos dejarla así simplemente —digo con la voz ronca.

Corvus acuna suavemente la cabeza de Adelaide, con expresión angustiada. —Necesitamos llevarla a un lugar seguro. Algún sitio donde podamos planear nuestro próximo movimiento.

—Su habitación en la torre. Está protegida por los hechizos. Allí estará a salvo —dice Ignatius en voz baja, agachándose. Está desconsolado. No puedo culparlo.

—Lo que hiciste te convierte en el ser más fuerte que conozco, Ignatius —le digo.

—Sí, bueno, díselo a Adelaide —responde con amargura y se levanta, alejándose de vuelta hacia MistHallow.

—No podemos dejarlo ir solo —dice Zephyr—. Vosotros dos llevad a Addy de vuelta a su habitación. Yo iré tras él.

Asiento y recojo el cuerpo de Addy, acunándola contra mí, su cuerpo desfigurado todavía humeante y abrasador al tacto.

—Con cuidado —dice Corvus, colocando su mano en la parte posterior de su cabeza.

—La tengo. Espera, nos llevaré allí mediante magia.

Él agarra mi brazo con fuerza, y con una mirada hacia los ancianos, digo: —Nos unimos para luchar contra esta zorra de Lucretia, pero todavía estáis en desacuerdo sobre Crimson. Si está con Adelaide, significa que se ha ido. Por ahora. Los planes de nadie se han cumplido hoy, así que volved a vuestros rincones y dejadnos a todos llorar en paz.

No espero una respuesta. La verdad es que me importa un carajo si se despedazan entre ellos. Solo quiero que Adelaide vuelva con nosotros. Eso es lo único que importa. Creo una dimensión de bolsillo y transporto a Corvus y el cuerpo de Addy a su habitación en la torre, cerrándola firmemente detrás de mí. Más allá de las ventanas, el cielo nocturno aún se tambalea por la locura de todo lo que ha sucedido. MistHallow sigue en ruinas.

Coloco suavemente el cuerpo de Adelaide en su cama, haciendo una mueca al sentir lo frágil que está. Su piel está carbonizada y llena de ampollas, apenas reconocible.

—Joder —susurra Corvus, con la voz quebrada. Se sienta pesadamente en el borde de la cama, tomando su mano entre las suyas—. ¿Qué hacemos ahora?

Me paso la mano por el pelo, sintiéndome completamente perdido. —No lo sé. La pérdida no es común en nuestro mundo. Nunca he lidiado con algo así antes.

—Ninguno de nosotros lo ha hecho —dice con amargura—. Estamos en territorio desconocido aquí.

Camino por la habitación, con la mente acelerada. Tiene que haber algo que podamos hacer. Alguna forma de traerla de vuelta. —¿Quizás podríamos intentar un hechizo de curación? —sugiero, sabiendo que es una posibilidad remota.

Corvus niega con la cabeza. —Esto no es solo daño físico. Su alma está atrapada en algún otro lugar. Necesitamos encontrar una manera de traerla de vuelta.

—¡Ya lo sé! —espeto—. Pero tal vez si su cuerpo se cura, le resultará más fácil regresar. ¡No lo sé, joder!

Caemos en un silencio tenso, ambos mirando fijamente la forma inmóvil de Adelaide. La culpa por lo sucedido, por lo que hicimos, por lo que hemos perdido, se asienta sobre nosotros como una manta asfixiante.

—No puedo perderla —dice Corvus en voz baja, su voz cargada de emoción—. No puedo.

Me muevo para pararme a su lado, colocando una mano en su hombro. —No la perderemos. Encontraremos una manera de traerla de vuelta.

Corvus asiente, pero sus ojos no se apartan del rostro de Adelaide. —Necesitamos empezar a investigar. Tiene que haber algo en la biblioteca oculta sobre este lugar intermedio, o cómo recuperar un alma perdida, o qué demonios era o intentaba hacer esa cosa del Vacío. ¿Cómo se liberó? ¿Estaba en el libro? ¡No sabemos nada! —Golpea la ventana, haciéndola añicos y cortándose la mano, pero se cura inmediatamente.

Parpadeo al verlo. —Sangre. ¿Su cuerpo necesita sangre para sanar?

Corvus ya está a su lado, cortándose la muñeca y colocándola en su boca. —Dios sabe cómo funcionará esto.

Ella no está ahí para tragarla, pero es algo que estamos haciendo. Alguna acción en lugar de mirarla, perdidos y sin esperanza.

La puerta se abre de golpe un momento después y Zephyr entra tambaleándose, sosteniendo a un Ignatius que parece muy borracho.

—Por el amor de Dios. ¿Qué pasó?

Zephyr gruñe mientras deposita a Ignatius en una silla cercana. —Lo encontré tratando de beberse todo el Bar de Sangre en menos de un minuto. Tuve que arrastrarlo antes de que incendiara el lugar. El alcohol y el fuego no se mezclan.

Ignatius se desploma hacia adelante, con la cabeza entre las manos. —La maté —murmura —. La maté, joder.

—No la mataste —dice Corvus bruscamente—. La salvaste de convertirse en esa... cosa. Y ahora vamos a traerla de vuelta.

Ignatius levanta la mirada, sus ojos inyectados en sangre y desenfocados. —¿Cómo? ¿Cómo demonios se supone que haremos eso?

—Empezaremos por despertarte. —Chasqueo los dedos y un cubo de agua helada aparece sobre la cabeza de Ignatius. Sin previo aviso, lo dejo caer, empapándolo de pies a cabeza.

—¡Joder! —balbucea, poniéndose de pie de un salto—. ¿Qué demonios, Zaiah?

—Te necesitamos coherente —digo con firmeza—. Adelaide te necesita coherente.

La mención de su nombre parece despejarlo más que el agua. Mira hacia la cama, su rostro desmoronándose al ver su forma quemada. —Mierda —susurra—. Yo hice eso.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dice Zephyr, colocando una mano en su hombro—. Ella sanará, y necesitamos concentrarnos en traer de vuelta su alma.

Corvus sigue alimentando a Adelaide con su sangre, pero no hay cambios visibles. Aparta su muñeca, con frustración evidente en su rostro.

—No está funcionando —gruñe.

—Porque no puede beberla. Necesitamos, no sé, inyectársela.

—Espera —dice y se mueve hacia la cómoda. Abre el cajón superior y busca, sacando el cuchillo de aspecto siniestro con el que Crimson hizo que Addy se cortara la garganta. Lo agarra con fuerza y vuelve junto a Addy. Le corta la muñeca y luego la suya nuevamente, que, otra vez, ya se ha curado. ¿Por qué Adelaide no puede estar haciendo eso ahora mismo?

Corvus presiona sus muñecas juntas, pero de nuevo, no sucede nada.

Me acerco y pongo mi mano sobre sus muñecas. Uso mi poder de manipulación de energía para forzar la sangre de las venas de Corvus hacia las de Addy. Él gruñe mientras la sangre se precipita en ella y presiona su muñeca aún más fuertemente contra la de ella.

—¡Maldita sea! —ruge después de unos segundos más—. Nada.

—Estaba gravemente dañada —dice Zephyr en voz baja—. Recuerda que su madre dijo que tomaría tiempo.

Corvus sisea y se desploma en el suelo, dejando caer su cabeza entre sus manos. Paso mi dedo sobre el corte en la piel chamuscada de Adelaide. Nunca me he sentido tan impotente y desanimado, y detesto esta sensación inmensamente. Me enfurece, y entiendo la necesidad de Corvus de romper la ventana. Pero eso no nos ayuda ni a nosotros ni a ella.

—Estábamos hablando de la biblioteca oculta. Necesitamos ir allí y ver si podemos encontrar algo sobre este lugar intermedio, o Lucretia, o cualquier cosa sobre cómo traer almas de vuelta a sus cuerpos.

—Así que no mucho entonces —espeta Ignatius.

—Mira —digo, encarándolo—. Todos estamos sufriendo aquí. No tienes el monopolio de eso solo porque fuiste el arma. Todos apretamos el gatillo. ¿Entendido? Ahora sal de esa mierda. Addy nos necesita y tenemos trabajo que hacer.

—Tienes razón —dice Ignatius, frotándose la cara con una mano—. Lo siento. ¿Por dónde empezamos?

—Nos dividiremos —digo, tomando el mando—. Corvus, tú quédate aquí con Adelaide. Sigue intentando con la sangre, tal vez solo necesite más tiempo. Zephyr, tú e Ignatius id a la biblioteca oculta. Buscad cualquier cosa sobre cualquier cosa.

—¿Y tú? —pregunta Zephyr.

Tomo un profundo respiro.

—Voy a intentar algo. Es una posibilidad remota, pero podría ser capaz de alcanzar el alma de Adelaide.

La cabeza de Corvus se levanta de golpe.

—¿Cómo?

—Pidiendo un deseo.

Tres pares de ojos me miran fijamente.

—¿No es eso jodidamente peligroso? —pregunta Zephyr.

—Sí, para mí. Pero si puede traer a Addy de vuelta, no me importa lo que me pase.

—Zaiah...

—No —digo, levantando mi mano—. Esto no está a discusión. Cada uno tenemos nuestro papel que desempeñar. Este es el mío.

Zephyr parece querer discutir, pero asiente a regañadientes.

—Ten cuidado —dice—. No podemos perderte a ti también.

Le doy una sonrisa tensa.

—Haré lo mejor que pueda. Ahora, pongámonos a trabajar.

Mientras Zephyr e Ignatius se dirigen a la biblioteca oculta, tomo un profundo respiro,

centrándome. Lo que estoy a punto de intentar es arriesgado, incluso para un djinn de mis habilidades. Pero por Adelaide, vale la pena. Corvus permanece desplomado al lado de Addy, mirando al vacío.

Sentándome en el centro de la habitación, cierro los ojos, buscando profundamente dentro de mí ese pozo de poder que me hace lo que soy. Como djinn, tengo la habilidad de conceder deseos, de doblar la realidad a mi voluntad. Pero esto es algo completamente diferente.

—Deseo alcanzar el alma de Adelaide, dondequiera que esté.

El poder se acumula dentro de mí, una presión que intenta desgarrarme desde adentro. Aprieto los dientes contra el dolor, empujando más fuerte.

—Deseo guiarla de vuelta a nosotros, a su cuerpo, a donde pertenece.

La habitación a mi alrededor se desvanece. Siento que me jalan, me estiran a través de dimensiones que ni siquiera puedo empezar a comprender. Es aterrador y emocionante al mismo tiempo.

De repente, estoy en otro lugar. No es un lugar en ningún sentido físico. Es más bien un abismo, una expansión interminable de la nada.

—¿Adelaide? —grito, mi voz haciendo eco en este no-espacio—. ¿Adelaide, puedes oírme?

No hay respuesta. Solo hay oscuridad, frío y soledad en este...

Mis ojos se abren de golpe.

—¡El Vacío!

ADELAIDE

TAN RÁPIDO COMO me arrastraron a través del portal, el terrible retorcijón en mis entrañas se detiene y aterrizo de pie en un lugar de oscuridad absoluta. Giro en círculo, tratando de ver algo, lo que sea, pero no hay nada.

—Adelaide.

—Negra.

—Bienvenida.

—Te.

—Hemos.

—Estado.

—Esperando.

Varias voces a mi alrededor golpean mis sentidos, y giro de nuevo.

De repente, destellan haces de luz, iluminando a unas criaturas sentadas en sillas que parecen tronos en un círculo a mi alrededor.

—Eh —murmuro—. ¿Dónde estoy?

—El.

—Reino Inferior.

Parpadeo y me centro en la criatura frente a mí. Es tan hermosa que me hace lagrimear mirarla por mucho tiempo. —¿Lo soy? Este no es el lugar que vi desde allá afuera. —Hago un gesto hacia la oscuridad tintada—. ¿Quiénes sois?

—Nosotros.

—Somos.

—El.

—Consejo.

—Qué original —digo con sarcasmo—. Y dejad de terminar las frases los unos de los otros. No es tan encantador como podríais pensar.

Varias risas me responden, y giro de nuevo, tratando de tener una línea de visión de todos ellos. Hay cinco seres rodeándome. Puedo sentir su poder, pero no puedo leer si quieren hacerme daño o no.

—Muy bien —dice el ser femenino que primero observé, atrayendo mi atención de vuelta a ella. Tiene la piel pálida y el cabello oscuro recogido en un moño pulcro en la parte superior de su cabeza. Está vestida con un largo vestido negro que acaricia sus curvas. Es magnífica—. Hemos estado juntos durante tanto tiempo y conocemos íntimamente los pensamientos de los demás.

—Además, es divertido desconcertar a los novatos —dice una criatura masculina,

haciéndome girar la cabeza para mirarlo. Es apuesto de una manera aterradoramente escalofriante. También está vestido completamente de negro, pero con un traje que tiene un corte exquisito; su cabello oscuro y ojos oscuros completan la apariencia de un ser de poder extremo.

No dejes que esa sonrisa encantadora te engañe. Él es de quien hay que tener cuidado.

—Así que, criaturas del consejo. ¿Qué hago aquí?

La hembra me dirige una mirada curiosa. —¿No lo sabes?

—Bueno, escuché a Crimson llamarme sacrificio, pero sigo aquí.

—En cierto modo. Tu cuerpo está allá abajo —dice otro macho que parece un poco un surfista desde detrás de mí cuando me doy la vuelta para verlo señalando hacia abajo.

—Entonces, ¿esto es mi qué? ¿Mi alma? —Miro mis manos.

—Podrías decirlo así.

Vuelvo a mirar a la hembra. —Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Para qué he sido sacrificada?

—Vaya, para nada —dice, levantando las manos y encogiéndose de hombros—. Estás aquí por una razón muy específica, pero no como sacrificio.

—¿Qué, entonces?

—Como nuestra reina —responde, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Eh? —Arrugo la nariz—. No, os habéis equivocado de versión. Buscáis a Crimson.

—Oh, no —dice, pareciendo un poco perturbada—. Tu hermana...

—*Media* hermana —interrumpo.

Otra hembra, más callada y etérea, ríe por lo bajo a la izquierda del círculo. —Sí, puedo ver por qué hacer esa distinción es tan importante para ti. Ella es... desagradable. —Arruga su nariz respingona.

—Mirad —resoplo—. ¿Podemos ir al grano? Me estoy cabreando un poco.

—Por supuesto —habla el último macho y se levanta. Es muy alto y muy delgado. Casi demacrado. Eso lo hace parecer aún más aterrador de lo que debería en sus fluidas túnicas rojas. Se inclina profundamente—. Mi Reina.

Levanto la mano. —Vale, parad con esa mierda. No soy la reina de nadie. Queréis a Crimson.

Él niega con la cabeza mientras se endereza, y tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. —La desterramos hace mucho tiempo.

—¿Desterrada?

—Ella, como su madre, Lucretia, no son lo que este Reino debería ser. —Agita su mano, y parpadeo para ajustarme a la luz a mi alrededor. Pero no es cualquier luz. Es una iluminación roja y negra brillante vista desde fuera de lo que parece ser una enorme burbuja flotante. Camino hacia un lado y miro la absoluta devastación debajo de mí. Justo como he visto en mis sueños y visiones, la carnicería de este lugar es absoluta. Ciudades reducidas a escombros, monstruos vagando libremente, criaturas acurrucadas de miedo, ruido de violencia y destrucción por todas partes. Salto hacia atrás cuando una criatura sombría se acerca a la burbuja y me mira lascivamente, pero se aleja flotando de nuevo cuando el hombre alto aparece detrás de mí.

—¿Entonces, cómo debería ser este Reino? —pregunto en voz baja.

—El Edén —dice y chasquea los dedos—. Esto es solo una ilusión, ¿entiendes? Una que no puedo mantener por mucho tiempo.

Cuando miro a través del cristal de nuevo, la diferencia es impactante.

La escena fuera de la burbuja se ha transformado por completo. En lugar de devastación y caos, ahora veo un exuberante paraíso. Bosques de un verde intenso se extienden hasta donde alcanza la vista, salpicados de lagos y ríos cristalinos. Majestuosas montañas se alzan en la

distancia, con sus picos nevados brillando bajo el sol. El cielo es de un azul brillante, con esponjosas nubes blancas flotando perezosamente.

Criaturas de todo tipo deambulan libremente, pero sin miedo ni violencia. Veo bestias fantásticas como unicornios pastando en los prados, fénix surcando el aire, dragones tomando el sol en salientes rocosas. Coexisten pacíficamente, un ecosistema armonioso de magia y maravilla.

Ciudades y pueblos se anidan perfectamente en el paisaje, su arquitectura una mezcla orgánica de naturaleza y civilización. Agujas de árboles vivos se entrelazan con resplandecientes torres de cristal. Cascadas caen por los costados de los edificios. Es increíblemente hermoso.

—Esto —dice el hombre alto suavemente—, es lo que el Reino Inferior debería ser. Un lugar de equilibrio, de armonía entre todas las criaturas mágicas y el mundo natural.

Aparto mis ojos de la fascinante vista para mirarlo. —¿Qué pasó? ¿Cómo se convirtió en... eso? —Señalo hacia donde ha vuelto el paisaje infernal, y el suspiro de arrepentimiento se escucha a mi alrededor.

—Lucretia sucedió. Y luego Crimson después de ella.

—¿Quién es esta Lucretia? ¿Qué es ella?

—El Vacío.

—¿El Vacío? —Frunzo el ceño—. ¿Qué significa eso?

—Exactamente como suena. Un abismo de la nada. La atrapamos en un libro que fue removido de este Reino y protegido por los Guardianes en la biblioteca oculta bajo MistHallow. —Me mira expectante.

—Oh, tienes que estar bromeando —murmuro, dándome a mí misma y a los chicos una mirada de exasperación de proporciones tan épicas que creo que podrían haberse quedado mirando la parte trasera de mi cabeza por una fracción de segundo—. Déjame adivinar —digo en voz más alta, pellizcándome el puente de la nariz—. ¿La liberamos accidentalmente cuando estábamos tratando de detener a Crimson?

El de las Túnicas Rojas asiente solemnemente. —Me temo que sí. El libro nunca debió ser encontrado, y mucho menos abierto.

—Fantástico —murmuro—. Así que ahora tenemos tanto a Crimson como a esta criatura del Vacío haciendo de las suyas. Simplemente maravilloso.

—No exactamente —dice la hermosa mujer, dando un paso adelante—. Crimson está en el lugar intermedio ahora. No puede salir sin un recipiente.

—Y ese soy yo. Yo soy el recipiente, y ella me arrojó aquí. ¿Por qué? Eso no tiene sentido.

—Correcto —confirma el tipo surfista—. Pero dado que estás aquí ahora, eso significa que ella está atrapada. Por ahora.

—¿Y el Vacío? —pregunto, temiendo la respuesta.

Los miembros del consejo intercambian miradas inquietas.

—Ahí es donde las cosas se complican —admite la mujer etérea—. El libro era su prisión. Con él abierto, ella todavía estaba relativamente segura allí, pero una vez que se leyeron palabras en voz alta, una vez que se pronunciaron partes del hechizo, ella habría aprovechado esa oportunidad para emerger, especialmente contigo justo allí.

—¿Emerger? No recuerdo que ningún ser emergiera del libro.

—Eso es porque estabas inconsciente. Esos tipos a los que tanto aprecias la cagaron épicamente —afirma Belleza con los labios fruncidos.

Bajo la mirada y frunzo el ceño. ¿Cuándo sucedió todo esto? Me estrujo el cerebro, mi memoria, en busca de algo que haya pasado después de que Crimson fuera arrancada de mi

cuerpo, pero todo lo que recuerdo es estar en este supuesto lugar intermedio.

Sacudo la cabeza, tratando de darle sentido a todo. —Entonces, déjenme ver si entiendo. Crimson se ha atrapado a sí misma en la zona intermedia porque me arrojó aquí, esperando que ustedes me tomaran como sacrificio y la dejaran entrar. Yo estoy aquí, obviamente, y esta criatura del Vacío está... ¿exactamente dónde?

El hombre alto de túnicas rojas da un paso adelante. —Creemos que poseyó tu cuerpo físico de vuelta en el plano sobrenatural.

—¿Qué? —jadeo, horrorizada—. Pero... ¿cómo? ¿Por qué?

—El Vacío busca un recipiente de poder —explica Belleza—. Tu cuerpo era un anfitrión ideal. Lo suficientemente fuerte para contener su esencia, pero vulnerable en ese momento de transición.

Me siento enferma. La idea de que esa cosa esté usando mi cara, usando mi cuerpo... —Tenemos que detenerla. ¿Cómo puedo volver?

Los miembros del consejo intercambian miradas de nuevo. —Ha sido desterrada por el elemental de fuego.

—Ignatius —susurro—. ¿Está bien? —Incluso después de ver lo que Crimson me mostró, todavía tengo fe en ellos y me aferro a la pizca de esperanza de que lo que vi fue una mentira, porque los amo a todos y no puedo detener esos sentimientos, incluso si me despreciaron todo el tiempo.

—Está bien. No está feliz por lo que tuvo que hacer, ninguno de ellos lo está —dice el Tipo Surfista.

—¿No están felices? ¿Por qué no estarían felices si desterraron al Vacío?

—Ella estaba en *tu* cuerpo en ese momento —dice el tipo Escalofriante.

Trago saliva al asimilar esas palabras. —Ya veo.

—Te curarás —dice la mujer etérea—. Con el tiempo.

—¿Con el tiempo? —me estremezco—. ¿Por qué? ¿Qué me hicieron?

Los miembros del Consejo intercambian miradas, pero dejan que Túnica Roja me lo diga. Se aclara la garganta, luciendo incómodo. —Tu cuerpo sufrió graves quemaduras, pero como dice Alyssia, te curarás.

—¿Quemaduras? —contengo un sollozo—. ¿Me quemaron?

—No tenían opción. Tuvieron que limpiar el desastre que causaron.

—¿Quemándome? —me vuelvo para mirar a través de la burbuja de cristal, para que no vean las lágrimas de dolor que caen. ¿Me quemaron? ¿Esperaban que muriera? ¿Sabían que yo no estaba ahí?

Me cuesta procesar esta información, mi mente da vueltas. Me quemaron. Los hombres que amo quemaron mi cuerpo. Aunque fuera para desterrar al Vacío, la idea me hace sentir enferma y traicionada.

—No tenían opción —dice Túnica Roja con suavidad—. El Vacío lo habría destruido todo si lo hubieran dejado sin control.

Me giro para enfrentarlo, la ira ardiendo en mí. —¿Y qué hay de mí? ¿Soy solo un daño colateral en todo esto?

—No —dice Belleza con firmeza—. Tú eres la clave para arreglarlo todo.

Me río amargamente. —Claro. La reina que todos habéis estado esperando. ¿Para qué? ¿Para gobernar este infierno?

—Infierno por ahora —dice la Mujer Etérea.

Sacudo la cabeza, abrumada. —No entiendo nada de esto. ¿Por qué yo? No soy nadie

especial.

—Al contrario —dice el Tipo Escalofriante, sus ojos oscuros penetrándome—. Eres única, Adelaide Black. Eres el Amanecer Inmortal. Eres una de nosotros.

—¿Ah, sí? ¿Y eso en qué os convierte exactamente?

—Somos los antiguos, mi reina. Los primeros de nuestra especie.

—Vaya mierda —murmuro, dando un paso atrás.

CORVUS

MI CABEZA se levanta de golpe ante la exclamación de Zaiah.

—¿Qué? ¿Qué pasa con el Vacío?

Los ojos de Zaiah están abiertos de par en par y su rostro está pálido.

—No llegué a Adelaide. Llegué al Vacío.

Me pongo de pie de un salto, intensificándose el temor que ha estado en la boca de mi estómago desde que perdimos a Addy.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

Niega con la cabeza, luciendo aturdido.

—Intenté alcanzar su alma. Fui arrastrado a esta... nada. Era frío, oscuro, vacío. Definitivamente era *un* vacío. Quizás *el* Vacío.

Me paso una mano por el pelo, paseando por la habitación.

—¡No tiene sentido lo que dices!

—Lo sé. Lo sé —dice, dejando caer la cabeza entre sus manos—. Sabía que hacer el deseo sería arriesgado.

—¿Arriesgado? ¿Cómo fue arriesgado? —exijo. A mí me parece que está perfectamente bien. A diferencia de Adelaide, que todavía no se está curando de haber sido incinerada. Mi estómago se revuelve y me siento mal cuando la miro.

—Contacté con la dimensión equivocada.

—¿Dimensión?

—El Vacío es, de hecho, una dimensión. Libre, devoraría mundos. Literalmente, se los tragaría.

—Maldita sea. ¿Y a nadie se le ocurrió mencionar esto antes?

—¿Por qué? —Me encojo de hombros—. Ya desapareció.

—¡Por ahora! —prácticamente le chillo. Respiro hondo y visiblemente me calmo—. Esa cosa poseyó a Adelaide, lo que nos llevó a hacerle *esto*. Todo lo que necesitamos saber al respecto, *tenemos que saberlo*.

—Bien, entendido. Es una dimensión que devora mundos. ¿Contento?

—Extasiado —gruño—. Bien, así que el Vacío es una dimensión que devora mundos. Y de alguna manera, poseyó a Adelaide. Pero lo destruimos, ¿verdad? Cuando Ignatius... cuando él... —No puedo terminar la frase. La imagen del cuerpo de Adelaide envuelto en llamas está grabada en mi mente.

Zaiah niega con la cabeza.

—No lo destruimos. Creo que lo exorcizamos de Adelaide, y ahora sigue ahí fuera, esperando.

—¿Esperando? ¿Dónde?

Se encoge de hombros.

—Ni idea. Pero creo que Adelaide está con él.

—Mierda —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. ¿Con él como junto a él, o con él como devorada por él?

—Difícil de decir. Deseé que el alma de Adelaide nos guiara a casa, y obtuve el Vacío. Saca tú las conclusiones.

—Entonces, ¿lo que estás diciendo es que el alma de Adelaide podría estar atrapada en esta dimensión del Vacío?

Zaiah asiente con gravedad.

—Es posible. Cuando exorcizamos el Vacío de su cuerpo, su alma pudo haber sido arrastrada con él.

—¿Pero su madre dijo que estaba en ese lugar intermedio?

—Mira, nos están *diciendo* muchas cosas ahora mismo. Necesitamos hechos, y necesitamos averiguar esto por nosotros mismos. Todos tienen un motivo aquí, y ninguno de ellos, excepto el nuestro, es traer a Addy de vuelta con nosotros.

Golpeo la pared con el puño, dejando una abolladura. Apenas registro el dolor. No puedo estar en desacuerdo. Estamos volando a ciegas, y necesitamos ponernos al día con esto en el próximo latido antes de que fallemos a Adelaide y la dejemos ser devorada, o algo peor.

—Entonces, ¿cómo la sacamos? ¿Cómo encontramos siquiera esta dimensión del Vacío?

—No lo sé —admite Zaiah, su voz cargada de frustración—. Esto está más allá de todo lo que he encontrado antes. Necesitamos más información.

—Bien, entonces necesitamos la biblioteca oculta.

—Todos nosotros.

Miro de nuevo a Addy.

—No quiero dejarla sola.

—Realmente no tenemos opción. No podemos llevarla con nosotros, pero necesitamos a los cuatro en esa biblioteca, juntos.

Lentamente, asiento. Sé que tiene razón, pero me está destrozando por dentro.

—¿Puedes ponerla en una dimensión de bolsillo, aquí, para mantenerla a salvo?

—Ya me adelanté —dice, ya conjurando.

Observo cómo la burbuja se forma alrededor de Addy, y luego simplemente desaparece de la vista.

—Bien —murmuro—. Vamos.

En silencio, bajamos los escalones de la torre y salimos al patio. Me tomo un momento para observar la destrucción a nuestro alrededor y luego percibo movimiento a la izquierda.

Agarro el brazo de Zaiah cuando una criatura se tambalea hacia nosotros.

—¿Hmm? —murmura, volviéndose para mirar donde estoy mirando con algo parecido a una diversión horrorizada—. Oh, vaya. ¿Es ese Lucian?

Inclino la cabeza hacia el vampiro zombificado que se acerca tambaleándose.

—Eh, sí.

—Blegh... —balbucea Lucian—. Bleghhhhhh.

—¿Qué está tratando de decir? —pregunta Zaiah, mirándolo con una expresión de forzada contención para no orinarse de la risa.

—Ni puta idea, pero no tenemos tiempo para-

—Oh, mierda —Zaiah me interrumpe, y retrocedemos tambaleándonos mientras Lucian se

desploma en el suelo y una masa negra como la tinta se libera de su cuerpo—. ¿Es eso...?

—¿Su alma? —carraspeo, con todo rastro de diversión desvanecido en el aire—. Ajá. Parece que ya sabemos qué son las mascotas sombrías.

—¿Crimson bebió de él y le hizo esto?

—Zaiah —digo, mirándolo y tragando saliva.

—¿Sí?

—¡Cierra la puta boca y corre! —bramo y me lanzo a través del patio mientras la sombra, definitivamente con intenciones maliciosas ahora que Addy-alias-Crimson no está aquí, se desliza hacia adelante, trayendo consigo a un montón de sus compañeros sombríos. En un instante, me transformo en murciélago, sabiendo que Zaiah se las arreglará por su cuenta.

Planeo por el aire en forma de murciélago, mis alas batiendo frenéticamente mientras me dirijo hacia la biblioteca oculta. Divisando una ventana destrozada, me lanzo a través de ella hacia el edificio principal, volviendo a mi forma humana mientras ruedo por el suelo. Zaiah irrumpe un segundo después, habiéndose teletransportado hasta la puerta, pero la magia alrededor de la biblioteca detuvo su progreso. Cierra la puerta de golpe detrás de él.

—¿Lo perdimos? —susurra con cautela.

Un zarcillo sombrío se filtra por debajo de la puerta, avanzando hacia nosotros.

—No —digo, agarrando el brazo de Zaiah y arrastrándolo por el pasillo—. ¡Muévete!

Corremos por la biblioteca de MistHallow, con la mascota de Lucian pisándonos los talones.

—¡Perdón! —grita Zaiah por encima del hombro mientras derribamos una armadura.

—¡Es un puto objeto inanimado, imbécil!

—¡No tiene nada de malo ser educado! Y para ser honesto, ¡no sabemos si lo es!

Bueno, tiene razón en eso.

Doblamos una esquina derrapando, y veo la estatua de Morgana de pie, serena e intacta, mientras las estanterías y libros a su alrededor están en caos. Lanzándome hacia ella, golpeo con la mano el pomo oculto en la base de la estatua y espero impaciente a que se abra la boca.

Nos arrojamos dentro, esperando que el subterráneo tenga piedad de nosotros y cierre la puerta, pero en lugar de eso, uno de los gigantescos Guardianes sombríos pasa volando sobre nuestras cabezas, haciéndonos agachar con gritos de los que negaremos todo conocimiento, y se come a las mascotas sombrías —incluido Lucian— de un solo mordisco.

Zaiah y yo nos miramos por un momento, inmóviles, congelados por el terror absoluto de que seremos los siguientes.

—¡Muévete! —grito cuando mi caja de voz se descongela, agarrándolo para arrastrarlo por el pasaje oculto, sin esperar a ver si el Guardián dirigirá su atención hacia nosotros. Corremos por los sinuosos túneles, nuestros pasos haciendo eco en las paredes de piedra.

—¿Crees que nos está siguiendo? —jadea Zaiah mientras corremos.

—No me voy a detener para comprobarlo —gruño—. ¿Tú sí?

—Ni de coña —resopla.

De repente, el suelo se abre y caemos, gritando mientras nos precipitamos en la oscuridad. Justo cuando estoy seguro de que vamos a estrellarnos contra algún suelo invisible, aterrizamos con un suave golpe en lo que parece un cojín gigante.

—¿Qué coño? —murmuro, sentándome e intentando orientarme en este nuevo entorno.

—Algún tipo de medida de seguridad, supongo —dice Zaiah, su voz viniendo de algún lugar a mi izquierda—. Para evitar que los intrusos se rompan el cuello.

—Qué considerado —digo con sarcasmo.

—Qué agradable de vuestra parte caer por aquí —dice Zephyr, apoyándose contra la mesa

circular en el centro de la biblioteca oculta—. Podíamos oíros venir desde kilómetros de distancia. Espero que os haya gustado el aterrizaje.

Haciéndole una peineta, gruño:

—Que te jodan —y con toda la dignidad que puedo reunir, me pongo de pie y me sacudo la ropa, ignorando las risitas que vienen de la galería.

IGNACIO

OBSERVO CÓMO CORVUS y Zaiah se sacuden el polvo después de su entrada poco agraciada. A pesar de la seriedad y la miseria de nuestra situación que me envuelve, sonrío un poco. —¿Viaje difícil?

Corvus me mira con enojo. —No tienes ni idea. Acabamos de tener un encuentro con la mascota sombra de Lucian y un Guardián.

Eso borra la sonrisa de mi rostro. —Mierda. ¿Lucian? ¿Están bien?

—Estamos bien —dice Zaiah, moviéndose hacia la mesa donde Zephyr y yo hemos estado estudiando textos antiguos—. Lucian, no tanto.

—¿Qué...?

Corvus me interrumpe. —Crimson bebió de él, tanto que se desmayó, y luego se convirtió en una especie de criatura zombi, y luego murió, y su alma fue arrancada de su cadáver para convertirse en una mascota sombra, que luego fue devorada por una de esas cosas de Guardián. ¿Vale?

Parpadeo. —Vaya. Eso es...

—Sí —dice Corvus y se pasa una mano por el pelo—. Zaiah puso a Addy en una dimensión de bolsillo, así que está a salvo.

—Pero tenemos problemas más grandes —dice Zaiah.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Zephyr rápidamente.

Zaiah nos pone al día rápidamente sobre su intento de alcanzar el alma de Adelaide y lo que descubrió sobre el Vacío. Mientras habla, siento que el peso de la culpa me presiona de nuevo. Yo hice esto. Atrapé a Adelaide en ese lugar infernal.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —digo con voz ronca—. ¿Cómo la sacamos de allí?

—Eso es lo que necesitamos averiguar —dice Corvus, agarrando un libro de la pila sobre la mesa—. ¿Han encontrado algo útil ya?

Zephyr niega con la cabeza. —Nada concreto. Hay menciones de otras dimensiones, de almas desplazadas, pero nada específico sobre el Vacío o, en consecuencia, cómo rescatar a alguien de allí.

—Pero no estamos seguros de que esté allí, ¿verdad?

—No completamente seguros, no. Pero ¿por qué me llevaría al Vacío cuando pedí ir con Adelaide?

—Tú mismo dijiste que los deseos para los djinn son arriesgados.

Me mira con enojo, pero no dice nada.

—Bien, entonces. Supongo que lo más importante es llegar al alma de Adelaide, sin importar dónde esté.

—Cierto —dice Corvus, agarrando un libro al azar—. Así que debemos centrarnos en la recuperación del alma, el viaje interdimensional, cualquier cosa que pueda ayudarnos a alcanzar a Adelaide dondequiera que esté.

Todos asentimos en acuerdo y nos sumergimos en los textos antiguos que nos rodean. La biblioteca oculta es vasta, llena de tomos sobre cada aspecto del mundo sobrenatural. En circunstancias normales, estaría encantado de explorar este tesoro de conocimiento. Pero ahora mismo, todo en lo que puedo pensar es en Adelaide.

Paso página tras página de texto arcano, mis ojos se esfuerzan en la luz sombría de la biblioteca oculta. Las palabras se mezclan, pero nada sobre lo que necesitamos. Es frustrante, y arrojo el libro que estoy leyendo a través de la habitación con un rugido.

—Oye, creo que encontré algo —dice Zephyr de repente, su voz cortando el tenso silencio después de que mi libro golpea una pila antigua y cae al suelo con un golpe sordo.

Todos nos amontonamos a su alrededor mientras señala un pasaje en el libro que ha estado leyendo. —Está hablando de anclas del alma —explica—. Objetos o lugares que pueden atar un alma a este plano de existencia, incluso si el cuerpo es destruido o el alma es desplazada.

—Entonces, si pudiéramos crear un ancla del alma para Adelaide... —empieza Corvus.

—Podríamos ser capaces de traerla de vuelta de donde sea que esté —termino, una chispa de esperanza encendiendo el fuego en mis dedos.

Zaiah se inclina. —Pero ¿cómo creamos una? ¿Y funcionaría incluso si su alma está atrapada en otra dimensión?

—Vale la pena intentarlo —dice Corvus con firmeza—. Es más de lo que teníamos antes. ¿Qué más dice sobre estas anclas?

Zephyr escanea la página. —Dice que necesitan estar imbuidas de una emoción poderosa y un significado personal. Algo que represente una fuerte conexión con la persona cuya alma estás tratando de anclar.

—¿Como qué? —pregunto.

—Podría ser cualquier cosa —responde Zephyr.

—Bien, estoy seguro de que podemos pensar en algo. ¡Espera! ¿Qué tal el cuchillo? Es sombrío, pero ella tiene una conexión con él. ¿No?

Corvus me lanza una mirada asesina cuando menciono la única cosa que podría ayudarla pero que también la daña.

—Mira, es todo lo que tenemos. Vale la pena intentarlo. El cuchillo tiene una fuerte conexión con Adelaide, aunque no sea positiva.

Corvus parece conflictivo, pero finalmente asiente con la cabeza. —Tienes razón. No tenemos muchas opciones ahora mismo. Pero ¿cómo creamos realmente este ancla?

Zephyr vuelve a escanear el texto. —Dice que necesitamos realizar un ritual, infundiendo el objeto con nuestra energía e intención combinadas. Cuanto más fuerte sea nuestra conexión emocional con Adelaide, más poderoso será el ancla.

—Bueno, eso no debería ser un problema —murmura Zaiah—. Todos tenemos muchos sentimientos en lo que respecta a Addy.

Siento una punzada de culpa ante sus palabras, recordando lo que le hice a su cuerpo. —¿Qué necesitamos para este ritual?

Zephyr enumera los requisitos: velas, sal, algunas hierbas de las que nunca he oído hablar y sangre de cada uno de nosotros.

—Magia de sangre —dice Corvus con una mueca—. Siempre se reduce a la sangre, ¿no?

—Entonces, ¿vamos a otra cacería de hierbas por el bosque loco de los alucinógenos? —

pregunto.

—Eso parece —murmura Zaiah—. Pero esta vez, intentemos no drogarnos, ¿eh?

—Solo podemos intentarlo. Pero también creo que no deberíamos separarnos. Somos más fuertes juntos, por cursi que suene. Si Addy está a salvo en la dimensión de bolsillo, entonces nosotros cuatro no nos separaremos de nuevo. Especialmente en ese bosque.

—De acuerdo —dice Zephyr y cierra el libro de golpe. Este flota en el aire y todos nos quedamos mirándolo.

Flota hacia Zephyr y prácticamente lo acaricia, se acerca tanto.

—Aww —me río entre dientes—. Le gustas.

—Vete a la mierda —gruñe, pero parece secretamente complacido—. Pero esto es bueno. Significa que nos seguirá si nos vamos.

—¿Cómo salimos de aquí ahora entonces? —pregunto, mirando alrededor—. Cada vez que venimos aquí, hay una salida diferente.

—Supongo que seguimos el tomo —dice Zephyr, con la mirada fija en el libro que se aleja flotando de él y se dirige hacia las estanterías en el centro de la biblioteca.

—Yupiii —digo sarcásticamente—, más diversión aventurera. Juro que esto es más complicado que trabajar para la jodida Orden.

—Hablando de eso —dice Corvus mientras seguimos lentamente el libro—. ¿Dónde están?

—Quién coño sabe. No he visto ni rastro de ellos desde el primer ataque de los Strix.

—Y ya que estamos —interviene Zaiah—. ¿Dónde coño está Blackthorn?

—Buena pregunta —coincide Zephyr.

—Este lugar me pone los pelos de punta —murmuro, reprimiendo un escalofrío.

Después de un par de minutos, el libro nos lleva a lo que parece ser un callejón sin salida, y de repente cae al suelo. Cuando golpea el suelo, la pared frente a nosotros parpadea y desaparece, revelando un pasaje oculto.

—Bueno, eso no es nada ominoso —dice Zaiah con sarcasmo.

Intercambiamos miradas cautelosas antes de cruzar. El pasaje es estrecho y oscuro, obligándonos a caminar uno detrás del otro conmigo al frente para poder encender una pequeña llama en mi palma e iluminar nuestro camino.

Después de lo que parece una eternidad de giros y vueltas, emergemos al aire libre. Parpadeo, mis ojos ajustándose a una atmósfera menos sombría. Estamos parados al borde del Bosque Susurrante, justo el lugar donde necesitamos estar.

—Qué jodidamente conveniente —murmura Zephyr con sospecha.

—No miremos los dientes al caballo regalado —dice Corvus, dándole una palmada en el hombro, más él mismo de lo que ha sido desde que Addy nos dejó por primera vez—. Necesitamos esas hierbas. ¿Qué estamos buscando exactamente?

Zephyr agarra el libro, que aún flota cerca de su cabeza, y lo abre. Escanea la página, con el ceño fruncido en concentración. —Necesitamos flor de luna, raíz de sombra y algo llamado 'lágrimas de los olvidados'. Lo que sea que eso signifique.

—Suena como una mala banda de emo —murmuro.

Corvus ignora mi intento de humor. —¿Alguna idea de cómo se ven estas cosas?

Zephyr niega con la cabeza. —El libro no tiene ilustraciones, pero... —Lo levanta, y flota casualmente más profundo en el bosque, esperando que lo sigamos.

—Genial —suspira Zaiah—. Otra búsqueda del tesoro por el bosque de la perdición. Al menos esta vez tenemos una especie de guía.

Enciendo una llama más grande en mi palma, proyectando un resplandor inquietante sobre

los árboles frente a nosotros. —Bueno, quedarnos aquí parados no va a encontrar estas cosas. Vamos.

Entramos en el Bosque Susurrante con cautela, las sombras retorciéndose y girando a nuestro alrededor. El aire está cargado de un silencio opresivo, roto solo por el ocasional crujido de hojas o el chasquido de una ramita bajo nuestros pies.

—Mantén los ojos en ese libro —murmura Corvus—. Y quédate cerca. No sabemos qué más podría estar acechando aquí.

A medida que nos adentramos en el bosque, la atmósfera se vuelve cada vez más opresiva. Los árboles se cierran a nuestro alrededor, sus ramas extendiéndose como dedos nudosos. Mantengo la llama en mi palma ardiendo con intensidad, pero las sombras bailan amenazadoramente en los bordes de su luz.

—Este lugar me pone los pelos de punta —murmura Zaiah, sus ojos saltando nerviosamente de árbol en árbol.

—Después de la última vez, a mí también —respondo, reprimiendo un escalofrío.

El libro flotante nos guía por los retorcidos senderos del bosque, deteniéndose ocasionalmente como si buscara orientarse. Lo seguimos en un tenso silencio, demasiado conscientes de los peligros que podrían estar acechando justo fuera de nuestra vista.

De repente, el libro se detiene y flota sobre un parche de flores luminiscentes. Sus pétalos brillan con una luz azul etérea, pulsando suavemente en la oscuridad.

—Flores lunares, supongo —dice Zephyr, agachándose para examinarlas—. Una menos, faltan dos.

Mientras recoge cuidadosamente algunas de las delicadas flores, escaneo nuestro entorno, manteniendo mi llama lista. Algo en este lugar se siente... mal. Más de lo habitual.

—Vámonos —dice Corvus, con la voz tensa—. No quiero quedarnos en un solo lugar por mucho tiempo.

—¡Demasiado tarde! —grito y lanzo la bola de fuego por encima de su cabeza, para golpear a lo que sea que fuera esa criatura de pesadilla que salió de las ramas superiores de un árbol cercano.

ZEPHYR

—¡MIERDA! —grito, lanzándome a un lado mientras la criatura —una especie de híbrido retorcido entre murciélago y araña— se estrella contra el suelo en una masa llameante. Sus chillidos perforan el aire mientras se retuerce salvajemente.

—Buen tiro —dice Corvus con seriedad, dejando caer sus colmillos mientras adopta una postura defensiva.

—Gracias —responde Ignatius, ya formando otra bola de fuego en su palma—. Pero creo que trajo amigos.

Tiene razón. Los árboles a nuestro alrededor se agitan de manera ominosa, y más criaturas emergen de las sombras. Sus múltiples ojos brillan a la luz del fuego, con las mandíbulas chasqueando hambrientas.

—Bueno, esto es jodidamente encantador —murmura Zaiah, sus manos brillando con magia djinn.

Corvus gruñe, lanzándose contra la criatura más cercana.

El bosque estalla en caos. Ignatius lanza bolas de fuego a diestra y siniestra, incendiando las copas de los árboles. La energía mágica de Zaiah crepita en el aire, enviando a las criaturas por los aires. Corvus es un borrón de colmillos y garras, destrozando a los monstruos con brutal eficiencia.

Libero ráfagas de energía arcana que hacen retroceder a los murciélagos-arañas —¿arañagos? —, pero no los detenemos, solo los estamos ralentizando.

Hago retroceder a otra criatura, pero siguen viniendo. —¡Tenemos que movernos! —grito sobre el caos—. ¡No podemos quedarnos aquí!

—¡El libro! —grita Zaiah, señalando.

Miro hacia arriba para ver a nuestra guía mágica alejarse zumbando entre los árboles. —¡Seguidlo! —ordeno, enviando otra ola de energía para despejar el camino.

Echamos a correr, con las criaturas pisándonos los talones. Ignatius cubre la retaguardia, enviando ráfagas de llamas detrás de nosotros para retrasar a nuestros perseguidores. El bosque se desdibuja a nuestro alrededor mientras corremos tras el libro, con las ramas azotándonos la cara.

De repente, el suelo desaparece bajo nuestros pies. Caemos rodando por una pendiente empinada, revolcándonos y deslizándonos entre el barro y las hojas. Oigo maldiciones y gruñidos de dolor de los demás mientras nos estrellamos al llegar abajo.

—¿Estáis todos bien? —pregunta Corvus, incorporándose con un gemido.

—Define "bien" —murmura Ignatius, escupiendo un bocado de tierra.

Miro hacia arriba de la pendiente por la que acabamos de caer. Las criaturas están en la cima,

chillando frustradas. Parecen reacias a seguirnos.

—Al menos no nos están siguiendo —dice Zaiah, quitándose las hojas del pelo.

—Todavía. Pero sí, ¿dónde estamos? —pregunto, examinando nuestro nuevo entorno.

Hemos aterrizado en una especie de gruta. Hongos bioluminiscentes se aferran a las paredes de piedra húmeda, proyectando un brillo azul fantasmal sobre todo. El aire es denso y pesado, lleno del olor a descomposición y algo más. Algo antiguo e incognoscible.

—Bueno, esto es encantador —murmura Ignatius, poniéndose de pie y sacudiéndose el polvo.

—¿Dónde está el libro? —pregunta Corvus, escudriñando el área.

—Allí —digo, señalándolo mientras flota descendiendo desde arriba, suspendido cerca de un grupo de raíces negras y retorcidas que crecen de la pared de la cueva.

—Supongo que esa es la raíz de sombra —dice Zaiah, acercándose para examinarla.

—Ten cuidado —advierto, sintiendo que me invade una sensación de inquietud—. Algo se siente extraño en este lugar.

Zaiah asiente, cosechando cuidadosamente algo de la raíz de sombra con magia y sellándola en una bolsa que le entrego. Mientras lo hace, un gemido bajo resuena por la gruta, haciendo que se me erice el vello de la nuca.

—Por favor, dime que eso fue el estómago de alguien —dice Ignatius, con la voz tensa.

El gemido vuelve a sonar, más fuerte esta vez. Le sigue un sonido como de piedra crujiendo.

—Joder —sisea Corvus—. Tenemos que movernos. Ya.

Pero antes de que podamos hacerlo, el suelo se mueve y se retuerce. Raíces brotan de la tierra, envolviéndose alrededor de nuestros tobillos.

—¡Es una trampa! —grito, lanzando magia de sombras contra las raíces. Corta algunos de los zarcillos, pero otros rápidamente ocupan su lugar.

—¡No me digas! —grita Ignatius en respuesta, con llamas estallando alrededor de su cuerpo. El fuego chamusca las raíces, pero parecen regenerarse casi instantáneamente.

Corvus gruñe, su fuerza vampírica le permite liberarse momentáneamente antes de que más raíces lo atrapen. La forma de Zaiah parpadea mientras intenta teletransportarse, pero la magia de este lugar parece estar interfiriendo con sus habilidades.

El gemido se hace más fuerte, reverberando por toda la gruta. Las paredes de piedra se mueven y se hinchan, adoptando una calidad casi carnosa.

—¿Qué coño está pasando? —exijo saber, aún luchando contra las raíces.

—Creo —dice Zaiah, con voz tensa— que hemos encontrado el tercer ingrediente.

—¿Qué? —gruñe Corvus, arrancando otro zarcillo solo para que dos más ocupen su lugar.

—Lágrimas de los olvidados —explica Zaiah—. No creo que sea una planta. Creo que es este lugar. Esta... entidad.

Las paredes de la gruta lloran. Un líquido espeso y opalescente rezuma de la piedra, acumulándose en riachuelos que corren hacia el suelo.

—Oh, eso es asqueroso —murmura Ignatius, observando cómo el líquido viscoso se acumula en el suelo—. Entonces, ¿cómo exactamente recolectamos lágrimas de una cueva viviente?

—Con mucho cuidado —digo, con la voz tensa mientras continúo luchando contra las raíces que me mantienen en su lugar—. Y preferiblemente rápido.

El gemido se hace más fuerte, casi ensordecedor. Las paredes de la cueva palpitan y se retuercen, y más del líquido opalescente se filtra.

—Chicos —llama Ignatius, con la voz tensa por la urgencia—. No quiero apresurar a nadie, pero creo que este lugar se está poniendo hambriento.

Tiene razón. Las raíces nos están acercando a las paredes, que ahora parecen estar desarrollando aberturas similares a bocas.

—A la mierda con esto —gruño, y conjuro un vial mientras disparo con mi otra mano—. ¡Cubridme!

Me libero de las raíces y me lanzo hacia el charco más cercano del líquido opalescente, vial en mano. Las raíces inmediatamente se lanzan, tratando de atraparme de nuevo.

—¡Te cubro! —grita Ignatius. Una pared de llamas estalla entre yo y los zarcillos que intentan agarrarme, comprándome preciosos segundos.

Recojo un poco de las viscosas lágrimas en el vial, mis manos se entumecen por el líquido. Tan pronto como está lleno, lo tapo y lo meto en mi bolsillo.

—¡Lo tengo! —grito—. Ahora, ¡larguémonos de aquí!

Pero escapar no va a ser fácil. Toda la gruta está viva ahora, pulsando y retorciéndose. Más raíces brotan del suelo, y las paredes se cierran.

Corvus ruge, su fuerza vampírica le permite liberarse de nuevo. Agarra a Zaiah, arrancándolo de las raíces que lo sostienen.

Ignatius es un infierno ardiente, manteniendo a raya lo peor del ataque. Pero incluso él no puede aguantar para siempre.

—¡El libro! —grito, divisando a nuestro guía flotando cerca de lo que parece una salida—. ¡Por aquí!

Hacemos una carrera loca hacia allí, esquivando raíces y agachándonos bajo zarcillos que intentan atraparnos. El gemido de la entidad de la cueva alcanza un tono febril, el sonido vibra a través de nuestros huesos.

El libro cae y luego se dispara hacia un túnel que parece haber sido construido para un maldito hobbit.

—Fantástico, joder —gimo mientras me pongo de rodillas y me arrastro hacia adelante a través del fango y quién sabe qué más.

—Ah, tío —se queja Ignatius mientras me sigue—. ¿Qué coño es esto?

—Olvida lo que es y sigue moviéndote —digo entre dientes, manteniendo mis ojos en el libro y esperando que salgamos de este túnel cada vez más estrecho más pronto que tarde, joder.

ADELAIDE

MIRO FIJAMENTE a los miembros del Consejo, mi mente dando vueltas ante esta revelación.

—¿Los primeros de su especie? ¿Qué significa eso siquiera?

—Somos los seres sobrenaturales originales —explica Túnicas Rojas—. Los progenitores de todas las razas mágicas que vinieron después.

—Yo soy el Sanguinem Primi —dice Belleza—. La primera vampira.

—Yo soy el Aes Sidhe —dice el tipo Escalofriante—. El primer Fae.

El Tipo Surfista levanta su mano.

—Primordial Tetra. El primer elemental.

La Mujer Etérea, Alyssia, sonríe.

—Umbra Titan. El primer ser de pura energía cósmica, que representa las fuerzas de la creación y la destrucción.

—¿Y usted? —pregunto, volviendo mi mirada a Túnicas Rojas.

—Ifrit Al-Asli. El primer djinn.

Respiro profundamente mientras asimilo la magnitud de estas criaturas.

—¿Y yo?

—Tú eres el Amanecer Inmortal —dice Túnicas Rojas.

—Vale, siguen diciendo eso como si supiera lo que es —espeto, empezando a impacientarme —. Necesitan explicármelo como si tuviera cinco años.

—¿Cinco? —pregunta Túnicas Rojas inclinando la cabeza.

—Años —digo entre dientes.

Me mira boquiabierto como si el concepto estuviera más allá de su imaginación más salvaje, que alguien pudiera tener solo cinco años. Supongo que, en retrospectiva, eso es un tiempo *muuuy* lejano para él.

—Necesito saber cuál es mi propósito. ¿Por qué estoy aquí? —insisto cuando nadie dice nada.

Túnicas Rojas gira ligeramente la cabeza e intercambia una mirada con Belleza.

Es fugaz.

Una fracción de segundo como mucho, pero lo vi, y hace que mi corazón se acelere.

Doy otro paso atrás mientras se vuelve hacia mí y sonríe.

Pero esta vez lo veo. Veo lo que antes no vi. No diría que soy muy buena juzgando el carácter. Después de todo, confié en Wesley y deposité mi temblorosa confianza en Randall. Mira qué bien salió todo eso. No todo es lo que parece con estas cinco bestias, y de repente, es tan claro para mí como debería haberlo sido desde el principio. Fijo mi mirada en él y sonrío. Es hora de dejar de ser una maldita cobarde y prepararme. He estado huyendo durante demasiadas

semanas, demasiados días de lo que realmente soy, y ahora eso me matará si no abrazo lo que mi padre me dio. Lo que mi madre me dio. De alguna manera, esa combinación de maldad y bondad me ha creado, una Vesper, sí, pero algo mucho, mucho más poderoso. Sea lo que sea esta cosa del Amanecer Inmortal, estos cinco le temen.

Me temen a mí.

Me yergo en toda mi estatura, aunque baja, algo que se hace aún más evidente junto a la grandeza de Túnicas Rojas. Echo los hombros hacia atrás y cavo hondo. He estado dejando que los chicos se lleven la peor parte. He estado dejando que me salven. He confiado en Corvus para que cargue con el peso de esto y me proteja.

No más.

No. Más. Joder.

Si algo iba a hacerme entender qué clase de maldita cabrona se supone que debo ser... era esto. El momento de la verdad.

—¿Y bien? —pregunto—. Llego tarde a la fiesta sobrenatural, como saben. No sé qué es o qué se supone que debe hacer un Amanecer Inmortal.

—Se supone que debes destruir el Vacío —dice Belleza—. Para empezar.

La miro.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se supone que debo hacer eso?

Sonríe, pero no es la misma curva amistosa de sus exuberantes labios rojos de antes. Es lobuna, y mi instinto de lucha o huida, que hasta ahora me decía que huyera, se activa.

—Bueno —dice ella—. No lo haces quedándote aquí parada.

Mueve los dedos hacia mí y, con una ráfaga de aire que me quita el aliento de los pulmones, soy lanzada fuera de la burbuja de cristal, de vuelta a través de la atmósfera del NetherRealm, y arrastrada hacia una enorme fauces arremolinadas.

—¡Ahhhh! —grito mientras me precipito de cabeza a través del portal y choco directamente contra, supongo, Carmesí y Randall.

—¡Joder! ¡Quítate de encima! —espeta Carmesí, empujándome mientras forcejeamos en la tierra quemada. Me aparto rodando, sin aliento por la extremadamente grosera expulsión de la burbuja. Me alegro de ver que el mar de sangre ha desaparecido y estamos de vuelta en el ecosistema original de la zona de amortiguación.

—¿Qué estás haciendo? —escupe, poniéndose de pie mientras Randall se levanta y se sacude la ropa.

¡Esto es el colmo!

Veo rojo. Usando mi gracia vampírica, lo cual es una sensación extraña y mareante, me pongo de pie rápidamente y la encaro. Levanto mi mano, con las garras extendidas, y la abofeteo tan fuerte en la cara que tropieza hacia atrás contra Randall, su mejilla manando sangre por donde la arañé profundamente.

—¡Zorra! —rujo—. ¡Intentaste sacrificarme!

—¡Ah! —jadea mientras Randall la aparta de un empujón—. ¡Cómo te atreves a golpearme! ¿Quién te crees que eres?

—¡Seguro que no un puto sacrificio! —grito, con todas las armas en ristre, mientras me agazapo, lista para machacarla contra el suelo con ira, frustración y los nervios destrozados hasta el fin del mundo y de vuelta.

Se lanza sobre mí, agarrándome del pelo y tirando con fuerza. El dolor me atraviesa el cuero cabelludo. Pero estoy harta de ser su marioneta, su *recipiente*. Con un gruñido, le agarro la muñeca y la retuerzo, obligándola a soltarme. En el mismo movimiento, le clavo la rodilla en el

estómago.

De dónde salen estos movimientos, ni puta idea, es puro instinto, y tengo la fuerza para respaldarlos. Corre por mis venas, desatada por pura necesidad y el deseo de dejar de ser una maldita damisela en apuros.

Crimson suelta un dolorido "uf" y se dobla. No le doy tiempo a recuperarse. La agarro por los hombros y le doy un cabezazo con todas mis fuerzas, sintiendo un crujido satisfactorio cuando le rompo la nariz.

—¡Pequeña zorra! —chilla, con la sangre chorreándole por la cara.

—Se necesita una para reconocer a otra —le escupo—. ¡Cara de coño!

Se abalanza sobre mí de nuevo, pero esta vez estoy preparada. Esquivo su ataque y uso su propio impulso para lanzarla al suelo. Antes de que pueda levantarse, me pongo encima de ella, inmovilizándola.

—Escúchame bien, vaca psicótica —gruño, con mi cara a centímetros de la suya—. *No* soy tu sacrificio. *No* soy tu marioneta. Y te aseguro que no voy a dejar que me uses más.

—Vamos, vamos, chicas —dice Randall, con un tono teñido de diversión—. No empecemos algo de lo que nos arrepentiremos después.

Ambas lo ignoramos.

—¡Que te jodan! —ruge Crimson y me empuja con una fuerza muy superior a la mía. La pillé desprevenida antes, pero ahora está cabreada y viene a por mí.

Solo tengo una jugada.

Ese poder que los Vesper tienen, innato a nuestra rara especie.

Sifonear.

Extiendo la mano y me concentro con todas mis fuerzas en extraer su poder para destruirla de una vez por todas. Ella jadea cuando un rayo de energía negra la golpea en el pecho. Miro mi mano mientras se aleja de Crimson y apunta al antiguo vampiro malvado que ayudó a darme a luz.

—Ohhh —digo mientras el poder me atraviesa y lanza a Crimson aún más atrás.

—¡Joder! —grita Randall mientras absorbo su poder, su magia, su antigua sangre.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Crimson mientras mira a Randall con los ojos como platos.

Él está perdiendo rápidamente la compostura, y no solo eso. Su fuerza vital se está drenando hacia mí. Lo estoy matando lentamente y, quizás lo más sorprendente, Crimson no me está deteniendo.

La oleada de poder que fluye hacia mí es embriagadora. Puedo sentir la fuerza de Randall, sus siglos de conocimientos y magia acumulados, todo vertiéndose en mi cuerpo. Es abrumador, nauseabundo, pero no me atrevo a parar. Esta podría ser mi única oportunidad.

Randall suelta una risa ahogada. Ahora no es más que una cáscara, pero sus ojos brillan con un júbilo maniático.

—Eso es, chica —jadea—. Tómalo todo. Muéstrales lo que realmente eres.

Jadeo de sorpresa cuando Crimson aprovecha mi momento de distracción para golpearme tan fuerte que salgo volando hacia atrás.

Pero lo veo.

Randall cae de rodillas y luego se desploma hacia adelante, estallando en cenizas que se disipan rápidamente.

Crimson se queda mirando en un silencio atónito. Lentamente, camina hacia donde él estaba y mira la tierra ennegrecida ahora cubierta de motas grises. —Vaya —dice, finalmente—.

Realmente lo mataste.

—Grrr —gruño mientras en un fluido movimiento vuelvo a ponerme en pie, sin haber terminado con ella ni de lejos. Le pateo los tobillos, haciéndola caer al suelo. Antes de que pueda recuperarse, vuelvo a estar encima de ella, inmovilizándola con mi fuerza vampírica.

—Intentaste sacrificarme —gruño de nuevo, con mi cara a centímetros de la suya—. Me usaste como recipiente. Me has estado atormentando durante semanas. Se acabó.

Crimson se retuerce debajo de mí, con los ojos llenos de rabia. —No sabes lo que estás haciendo —sisea—. No tienes ni idea de las fuerzas con las que estás jugando.

—Estoy empezando a hacerme una idea. —Pongo mi mano en su pecho, concentrándome de nuevo en ese poder de sifonear. Crimson jadea mientras extraigo su poder y lo absorbo. Es fascinante, nauseabundo, tentador.

—¡No! —grita—. ¡No puedes! ¡Estamos conectadas!

Pero ya no me importa. El poder fluye de ella hacia mí, un torrente de energía oscura que hace que todo mi cuerpo hormiguee. Crimson se retuerce debajo de mí, su rostro contorsionado de agonía mientras dreno su fuerza vital. Ni siquiera sabía que podía hacer esto hasta que maté a Randall, pero joder si no es intoxicante.

—¡Adelaide, para! —jadea—. ¡Si me matas, te destruirás a ti misma también!

Vacilo por un momento, la duda se apodera de mí. Pero entonces recuerdo lo que dijeron los Primeros. Es mi trabajo destruirla a ella y al Vacío. ¿Confío en ellos? Para nada. Pero sé que tengo la oportunidad de hacer esto, y no voy a retroceder. Esta vez no.

—Eres una maldita abusadora repugnante —siseo—. Eres una narcisista manipuladora y asesina que no merece tener este poder. Te lo voy a quitar, y me importa un carajo lo que me pase mientras *tú* desaparezcas de este mundo y del siguiente.

Aprieto los dientes y empujo con más fuerza, drenando más del poder de Crimson. La oleada es abrumadora, haciendo que mi cabeza dé vueltas. La oscuridad pura recorre mi alma, haciendo que mis entrañas hormigueen y mis extremidades se entumezcan.

Pero no me detiene.

Los forcejeos de Crimson se debilitan a medida que continúo drenando su fuerza vital. Sus ojos, como los míos, están abiertos de miedo y desesperación.

—Por favor —jadea—. ¡No entiendes lo que estás haciendo!

Pero sí lo entiendo. Por primera vez desde que comenzó todo este lío, siento que *por fin* tengo el control. No voy a dejar que me manipule más.

—Lo entiendo perfectamente —gruño—. Voy a acabar contigo y tu tiranía de una vez por todas.

Con un último empujón, dreno lo último del poder de Crimson. Ella deja escapar un jadeo ahogado, su cuerpo quedando inerte debajo de mí. Por un momento, no pasa nada. Luego, como Randall antes que ella, el cuerpo de Crimson se desmorona en cenizas.

Caigo al suelo y me arrastro hacia atrás, jadeando pesadamente. El poder que he absorbido tanto de Randall como de Crimson se arremolina dentro de mí, oscuro y potente. Me desplomo en el suelo boca arriba, mirando el cielo agitado.

—¡Alba Inmortal! —retumba a mi alrededor una voz que reconozco como la de Túnicas Rojas—. Has sacrificado no a uno, sino a dos. ¡Solo tú tienes el poder para destruir el Vacío y traer el Armagedón!

Jadeando, me incorporo de repente, con los ojos muy abiertos.

—¿El Arma qué?

ZAIAH

ME ARRASTRO por el túnel viscoso detrás de Ignatius, tratando de no pensar en lo que estamos atravesando. El hedor es abrumador: vegetación podrida y algo asquerosamente dulce.

—Esto es jodidamente asqueroso —murmuro, con arcadas leves.

—Menos quejas y más arrastre —gruñe Corvus detrás de mí.

El túnel se está estrechando, presionándonos por todos lados. Puedo oír a los demás gruñendo y maldiciendo mientras se estrujan. De repente, mi mano resbala con algo viscoso y caigo de cara en el fango. —¡Mierda! —balbuceo, escupiendo la sustancia inmunda que acaba de entrar en mi boca.

—¿Estás bien? —grita Zephyr.

—Sí —gimo—. De maravilla.

Me levanto y sigo arrastrándome, tratando de ignorar la claustrofobia que me carcome.

Afortunadamente, unos minutos después, Zephyr e Ignatius salen a gatas del túnel, y yo me desplomo detrás de ellos, con Corvus prácticamente trepando por encima de mí para liberarse. Estamos jadeando por aire, cubiertos de lodo y con aspecto de haber pasado por lo peor.

—¿Todos bien? —pregunta Zephyr.

Asiento. —Sobreviviré. ¿Dónde estamos? Y no me digas que en una cueva que quiere asarnos y ensartarnos en un pincho.

Ignatius enciende una pequeña llama en su palma, iluminando nuestro entorno. *Estamos* en otra cueva, pero esta parece estar misericordiosamente inactiva.

—¿Dónde está el libro? —pregunto, mirando alrededor.

—Allá arriba —afirma Zephyr, señalando hacia arriba.

Está flotando cerca de lo que parece ser una estrecha grieta en la pared lejana.

—Oh, tiene que ser una jodida broma —gime Corvus.

—No hay forma de que quepamos por ahí —dice Ignatius, negando con la cabeza.

Me acerco a la grieta, examinándola de cerca. —No así, no. Ignatius, tú puedes convertirte en fuego. Tú irás primero. Zephyr, tú puedes convertirte en sombras, ve después de él. Yo puedo atravesarla convirtiéndome en humo. Corvus, sin embargo. Tú eres el problemático.

—Bueno, nunca me habían llamado así antes.

Sonrío ante su molestia. —¿Qué tan pequeños pueden aplastarse los murciélagos?

—Bastante jodidamente pequeños, ¿pero tan pequeños? No lo sé, hostia.

—Supongo que es hora de averiguarlo. Ig, adelante.

Él asiente y se transforma en una llama viviente, deslizándose por la estrecha grieta con facilidad. Zephyr lo sigue, llevando el libro y fundiéndose en sombra para colarse por el hueco. Respiro hondo y me concentro, sintiendo cómo mi cuerpo se disuelve en humo. Fluyo por la

grieta tras los demás.

Al otro lado, me reformo, sacudiéndome la desorientación. Ignatius y Zephyr ya están allí, mirando ansiosamente hacia la grieta.

—Vamos, Corvus —murmura Zephyr.

Se oye una serie de maldiciones amortiguadas desde el otro lado, luego un chillido agudo. Un momento después, un pequeño murciélago se aprieta por la abertura, con aspecto de estar completamente cabreado.

—Joder, eso estuvo apretado —dice Corvus mientras vuelve a su forma humana, estirando los hombros—. No hagamos eso otra vez, ¿vale?

—No puedo prometerte eso —digo, observando nuestro nuevo entorno. Estamos en otra cueva, pero esta se siente diferente. El aire es más limpio y hay una ligera brisa—. Creo que podríamos estar cerca de la civilización de nuevo.

El libro reformado se adelanta volando, guiándonos por un pasaje serpenteante. Mientras lo seguimos, el suelo comienza a inclinarse hacia arriba, y puedo oler aire fresco.

—Oh, gracias a la hostia —suspira Ignatius cuando finalmente salimos del sistema de cuevas.

Pero aún no estamos fuera de peligro. Ni figurada ni literalmente, al parecer.

—¿Qué demonios es eso? —añade, mirando boquiabierto la monstruosidad frente a nosotros.

Sigo la mirada de Ignatius y siento que se me cae la mandíbula. —Eso —digo lentamente—, es un jodido problema.

—Mirad, tenemos todos los ingredientes. ¿No podemos simplemente largarnos de aquí combinando nuestra magia o algo así? —pregunta Corvus, irritado mientras mira con furia a la cosa que bloquea nuestro camino.

—Si pudiéramos hacer eso, no estaríamos todavía aquí —murmura Zephyr, retrocediendo ligeramente y pisándome el pie—. Me costó todo lo que tenía solo para atravesar esa grieta.

—Igual —murmuro, al igual que Ignatius.

Ante nosotros se alza una criatura enorme que parece haber sido arrancada directamente de una pesadilla. Tiene fácilmente tres pisos de altura, con un cuerpo que parece ser una fusión grotesca de árbol y carne. Docenas de ojos parpadean hacia nosotros desde su tronco, y sus ramas terminan en garras terriblemente afiladas.

—¿Qué demonios es esa cosa? —exhala Ignatius.

—Ni idea —dice Zephyr, con voz tensa—. Pero me imagino que no está aquí para darnos la bienvenida a la superficie.

La criatura deja escapar un rugido que estremece los huesos, bañándonos con trozos de corteza y lo que parece inquietantemente ser jirones de carne.

—Muy bien —dice Ignatius, con llamas ya danzando por sus brazos—. ¿Alguna idea brillante?

Escaneo el área, buscando cualquier ventaja. El claro en el que nos encontramos está rodeado de denso bosque por todos lados, excepto por un acantilado empinado a nuestra izquierda. El libro que nos trajo aquí no se ve por ninguna parte.

—Necesitamos pasar más allá de eso —digo, con la mente acelerada—. La salida tiene que estar más allá de esa cosa.

—Brillante observación, Capitán Obvio —gruñe Corvus—. ¿Y exactamente cómo propones que hagamos eso?

Antes de que pueda responder, la criatura balancea una de sus enormes extremidades hacia nosotros. Nos dispersamos, lanzándonos en diferentes direcciones para evitar ser aplastados.

—¡Mierda! —grita Zephyr mientras se pone de pie—. ¡Necesitamos un plan. Rápido!

—¡La madera arde! —grito, empujando a Ig hacia adelante—. Vamos, chico de fuego. Haz lo tuyo.

—Que te jodan, colega —gruñe, pero se apresura a entrar en acción. Desata un torrente de llamas, abrasando la piel similar a corteza de la criatura. Esta chilla, retrocediendo del fuego.

Algo me pica en la nuca, y giro, listo para pelear, pero no hay nada allí.

Me pica de nuevo, y me doy la vuelta, pero me doy cuenta de que viene de adentro. Frunzo el ceño y cierro los ojos. Algo o alguien está tratando de decirme algo.

—Addy —murmuro cuando veo su rostro flotando en el ojo de mi mente.

Zaiah. Lo estáis haciendo todo mal. Dejad de hacerle daño.

—Está tratando de hacernos daño —respondo, pero doy un paso adelante, con los ojos aún cerrados para no perderla y agarro el brazo de Ignatius—. Deja de atacar.

—¿Eh? —pregunta—. ¿Tienes un deseo de muerte?

—Addy está aquí. No quiere que le hagamos daño.

—¡Nos está haciendo daño!

—En realidad, no, no lo está haciendo.

Pídele permiso. Y pídelo amablemente. Recuerda tus modales.

Me río entre dientes. —Entonces no le daremos ese trabajo a Corvus.

Ella se ríe, y mi corazón se derrite en un charco de ternura.

—¿Estás bien, cariño?

No me responde. Su rostro se aleja de nuevo, y me quedo con una sensación de vacío en las tripas y en el lugar donde debería estar mi corazón. Abro los ojos y me aclaro la garganta mientras los chicos me miran expectantes.

Levanto la mano en un saludo. —Hola, señor cosa de árbol. ¿Le importaría dejarnos pasar?

Hay silencio por un momento, pero luego me ruge de nuevo, escupiendo porquerías sobre mí mientras me quedo allí, tratando de no salir corriendo.

—Por favor —digo—. Y gracias de antemano.

El monstruo árbol hace un sonido como el de un caballo enojado. Un fuerte ruido tipo *harrumph* llega a mis oídos, pero se calma y se retrae en sí mismo.

—Vaya —dice Ignatius—. ¿Está bien Addy?

Me encojo de hombros. —No lo sé. Vamos a rodear esta cosa, y luego podemos charlar, ¿vale?

Con cautela, rodeamos a la enorme criatura árbol, manteniéndola bajo vigilancia mientras pasamos. Sus múltiples ojos parpadean hacia nosotros, pero permanece quieta, casi como si estuviera enfurruñada.

—No puedo creer que eso haya funcionado realmente —murmura Corvus mientras pasamos con cuidado.

—Los modales, colega —respondo con una sonrisa—. Te llevarán a todas partes.

Una vez que pasamos con seguridad a la criatura, nos encontramos en un estrecho sendero que desciende por el costado del acantilado. El libro reaparece, flotando frente a nosotros.

—Bien —dice Zephyr, echando una última mirada al monstruo árbol antes de concentrarse en el camino por delante—. Salgamos de aquí antes de que algo más decida intentar matarnos.

Avanzamos por el precario sendero, con un viento que surgió de la nada azotándonos.

—Entonces —dice Ignatius mientras bajamos con cuidado—, ¿qué pasó exactamente allá atrás, Zaiah? ¿Dijiste que Addy estaba aquí?

Asiento, concentrándome en mis pasos mientras respondo. —Sí, más o menos. Era una

proyección. Podía verla en mi mente.

—¿Está bien? —pregunta Zephyr en voz baja.

—Eso creo —digo, frunciendo el ceño mientras intento recordar los detalles—. Parecía estar bien, pero se fue antes de que pudiera responder.

—Joder —murmura Corvus—. Así que seguimos sin saber dónde está o si está a salvo.

—Al menos sabemos que está ahí fuera —dice Zephyr, con la voz tensa—. Y capaz de comunicarse con nosotros de alguna manera.

Continuamos descendiendo por el sendero en un tenso silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. El viento se hace más fuerte a medida que descendemos, azotando nuestro cabello y ropa.

De repente, el libro se detiene, flotando en el aire.

—¿Y ahora qué? —gruñe Ignatius.

El aire frente a nosotros tiembla y se deforma. Un portal se abre, arremolinándose con energía oscura.

—Bueno, eso no es nada siniestro —murmuro.

Con un suspiro de magnitud, ya sin importarle nada, Zephyr da un paso adelante y mira dentro del portal. —Creo que puedo ver la academia al otro lado.

—¿Entonces simplemente saltamos? —pregunta Corvus escépticamente—. Porque eso suena como la peor idea de todos los tiempos.

—¿Tienes una mejor? —le pregunto.

Se encoge de hombros. —No.

—Bien entonces —dice Ignatius, cuadrando los hombros—. ¿Quién va primero?

Todos nos miramos, dudando.

—Oh, por el amor de Dios —murmuro—. Iré yo. Maestro de portales y todo eso.

Respiro profundamente y atravieso el portal. Hay un momento de desorientación, una sensación de ser estirado y comprimido simultáneamente, y luego salgo a los conocidos terrenos de la Academia MistHallow.

Un momento después, los otros caen por el portal, luciendo completamente desorientados y sonrío con suficiencia. El portal se cierra detrás de nosotros con un audible pop.

—¿Todos bien? —pregunta Zephyr, poniéndose de pie.

Todos asentimos, recuperando el aliento. Corvus mira alrededor, frunciendo el ceño. —¿Dónde está el libro?

Se materializa sobre nosotros, cayendo sin ceremonias sobre la cabeza de Ignatius.

—¡Ay! Maldita sea —refunfuña, frotándose el cuero cabelludo.

—Bien —digo, levantándome y sacudiéndome la hierba de las rodillas—. Tenemos todos los ingredientes. Ahora volvemos al cuerpo de Addy, recogemos el cuchillo y hacemos esto.

—Suena como un plan —dice Zephyr, agarrando el libro y marchando hacia la torre. Lo seguimos, viendo diferencias sutiles en la destrucción a nuestro alrededor. La magia de la Academia está trabajando, reconstruyendo, arreglando.

—No tan rápido, muchachos —dice la profesora Blackthorn, apareciendo frente a nosotros —. Necesitan venir conmigo.

ADELAIDE

ME PONGO de pie de un salto, con el corazón acelerado mientras las palabras de Túnicas Rojas resuenan a mi alrededor. —¿Armagedón? ¿Qué carajo?

El cielo sobre mí se agita y se arremolina, destellando con relámpagos negros y plateados. El suelo bajo mis pies tiembla ominosamente. Es como si estuviera reaccionando a mi estado de ánimo, y eso me asusta más que cualquier otra cosa en este momento.

—El fin de todas las cosas —retumba la voz de Túnicas Rojas—. La destrucción del viejo mundo para dar paso al nuevo donde comenzaremos de nuevo. ¡Un renacimiento! Este es tu destino, Alba Inmortal.

—No —gruño—. No me apunté para esta mierda. Solo quería detener a Crimson y a Randall.

—Has hecho mucho más que eso —interviene otra voz; reconozco los tonos sedosos de Belleza—. Al destruirlos, has puesto en marcha eventos que no pueden deshacerse.

El aire a mi alrededor chisporrotea con magia. *Mi* magia. Puedo sentir el poder que absorbí de Crimson y Randall surgiendo a través de mí, casi desgarrándome por dentro.

—¡No quiero esto! —grito al cielo—. ¡Llévenselo de vuelta!

—Es demasiado tarde —entona Túnicas Rojas—. El proceso ha comenzado. Debes completar lo que has iniciado.

El suelo se abre a mis pies, revelando un vórtice arremolinado de oscuridad. Tropiezo hacia atrás, pero zarcillos de sombra se extienden, envolviéndose alrededor de mis tobillos.

—¡No! —grito, tratando de luchar contra los recién llegados, pero es demasiado tarde. Me tienen en su agarre y me arrastran hacia abajo, a través de la madriguera del conejo voy, gritando a todo pulmón mientras golpeo el suelo con un impacto que me sacude los huesos.

—Ayyy —gimo, frotándome la cabeza, que siento como si estuviera a punto de partirse.

Mirando alrededor, parpadeo rápidamente. Parece que estoy de vuelta en el reino sobrenatural. En algún lugar cerca del círculo de piedras donde todo se fue al infierno y de vuelta.

—Addy.

Miro por encima de mi hombro al escuchar el ligero acento francés que reconozco al instante. —¿Mamá? —Me pongo de pie mientras ella se acerca, luciendo como su habitual yo maternal, pero recuerdo. Lo recuerdo todo—. ¡Alto! —digo, levantando la mano—. No te acerques más.

Ella se detiene, y su expresión se torna de culpa y dolor. —Lo siento, Addy. Sé que te mentí, pero no tenía opción. Este es un futuro que no quería para ti.

—¿Mentirme? —me burlo—. Ni siquiera existe una palabra lo suficientemente grande para lo que tú y Randall hicieron. Está muerto, por cierto. Yo lo maté.

Si está sorprendida, no lo demuestra. —Lamento que hayas tenido que pasar por eso.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes? ¿Por mentir sobre ser lo que sea que eres, por no contarme sobre Randall, sobre *mí*? Te di el beneficio de la duda, especialmente después de venir aquí y aprender quién era realmente Randall, pero verte como una criatura de otro mundo cuando me mentiste en la cara sobre ser humana, no es algo por lo que puedas simplemente disculparte.

—No mentí —dice ella—. Soy humana. Nací humana y moriré humana.

—Los humanos no tienen magia ni poderes, mamá. No puedes decir que eres algo que no eres. Mortal, tal vez, pero no eres humana. Lo que me hace no ser mitad humana. Soy mitad lo que sea que tú eres y mitad vampiro.

—Ahora eres más que eso.

—No esquives el tema.

—No lo hago. Pero te estás enfocando en las cosas equivocadas, Addy. La destrucción se acerca.

—¡Lo sé! ¡Mierda! —Me llevo las manos al cabello y luego lo siento agitarse a mi alrededor. Antes de que pueda seguir gritándole a mi madre, me doy vuelta para ver que se ha abierto un portal detrás de mí. Pequeño e insignificante después del que me arrastró al Reino Inferior, pero un portal, de todos modos.

Tropiezo hacia atrás cuando una criatura sale volando de él. Mitad fantasma, mitad algo salido de tu peor pesadilla.

—¡Mierda! —Me agacho, y vuela sobre mi cabeza—. ¡Mamá!

—¡Addy!

Su grito de terror me hiela la sangre. —¡Mamá!

Me giro horrorizada para ver a la cosa devorar a mi madre, primero la cabeza, tragándosela como si fuera un sabroso aperitivo, sus gritos ahogados se cortan abruptamente. La rabia y el dolor surgen a través de mí, el poder que repentinamente tengo hierve en mis venas.

—¡Hijo de puta! —grito, lanzándome contra el monstruo. Mis manos brillan con electricidad negra mientras desgarro su carne espectral. Chilla, un sonido que me perfora el cráneo, pero no cedo. Rasgo y desgarro hasta que la criatura estalla en una lluvia de ectoplasma.

Caigo de rodillas, cubierta de baba fantasmal y temblando de adrenalina. —Mamá —sollozo, con lágrimas corriendo por mi rostro.

—Aww —dice una voz dulzona—, pobre huerfanita Addy.

El dolor y la culpa me desgarran por dentro mientras levanto la mirada y veo a Lyra parada cerca de uno de los círculos de piedra, con una sonrisa malvada en su rostro.

—¿Qué quieres, Lyra? —escupo, con lágrimas corriendo por mi rostro. Lágrimas de sangre que manchan mis labios. No puedo resistir sacar la lengua para probarlas. Estoy hambrienta, ansiando sangre y destrucción.

—Solo disfruto verte bajada un peldaño o dos.

—¡Un monstruo acaba de devorar a mi madre! —rujo y me lanzo sobre ella con una rabia que reemplaza mi culpa y miseria al verla burlarse de mí.

Ella se encoge de hombros y se transforma en un pájaro, alejándose volando antes de que pueda poner mis manos sobre ella, pero eso no me detiene, y si piensa que lo hará, se llevará una desagradable sorpresa. No hay forma de que sepa sobre nada de lo que me ha ocurrido en las últimas horas, días, semanas, así que no tiene idea del horror que acaba de desatar sobre sí misma. Con un grito que desgarra el aire, me concentro en lo único que sé que debería poder transformarme.

Un murciélago.

Enfoco toda mi energía en cambiar, imaginando el tipo de murciélago de Corvus en mi

mente. Por un momento que me detiene el corazón, no sucede nada. Luego, mi cuerpo comienza a cambiar y retorcerse. Es desorientador y doloroso. Mi cuerpo se comprime en una forma alargada, mis alas brotan y mis orejas se agudizan. Estoy en el aire al siguiente segundo. Soy torpe pero vuelo tras Lyra. Mi cuerpo es más grande que su forma de pájaro. Más grande que el murciélago de Corvus. Soy un super murciélago con colmillos y garras que están listos y dispuestos a desgarrar cualquier cosa que se interponga en mi camino. Ajusto mi trayectoria por encima de Lyra, que está aleteando frenéticamente sus pequeñas alas de pájaro, claramente sin haber esperado que la persiguiera por el aire. Una vez que estoy sobre ella, me dejo caer y hundo mis garras en su cuerpo.

Ella grazna, sus gritos perforan mis sensibles oídos.

Con mi peso más pesado, la obligo a volver al suelo, donde cambia a su forma humana, sangrando profusamente por los desgarros en sus costados.

—Mierda —dice, mirándome mientras cambio, me complace decir completamente vestida, sobre ella—. ¿Qué eres tú?

—Tu peor maldita pesadilla —gruño y muestro mis colmillos. Caigo sobre ella y sacio el hambre que me está desgarrando. Desgarro su cuello, abriendo su yugular en una alimentación desordenada que sin duda terminará en una muerte.

Pero no me importa.

Nada importa ya. He perdido a la única persona en quien pensé que siempre podría confiar después de descubrir qué mentirosa era.

Toco fondo mientras siento la sangre de Lyra derramándose en mi boca. El sabor cobrizo me alimenta mientras bebo profundamente, mi dolor y rabia impulsando mi frenesí. Sus luchas se debilitan a medida que dreno su fuerza vital, pero no puedo obligarme a detenerme. Estoy perdida en la sed de sangre, en el poder abrumador que corre por mis venas.

El corazón de Lyra deja de latir y la sangre se seca. Arranco mis colmillos de su pálido cuello y la miro fijamente, respirando pesadamente.

Antes de que pueda formar mi siguiente pensamiento, zarcillos negros aparecen a nuestro alrededor. Miro hacia atrás para ver que no estamos lejos del portal, brillando en la distancia. Los zarcillos envuelven a Lyra mientras me alejo, y luego arrastran su cadáver al portal, devorando su cuerpo en cuestión de segundos.

Gimo y me acurruco en posición fetal, esperando ser la siguiente.

CORVUS

—Por todos los demonios —murmuro—. ¿Es que no podemos tener un maldito respiro?

Blackthorn me lanza una mirada severa.

—Cuide su lenguaje, señor Sanguine. Ahora, todos ustedes, síganme. Inmediatamente.

Intercambiamos miradas cautelosas, pero nos alineamos detrás de él. Mientras caminamos, noto más signos de reparación en los terrenos de la academia. Las ventanas rotas se están arreglando solas, las marcas de quemaduras se desvanecen de las paredes. Es como ver una película en reversa.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras entramos al edificio principal y nos desviamos hacia el pasillo que conduce a la oficina de Blackthorn.

—A un lugar donde podamos hablar —dice él.

—Con todo respeto —dice Zephyr—, estamos en medio de algo importante.

Blackthorn abre la puerta de su oficina y nos deja entrar, fijando su mirada en Zephyr.

—Lo sé.

—Entonces sabrá que realmente no tenemos tiempo para esto —señalo.

—Siéntense —dice entre dientes, y todos obedecemos porque parece que no está de humor para nuestra actitud—. Tenemos que hablar sobre la señorita Black. Addy.

Los cuatro intercambiamos miradas cautelosas.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto.

Suspira.

—Sé que están tratando de ayudarla, así que necesitan saber lo que voy a decirles.

Todos nos inclinamos hacia adelante ante eso, nuestra atención captada.

—Continúe —le insto cuando falla en seguir.

Frunce el ceño y pasa la mano sobre su escritorio. Aparece una caja del tamaño de una pequeña maleta, y coloca su mano sobre ella.

—Desde el día en que Adelaide nació, supe que sería alguien especial. Su madre, tan llena de luz, y su padre, todo lo contrario, supe entonces que esta niña iba a ser magnífica. Pero ninguno de nosotros sabía cuán poderosa llegaría a ser. Su madre y yo la protegimos lo mejor que pudimos de Randall, sabiendo que él intentaría usarla para sus propios fines. Muchas veces llegamos a los golpes, pero lo convencí de que no tenía conocimiento de dónde Edie la mantenía oculta tras los hechizos de protección de la bruja. La noche de su decimotercer cumpleaños fue un día de ajuste de cuentas. Las barreras fallaron por momentos, meros instantes en el tiempo, pero Randall la encontró. Con las barreras de vuelta en su lugar, no solo protegieron a Adelaide nuevamente, sino que también hicieron imposible que Randall incluso encontrara la casa en la que estaban para empezar. Magia poderosa. Una con la que no quieres meterte —dice,

lanzándonos una mirada severa y aprovechando esta oportunidad para darnos una lección. Pero ninguno de nosotros está interesado en las barreras. Estamos fascinados solo con Addy.

—¿Y luego qué? —pregunto.

—Investigué. Todos los días desde el día en que nació, investigué. Escudriñé la biblioteca oculta de la que ustedes cinco se han vuelto tan aficionados... —otra mirada severa hacia nosotros—... para averiguar quién y qué se convertiría.

—¿Y lo descubrió? —pregunta Zephyr, con los ojos en la caja.

Él, como todos nosotros, puede sentir la magia fluyendo de ella en una nube visible de advertencia.

—Lo hice. La biblioteca oculta es una fuente de todo conocimiento, y me tomó casi dos décadas, pero lo encontré. Coincidentemente, fue el mismo día en que ustedes, idiotas, irrumpieron en ella y saquearon el lugar. Los Guardianes no estaban nada contentos.

—¿Saqueamos? —suelto—. Un momento. Ellos empezaron. Siempre empiezan ellos.

Me da un suspiro de sufrimiento.

—Porque no se supone que estén allí, Corvus. Son demasiado jóvenes y maleables a las fuerzas de la oscuridad que acechan.

Zephyr resopla.

—Esa biblioteca no tiene nada comparado con mi padre.

Blackthorn lucha por contener la sonrisa en su rostro.

—Touché, señor Nethershade.

—Olvídense de todo eso —espeta Ignatius, perdiendo su famosa calma—. ¿Qué es ella?

—Qué grosero —murmuro, pero también quiero saber.

—Adelaide es el Amanecer Inmortal —dice en un tono bajo que envía un escalofrío de miedo a través de mi sangre—. La portadora de la destrucción, la heraldo del fin de los tiempos.

Fija su mirada en mí, y me estremezco.

—¿Qué demonios significa eso? —gruño, inclinándome hacia adelante—. Deje de ser tan jodidamente críptico y díganos qué está pasando realmente con Addy.

Blackthorn suspira pesadamente.

—Significa, señor Sanguine, que Adelaide tiene el potencial de provocar el fin del mundo tal como lo conocemos. Es un nexo de inmenso poder, capaz de reconfigurar la realidad misma.

—Eso es imposible —dice Zephyr, negando con la cabeza—. Addy no lastimaría ni a una mosca, mucho menos destruiría el mundo.

—No se trata de lo que ella quiera —explica Blackthorn—. Se trata de lo que es. El Amanecer Inmortal es una fuerza de la naturaleza, ni buena ni mala. En las manos equivocadas, su poder podría ser catastrófico.

—Así que por eso Randall va tras ella —murmura Zaiah—. Quiere usar su poder para sí mismo.

Blackthorn asiente.

—Precisamente. Por eso debemos protegerla a toda costa.

—Ella es inevitable —murmura Zaiah, dejándonos al resto paralizados, tragando con dificultad el conocimiento de que no solo tenemos a una Vesper convertida en vampiro completo con poderes más significativos de lo esperado, sino que ahora estamos lidiando con una Diosa Apocalíptica con el poder de destruirnos a todos.

ADELAIDE

PERMANEZCO ALLÍ, acurrucada y temblando, esperando que los zarcillos negros vengan por mí. Pero no ocurre nada. El portal pulsa amenazadoramente en la distancia, pero no me alcanza.

Me desenrollo lentamente, empujándome hasta quedar sentada. Mi cuerpo duele y mi mente da vueltas por todo lo que ha sucedido. El sabor de la sangre de Lyra persiste en mi lengua, un recordatorio cruel de en lo que me he convertido.

Gimo mientras la sangre se arremolina en mi estómago, pero tan repentinamente como empezó, deja de agitarse, y me siento mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo. Incluso mejor que nunca. Sé que he sido la peor vampira del planeta y no he tratado mi hambre como algo que me ayuda en lugar de obstaculizarme. Me estaba permitiendo temer lo que la sed de sangre me haría cuando todo lo que necesitaba era aceptar quién soy y lo que necesito para prosperar.

Levantándome, camino de vuelta al portal. Mis manos están firmes, mi espalda recta.

El bosque está silencioso a mi alrededor. El único signo de vida aparte de mí es el portal, cuyo interior gira inofensivamente en medio del círculo de piedras que se alza cerca, su antigua presencia sintiéndose más siniestra que nunca pero, al mismo tiempo, no atemorizante. Lo que sea que haya más allá, el Reino Inferior u otro, no está tratando de atraparme. Me quiere aquí. Me necesita, incluso. Tengo el poder de provocar el Armagedón y el renacimiento de cada mundo. Claramente, el Consejo quiere empezar de cero completamente. Ellos son los cinco originales. Quieren una nueva oportunidad, probablemente una que arrasará el reino mortal destruyendo a los humanos por completo. Ellos también me mintieron, mostrándome un lugar de paz y armonía cuando en realidad no quieren nada más que carnicería y destrucción.

—¿Quieren carnicería? —murmuro, extendiendo la mano para tocar el portal—. Les mostraré una puta carnicería. No tienen idea de lo que han desatado sobre estos mundos, pero puedo decirles que esto no saldrá según su plan. Tengo el mío propio que los pondrá de rodillas.

En ese momento de pura claridad, veo mi propósito, mi verdadero propósito, no el que otras criaturas han intentado dictarme o moldear para mí. Este es el amanecer de una nueva era: mi era. Sé lo que tengo que hacer, y todo comienza aquí: este segundo en los infinitos milisegundos del tiempo.

He matado a mi padre y he visto a mi madre morir frente a mí. No soy la misma Adelaide Légère que cruzó estas puertas tan crédula e ingenua como se pueda ser. Ni por asomo.

He matado a mi padre.

Frunzo el ceño e inclino la cabeza. Ay, pobre huerfanita Addy.

¿Cómo sabía Lyra que Randall estaba muerto? ¿Quién coño era esa zorra?

Decido que quizás, con su muerte y completa destrucción, realmente no importa. Lo que

importa ahora es seguir adelante. Volver con mis chicos...

De nuevo, frunzo el ceño y miro mis manos. Están enteras. Todo mi ser es sólido y muy mío. Cualquier esencia que fuera en el búfer y el Reino Inferior, parece que he sido devuelta a mi cuerpo cuando fui empujada a través del portal.

El cuerpo que los chicos quemaron para deshacerse del Vacío.

—El Vacío —murmuro—. ¿Dónde estás? ¿Cómo te destruyo sin iniciar el apocalipsis?

No hay respuesta.

Al menos no todavía. Lo encontraré y usaré todo este poder que corre por mis venas para destruirlo, como lo hice con su hija.

Respiro profundamente, preparándome. El portal pulsa ante mí, una invitación abierta para cruzarlo. Pero estoy harta de que me manipulen fuerzas más allá de mi control. Esta vez, tomo mis propias decisiones. Me alejo del portal y comienzo a caminar, dejando atrás el círculo de piedras. El bosque está inquietantemente silencioso, sin pájaros ni animales del bosque haciendo ruido. Es como si el mundo entero contuviera la respiración, esperando ver qué haré a continuación.

Mientras camino, noto rastros de muerte a mi paso. Bajo mis pies, la tierra se ennegrece. Los arbustos se encogen y se marchitan, y los árboles gimen y crujen mientras les arrebato la vida.

Me detengo, mirando hacia atrás el rastro de destrucción que he dejado. Una parte de mí está horrorizada por lo que soy capaz de hacer, pero otra parte siente una oscura emoción. Este poder es mío ahora, y pretendo usarlo. Pero todo comienza con el control.

Respiro profundamente y me concentro, obligando a la energía destructiva a retroceder. Es como tratar de empujar una ola con las manos desnudas, pero lentamente, la siento retroceder. La tierra ennegrecida bajo mis pies comienza a reverdecer, pequeños brotes de hierba empujan a través del suelo.

Destrucción y creación.

Apocalipsis y renacimiento.

La inmensidad de mi poder me golpea de repente, y sonrío. Es una curvatura de mis labios que nunca antes había adornado mis facciones. Es confiada, un poco presumida y completamente arrogante.

Continúo caminando, esta vez sin dejar un rastro de muerte a mi paso. Me detengo, cierro los ojos y siento el pulso de la vida a mi alrededor, la energía del bosque, el lejano ondular de la magia de la academia. Y allí, como faros en la oscuridad, los siento. Cuatro auras distintas que reconocería en cualquier lugar.

Mis ojos se abren de golpe y sigo caminando hacia la Academia.

Avanzo a grandes zancadas por el bosque, mis sentidos alerta ante cualquier señal de peligro. Los árboles se apartan ante mí, las ramas se alejan, percibiendo mi poder. Mientras me acerco al borde del bosque, diviso la academia a lo lejos. Se ve diferente de alguna manera: más oscura, más imponente. Las barreras mágicas brillan tenuemente en el aire, pero parecen debilitadas, llenas de agujeros.

Me detengo en el límite del bosque, examinando los terrenos. Todo está inquietantemente quieto. Sigo adelante, un pie delante del otro, hasta que alcanzo el perímetro de la academia. Antes de darme cuenta de lo que me ha golpeado, soy lanzada hacia atrás por la fuerza de las protecciones, volando hacia atrás para golpear un árbol y desplomarme en el suelo en un montón de huesos magullados.

—¿Qué coño?

IGNATIUS

LA GRAVEDAD de las palabras de Blackthorn se cierne sobre nosotros como un sudario. Siento que mi estómago se retuerce mientras proceso lo que acabamos de aprender. Adelaide, nuestra Adelaide, es algo llamado el Alba Inmortal. La portadora de la destrucción. La heraldo del fin de los tiempos. Suena como algo sacado de una película de terror, no de nuestra realidad.

Me paso una mano por el pelo, sintiendo el calor de mis llamas bailando justo debajo de mi piel. Es un hábito nervioso que se ha vuelto más pronunciado desde que conocí a Adelaide. Sabía que era diferente y especial, pero esto es algo para lo que no estaba del todo preparado. Ninguno de nosotros lo estaba. —A ver si lo entiendo bien —digo, esforzándome por mantener la voz firme—. ¿Addy no es solo una Vesper o incluso solo una vampira? ¿Es una especie de botón de reinicio cósmico?

Blackthorn asiente sombríamente. —En esencia, sí. El Alba Inmortal tiene el poder de acabar con nuestro mundo y dar nacimiento a uno nuevo. Es un ciclo tan antiguo como la existencia misma.

—¿Pero por qué Addy? —exige Corvus—. ¿Por qué ella?

—El universo tiene un sentido del humor retorcido —murmura Zephyr.

Tengo que estar de acuerdo. De todas las personas en todos los mundos, ¿por qué este poder tuvo que recaer en Adelaide? La dulce y amable Adelaide, que es esencialmente *buena*. La chica que ha sido arrojada a nuestro mundo sin previo aviso, sin preparación, y ahora carga con el destino de todo sobre sus hombros.

—No se trata del porqué —dice Blackthorn, con la voz cargada del peso de los siglos—. Se trata de lo que hacemos ahora. El poder de Adelaide está despertando, y necesitamos estar preparados para lo que eso significa.

—¿Y qué significa *exactamente*? —pregunto, temiendo la respuesta.

Blackthorn abre la caja sobre su escritorio, y una ola de magia nos envuelve. Es antigua y poderosa, haciendo que se me erice el vello de la nuca. De la caja, saca un pergamino viejo y desgastado.

—Esto —dice, desenrollándolo con cuidado—, es una profecía tan antigua como el tiempo mismo. Habla del Alba Inmortal y las decisiones que darán forma al destino de todos los reinos.

Nos levantamos y nos apiñamos alrededor del escritorio, examinando la escritura descolorida. El lenguaje es arcaico, pero mientras lo miro fijamente, las palabras parecen cambiar y transformarse, volviéndose legibles.

—Cuando la oscuridad y la luz se combinen, el Alba Inmortal se alzará —leo en voz alta—. En sus manos, el poder de deshacer y rehacer. El velo entre mundos se adelgazará, y la elección será hecha. Destrucción o renacimiento, el equilibrio pende del filo de una hoja Carmesí.

—Alegre —comenta Zaiah con sequedad.

Continúo leyendo, mi voz volviéndose más tensa con cada palabra. —Cuatro guardianes se alzarán, cada uno un pilar del viejo mundo. Su fuerza será puesta a prueba, sus lazos tensados. Solo unidos podrán esperar guiar la mano del Alba.

—Cuatro guardianes —dice Zephyr, con los ojos muy abiertos—. Somos nosotros, ¿verdad?

Blackthorn asiente. —Ustedes cinco han sido unidos por el destino. Su conexión con Adelaide no es un accidente.

Siento un escalofrío en contraste con mi calor natural. —El destino en su máxima expresión.

—Completamente —dice Blackthorn.

—¿Entonces qué, somos solo marionetas en algún gran diseño? —gruñe Corvus, expresando el miedo que estoy seguro todos sentimos.

—No —dice Blackthorn con firmeza—. Sus elecciones son suyas. La profecía habla de posibilidades, no de certezas. Tienen libre albedrío, pero también tienen una responsabilidad.

—Guiar la mano de Addy —murmuro, recordando las palabras de la profecía—. Ayudarla a elegir entre la destrucción y el renacimiento.

—Exactamente —dice Blackthorn—. Como dije antes, el poder del Alba Inmortal no es ni bueno ni malo. Es una fuerza de la naturaleza, como un huracán o un terremoto. Depende de Adelaide, y por extensión, de ustedes cuatro, dirigir ese poder.

Me recuesto en mi silla, meditando estas palabras. Es casi demasiado para comprender. Pasamos de intentar ayudar a Addy a adaptarse a ser una vampira a potencialmente salvar o condenar toda la existencia.

—Esto es una mierda —murmuro, frotándome las sienes.

Por una vez, Blackthorn deja pasar la maldición.

—Espera...

—¿Qué pasa? —pregunta Zephyr, saltando sobre mi vacilación como una jodida pantera tras su cena.

—Hoja Carmesí.

Ojos entrecerrados me miran fijamente. —¿Qué pasa con eso? —pregunta Zaiah.

—Hoja *Carmesí*. ¿Estamos seguros de que se trata de Adelaide y no de Crimson?

—La mejor pregunta es —dice Blackthorn—, ¿estamos seguros de que Crimson es la más poderosa de las dos y no al revés?

—Joder —murmura Corvus—. Nos ha engañado por completo.

—Espera —espeto, enfadándome—. Adelaide no haría eso.

—No Addy —sisea molesto—, Crimson.

Lo miro fijamente. —No te sigo.

—Ella se ha hecho pasar por la gran malvada, pero en realidad es Addy. Nos ha llevado de la mano, temerosos de lo que podría hacer si no fuera liberada, cuando en realidad Addy podría aplastarla. Sea cual sea su objetivo final, apuesto a que es tomar el control total del cuerpo de Adelaide para poder convertirse en el Amanecer Inmortal.

—¿Funciona siquiera de esa manera? —pregunto escépticamente.

—Podría ser —dice Blackthorn—. También podría ser que ella piense que *es* el Amanecer Inmortal. Ohhh...

Se interrumpe y mira fijamente a Zephyr.

—¿Qué? —pregunta este, con un tono de temor en su voz.

—Quizás tu padre también piense que lo es. Tal vez haya convencido a muchos seres de que es algo que no es.

—Eso tiene mucho sentido —murmuro—. Los ancianos que estaban de acuerdo con liberarla podrían estar completamente equivocados.

—De cualquier manera, ahora sabemos que es Addy, y estamos hablando del fin del mundo. O el comienzo de uno nuevo. Es mucho para asimilar —dice Blackthorn.

Zephyr asiente en acuerdo. —¿Qué hacemos ahora? ¿Cómo empezamos siquiera a prepararnos para algo así?

Blackthorn suspira profundamente. —Primero, necesitamos encontrar a Adelaide. Su poder está despertando y necesita orientación ahora más que nunca.

—Entonces, encontramos a Addy —digo, tratando de concentrarme en el problema inmediato—. ¿Y luego qué? ¿Cómo la ayudamos a controlar este poder? ¿Cómo la preparamos para, bueno, todo?

Blackthorn niega con la cabeza. —Ojalá tuviera todas las respuestas. Estamos en territorio inexplorado.

—Fantástico —murmura Corvus—. Así que estamos volando a ciegas con el destino del mundo en juego. Sin presión.

—Bien, vamos a desglosarlo. Necesitamos completar el ritual, necesitamos encontrar el alma de Addy. Necesitamos protegerla de aquellos que quieren usarla o destruirla, y necesitamos ayudarla a entender y controlar su poder.

—Todo mientras intentamos evitar el apocalipsis —añade Zephyr—. Solo otro día en MistHallow, ¿verdad?

—Cierto —digo, poniéndome de pie—. Volvamos a la torre y podemos hacer el ritual para encontrarla.

Blackthorn se dirige a un gran armario en la esquina de su oficina. Lo abre, revelando una colección de extraños objetos místicos. Después de un momento de búsqueda, saca lo que parece una brújula antigua.

—Hay una forma más rápida —dice, sosteniéndola en alto—. Esto es un Buscador de Almas. Es un artefacto muy peligroso. Generalmente se considera prohibido y ciertamente no es para estudiantes. Tengan mucho, mucho cuidado con él. Puede localizar a cualquier ser, sin importar dónde esté o en qué reino se encuentre, y traerlo de vuelta. Debería ser capaz de encontrar a Adelaide.

Me entrega la brújula y siento un hormigueo de magia cuando mis dedos se cierran alrededor de ella. La aguja gira salvajemente, sin fijarse nunca. —Ojalá lo hubieras mencionado antes de que casi nos comiera el bosque.

Me sonríe con suficiencia, pero luego su sonrisa se desvanece. —Necesitas estar preparado. La Adelaide que encuentres puede no ser la misma chica que conociste. El despertar de su poder la habrá cambiado.

Siento que mi corazón se oprime ante sus palabras. —Sin mencionar el haber sido arrancada de su cuerpo y enviada a este lugar intermedio.

—¿A quién le importa? Tenemos esto y la tenemos a ella —afirma Zaiah.

—Totalmente de acuerdo —digo.

Blackthorn nos mira, su expresión suavizándose ligeramente. —Su lealtad es admirable. Pero recuerden, el destino de todos los reinos pende de un hilo. Deben estar preparados para tomar decisiones difíciles si es necesario.

La implicación de sus palabras pesa en el aire. Si Adelaide pierde el control, si se convierte en una amenaza... No. Aparto ese pensamiento. No llegará a eso. No lo permitiremos.

—Entendemos —digo, con la voz más firme de lo que me siento—. Pero no vamos a

rendirnos con Addy. Resolveremos esta mierda.

Blackthorn asiente. —Muy bien. Vayan, encuentren a Adelaide. Pero tengan cuidado.

Salimos de la oficina de Blackthorn, con el Buscador de Almas firmemente agarrado en mi mano.

Estamos a punto de enfrentarnos a una Adelaide con el poder de remodelar la realidad misma. Una Adelaide que podría no ser la misma persona de la que nos enamoramos. Una Adelaide que tiene el destino de toda la existencia en sus manos. Una Adelaide que no es nada menos que una diosa.

Pero sigue siendo nuestra Adelaide, y estaremos a su lado, pase lo que pase.

Al llegar al patio, levanto el Buscador de Almas. La aguja se detiene y apunta firmemente hacia el oeste. Respiro profundamente, sintiendo a los otros reunirse cerca de mí.

—¿Oeste? —murmura Corvus.

—Eso es lo que dice. Supongo que debemos seguirla.

—Yupi, otra búsqueda —murmura Zaiah.

—¿Listos? —pregunto, lanzándole una mirada para que se ponga serio.

Asiente, sus ojos repentinamente duros. —Vamos a traer a nuestra chica a casa.

—Lo que sea necesario —dice Zephyr.

Corvus asiente. —Es hora de enfrentar el destino.

Siento mis llamas bailar sobre mi piel, listas para esta nueva misión, sabiendo que nos llevará hasta Addy. —Vamos a encontrar a nuestra Aurora Inmortal.

ADELAIDE

GIMO, levantándome del suelo, mi cuerpo dolorido por el impacto. Las barreras centellean burlonamente ante mí, una barrera invisible que me impide llegar a mi destino. —Bueno, esto es nuevo e irritante como la mierda —murmuro, sacudiendo la tierra y las hojas de mi ropa. Mi piel hormiguea donde las barreras me han tocado, un recordatorio persistente de su poder—. ¿Cómo es que esas criaturas de sombra y los Strix pueden entrar, y yo jodidamente no puedo? ¡Qué grosería!

La determinación fluye a través de mí, una feroz corriente de energía que se niega a ser rechazada. Soy el Amanecer Inmortal, por el amor de Dios. Unas cuantas barreras no deberían ser capaces de detenerme. Me acerco a la barrera de nuevo, esta vez con más cautela. Es un complejo entramado de hechizos, capas y capas de protección construidas a lo largo de siglos. Ahora puedo verlo y entenderlo; es como si se hubiera activado un interruptor en mi cerebro. Trago saliva cuando me doy cuenta de que las mascotas de Sombra eran todos estudiantes aquí. Independientemente de su estado actual, eran estudiantes. Los Strix, por otro lado, fueron admitidos. Por Randall, supongo.

—Así que si dejas entrar a los estudiantes en todas sus formas, ¿por qué no me dejas entrar a mí? ¿Ya no soy estudiante? ¿No me ves como estudiante sino como una amenaza? ¿Cómo puedo superar eso? —Hablar con las barreras es inútil, pero me hace sentir mejor pensar en voz alta por un segundo.

Extiendo la mano, dejándola suspendida a unos centímetros de donde puedo ver la barrera. Cierro los ojos, concentrándome en la energía que fluye a través de mí. Es un vórtice arremolinado de poder que parece no tener principio ni fin. Intento darle forma, moldearlo en algo que pueda penetrar las barreras. En mi mente, veo la energía formando una punta afilada, una aguja de puro poder apuntando al corazón de la barrera.

Con un profundo suspiro, empujo hacia adelante.

El resultado es inmediato y violento. Una oleada de energía rebota a través de mí, lanzándome hacia atrás de nuevo. Golpeo el suelo con fuerza, quedándome sin aliento. El bosque a mi alrededor se estremece, las hojas susurran en una repentina brisa antinatural.

—Maldita sea —jadeo, mirando el cielo a través del dosel de árboles. Esto no está saliendo según lo planeado.

Mientras yago allí, recuperando el aliento, escucho algo. Voces, familiares, acercándose. Mi corazón salta a mi garganta, una repentina oleada de emoción casi me abruma.

—El Buscador de Almas dice que vayamos por aquí —oigo decir a Ignatius, su voz resonando en el aire. El sonido envía una ola de calidez a través de mí, inundando mi mente con recuerdos de momentos tiernos y encuentros apasionados.

—¡Addy! —grita Corvus—. ¡Está allí!

Me incorporo, mi cuerpo protestando por el movimiento. Cada músculo me duele, pero el dolor no es nada comparado con el anhelo que siento por verlos de nuevo.

Irrumpen en el patio y se detienen en seco, sus ojos se abren de par en par al verme. Absorbo la imagen de ellos, notando los cambios desde la última vez que los vi. Parecen cansados, desgastados, con sombras bajo sus ojos y tensión en sus posturas. Pero están aquí, son reales, y me miran como si fuera la cosa más preciosa del mundo.

—¿Addy? —susurra Zephyr, con incredulidad grabada en su rostro.

Por un momento, todos nos miramos fijamente. El aire entre nosotros está cargado de emoción: alivio, alegría, incredulidad y el vínculo que compartimos. Luego, como si se hubiera roto un hechizo, corren hacia mí.

Corvus me alcanza primero, atrayéndome a sus brazos con un sollozo ahogado. Su cuerpo frío se presiona contra el mío, familiar y reconfortante. —Estás aquí —murmura en mi cabello, su voz cargada de emoción—. Realmente estás aquí.

Me aferro a él, respirando su aroma familiar. Las lágrimas pican mis ojos, la realidad de nuestro reencuentro finalmente golpeándome. —Estoy aquí —susurro de vuelta, mi voz temblando.

Los otros se agolpan a nuestro alrededor, sus manos extendiéndose para tocarme, como si quisieran asegurarse de que soy real. Las cálidas manos de Ignatius acunan mi rostro, su toque enviando chispas de calor a través de mi piel. Sus ojos buscan los míos, llenos de preocupación y alivio. Las frescas sombras de Zephyr rozan mi piel, una caricia reconfortante que me envuelve como una manta protectora. La energía de Zaiah zumba a nuestro alrededor, un capullo protector que parece aislar al resto del mundo.

—Veníamos por ti —dice Ignatius, su voz cargada de emoción. Su pulgar traza mi pómulo, un toque suave que habla volúmenes sobre su miedo y alivio.

Me inclino hacia su toque, abrumada por el amor y el alivio que veo en sus rostros. —Lo sé —digo, las palabras atascándose en mi garganta. Nunca podrán saber la duda que sentí cuando Crimson me mostró las mentiras. No es justo para ellos.

Mientras estamos allí, enredados en un lío de extremidades y emociones, siento una calidez que se extiende por mí. Esto es por lo que he estado luchando, lo que he estado tratando de recuperar. Estos cuatro hombres que me aman, que han estado a mi lado a través de todo. El vínculo entre nosotros se siente más fuerte que nunca, una cosa tangible que parece pulsar con su propia energía.

Pero entonces, como un cubo de agua fría, surge un recuerdo. Las palabras del Consejo resuenan en mi mente: "Te quemaron para desterrar el Vacío". La calidez que sentí momentos antes se convierte en hielo, un escalofrío se extiende por mis venas.

Me pongo rígida, retrocediendo ligeramente. Los chicos lo notan inmediatamente, la preocupación reemplaza la alegría en sus rostros. Sus manos se aprietan sobre mí, como si temieran que pudiera desaparecer de nuevo.

—¿Addy? —pregunta Zaiah, con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Los miro, tratando de reconciliar a los hombres que amo con los que supuestamente quemaron mi cuerpo. La contradicción es desconcertante, haciendo que mi cabeza dé vueltas. —¿Ustedes... —empiezo, luego vacilo. ¿Cómo puedo preguntar esto siquiera? Las palabras se sienten como plomo en mi lengua—. El Consejo me dijo... dijeron que quemaron mi cuerpo para desterrar el Vacío.

Sus rostros decaen, la culpa y el dolor destellan en sus facciones. Mi corazón se hunde, un

peso de plomo se asienta en mi estómago. Así que es cierto. La realización es como un golpe físico, dejándome sin aliento.

—Addy, nosotros... —comienza Corvus, su voz adolorida. Sus manos se aprietan en mis brazos, como si temiera que me alejara completamente.

Pero antes de que pueda continuar, Zaiah lo interrumpe, con el rostro repentinamente pálido. —Espera. ¿Cómo es que estás aquí?

Todos nos giramos para mirarlo, confundidos por el abrupto cambio de tema. La tensión en el aire cambia, la confusión reemplaza la culpa y el dolor de momentos antes.

—¿A qué te refieres? —pregunto, sintiendo un nuevo tipo de temor trepar por mi columna.

Los ojos de Zaiah están muy abiertos, con un atisbo de miedo que nunca antes había visto en ellos. Me provoca un escalofrío. —Tu cuerpo estaba en una dimensión de bolsillo que creé para mantenerlo a salvo. Sin embargo, aquí estás, corpórea y sólida. No hay forma de que pudieras llegar a él sin mí.

Un escalofrío recorre mi espalda, y se me eriza la piel a pesar del calor del día. —¿Qué? — La palabra sale apenas como un susurro.

Sin decir una palabra más, Zaiah se da la vuelta y comienza a correr hacia la academia. El resto intercambiamos miradas desconcertadas antes de seguirlo, nuestra reunión y su traición involuntaria momentáneamente olvidadas ante este nuevo misterio.

Al acercarnos a las barreras, me preparo para otro rechazo doloroso. Pero para mi sorpresa, las atravieso fácilmente esta vez, como si me reconocieran como parte de la academia. La sensación es extraña: un breve momento de resistencia, luego una sensación de bienvenida, como volver a casa después de un largo viaje.

Corremos por los terrenos, que aún muestran signos del caos. Supongo que no estuve fuera tanto tiempo entonces. Marcas de quemaduras manchan las paredes antes prístinas, y trozos de piedra cubren los caminos. Pero también hay signos de curación: enredaderas que se arrastran sobre el daño, nuevo crecimiento que se abre paso a través de las grietas.

Llegamos a la torre que alberga mi habitación, subiendo los escalones de dos en dos. Mi corazón late con fuerza debido a una creciente sensación de temor. ¿Qué es lo que tanto preocupa a Zaiah?

Zaiah abre de golpe la puerta de mi habitación, y todos nos amontonamos tras él. La habitación se ve tal como la recuerdo, pero hay una pesadez en el aire, una sensación de espera. Zaiah hace un gesto complicado con las manos, con el ceño fruncido en concentración. De repente, hay un destello en el aire sobre mi cama, como el calor ondulante en un día de verano.

Y ahí, flotando en una burbuja de magia, estoy... yo.

O más bien, mi cuerpo. Quemado, roto y muy inconsciente.

—¿Qué carajo? —susurro, mirando mi propio rostro. El cuerpo en la burbuja es claramente el mío, pero está en una condición horrible. Las quemaduras cubren la mayor parte de la piel visible, de un rojo furioso y con ampollas. Parece que estoy muerta. Es como mirar una versión retorcida y rota de mí misma, una pesadilla hecha carne.

Miro las manos de mi cuerpo actual, enteras y sin marcas. Me toco la cara, sintiendo la piel lisa. —¿Cómo es esto posible? —grazno. La desconexión entre lo que veo y lo que siento es mareante.

Los chicos parecen tan sorprendidos como yo me siento. Corvus extiende la mano hacia el cuerpo en la burbuja, pero se detiene antes de tocarlo, como si temiera hacerlo. Su rostro es una máscara de confusión y horror.

—No lo entiendo —dice Ignatius, sus ojos yendo y viniendo entre mi persona y el cuerpo. El

calor de sus llamas parpadea erráticamente, reflejando su agitación—. ¿Cómo puedes estar aquí y... allí?

Niego con la cabeza, tratando de darle sentido. Mi mente corre, intentando encajar las piezas, pero nada tiene sentido. —No lo sé. Soy real. ¡Tócame! —Le extiendo la mano, pero no espero a que me toque—. Pensé que había vuelto a mi cuerpo cuando atravesé el portal. Pero si ese es mi cuerpo... —Me detengo, las implicaciones demasiado horribles para expresarlas en voz alta.

Los chicos parecen tan sorprendidos como yo me siento.

Zaiah se acerca a mí, con los ojos entrecerrados en concentración. —Esto es imposible —murmura—. He estado manteniendo esta dimensión de bolsillo desde... desde que pensamos que te habíamos perdido. Pero si estás aquí, entonces ¿quién o qué es eso?

Ignatius extiende la mano hacia mí, dudando justo antes de tocar mi brazo. Cuando finalmente hace contacto, sus ojos se abren de par en par. —Definitivamente no es un alma.

Todos nos quedamos allí, mirando la escena imposible frente a nosotros. Yo, entera y viva, de pie en la habitación. Y también yo, rota y quemada, flotando comatosa o algo peor en una burbuja mágica.

Las implicaciones son abrumadoras y me golpean tan fuerte que expulsan todo el aire de mis pulmones.

Jadeando, retrocedo tambaleante mientras el peso total de la situación me golpea, siento que mis rodillas se debilitan. Corvus está ahí en un instante, sosteniéndome mientras me balanceo sobre mis pies.

—¿Addy? —dice, con la voz cargada de preocupación y confusión.

Pero no puedo responder. Mis ojos están clavados en la versión quemada de mí misma, flotando serenamente en su prisión mágica. Dos versiones de mí, ambas imposiblemente reales y sin embargo... destrucción y creación. *Jodeeeeer.*

ADELAIDE

ME TAMBALEO, la habitación girando a mi alrededor mientras las implicaciones de lo que estamos viendo caen sobre mí como una ola gigante. Los brazos de Corvus me aprietan con fuerza, anclándome a la realidad mientras mi mente amenaza con caer en el caos.

—¿Addy? —la voz de Zephyr corta la niebla en mi cerebro—. ¿Qué está pasando? ¿Cómo es esto posible?

Respiro hondo, tratando de reunir mis pensamientos dispersos y aterradores.

—Yo... creo que lo sé —susurro. Aclaro mi garganta e intento de nuevo, más fuerte esta vez —. Soy lo que ese Consejo llamó el Amanecer Inmortal.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de significado. Los chicos intercambian miradas, no tan sorprendidos por ese título como pensé que estarían.

—Lo sabemos —dice Ignatius suavemente—. Blackthorn nos contó sobre la profecía, sobre lo que eres.

Sacudo la cabeza.

—No, no lo entendéis. No es solo un título o una profecía. Es lo que soy ahora. Puedo crear y destruir. Puedo remodelar la realidad misma.

Señalo hacia el cuerpo quemado que flota en la burbuja.

—Esa era yo. Pero cuando volví a través del portal, cuando fui expulsada del NetherRealm, creé este cuerpo. Sin siquiera darme cuenta.

El silencio que sigue es ensordecedor. Casi puedo oír los engranajes girando en sus cabezas mientras procesan lo que estoy diciendo.

—¿Creaste un nuevo cuerpo? —pregunta Zaiah, su voz llena de incredulidad y un toque de asombro.

Asiento, la realidad de ello hundiéndose mientras lo digo en voz alta.

—Sí. Mi cuerpo anterior fue destruido, o al menos severamente dañado. Pero mis poderes manifestaron una nueva forma para mí. Una versión perfecta e ilesa.

Los brazos de Corvus me aprietan con más fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer.

—¿Cómo es eso posible?

—Soy tan real como cualquier cosa en este mundo. Puedo sentir la energía que compone este cuerpo, la forma en que está entretejido. No es una ilusión ni una proyección. Es carne, sangre y hueso, creado a partir de pura energía y voluntad. Esto es solo una fracción de una fracción de lo que puedo hacer.

Las implicaciones de lo que estoy diciendo parecen golpear a todos a la vez. Zephyr da un paso atrás, sus sombras arremolinándose agitadamente a su alrededor. Las llamas de Ignatius parpadean erráticamente, reflejando su tormento interior. Los ojos de Zaiah están muy abiertos,

su habitual compostura completamente destrozada.

—Entonces, ¿estás diciendo —comienza Zephyr, su voz temblorosa— que literalmente creaste un nuevo cuerpo para ti misma de la nada?

Asiento, sintiéndome extrañamente calmada frente a su conmoción.

—Sí. Y podría hacerlo de nuevo si lo necesitara. Una verdadera Inmortal. La única...

Me detengo cuando me golpea un pensamiento. *Yo soy* la única verdadera Inmortal. Los otros pueden ser asesinados. *Todos* ellos.

—El Consejo no es tan indestructible como creen —murmuro, ganándome una mirada penetrante de Zephyr.

—¿Quién es este Consejo del que sigues hablando?

—Olvida eso por ahora. Os lo contaré todo una vez que mi cabeza haya asimilado esto completamente. Es una locura, pero joder, es realmente cierto. —La alegría en mi tono no pasa desapercibida, ni siquiera para mí.

—Addy —dice Corvus suavemente—, ¿te das cuenta de lo que esto significa? Eres...

—Una diosa —afirma Zaiah—. Lo cual sabíamos en teoría, pero verlo en la práctica es...

—Jodidamente increíble —termina Ignatius.

La palabra envía un escalofrío por mi cuerpo. Una diosa. Suena ridículo e imposible, pero no puedo negar la verdad.

—Pero, ¿qué significa esto en términos reales? —pregunta Zephyr, expresando la pregunta que estoy segura todos están pensando.

Sacudo la cabeza.

—No lo sé. El Consejo en el NetherRealm dijo que se supone que debo provocar una especie de apocalipsis. Un renacimiento de todos los reinos. Pero no quiero eso. No quiero destruir nada.

—Explica este Consejo —dice Corvus—. Necesitamos saber si sigues mencionándolos.

Tiene razón. Tiene que salir ahora. Respiro hondo y comienzo a explicar todo lo que sucedió una vez que llegué al NetherRealm. Omito el lugar intermedio por ahora. Eso puede venir después. Explico la reunión, el Consejo de las primeras criaturas, sus manipulaciones, las visiones que me mostraron y el hecho de que me mintieron.

—Querían que matara a Crimson y al Vacío —digo, sabiendo lo que debe ser dicho—. Maté a Randall, y luego maté a Crimson. Ambos se han ido.

—Vaya. De acuerdo —dice Ignatius—. ¿Cómo?

—¿Queremos saberlo? —pregunta Zaiah con cautela.

—Drené la fuerza vital de Randall mientras intentaba absorber el poder de Crimson para matarla. Así que, básicamente hice lo mismo con ella. Ambos están cien por ciento desaparecidos. Cenizas en la zona intermedia.

—Joder —dice Corvus, mirándome con asombro—. Hiciste lo que tenías que hacer.

—Lo sé, no me preocupan ellos, pero luego cuando volví aquí, vi a mi madre. Ella... —me ahogo con las palabras—. Un monstruo salió del portal y se la comió.

Estallo en lágrimas, ríos de sangre fluyendo por mi rostro mientras levanto las manos para cubrir el espectáculo de horror. Corvus está ahí en un instante, rodeándome con sus brazos. —También maté a Lyra. Drené su sangre, y luego fue arrastrada al portal. Este día me ha convertido en una asesina.

El silencio llena la habitación, roto solo por mis sollozos.

Hasta que Zephyr se aclara la garganta y coloca su mano en mi espalda baja. —¿El portal está abierto?

—Sí —sorbo entre lágrimas, arruinando la camisa blanca de Corvus mientras sangro sobre

él. Aunque no parece importarle.

—¿Y un monstruo salió y mató a tu madre? —murmura Zaiah.

—¿Y se comió el cuerpo muerto de Lyra? —susurra Ignatius.

Asiento. —Sí.

—Así que el portal al Reino Inferior está abierto —dice Zephyr de nuevo—. Aquí en el bosque que rodea a MistHallow.

Parpadeo al darme cuenta de que quizás debería haber comenzado con esta información. —Eh, sí.

Los chicos intercambian miradas alarmadas mientras asimilan las implicaciones completas de lo que acabo de revelar.

—Mierda —dice Corvus, pasándose una mano por el pelo—. Un portal abierto al Reino Inferior justo en nuestra puerta. Eso no es bueno.

—No es bueno es quedarse corto —dice Zephyr—. Esto es una catástrofe a punto de ocurrir. ¿Quién sabe qué más podría atravesarlo?

Siento una nueva ola de culpa invadirme. En mi prisa por regresar, en mi dolor y confusión, había pasado por alto completamente el peligro que podría haber traído conmigo. —Lo siento —digo, con voz pequeña—. Debería haberlo mencionado antes.

—No es tu culpa, Addy —dice Ignatius rápidamente, su cálida mano apretando mi hombro —. Has pasado por el infierno. Literalmente. Tu madre... Lo siento mucho.

Le doy una débil sonrisa mientras todos ponen sus manos sobre mí para mostrarme su apoyo, pero la corriente subyacente de preocupación es mayor.

—Todos estamos aquí para ti, Addy —murmura Corvus, besando mi frente—. Eres tan fuerte.

—Pero tenemos que lidiar con esto —dice Zaiah cuidadosamente—. Un portal abierto al Reino Inferior es una amenaza para todos en MistHallow, tal vez incluso más allá.

Asiento, tratando de dejar de lado mi dolor por mi madre. Sorprendentemente, lo encuentro bastante fácil, así sin más, el dolor de perderla se ha ido. No estoy segura si eso es algo bueno o malo.

ZAIAH

MIENTRAS ESTOY AHÍ PARADO, observando a Adelaide explicar la situación, sé que algo está terriblemente mal. Las implicaciones de lo que está diciendo son asombrosas: un portal abierto al Inframundo, la muerte de su madre y la creación de un nuevo cuerpo por pura fuerza de voluntad. Es casi demasiado para procesar, incluso para alguien como yo que ha visto rarezas mágicas y fenómenos sobrenaturales todos los días.

Pero hay algo más que me molesta, un detalle que no encaja del todo. Es como una astilla en mi mente, pequeña pero persistentemente irritante, exigiendo atención.

—Addy —digo. Mi voz suena más brusca de lo que pretendía, atrayendo miradas curiosas de los demás—. Necesito preguntarte algo.

Ella se vuelve hacia mí, sus ojos aún ribeteados de sangre por las lágrimas, pero su expresión está en blanco. —¿Qué es?

Tomo una respiración profunda, armándome de valor. La pregunta es acusadora incluso mientras se forma en mis labios, pero necesito saberlo. —¿Viniste a mí en una especie de visión? ¿En el bosque, cuando intentábamos pasar ese monstruo árbol?

Adelaide frunce el ceño confundida, olvidando por un momento sus lágrimas ensangrentadas. —¿Una visión? No. ¿Por qué? —Sus ojos buscan los míos, la preocupación reemplazando la inexpresividad que había dominado su rostro momentos antes.

Mi corazón se hunde, un frío temor se asienta en mi estómago. Miro de reojo el cuerpo quemado que aún flota en la burbuja, reprimiendo un escalofrío. El contraste entre las dos Adelaides —una completa y vibrante, la otra rota y carbonizada— es agudo e inquietante. —Tuve este momento, cuando estábamos en el bosque. Escuché tu voz, diciéndome que fuera amable con la criatura árbol. Se sentía tan real, tan parecido a ti.

Los demás me miran ahora, sus expresiones tan desconcertadas como me siento yo.

—Pero si no fuiste tú... —me detengo, mi mente recorriendo posibilidades, cada una más inquietante que la anterior.

¿Podría ser posible? ¿Podrían haber dos Adelaides? ¿Légère y Black, dos caras de la misma moneda? La idea es tan aterradora como fascinante. Pero si es cierto, ¿qué significa eso para Adelaide? ¿Para todos nosotros?

De repente, la habitación se siente demasiado pequeña, el aire demasiado denso. El peso de todas estas revelaciones, todas estas preguntas, presiona sobre mí como una fuerza física.

—Necesito aire —murmuro, sintiéndome repentinamente claustrofóbico en la pequeña habitación de la torre. Las paredes se están cerrando, el aire está cargado de tensión y preguntas no formuladas.

Sin esperar una respuesta, me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta. Puedo oír a los demás

llamándome, pero los ignoro, bajando las escaleras de dos en dos hasta que salgo al aire libre del patio.

Está fresco y despejado, el dosel de hojas muy por encima de la academia susurra con la brisa como si nada hubiera cambiado. Pero todo ha cambiado, ¿no es así? El mundo tal como lo conocemos ha sido completamente trastornado.

Camino de un lado a otro, mis pies trazando patrones en los adoquines mientras mi mente da vueltas con posibilidades. Dos Adelaides. Dos almas. Una luz, una negra. Nunca había oído hablar de esto antes, pero si es cierto, ¿cuál es la Adelaide que camina y habla ahora?

—¿Preocupado, hijo mío?

La voz, tan familiar y sin embargo tan inesperada, me detiene en seco. Es una voz que no he oído en un tiempo, una que trae consigo una avalancha de recuerdos, algunos gratos, otros no tanto. Me doy la vuelta, mis ojos se abren de par en par al contemplar la visión ante mí.

—Hola, mamá, papá.

Están ahí parados, luciendo como siempre: regios, poderosos y completamente fuera de lugar en el entorno mundano del patio de MistHallow con sus túnicas flotantes y energía mística arremolinándose a su alrededor.

—¿Qué os trae al reino sobrenatural?

Mi madre, Zafirah, con sus túnicas de azul medianoche, adornadas con constelaciones que se mueven por sí solas, da un paso adelante para darme un abrazo y un beso en la mejilla. Sus ojos, profundos e insondables, brillan con antigua sabiduría y un toque de picardía. Mi padre, Karim, se yergue alto e imponente a su lado, su sola presencia basta para hacer que el aire chisporrotee de energía. Su piel dorada parece brillar tenuemente a la luz de la luna, y sus ojos contienen el peso de milenios.

—Hay cosas en marcha —dice papá, con los labios fruncidos mientras mira alrededor del campus, que todavía se ve bastante maltrecho.

—No me digas —bromeo débilmente.

Él resopla y vuelve sus ojos a los míos. Son tan negros como los míos son blancos. La comparación me golpea de nuevo, y respiro profundamente, tratando de calmar la tormenta dentro de mi alma.

Mi madre sonríe, pero es forzado. —Hemos venido con una advertencia, Zaiah. Y una elección.

Siento un escalofrío extenderse por mi cuerpo, asentándose en mis huesos. —¿Una advertencia?

Mi padre asiente solemnemente, sus ojos negros fijos en los míos. —El equilibrio de poder está cambiando, hijo mío. La aparición del Amanecer Inmortal ha puesto en marcha cosas que no pueden deshacerse. El mismo tejido de la realidad tiembla al borde del caos.

—Adelaide —digo, el nombre saliendo como mitad afirmación, mitad pregunta—. ¿Sabéis de ella?

—Sabemos muchas cosas —dice mi madre de manera críptica, su voz llevando el eco de estrellas distantes—. Incluyendo lo que está por venir. Los hilos del destino están enredados, hijo mío, y el futuro está envuelto en sombras.

Doy un paso más cerca, mi curiosidad superando mi precaución. La parte djinn en mí, la parte que se deleita en el conocimiento y los secretos, no puede resistirse.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué está por venir?

En lugar de responder directamente, mi padre comienza a recitar, su voz adquiriendo una cualidad rítmica, casi hipnótica:

—Cuando dos se vuelvan uno, y uno se vuelva tres,
El velo se rasgará, y el caos reinará.
El Alba se alzará, con poder jamás contado,
Pero cuidado con la sombra, antigua y fría.
En el corazón del fuego, una elección se hará,
Entre el amor y el deber, el precio se pagará.
El camino del djinn se bifurca, dos futuros se despliegan,
En la balanza pende más que oro mortal.

Frunzo el ceño, tratando de descifrar las palabras crípticas. Cada línea parece contener múltiples significados, capas sobre capas de profecía y advertencia.

—¿Qué significa eso de que *el camino del djinn se bifurca*? ¿Se bifurca en qué?

Mi madre niega con la cabeza, sus túnicas tachonadas de estrellas brillando con el movimiento.

—No nos corresponde interpretar, solo entregar. Pero debes saber esto, Zaiah: tiempos oscuros se acercan. Tiempos que te pondrán a prueba de maneras que no puedes imaginar. Las decisiones que tomes en los días venideros moldearán no solo tu destino, sino el destino de todos los reinos.

—Lo que nos lleva a la elección —añade mi padre, su voz grave. El peso de las eras parece presionarnos, el aire volviéndose denso con el presagio.

Miro entre ellos, una sensación de temor asentándose en mi estómago. Conozco lo suficiente de mi herencia a estas alturas para saber que las elecciones ofrecidas por los djinn rara vez son simples o sin consecuencias.

—¿Qué elección?

—Puedes quedarte aquí —dice mi madre, señalando a MistHallow detrás de mí. El castillo se alza en la oscuridad, un bastión de magia y aprendizaje que se ha convertido en mi hogar—. Quedarte y enfrentar lo que viene, con todo el peligro e incertidumbre que conlleva. Permanecer junto al Alba Inmortal y capear la tormenta que se acerca.

—¿O? —insisto, sabiendo que hay más. Siempre hay más con los djinn.

—O puedes venir con nosotros —termina mi padre, sus ojos perforando los míos—. Volver a la vida que una vez conociste. La vida de un verdadero djinn, concediendo deseos, moldeando la realidad a voluntad. A salvo de la tormenta que se avecina, más allá del alcance de estas preocupaciones y batallas cósmicas.

Siento como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. ¿Volver? ¿Dejar a Adelaide y a los demás? El pensamiento envía una punzada a través de mi corazón. Estas personas se han convertido en más que amigos: son mi familia, mi hogar.

Pero entonces pienso en el poder que una vez manejé tan casualmente. La libertad de ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Ser verdaderamente inmortal, más allá del alcance del caos que parece estar envolviendo este mundo.

—No lo sé —balbuceo, desgarrado entre dos mundos, dos vidas. La elección parece imposible, cada opción conlleva su propio conjunto de consecuencias y arrepentimientos.

—Cuanto más esperes, más enredado te volverás en lo que está por venir. Los hilos del destino ya se están apretando a tu alrededor, hijo mío.

Con ese pronunciamiento ominoso, comienzan a desvanecerse, sus formas volviéndose translúcidas. Las estrellas en las túnicas de mi madre brillan más intensamente por un momento, como si se despidieran de mí.

—¡Esperen! —exclamo, con mil preguntas burbujeando dentro de mí—. ¿Qué hay de

Adelaide? ¿Las dos de ella? ¿Está en peligro? ¿Qué significa la profecía?

Pero ya se han ido, dejándome solo en el patio con más preguntas que respuestas. El aire nocturno se siente más frío ahora, las sombras más profundas. Me quedo con nada más que el eco de sus palabras y una elección imposible.

Me hundo en el suelo, con la cabeza entre las manos. Los adoquines están fríos contra mis palmas, un recordatorio del mundo físico que he elegido habitar. La elección ante mí parece imposible. ¿Quedarme y enfrentar cualquier evento apocalíptico que se avecine, posiblemente perdiendo todo lo que he llegado a apreciar? ¿O irme, volviendo a una vida de poder y libertad, pero abandonando a quienes se han convertido en mi familia?

¿Y qué hay de Adelaide? El acertijo que recitó mi padre resuena en mi mente. "Cuando dos se vuelvan uno, y uno se vuelva tres". ¿Podría realmente estar refiriéndose a las dos versiones de ella que vimos en la habitación de la torre? Y si es así, ¿cuál es la tercera? Las implicaciones son demasiado vastas, demasiado aterradoras para contemplar.

Pienso en la Adelaide que he llegado a conocer y amar. Fuerte, valiente, amable. Pienso en el poder que ahora maneja, la manera casual en que habló de crear un nuevo cuerpo, de destruir a Randall y Crimson. ¿Son realmente la misma persona? ¿O el Descenso Inmortal la ha cambiado de maneras que aún no podemos comprender?

El sonido de pasos me saca de mis pensamientos. Levanto la mirada para ver a Corvus acercándose.

—¿Zaiah? ¿Estás bien? Saliste corriendo de ahí bastante rápido.

Me levanto, sacudiéndome la ropa en un intento fútil de aparentar normalidad. —Estoy bien —miento, las palabras me saben amargas en la lengua—. Solo necesitaba algo de aire.

Me mira con escepticismo, sus ojos oscuros escrutando los míos. —¿Seguro? Parece que hubieras visto un fantasma.

Casi me río por la ironía. Si él supiera. Los fantasmas serían simples comparados con la visión que acabo de experimentar. —Solo estoy procesando todo —digo, lo cual no es del todo falso—. Es mucho para asimilar.

Corvus asiente, pasándose una mano por el pelo en un gesto muy humano de frustración. —Ni que lo digas. Un portal abierto al InfraMundo, Adelaide con poderes divinos, dos cuerpos... es como algo sacado de una pesadilla.

O de una profecía. —Las dos Adelaide son preocupantes.

—No me digas, Sherlock —replica, pero sonrío a pesar de la seriedad.

Mientras caminamos de vuelta hacia la torre, la elección que mis padres me presentaron pesa mucho en mi mente. Quedarme o irme. Enfrentar la tormenta que se avecina o retirarme a un lugar seguro. Parece imposible, pero al mismo tiempo, es fácil. No me voy a ninguna parte. Lo que tenga que pasar, pasará.

Estoy listo para ello.

ADELAIDE

LA ABRUPTA partida de Zaiah ha dejado un silencio incómodo en la habitación, roto solo por el suave crepitar de las llamas de Ignatius y el susurro de las sombras de Zephyr mientras esperamos que Corvus lo encuentre y lo traiga de vuelta.

¿Qué lo asustó tanto como para huir? ¿Fui yo? ¿Fue ver dos de mí? ¿Fue esta cosa de la visión? ¿Es el Amanecer Inmortal?

Estas preguntas dan vueltas y vueltas y vueltas en mi cabeza sin respuestas porque él no está aquí para contestarlas.

El cuerpo quemado flotando en la burbuja llama mi atención, un sombrío recordatorio de la imposibilidad de nuestra situación.

Cuando finalmente se abre la puerta y Zaiah y Corvus entran a zancadas, siento que una ola de alivio me invade. Pero la expresión en el rostro de Zaiah no aplasta ninguna de las dudas que tengo. Algo ha sucedido, algo grande.

—¿Zaiah? —susurro—. ¿Qué pasa?

Él respira hondo, sus ojos blancos encontrándose con los míos.

—Tenemos que hablar, Addy. Todos nosotros.

Los otros se reúnen alrededor. La tensión en el aire es densa y opresiva mientras esperamos que él comience.

—Creo —comienza Zaiah, con voz firme pero tensa—, que podría haber dos de ti, Addy. Dos almas, luz y oscuridad, Légère y Negra.

La habitación queda en silencio mientras sus palabras se asimilan. Mi corazón se acelera y mi mente lucha por procesar lo que está diciendo. ¿Dos de mí? La idea es tan absurda, tan aterradora, que casi quiero reír. Pero la seriedad en los ojos de Zaiah me detiene.

—¿Qué quieres decir con dos de mí? —pregunto, con la voz temblando ligeramente. Me rodeo con mis brazos, sintiéndome repentinamente expuesta, vulnerable.

—Es difícil de explicar porque realmente no lo sé. Estoy adivinando. Definitivamente te tuve en mi cabeza, antes en el bosque. Si no eras tú, ¿entonces quién era? —Hace un gesto hacia el cuerpo flotante—. Creo que cuando el Vacío se apoderó de tu cuerpo, tú todavía estabas ahí. La parte luminosa de ti. —Su expresión se llena de una agonía que me hace querer morir—. Cuando desterramos al Vacío, tú todavía estabas ahí.

—No —croó Ignatius, sacudiendo la cabeza vehementemente—. No, su madre dijo que no estaba.

—No se suponía que estuviera. Nadie ha tenido o escrito sobre almas divididas en dos. Es una teoría en psicología, ¿no?, sobre el ego y el ello. Esencialmente, eso es lo que ha sucedido aquí, pero tenemos a la Addy Luminosa... —Otra vez, hace un gesto hacia mi yo flotante y luego

baja la mano—... y la Addy oscura.

—¿Así que estás diciendo que soy malvada? —logro decir con dificultad.

Él parpadea.

—¿Te sientes malvada?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —rujo de repente en su cara—. ¿Cómo se supone que sepa cómo se siente ser malvada?

—Como si no te importara nada ni nadie más que tú misma —dice Zephyr, lanzándome una mirada sombría.

Miro fijamente a Zephyr, sus palabras golpeándome como un golpe físico.

—¿Estás diciendo que no me importa nadie más que yo misma? —La ira en mi voz me sorprende.

Zephyr levanta las manos en señal de apaciguamiento.

—No es eso lo que quise decir, Addy. Solo estoy tratando de explicar cómo podría sentirse ser malvada. No se trata de ti específicamente.

Pero sus palabras ya han echado raíces, y me encuentro examinando mis sentimientos y mis motivaciones. ¿Me importan los demás? Por supuesto que sí. Me importan estos cuatro hombres, ¿no? Pero entonces pienso en la muerte de mi madre y en lo rápido que dejé de lado mi dolor. La facilidad con la que maté a Randall y a Crimson sin remordimientos, sin trauma. ¿Es eso normal? ¿Es eso lo que haría alguien a quien le importan los demás?

—No lo sé —susurro, mi ira desinflándose en confusión y miedo—. No me siento malvada. Pero tampoco me siento completamente yo misma.

Ignatius me rodea con sus brazos, su calor envolviéndome como una manta reconfortante.

—No eres malvada, Addy. Has pasado por mucho, has tenido que tomar decisiones imposibles. Es normal sentirse diferente después de eso.

Pero la teoría de Zaiah me molesta. Dos almas. Luz y oscuridad. ¿Es posible? Y si lo es, ¿cómo es que yo soy la malvada?

—Si hay dos de mí —digo lentamente, tratando de asimilar el concepto—, entonces ¿por qué soy yo la que está despierta y hablando? ¿Por qué no está la "buena" yo en control?

La pregunta queda suspendida pesadamente en el aire. Los chicos intercambian miradas inquietas, claramente inseguros de cómo responder.

—Tal vez porque eres más fuerte —sugiere Corvus con cautela—. Los poderes del Amanecer Inmortal se manifestaron en ti, no en... ella. —Hace un gesto hacia el cuerpo flotante.

—O tal vez —añade Zephyr, con voz baja y pensativa—, es porque tú eras la que estaba libre. La otra Adelaide estaba atrapada en ese cuerpo quemado, incapaz de actuar o manifestarse.

Asiento lentamente, procesando sus palabras. Tiene cierto sentido, pero no me hace sentir mejor. Si acaso, me hace sentir peor. ¿Soy solo la sombra oscura de la verdadera Adelaide? ¿Una versión corrompida de quien se supone que debo ser?

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunto, odiando lo pequeña e insegura que suena mi voz—. ¿Cómo arreglamos esto?

Zaiah da un paso adelante, sus ojos blancos intensos mientras me mira.

—De alguna manera, tenemos que hacer que te fusiones de nuevo. Pero eso puede esperar un segundo...

—¿Puede? —chillo, interrumpiéndolo—. ¡Eso lo dices tú!

Zaiah continúa, lanzándome una mirada sucia por interrumpirlo.

—Mis padres acaban de visitarme. Vinieron con una advertencia y una elección.

Recita la críptica rima que sus padres le dieron, confundiéndome aún más.

Cuando termina, el silencio en la habitación es tan denso que se podría oír caer un alfiler. Las palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de presagio y misterio.

—¿Qué significa? —pregunta Corvus, rompiendo el silencio. Su voz es tensa y controlada, pero puedo percibir el miedo subyacente.

—No estoy seguro —admite Zaiah—. Pero creo que se refiere a Addy, a la situación en la que nos encontramos ahora. Y... —duda, sus ojos volviendo a mí— me ofrecieron una elección. Quedarme aquí y enfrentar lo que viene, o regresar al reino de los djinn.

Siento que mi corazón se salta un latido. —¿Te vas? —La idea de enfrentar todo esto sin Zaiah es casi insoportable. Perderlo ahora no es algo que pueda contemplar.

Él niega rápidamente con la cabeza, extendiendo la mano para tomar la mía. Su tacto es cálido, reconfortante. —No, no. Me quedo.

El alivio me inunda, pero dura poco al recordar el caos que se está gestando a nuestro alrededor. El portal, los dos cuerpos, esta advertencia críptica... es demasiado.

—Está bien —digo, respirando hondo. Aprieto la mano de Zaiah antes de soltarla y recomponerme. Si soy la Addy oscura, entonces la Addy oscura tiene agallas y confianza y puede hacer esto. Sea lo que sea "esto"—. Necesitamos resolver esto. El portal, los dos cuerpos, esta advertencia... necesitamos un plan.

Ignatius asiente, sus llamas parpadeando pensativas. —Empecemos con el portal. Es la amenaza más inmediata mientras la otra Addy siga en coma.

—Cierto —coincide Zephyr, sus sombras arremolinándose agitadamente—. Necesitamos cerrarlo, o al menos vigilarlo de alguna manera. No podemos arriesgarnos a que pasen más criaturas.

—¿Pero cómo? —pregunta Corvus, con el ceño fruncido.

—No creo que podamos cerrarlo —afirmo—. Está controlado por fuerzas que ni siquiera existen en este reino.

—¿Las criaturas originales? —pregunta Zephyr.

Asiento, con la mirada volviendo a la otra yo. —¿Puedes deshacerte de ella, por favor? Me está poniendo los pelos de punta.

Zaiah asiente y, con un chasquido de sus dedos, la dimensión de bolsillo desaparece de nuevo de la vista, y exhalo aliviada.

Con mi cuerpo quemado oculto de nuevo, siento que puedo respirar un poco más fácilmente. Pero los problemas que enfrentamos siguen siendo enormes y abrumadores.

—Bien, así que no podemos cerrar el portal —digo, tratando de concentrarme—. Pero necesitamos hacer algo al respecto. Tal vez podamos establecer algún tipo de protección o barrera.

Zephyr asiente pensativo. —Podría usar mi magia de sombras para crear una especie de velo a su alrededor. No detendrá todo, pero podría ralentizar las cosas y advertirnos si algo intenta atravesarlo.

—Buena idea —dice Ignatius—. Yo puedo añadir algunas protecciones de fuego también. Entre los dos, deberíamos poder crear una barrera decente.

Asiento, contenta de que al menos tengamos el comienzo de un plan. —Bien, es un comienzo. Vayamos allí ahora y veamos si podemos contenerlo y esperemos que nada más haya pasado mientras estábamos aquí charlando. —Junto las manos y me marcho, dejando a los chicos apresurarse para alcanzarme.

ADELAIDE

MIENTRAS AVANZAMOS POR EL BOSQUE, el aire se vuelve más denso y pesado con cada paso. Ha caído la noche, pero no es posible que hayamos llegado a esa hora tan pronto. Me pregunto si es por mí o por el portal. Los sonidos nocturnos habituales del bosque se han desvanecido, reemplazados por un silencio inquietante que, antes de ir al Reino Inferior, me habría puesto los nervios de punta. Ahora, encuentro paz en la quietud. El poder dentro de mí responde a algo, una sensación de tirón que se hace más fuerte a medida que nos acercamos al lugar donde está el portal.

—Está justo adelante —digo en voz baja, sin querer perturbar el silencio.

Los chicos se tensan a mi alrededor, listos para cualquier cosa. Avanzamos con cautela, cada paso nos acerca más a lo desconocido.

Mientras nos acercamos al círculo de piedra, el portal al Reino Inferior, una grieta en el tejido de la realidad, pulsa con una luz brillante. Pero algo está mal. El área alrededor del portal se ve diferente.

—Oh, mierda —susurra Corvus a mi lado.

Sigo su mirada y parpadeo. La tierra cerca del portal ha sido devorada, dejando una extensión estéril y sin vida. No es un área grande, tal vez dos pies de diámetro, pero es un abismo notable donde debería estar el reino sobrenatural.

—Está devorando el reino —declara Zephyr—. El portal está consumiendo nuestro mundo.

Las implicaciones me golpean. Si no se controla, este portal devorará todo el reino sobrenatural.

—Necesitamos contener esto. Ahora —dice Ignatius, dando un paso adelante, listo para actuar.

Zephyr asiente, sus sombras ya se extienden hacia el portal. —Comenzaré con la barrera de sombras. Ignatius, tú trabaja en las protecciones de fuego.

Mientras comienzan su trabajo, con Zaiah actuando como potenciador, me quedo allí, sintiéndome... conflictuada. Debería estar ayudando. Después de todo, esta es mi área para brillar. Darle a su poder un impulso muy necesario para crear protecciones impresionantes.

Pero.

El gran pero en el bosque es que no quiero hacerlo.

Me alejo de ellos y aprieto los puños, tratando de no pensar en el otro elefante en el bosque.

La otra yo.

La yo "buena", yaciendo en coma en una dimensión de bolsillo en mi habitación.

Las palabras de Zaiah resuenan en mi mente. Dos almas. Luz y oscuridad. Y yo soy la oscura.

Ahora sé que es cierto. No quería creerlo, pero no hay forma de negarlo. Cuanto más pienso en cómo me siento realmente por dentro, sé que no soy la buena.

Al volverme cuando siento la mirada de Corvus sobre mí, observo cómo las sombras de Zephyr tejen una intrincada barrera alrededor del portal, mientras que el fuego de Ignatius forma runas protectoras en el aire. Trabajan en perfecta sincronía, su magia complementándose hermosamente. Es una impresionante demostración de poder y control, ayudada por el djinn, quien me da una sonrisa maliciosa.

Se la devuelvo.

Y todo en lo que puedo pensar es: Podría destruir todo esto con un solo pensamiento.

Podría derribar sus barreras, ensanchar el portal, dejar que el Reino Inferior se derrame en el nuestro. Una parte de mí incluso quiere hacerlo, solo para ver qué pasaría.

—¿Addy? —la voz de Corvus interrumpe mis pensamientos en espiral—. ¿Estás bien?

Me giro para mirarlo, viendo la preocupación en sus brillantes ojos azules.

—Estoy bien —miento, forzando una sonrisa.

No parece convencido, pero mi mente sigue volviendo al otro problema. La otra yo. ¿Qué voy a hacer con ella? Mi pensamiento inicial es que necesito averiguar cómo fusionarnos de nuevo. Pero, ¿es posible, y si es así, qué pasa con el cuerpo quemado? O peor aún, ¿qué pasa con *este* cuerpo? ¿Seré arrojada al comatoso?

Lo único que sé es que no se puede permitir que una Addy verdaderamente *buena* ande por ahí. Dudo que pueda matarla, así que eso significaría que tengo que traerla de vuelta a mi cuerpo y luego aplastarla. Solo un poco. No quiero que el dolor de la muerte de mi madre me persiga, pero tampoco quiero perder lo que tengo con los chicos. Se alejarán de mí si no tengo *algo* de *ella* dentro de mí.

Ahora mismo, la emoción que siento al usar mis poderes y por la destrucción a nuestro alrededor es la yo oscura, la yo *real*.

Estar libre de las restricciones de la moralidad y la empatía es un buen lugar para estar. Puedo ver los atractivos de ello, pero no quiero perder a los chicos. Todo vuelve a eso. Ellos son mi todo ahora; incluso la oscuridad que gira en mi alma no puede aplastar eso.

La lujuria que me golpea de repente está alimentada por una obsesión más que por la necesidad de estar con los hombres que amo. La obsesión de ser poseída por estas criaturas poderosas, llevada al epicentro de un orgasmo cataclísmico que sacudirá mundos.

Sin previo aviso, agarro a Corvus y lo acerco. —Te necesito. Ahora.

Sus ojos se abren de sorpresa, pero antes de que pueda responder, lo beso ferozmente. No es gentil ni amoroso. Es hambriento, desesperado, casi violento en su intensidad. Mis colmillos se alargan, desgarrando sus labios con una salvajismo que lo hace gemir y apretarme más contra él.

Es real. Es visceral. Ahoga todo lo demás excepto mi necesidad de ser satisfecha de maneras que solo estos hombres pueden hacerlo.

Ahora mismo, lo único que importa es esto. El calor, el deseo, la necesidad animal y cruda.

Siento una emoción que nada tiene que ver con el placer físico.

Soy la Adelaide oscura.

Y una parte de mí está empezando a aceptarlo.

Esta realización debería aterrorizarme. Pero todo lo que siento es una sensación de libertad, de poder.

Arranco la camisa de Corvus para revelar sus duros abdominales.

Trazo las líneas definidas de sus músculos, deleitándome con la suavidad de su piel. Él gruñe cuando arrastro mis garras por su pecho, dejando marcas rojas a su paso. Puedo oír el gruñido

bajo que se forma en su garganta, y solo alimenta aún más mi deseo.

Corvus nos hace rodar y agarra mis muñecas, inmovilizándolas sobre mi cabeza. Sus ojos están oscuros de lujuria, y el destello de sus colmillos brilla cuando se inclina para besarme, empujando su lengua en mi boca con una fuerza que me deja sin aliento.

—Joder, te necesito —gruñe y desgarra mi ropa, dejándola hecha jirones a mi alrededor.

Su cuerpo está duro contra el mío, su miembro listo para la acción. Me arqueo hacia él, desesperada por más contacto, más fricción. Gimo cuando acaricia mi pecho, su pulgar rozando mi pezón antes de pellizcarlo lo suficientemente fuerte como para hacerme chillar y retorcerme más cerca de él.

Captura el sonido con su boca, tragándose mis gemidos mientras su otra mano viaja por mi cuerpo, provocándome y atormentándome. Muevo mis caderas, tratando de acercarme más, de obtener algo de alivio del placer creciente.

De repente, Corvus se retira, sus ojos ardiendo de deseo. —Quiero verte deshacerte —dice, su voz baja y áspera. Suelta mis muñecas y se sienta sobre sus talones, tirando de mí hacia su regazo. Acaricia mi clítoris, rodeándolo lentamente al principio, luego más rápido y más fuerte. Grito, mi cuerpo tensándose mientras el placer aumenta.

Intento alcanzarlo, necesitando sentirlo cerca, pero él agarra mis manos y las inmoviliza detrás de mi espalda, manteniéndome en su lugar. —Sé una buena chica para mí, Addy —murmura.

Jadeando, hago lo que quiere, solo para que siga haciéndome sentir tan bien. ¿O debería decir tan mal?

Suelta mis muñecas y trabaja mi clítoris con una mano mientras la otra recorre mi cuerpo, provocando mis pechos y pellizcando mis pezones. Gimo y me retuerzo en su regazo, mi cuerpo en llamas de deseo. Me estoy acercando, la presión aumentando hasta que no puedo soportarlo más. Grito cuando llego al clímax, mi cuerpo temblando con la fuerza de mi liberación.

Corvus me sostiene con fuerza mientras cabalgo las olas de placer, sus dedos aún trabajando mi clítoris, llevándome a través de las olas de puro placer. Baja sus dedos y los presiona dentro, solo para congelarse.

—Maldita sea —gruñe y retira su mano como si mi sexo lo hubiera mordido.

—¿Qué? —jadeo, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello—. ¿Qué pasa?

Me levanta de su regazo y me coloca en el suelo, levantándose y retrocediendo.

—¿Qué? —pregunto ahora, el temor reemplazando mi deseo—. ¿Qué hice?

Traga visiblemente y mira a los otros chicos.

—Los hechizos de protección están listos —interviene Ignatius, cortando la tensión que ha descendido como una manta fría y húmeda.

—¿Qué pasa? —pregunta Zaiah, desnudándose para unirse.

—Ella es una... Addy es virgen —suelta Corvus, deteniendo a Zaiah en seco con su camiseta a medio quitar.

—¿Qué? —espeto, ahora enfadándome—. ¡No seas idiota! Hemos tenido sexo antes, ¿recuerdas?

Silencio.

La moneda cae sobre mi cabeza como una maldita roca, y jadeo.

Pero entonces, Zephyr se ríe, sacudiendo la cabeza con incredulidad. —Bueno, esto es inesperado.

Ignatius, por otro lado, todavía parece atónito, y Corvus parece estar a punto de huir. Zaiah —todavía no puedo ver su cara por su camiseta— murmura algo ininteligible.

—Tu nuevo cuerpo claramente es... nuevo —señala Zephyr innecesariamente, ya que todos estamos al día ahora.

—Sí, gracias por el comentario —digo rígidamente, levantándome también para alcanzar mi ropa.

Corvus es rápido en detenerme. —Addy...

—No, no me des palabras vacías. Claramente todos están incómodos con esto...

—¿Quién dijo que lo estábamos? —exige—. Esto fue una sorpresa, pero tiene mucho sentido.

—Entonces, ¿quién va a desvirgarla? —pregunta Zaiah, saliendo de debajo de su camiseta, afortunadamente en la dirección en la que iba en primer lugar.

Mis ojos se ensanchan y siento que mis mejillas se calientan mientras todos me miran como panteras listas para saltar.

Los niveles de seducción suben un poco, y trago saliva, retrocediendo un poco.

—Quien llegue a ella primero —gruñe Corvus y salta hacia mí.

ADELAIDE

CHILLANDO de pánico mientras los cuatro hombres se lanzan hacia mí, con Corvus a la cabeza, mi instinto de lucha o huida se activa y me alejo corriendo de ellos.

—Así es, Pequeña Muñeca —grita Zephyr—. Corre. Déjanos cazarte.

—¡Ah! —grito mientras me lanzo al bosque, con hojas y ramas azotando mi rostro mientras huyo en pánico.

Tanto por ser la badass criatura del Descenso Inmortal.

—Cállate —murmuro mientras corro, con mis tetas rebotando ya que estoy completamente desnuda. No es que no quiera tener sexo con los chicos, sí lo quiero. *Sin embargo*, y esto es algo bastante grande, como estoy segura de que otras mujeres estarían de acuerdo, recuperar mi virginidad en un giro de eventos sorprendente y tener que perderla de nuevo por uno de los chicos que me está cazando y que sea el primero en alcanzarme, en medio del bosque mientras potencialmente el mundo se está acabando, es *algo* que no quiero experimentar particularmente. —¡Mierda! —jadeo mientras aumento la velocidad, utilizando al vampiro dentro de mí para agacharme y esquivar. Corvus me está ganando terreno. Puedo escucharlo justo detrás de mí.

Grito y me desvío cuando Zephyr aparece frente a mí, reformándose de un remolino de sombras. Intenta atraparme, pero ya me he ido.

Entonces me relajo.

Con un fuerte alarido, dejo libre al vampiro, con mis músculos ondulando debajo de mi piel. Mis sentidos se agudizan y el mundo a mi alrededor se precipita mientras pongo una seria distancia entre los chicos y yo. Me río para mis adentros, sintiendo el poder corriendo por mis venas.

Puedo oír a los chicos maldiciendo detrás de mí mientras luchan por encontrarme, pero soy demasiado rápida para ellos. El viento me azota, echando mi cabello hacia atrás de mi rostro, y me siento más viva de lo que jamás he estado antes.

Ignatius intenta cortarme el paso, su forma ardiente abriéndose camino a través del sotobosque, pero salto sobre un tronco caído y lo esquivo. Zaiah aparece frente a mí, pero estoy lista para él. Freno de golpe y giro, con mis pies descalzos hundiéndose en la tierra suave. Me sonríe y desaparece en una nube de humo, reapareciendo detrás de mí. Ruedo hacia un lado justo cuando Corvus se lanza sobre mí, con los colmillos al descubierto.

Me abro paso entre los árboles, esquivando y serpenteando mientras los chicos intentan rodearme. Puedo oír sus pisadas estrellándose contra el sotobosque, pero soy demasiado rápida para ellos. Mi corazón late a toda velocidad y puedo sentir la adrenalina corriendo por mis venas. Me estoy divirtiendo como nunca antes.

El viento silba en mis oídos mientras me abro paso entre los árboles, pero los chicos son

implacables.

Cuando irrumpo en un claro, me doy cuenta demasiado tarde de que me han conducido hacia un obstáculo: el borde de un acantilado empinado. Oigo sus risas a la distancia, su oscuro humor burlándose de mí. Freno en seco en el borde del acantilado, jadeando con fuerza mientras miro a mi alrededor, buscando una escapatoria. Pero es inútil; me tienen acorralada.

Zephyr aparece de entre los árboles, con una sonrisa burlona en su rostro mientras se acerca a mí. —Ya no hay a dónde correr, Pequeña Muñeca.

Enderezo los hombros, sabiendo que mi habilidad para transformarme en un murciélago puede salvarme. Pero ¿dónde está la diversión en eso? —Entonces, ¿quién va a ser? —pregunto, mirando entre los cuatro mientras emergen de las sombras que me rodean.

Se miran entre ellos, y luego Corvus da un paso al frente, con una sonrisa maliciosa extendiéndose por su rostro. —Creo que es mi turno, Addy.

Se acerca para tomarme, pero me aparto rápidamente, riendo mientras evado su agarre. Puedo sentir el frenesí de la persecución recorriendo aún mi cuerpo, agudizando mis sentidos y haciéndome sentir invencible.

Ignatius intenta acoralarme, su forma ardiente chamuscando la tierra bajo sus pies, pero soy demasiado rápida para él. Salto sobre un tronco caído y lo esquivo, con mis pies descalzos apenas tocando el suelo.

Zaiah aparece frente a mí, sus ojos traviesos brillando de emoción. —¿Te rindes, Addy? —pregunta, con una sonrisa burlona en las comisuras de su boca.

Ruedo los ojos y me desvío hacia un lado, pero él es más rápido de lo que anticipé. Me atrapa por la cintura y me levanta del suelo, haciéndome girar en un círculo vertiginoso.

—No lo creo —digo, luchando por liberarme de su agarre.

Pero antes de que pueda escapar, Corvus está ahí, con los colmillos al descubierto mientras se lanza sobre mí. Logro librarme del agarre de Zaiah.

Me doy la vuelta para correr, pero Zephyr me bloquea el paso. Levanta las manos en señal de rendición fingida, con un brillo malicioso en sus ojos. —No hace falta correr, Pequeña Muñeca. No te haremos daño.

Echo un vistazo a mi alrededor, intentando recuperar el aliento al darme cuenta de que estoy rodeada de nuevo. Zaiah e Ignatius se han acercado más, sus miradas intensas y depredadoras. Mi corazón se acelera al sentir un escalofrío de miedo y emoción.

—¿Quién será entonces? —pregunto de nuevo, con la voz temblando ligeramente.

Corvus da un paso al frente, con los ojos clavados en los míos. —Te vi primero, así que eres mía para reclamar —gruñe.

—Yo digo que le demos algo para que realmente lo sienta —dice Zephyr, enviando tenues sombras para apretar mis muñecas y tobillos—. Tú la viste primero, concedido, pero yo la vi segundo. ¿Podrán dos pollas apretarse dentro de esa coñito virgen al mismo tiempo, Pequeña Muñeca? ¿Te romperá eso?

Lucho contra las sombras que me atan, con la respiración entrecortada. —No te atreverías —escupo.

Zephyr esboza una mueca burlona, sus ojos oscuros brillando con picardía. —Oh, sí me atrevería, Pequeña Muñeca. Y creo que te gustaría.

—Estás loco —digo, intentando liberarme. Pero las sombras son demasiado fuertes, y estoy empezando a sentirme un poco mareada, un tanto agotada por la energía que expulsé y a la que no estoy acostumbrada.

Tiemblo, y Corvus aprovecha mi momentánea distracción para acercarse más. Aprieta su

cuerpo contra el mío, desabrochándose los pantalones para que su polla quede libre.

Mi corazón se acelera al sentir el roce de sus colmillos en mi piel, y sé que no hay vuelta atrás. Respiro hondo y cierro los ojos, preparándome para lo que sin duda será una agonía.

Pero en el fondo, sé que Zephyr tiene razón. Me *gustará*. Lo quiero. Quiero sentir el dolor, la quemazón, la humillación de perder mi virginidad con dos pollas al mismo tiempo. Lo necesito.

Zephyr se mueve rápidamente detrás de mí, manteniéndome atada con sus sombras. Corvus agarra su polla mientras Zephyr me levanta un poco con los tenues hilos de su magia. Me tenso al sentir su polla presionando contra mi coño por detrás.

—¿Estás lista para esto, Pequeña Muñeca? —murmura.

—Sí —jadeo, oyendo el anhelo en mi voz.

Ellos también lo oyen, ya que ambos empujan dentro al mismo tiempo, atravesando directamente mi barrera virginal y enterrándose profundamente en mi interior.

Grito por la quemazón. Siento como si mi coño estuviera en llamas, pero el ansia por el dolor hace que todo lo demás desaparezca.

Incluso el dolor.

Jadeo mientras Corvus y Zephyr me montan con fuerza, sin mostrar ninguna piedad por haber sido virgen hace dos segundos. Empujan dentro de mí, sus movimientos bruscos e implacables. Puedo sentir cada centímetro de ellos en mi interior, estirándome hasta el límite. Es doloroso, pero hay un placer en ello, una sensación que nunca antes había experimentado.

Mi visión está borrosa mientras intento enfocarme en la escena a mi alrededor. Zaiah e Ignatius nos observan, sus miradas oscuras y hambrientas.

Corvus se inclina, sus colmillos rozando mi cuello mientras me susurra al oído. —¿Te gusta, Addy? ¿Te gusta que te arrebaten la inocencia? ¿Te gusta ser nuestra pequeña muñeca?

Asiento, incapaz de formar palabras, mientras una oleada de placer me invade. Las manos de Zephyr están en mis caderas, manteniéndome en mi lugar, dejándome magullada mientras empuja más profundamente.

Me estoy acercando, mi cuerpo temblando por el esfuerzo de mantenerme. Los colmillos de Corvus se hunden más profundamente en mi cuello, y lanzo un grito mientras me rindo a la decadencia y la emoción.

Mi orgasmo me atraviesa como un huracán, desgarrándome y dejándome temblando a su paso. Corvus y Zephyr se estrellan contra mí, sus movimientos volviéndose más frenéticos.

Un deseo primitivo y profundo corre por mis venas, y gruño en voz alta, extendiendo colmillos y garras. Quiero entregarme a ellos por completo, dejar que me consuman y me hagan suya.

Los colmillos de Corvus se retraen de mi cuello mientras echa la cabeza hacia atrás con un rugido, su orgasmo atravesándolo como una bestia salvaje. Zephyr lo sigue, alcanzando el clímax momentos después mientras se entierra más profundamente en mi interior.

Cuando ambos se retiran, siento que se abre un vacío en mi interior, un anhelo profundo que solo ellos pueden llenar. Ignatius y Zaiah dan un paso al frente, sus ojos brillando con un hambre feroz. Sé lo que viene a continuación, y lo acojo con los brazos abiertos.

Dejo escapar un grito ahogado cuando Zaiah me levanta, sus fuertes brazos me aprietan contra su pecho. No pierde tiempo en reclamar mis labios, su lengua danza con la mía en una feroz batalla por el dominio. Gimo dentro de su boca, sintiendo sus manos recorrer mi cuerpo, explorando cada curva y ángulo.

Ignatius se mueve detrás de mí, sus dedos trazan mi columna vertebral antes de llegar a agarrar mis nalgas. Las aprieta suavemente, atrayéndome hacia él mientras presiona su dura

verga contra mi espalda baja. Puedo sentir el fuego ardiendo más intensamente con cada caricia.

Zaiah rompe el beso, su respiración es pesada mientras muerde mi cuello, marcándome. Ignatius aprovecha la oportunidad, tirando de mi cabeza hacia un lado para capturar mis labios en un beso abrasador. Su lengua es como una llama, consumiéndome desde adentro.

Cada caricia, cada beso, cada mordida reclamante enciende la excitación en un rugiente infierno. No deseo nada más que entregarme a estos hombres, dejar que me tomen de todas las formas imaginables.

Los dedos de Zaiah encuentran el camino hacia mis pechos, estimulando mis pezones hasta dejarlos duros. La mano de Ignatius golpea mis nalgas, el escozor envía una descarga de placer directo a mi núcleo.

Estoy perdida en un torbellino de sensaciones mientras me tocan, me reclaman. Los labios de Zaiah se desplazan a mis pechos, chupando y mordiendo hasta que grito de éxtasis. Los dedos de Ignatius encuentran mi clítoris, frotando círculos a su alrededor mientras susurra palabras sucias en mi oído.

Soy un revoltijo de placer mientras me acarician, cada caricia enviándome más alto. Los dientes de Zaiah son afilados cuando muerde mi pezón y grito al deshacerme, mi cuerpo se convulsiona en su agarre.

No me da tiempo a recuperarme antes de embestir su verga dentro de mí, y jadeo. Mi coño está en carne viva, sangrando ligeramente por la desvirginización con doble pene, pero lo acepto.

Los movimientos de Zaiah son rápidos e implacables, como si estuviera tratando de reclamar una parte de mí que nadie más puede tocar. Mientras tanto, Ignatius es lento y deliberado, sus dedos me atormentan mientras besa mi cuello.

Estoy perdida en un mar de placer, mi cuerpo respondiendo a cada orden suya. No estoy segura de cuánto más puedo aguantar, pero al mismo tiempo, nunca quiero que termine.

De repente, Zaiah sale de mí y me coloca en el suelo, posicionándome a cuatro patas. Ignatius aprovecha la posición, deslizándose dentro de mí por detrás. Zaiah se mueve hacia mi cabeza, guiando su verga hacia mi boca.

Gimo alrededor de él mientras pruebo mi sangre y el semen que lo recubre. Ignatius empuja profundamente, la sensación de estar llena en ambos extremos enciende mi lujuria. El agarre de Zaiah en mi cabello está apretado mientras folla mi boca, sus movimientos se vuelven más frenéticos.

Estoy al borde del orgasmo. Justo cuando creo que no puedo soportar más, Zaiah gime y se viene, su semen llenando mi boca. Lo trago ávidamente mientras Ignatius aumenta el ritmo, sus dedos hundiéndose en mis caderas.

Con una última embestida, se vierte dentro de mí, su verga palpitando mientras se vacía. Me derrumbo sobre el suelo del bosque, jadeando y temblando de necesidad.

—Bebe de mí —murmura Corvus, arrodillándose a mi lado y ofreciéndome su cuello.

Sin vacilar, hundo mis colmillos en su cuello y bebo profundamente, sintiendo el poder de su sangre corriendo por mis venas. Mientras bebo, puedo sentir cómo mi cuerpo se cura, el dolor y el agotamiento se desvanecen.

Corvus gime, sus manos se enredan en mi cabello mientras bebo. Cuando finalmente me aparto, puedo ver la satisfacción en sus ojos. Se inclina y captura mis labios en un beso profundo y apasionado, probándose a sí mismo en mi lengua.

—Ahora eres mía —gruñe, sus palabras enviando un escalofrío a mi alma oscura.

No tengo tiempo de responder antes de que Zephyr agarre mi barbilla, obligándome a mirarlo. —Eres nuestra. Siempre. Para siempre. No importa qué cuerpo, no importa qué alma —

dice—. ¿Entiendes, Pequeña Muñeca?

—Sí —jadeo—. Siempre seré vuestra.

—Bien —dice y me suelta bruscamente—. Necesitamos volver a MistHallow y encontrar una forma de fusionar tus almas. Los gemelos no me van.

Parpadeo ante la dureza de sus palabras, pero luego sonrío lentamente, ya que su tono hace algo con la oscuridad dentro de mí. Agarro la mano de Zephyr, obligándolo a mirarme. Sus oscuros ojos se encuentran con los míos, llenos de lujuria y algo más profundo remolino en sus profundidades.

—¿Y si no quiero fusionarme? —pregunto, mi voz es baja y desafiante—. ¿Qué pasa si me gusta ser esta versión de Adelaide?

Su expresión se endurece. —Esa no es una opción, Pequeña Muñeca.

Aparto mi mano, levantándome a pesar del dolor en mi cuerpo. —No te corresponde decidir eso. A ninguno de vosotros —miro a todos, sintiendo una oleada de poder.

Rápido como un rayo, extiende la mano y me agarra por el cuello, azotándome contra un árbol cercano, sacudiéndome los huesos.

Me río perversamente, disfrutando enormemente de esto.

—Harás lo que tu Amo diga —afirma, con los ojos duros—. No te rebeles contra mí en esto, Adelaide. ¿Estamos claros? —aprieta aún más su agarre, clavándome sus ojos púrpuras.

Debería mandarle al infierno, pero esta parte de mí que está disfrutando del juego, sonríe. —Sí, Amo. Estamos claros.

ZEPHYR

MIRO FIJAMENTE a los ojos de Adelaide, buscando algún indicio de la dulce y compasiva chica de la que nos enamoramos. Pero todo lo que veo es oscuridad, un brillo malicioso que me asusta incluso mientras enciende un fuego en mi interior. Esta versión de ella es embriagadora, peligrosa y completamente irresistible.

Pero no es ella.

No podemos dejar que se quede así. El destino de todos los reinos está en juego, y necesitamos a la Adelaide completa —luz y oscuridad en equilibrio— para enfrentar lo que se avecina.

—Buena chica —murmuro, aflojando mi agarre en su garganta pero sin soltarla por completo. Puedo sentir su pulso acelerado bajo mis dedos, su emoción me estremece—. Ahora, volvamos a MistHallow y averigüemos cómo hacerte completa de nuevo.

Ella asiente, pero puedo ver la rebelión hirviendo en sus ojos. Esto no ha terminado, ni por asomo. Pero por ahora, seguirá el juego.

La suelto y doy un paso atrás, observando cómo se queda allí parada. Los otros también la observan, sus ojos hambrientos a pesar de haberla tomado hace poco. Ella tiene ese efecto en nosotros: nunca tenemos suficiente.

—Ropa —dice Corvus con brusquedad—. Las arruiné.

—Fácil de arreglar —murmuro y la visto con magia.

—Aguafiestas —hace un puchero hacia mí.

Es demasiado sexy para resistirse, así que no lo hago. Me acerco y tomo ese labio inferior entre mis dientes, tirando con fuerza, deleitándome con su jadeo de dolor y placer. Mientras suelto su labio, mantengo mi rostro cerca del suyo, nuestros alientos entremezclándose.

—No me provoques, pequeña muñeca —advierto, con voz baja—. Puede que creas que tienes el control, pero no tienes idea de lo que soy capaz.

Sus ojos destellan con desafío y emoción. —¿Eso es una amenaza o una promesa? —ronronea.

A regañadientes, me alejo de ella sin responder. Tenemos asuntos más urgentes que atender que este peligroso juego del gato y el ratón.

Mientras regresamos por el bosque, noto cómo Adelaide se mueve diferente ahora. Hay una gracia depredadora en sus pasos, una confianza que raya en la arrogancia. Es seductora y aterradora porque sé que no es ella.

Los demás también parecen notarlo, pero nadie dice nada.

Llegamos al borde del bosque, con MistHallow alzándose ante nosotros. Adelaide se detiene, mirando hacia la imponente estructura.

—Hogar, dulce hogar —dice, pero hay un tono en su voz que me inquieta.

Al entrar a los terrenos, Adelaide se detiene de repente, sus ojos entrecerrados mientras escanea el patio. —Algo no está bien —sisea, su cuerpo tensándose como un resorte comprimido.

Sigo su mirada pero no veo nada fuera de lo común. Bueno, aparte del hecho de que MistHallow está desierto y en medio de reparaciones. Pero los instintos vampíricos de Adelaide deberían ser agudos, y ahora, con su lado oscuro al control, están aún más intensificados.

—De acuerdo —murmura Corvus, escaneando el área.

Las fosas nasales de Adelaide se dilatan. Está olfateando el aire. Es un comportamiento distintivamente vampírico, uno que nunca le había visto usar antes. Esta oscuridad la ha hecho abrazar su naturaleza, lo cual normalmente diría que es bueno, pero no hay nada *bueno* en esta Adelaide.

—Sangre —dice, su voz baja y ronca—. Sangre fresca. Y miedo. Mucho miedo. —Sale disparada, y la seguimos sin cuestionarla.

Cerca de la entrada principal, una figura yace desplomada en el suelo, un charco oscuro extendiéndose debajo.

—Mierda —murmuro, ya moviéndome hacia la escena. Pero Adelaide es más rápida, prácticamente difuminándose mientras corre delante de nosotros.

Para cuando la alcanzamos, ya está arrodillada junto a la víctima. La profesora Hartridge con el cuello desgarrado.

—¿Está muerta? —pregunto.

Adelaide niega con la cabeza, sus dedos presionados contra el cuello de la profesora. —No. Pero está inconsciente. ¿Qué pasó aquí mientras estábamos fuera?

—Yo.

Frunzo el ceño ante la voz familiar y levanto la mirada, con los ojos abriéndose de sorpresa mientras me pongo de pie y levanto a Addy.

—Tú —sisea ella—. Vuelve a tu caja.

—Ni de coña, zorra —dice la otra Adelaide, su cuerpo aún gravemente quemado pero sanando rápidamente, ya que claramente ha bebido de la profesora a nuestros pies.

—¿Cómo saliste de la dimensión de bolsillo? —sisea Zaiah, más enojado porque su pequeña prisión no la contuvo, al parecer, que por el hecho de que nos hemos equivocado gravemente en nuestra evaluación de estas dos Adelaides.

—Nada puede contenerme —afirma, con los ojos fijos en nuestra Addy—. Ni siquiera tú.

Addy gruñe y se lanza hacia adelante, pero la otra Adelaide sale disparada en un remolino de negrura que envía una ola de puro hielo y terror sobre los terrenos de la academia.

—¡Mierda! —gruñe Adelaide, girándose para enfrentarnos. Sus ojos están salvajes, las pupilas dilatadas por la rabia y la sed de sangre—. ¡No podemos dejar que escape!

—Parece que no tenemos mucha opción —gruño.

—Eso lo dices tú —sisea ella.

—¡Mierda! —maldigo, agarrando el brazo de Addy antes de que pueda perseguir a su doble —. Necesitamos un plan. No podemos simplemente...

—Suéltame —gruñe Addy, liberando su brazo con una fuerza sorprendente—. Voy a despedazar a esa zorra.

—Adelaide, detente —ordena Corvus, su voz impregnada de compulsión. No funciona. Por supuesto que no. Esta versión de Addy es demasiado poderosa, demasiado desquiciada.

Ella se vuelve hacia él, con los colmillos al descubierto. —Ni se te ocurra intentar

controlarme.

—Vale, todos, calmaos —interviene Zaiah, levantando las manos en señal de apaciguamiento —. Tenemos que pensar bien en esto. Ya es bastante malo tener a dos Adelaides dando vueltas. No podemos dejar que además destrocen la academia.

—Sin mencionar que no podemos dejar que peleen. ¿Quién sabe qué pasará si chocan? —añado.

—¡Dejad de hablar de mí como si no estuviera aquí! —gruñe Addy y sale volando, transformándose en murciélago y siguiendo la trayectoria de la negrura tintada.

—¡Genial! —espeto—. ¿Y ahora qué?

—Yo la seguiré —dice Corvus, saltando ya al aire y transformándose, volando tras Addy.

—Vale —digo, presionando mis dedos contra mis ojos por un segundo antes de bajarlos—. Esto es un desastre. Nadie más la siga. Cuanto más nos separemos, más se complica este lío. ¿De acuerdo?

—Entendido —dice Ignatius—. Entonces, ¿estamos asumiendo que cometimos un error y que la Adelaide oscura es la que viene de la dimensión de bolsillo?

—Sí, imbécil —espeta Zaiah, aún enfadado por su escape.

—Vale, solo preguntaba, maldito idiota —sisea Ig.

—Basta. Tenemos cosas más importantes que resolver que vuestras peleas. Vamos a llevar a la profesora adentro y ver si podemos curarla. —Me agacho para recoger la forma inerte de la profesora Hartridge.

—Zaiah, ¿puedes usar tu magia para estabilizar su energía? —pregunto mientras nos apresuramos hacia la enfermería.

Él asiente, colocando una mano en la frente de la profesora. Un suave resplandor dorado emana de su palma, penetrando en su piel. Su respiración se vuelve más regular, pero permanece inconsciente.

—Eso debería mantenerla estable por ahora —dice Zaiah, con el ceño fruncido por la concentración—. Pero ha perdido mucha sangre, y creo que la mala Addy podría haberla envenenado o algo así. Mirad...

Señala las venas de la profesora, que brillan en verde bajo su piel.

—Nada bueno —murmuro.

Mientras irrumpimos en la enfermería, coloco cuidadosamente a la profesora Hartridge en la cama intacta más cercana. —Zaiah, quédate con ella. Ignatius y yo buscaremos por la academia, a ver si podemos encontrar a Blackthorn.

—¿Qué pasó con lo de no separarnos?

—No podemos ir todos arrastrándola por el campus, y ninguno de nosotros es sanador. ¿Tienes una mejor idea?

Zaiah frunce el ceño pero asiente de mala gana. —De acuerdo. Pero tened cuidado. No sabemos qué más puede estar acechando por aquí.

Ignatius y yo salimos apresuradamente de la enfermería, con los sentidos en alerta máxima. Los pasillos están silenciosos, el habitual bullicio de la vida estudiantil ha sido reemplazado por un silencio opresivo.

—Esto está jodido —murmura Ignatius mientras doblamos una esquina—. Esto está seriamente jodido.

Niego con la cabeza, estando completamente de acuerdo. —Capitán Obvio al rescate.

Me da un puñetazo, pero lo ignoro y me concentro en llegar a Blackthorn. El lío que tenemos que arreglar se está haciendo más grande con cada hora que pasa y algo me dice que se va a

poner mucho peor antes de mejorar.

ADELAIDE

MIS ALAS CORTAN el cielo nocturno mientras persigo a mi doppelgänger. Puedo oír a Corvus detrás de mí, su forma más pequeña de murciélago luchando por mantener el ritmo. Pero no puedo reducir la velocidad, no puedo esperar. La necesidad de atraparla, de terminar con esto, me está desgarrando.

El viento azota a mi paso mientras vuelo, mis sentidos mejorados captan cada matiz de la noche. Puedo oler el miedo que persiste en el aire y escuchar los latidos frenéticos de las criaturas que huyen de nuestro camino. Pero todo eso se desvanece en el fondo mientras me concentro en mi presa.

Es rápida, tengo que admitirlo. Pero yo lo soy más. La estoy alcanzando con cada aleteo, la distancia entre nosotras se reduce.

De repente, su forma negra como la tinta se lanza en picado hacia la línea de árboles del bosque. La sigo sin dudar, precipitándome tras ella. El suelo se acerca rápidamente, los árboles se alzan cada vez más grandes por segundo. En el último momento posible, ella se eleva y se entrelaza entre los troncos.

Imito sus movimientos, mi forma más grande hace que sea más difícil navegar por el denso bosque. Pero me niego a dejar que escape. No ahora, no cuando estoy tan cerca.

Finalmente, irrumpimos en el claro donde está el portal. Tan pronto como salimos de los árboles, acelero con un impulso extra. Con un chillido triunfante, cambio de forma y me estrello contra ella, de alguna manera capaz de tocarla.

Ella vuelve a su forma humana cuando golpeamos el suelo del bosque, rodando por el suelo cubierto de hojas en un enredo de extremidades. Cuando nos detenemos, estoy encima, inmovilizándola con toda mi fuerza.

Y, estoy desnuda.

—Maldita sea —gruño, pero supongo que tiene sentido. La ropa mágica aparentemente no es inmune a los cambios de forma.

Ella se ríe, mi risa, y me estremezco interiormente. Su cara todavía está quemada pero sanando incluso mientras la miro. —¿De verdad pensaste que sería tan fácil? —sisea.

Antes de que pueda reaccionar, se retuerce debajo de mí, usando sus piernas para voltearnos. Ahora ella está encima, sus manos envolviendo mi garganta.

—Eres patética —escupe—. ¿Crees que eres la verdadera Adelaide? No eres más que una versión débil y diluida de lo que podríamos ser.

Lucho contra su agarre, mi visión empezando a nublarse. —Que te jodan —logro decir con dificultad—. ¡No eres nada!

Su risa es cruel, burlona. —Oh, por favor. Eres solo una cáscara, un recipiente vacío

pretendiendo estar completo. Yo soy la que tiene el poder, la que ha abrazado lo que realmente somos.

Mientras sus palabras me envuelven, algo dentro de mí se rebela. No. Esto no está bien. Esto no es quien *yo* soy. Ella es yo, y yo soy ella. Por mucho que ese pensamiento me duela, es un hecho.

Con un rugido de desafío, reúno mis fuerzas, rompiendo su agarre y empujándola lejos de mí. Ambas nos ponemos de pie rápidamente, rodeándonos con cautela mientras Corvus aterriza y cambia de forma al instante. No puede suprimir un resoplido al verme desnuda, pero se pone serio rápidamente.

—Te equivocas —digo, mi voz más fuerte ahora—. No estoy vacía. No soy débil. Soy mucho más de lo que tú podrías ser jamás.

Ella se burla, sus ojos brillando con malicia. —Demuéstralo.

Nos lanzamos la una contra la otra simultáneamente, encontrándonos en una ráfaga de puños y colmillos. Ella es fuerte, sus movimientos alimentados por la rabia y la oscuridad. Puede que yo no sea tan despiadada como ella, pero tengo algo que ella no tiene: amor. Amor por mis chicos, por la persona que quiero ser para ellos.

Intercambiamos golpes, sin que ninguna gane ventaja. Puedo saborear la sangre en mi boca y sentir los moretones formándose en mi piel. Pero no me detengo. No puedo detenerme.

Esta es una pelea estúpida. Sin sentido, y me está cabreando.

Ella me estampa contra un árbol, su mano en mi garganta. —¿Ves? —sisea—. Eres débil. No mereces este poder.

Miro en sus ojos —mis ojos— y por primera vez, realmente la veo. Me veo a mí misma.

—Tienes razón —digo suavemente—. No merezco este poder. Pero tú tampoco. No sola.

Su agarre se afloja ligeramente, la confusión parpadea en su rostro. —¿Qué?

Respiro profundamente, centrándome. —No estamos destinadas a estar separadas. Somos dos mitades de un todo. Luz y oscuridad, creación y destrucción. Nos necesitamos mutuamente. —Incluso mientras digo las palabras, no estoy completamente segura de lo que soy. No soy buena, no soy luz. Pero tampoco soy *su* tipo de oscuridad. Tal vez la luz sin oscuridad no es tan luminosa después de todo. Tal vez ella no es tan oscura como cree. Tal vez nos necesitamos mutuamente para equilibrar cada mitad y para *saber* qué es luz y qué es oscuridad.

Por un momento, parece insegura. Luego su rostro se endurece. —No. No necesito a nadie. Soy más fuerte sola.

—¿Lo eres? —la desafío.

Ella gruñe, levantando su puño para golpear. Pero no me estremezco. En su lugar, extiendo mi mano, colocándola en su pecho, justo sobre su corazón. Necesitamos fusionarnos de nuevo. No hay duda al respecto. Si termino de vuelta en mi cuerpo quemado, que así sea. Si acaso, eso sería preferible. Es mío. El que me fue dado al nacer y el que ha soportado los golpes a lo largo de los años. Miro mis muñecas. Sin cicatrices. Sin daños. Impecable.

Y yo soy todo menos perfecta. Estoy llena de defectos, tengo miedo, soy débil, y preferiría huir y esconderme antes que quedarme y luchar, pero saber que no puedo hace la diferencia. Tengo que ser lo que este poder espera que sea. Si no, arrasará los reinos, y yo seré su marioneta... la marioneta del Consejo.

El poder del Alba Inmortal se eleva, la habilidad de drenar fuerzas vitales y absorberlas. Pero de alguna manera, *de alguna manera*, tengo que revertir esto. Cierro los ojos, concentrándome en ese poder, en la conexión entre nosotras.

Ella jadea, intentando alejarse, pero es demasiado tarde. Mi agarre mágico sobre ella es

inamovible. La luz se extiende, envolviéndonos a ambas.

Puedo sentir su esencia fusionándose con la mía, luz y oscuridad arremolinándose juntas. Los recuerdos me inundan: sus recuerdos, mis recuerdos, nuestros recuerdos. El dolor, el miedo, la ira... pero también el amor, la esperanza, la determinación.

—¡Addy! —grita Corvus, pero lo ignoro. Necesito hacer esto.

Por un momento, es demasiado. Estoy siendo desgarrada y reconstruida a la vez. Es nauseabundo, y quiero gritar, correr, esconderme de la intensidad de todo esto.

Pero entonces, tan repentinamente como empezó, termina.

Abro los ojos y parpadeo. Duele. Todo en este cuerpo duele. Miro fijamente los ojos sin vida del rostro perfecto e inmaculado mientras ella cae al suelo, un caparazón verdaderamente vacío. Luego, desaparece.

—¿Addy? —dice Corvus suavemente, tomando mi mano—. ¿Estás bien?

Me estremezco ante el contacto mientras me alejo tambaleante de él. Retira su mano rápidamente y las mantiene a media altura para mostrarme que no va a lastimarme. Sé que no lo hará, pero incluso la tela de la ropa que la Adelaide oscura se puso cuando despertó, duele contra mi piel frágil y en proceso de curación.

Parpadeo, evaluándome. Me siento diferente. Completa, de una manera que no había sentido desde antes de ser arrastrada a la zona de amortiguamiento. La ira, el miedo y la despiadada de mi mitad oscura siguen ahí, pero ahora están equilibrados por la compasión, el amor y la esperanza.

—Estoy bien —digo, con la voz ronca—. Soy yo. Toda yo. Ahora recuerdo todo, desde ambos lados. Entiendo cosas que antes no entendía. —Trago saliva y recuerdo cuando fui poseída por el Vacío. Recuerdo cómo quemaron mi cuerpo para desterrarlo.

Me alejo rápidamente de Corvus, mirándolo con miedo y dolor.

Él lo entiende al instante. Siempre lo entiende, y a mí. Lo amo más que a la vida misma, pero ahora mismo, no puedo soportar que me toque. No puedo acudir a él ni a ninguno de los otros en busca de consuelo o seguridad.

Se arrodilla, con la cabeza inclinada. —Lo siento, Adelaide. Todos estamos más arrepentidos de lo que las palabras pueden expresar.

Intento hablar, decirle que está bien, pero no lo está. Debería estarlo. Sé en mi cabeza que hicieron lo que tenían que hacer, pero mi corazón y mi alma luchan por aceptarlo. Tomo una respiración temblorosa, tratando de calmarme. El dolor es abrumador, tanto físico como emocional. Quiero perdonarlos, correr a los brazos de Corvus y dejar que me consuele. Pero no puedo. Todavía no.

—Necesito tiempo —susurro—. Entiendo por qué lo hicieron, pero no puedo simplemente olvidar. No con sus recuerdos...

Corvus asiente, sus ojos llenos de tristeza. —Tómate todo el tiempo que necesites, Addy. Estaremos aquí cuando estés lista.

Me doy la vuelta, incapaz de soportar el peso de su mirada. Mi piel se siente como si estuviera en llamas, cada movimiento enviando oleadas de agonía a través de mi cuerpo. Pero debajo del dolor, puedo sentir mi poder ondulando, más fuerte que nunca.

—Deberíamos volver a MistHallow —digo, forzándome a concentrarme en el problema inmediato, tratando de no apartarlo completamente—. Todavía hay mucho que necesitamos resolver.

—¿Puedes lograrlo? —pregunta Corvus, con preocupación evidente en su voz.

Asiento, apretando los dientes. No hay manera en esta tierra o en la otra de que pueda

transformarme y volar de regreso, así que será a pie. —Tengo que hacerlo.

Regresamos lentamente, mi cuerpo protestando con cada paso. Para cuando llegamos a los terrenos de la academia, apenas puedo mantenerme en pie. Pero sigo adelante, decidida a no mostrar debilidad, pero más que eso, no quiero darle una razón para tocarme.

Y me odio por ello.

ADELAIDE

—NECESITO ESTAR SOLA —murmuro mientras nos acercamos al patio frente a la torre—. ¿Puedes ir a ver cómo están los demás y la profesora Hartridge?

Corvus asiente, su rostro mostrando su miseria, y deseo poder extender la mano y tocarlo, besarlo, pero ahora no es el momento. Él se desvía y yo abro la puerta de la torre, tropezando al entrar, cada paso enviando oleadas de dolor a través de mi cuerpo maltrecho. Los recuerdos de ser quemada viva aún están frescos, crudos y abrumadores. Llego a la cima después de demasiados momentos dolorosos y tan pronto como la puerta del dormitorio se cierra detrás de mí, me derrumbo sobre la cama, escapándoseme un sollozo de los labios.

El suave colchón se siente como papel de lija contra mi piel hipersensible. Me acurruco, tratando de encontrar una posición que no duela, pero parece imposible. Todo duele. Mi cuerpo, mi corazón, mi alma. El dolor físico es insoportable, pero no es nada comparado con la agitación emocional que se desata dentro de mí.

Ahora lo recuerdo todo. La agonía abrasadora de las llamas consumiendo mi carne, la desesperación mientras intentaba escapar, la traición al saber que mis amantes me lo estaban haciendo. Entiendo por qué lo hicieron, lógicamente lo entiendo. Estaban tratando de salvarme, de desterrar el Vacío. Pero entender no borra el dolor, el miedo, la persistente sensación de traición.

—¿Adelaide? —una vocecita suena, sobresaltándome de mis pensamientos oscuros.

Levanto la cabeza, parpadeando a través de las lágrimas para ver a Orby flotando cerca de mi almohada. El rostro del pequeño duende está arrugado de preocupación, sus diminutas alas revoloteando ansiosamente.

—Orby —grazno, mi voz ronca por el llanto—. ¿Qué haces aquí?

Él revolotea más cerca, su pequeña mano extendiéndose para acariciar mi mejilla, pero me retiro y él se detiene.

—Estoy aquí para ayudar. Es para lo que estaba destinado desde el principio.

Frunzo el ceño, confundida por sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

Orby toma una respiración profunda, sus alas revoloteando sin parar.

—Soy un sanador. El profesor Blackthorn me envió para vigilarte. Él sabía que me necesitarías cuando llegara el momento. El encuentro con la mascota de sombra me activó.

La revelación me distrae momentáneamente de mi dolor.

—Oh.

Cierro los ojos, tratando de procesar esta nueva información. Es demasiado. Todo es demasiado. El dolor, las revelaciones, mi nueva identidad como el Amanecer Inmortal: todo me

presiona, sofocándome.

Orby flota hacia abajo, aterrizando suavemente en mi almohada. Sus diminutas manos se extienden, tocando mi frente. Esta vez no me aparto. Por un momento, no pasa nada. Luego, una sensación cálida y reconfortante se extiende desde el punto de contacto, filtrándose lentamente por mi cuerpo.

El dolor no desaparece por completo, pero se atenúa hasta convertirse en un dolor más manejable. Dejo escapar un suspiro tembloroso, sintiendo que parte de la tensión abandona mi cuerpo.

—Gracias —susurro.

Orby sonríe, pero eso solo me hace llorar más fuerte.

Las lágrimas de sangre manchan mi almohada, un recordatorio de lo que soy, de cómo he cambiado. Orby me da palmaditas en la cabeza torpemente, su pequeña mano apenas haciendo impacto. El gesto es tan entrañable, tan sincero, que no puedo evitar sonreír a través de mis lágrimas.

Nos quedamos así por un rato, yo acurrucada en la cama con Orby anidado en la almohada a mi lado. No puedo dormir, los recuerdos y el dolor son demasiado crudos, pero su presencia es reconfortante. El silencio de la habitación solo es interrumpido por mis ocasionales sollozos y el suave zumbido de las alas de Orby.

Mientras estoy allí acostada, me doy cuenta de una sensación extraña. Mi piel se siente picante, hormigueante. No es exactamente doloroso, pero es inquietante.

Frunciendo el ceño, miro hacia abajo. Mis ojos se abren de par en par por lo que veo. Las quemaduras se desvanecen ante mis ojos. Mi piel se está uniendo de nuevo, volviendo a su estado inmaculado.

Miro fijamente mis manos mientras las últimas quemaduras y, misericordiosamente, el dolor desaparecen. Físicamente, me veo exactamente como antes de que todo esto comenzara. Mi piel está suave, sin marcas del trauma que ha sufrido. Pero por dentro... por dentro, estoy irrevocablemente cambiada.

—¿Cómo es que necesité que tú hicieras eso? ¿Por qué no mi curación vampírica súper rápida? —pregunto con curiosidad.

—Recibiste una buena paliza —dice—. Te estabas curando por tu cuenta, pero el daño era extenso. Lo aceleré un poco más.

Asiento agradecida, pero los recuerdos siguen ahí, vívidos y dolorosos. Todavía puedo sentir el dolor fantasma de las llamas, aún escucho mis propios gritos resonando en mi mente, y debajo de eso, el peso aplastante del Vacío mientras se apoderaba de mi cuerpo. El trauma no se ha ido, solo porque mi cuerpo se haya curado. Si acaso, la diferencia entre mi exterior curado y mi interior roto hace que el dolor emocional se sienta aún más agudo.

—¿Cómo puedo verme tan normal cuando me siento tan rota por dentro?

Orby vuela hacia arriba, flotando a la altura de mis ojos. Su pequeño rostro está serio, sus ojos llenos de compasión.

—La curación no es solo del cuerpo, Adelaide. Tus poderes se han encargado del daño físico, pero las heridas emocionales... esas tomarán tiempo. Y está bien. No tienes que estar bien de inmediato. Así es como sabes que eres tú.

Asiento, entendiendo lo que quiere decir. Debería estar feliz de sentir esta agitación emocional. Significa que no soy la oscuridad personificada. Desafortunadamente, con esa revelación viene el recuerdo de mi madre y reprimo un feo sollozo.

—No sé si puedo hacer esto, Orby. No sé si soy lo suficientemente fuerte.

—Lo eres —dice firmemente, con una convicción que me sorprende viniendo de una criatura tan pequeña—. Eres el Amanecer Inmortal. Te has enfrentado a cosas que romperían a la mayoría de las personas, y aún estás aquí, todavía luchando. Eso no es debilidad, Adelaide. Esa es una fuerza increíble.

Sus palabras tocan una fibra en mí, resonando con algo profundo en mi interior. Tiene razón. Todavía estoy aquí. A pesar de todo: el dolor, el miedo, la traición, el duelo, la muerte, los asesinatos, el Consejo, el NetherRealm, ¿necesito continuar?... Sigo en pie. Sigo luchando. Quizás esa sea la verdadera fuerza. No la ausencia de miedo o dolor, sino la capacidad de seguir adelante a pesar de ello.

—Gracias, Orby —digo, extendiendo la mano para acariciar suavemente su diminuta cabeza —. Por todo. Por estar aquí, por ayudarme, por creer en mí cuando yo no podía creer en mí misma.

Él me sonríe radiante, su pequeño rostro iluminándose de alegría.

—¿Para qué están los amigos, verdad? No estás sola en esto, Adelaide. Nunca lo estuviste.

—¿Tienes alguna idea de quién era realmente Lyra? —pregunto de repente, con la necesidad de saber arañándome por dentro.

Él se encoge de hombros.

—Solo una estudiante que sabía demasiado.

—¿Cómo? —insisto, ya que las cosas no cuadran aquí.

Frunce el ceño.

—Ella era cercana a la profesora Hartridge, quien como sabes intentó matarte... a la otra tú...

Me incorporo de golpe, lanzándolo por los aires.

—¡Yuuuuju! —chilla mientras vuela hacia las ventanas y luego... ¡plaf!

—¡Orby! —grito y corro hacia él, despegándolo de la ventana y sosteniendo su aturdido cuerpecito en la palma de mi mano—. ¡Lo siento mucho! ¿Estás bien?

—B-bien —tartamudea, y sonrío. *Sí, claro. Bien en idioma pixie es casi lo mismo que bien en humano. Medio humano... lo que sea.*

—¿Hartridge intentó matarme?

Asiente, con una mano en su diminuta cabeza.

—Piensa.

Cierro los ojos y recurro a los recuerdos que se fusionaron con los míos y jadeo al ver a la otra yo mirando a la profesora Hartridge mientras intenta embrujarla hasta la aniquilación antes de que la otra yo se recompusiera y la mordiera, intentando drenarla antes de que nosotras... maldita sea, nosotras —es decir, yo— la interrumpiéramos.

—¡Los chicos! ¡Envié a Corvus a ver cómo estaba!

—¿A ver cómo estaba? Creí que la otra tú la había matado.

—¡No! —chillo.

—Ve —dice rápidamente, recobrando la conciencia en un instante—. ¡No se puede confiar en ella!

No respondo, simplemente giro sobre mis talones y corro.

IGNATIUS

ZEPHYR y yo seguimos corriendo por los pasillos de MistHallow, nuestros pasos haciendo eco en la fría piedra. Nunca había visto este lugar tan desierto, y me está poniendo los pelos de punta. Blackthorn no aparece por ningún lado, y hemos buscado en todas partes.

—¿Dónde coño está? —espeto, mientras doblamos otra esquina.

Zephyr niega con la cabeza. La oscuridad parece aferrarse a él más de lo habitual, un reflejo de la tensión en el aire. —Ni puta idea. No me gusta esto, Ig. Algo anda muy mal aquí.

Asiento en acuerdo, mis ojos escaneando nuestro alrededor en busca de cualquier señal de movimiento. Los eventos de los últimos días nos han dejado a todos al borde, y la situación actual no ayuda. La transformación de Adelaide, la aparición de su doble oscuro, el portal al InfraMundo... todo se siente como si estuviéramos al borde de algo catastrófico.

—Necesitamos encontrarlo —murmuro, más para mí mismo que para Zephyr—. Podría ser el único que pueda darle sentido a todo esto.

Estamos a punto de girar por otro corredor cuando una figura familiar viene corriendo hacia nosotros. Corvus, con su rostro siendo una máscara de preocupación y absoluta miseria.

—¡Corvus! —lo llamo, sintiendo alivio al verlo—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está Addy?

Antes de que Corvus pueda responder, escuchamos el sonido de pasos corriendo. La misma Adelaide aparece doblando la esquina a toda velocidad, sus ojos desorbitados, su cabello hecho un desastre enmarañado. Es todo un espectáculo, y algo está caóticamente mal con ella. Su visión nos deja a todos paralizados. Tiene una energía frenética que me pone los nervios de punta.

—¿Dónde está Hartridge? —exige, su voz tensa por la urgencia—. ¡Necesito encontrarla ahora!

Parpadeo, desconcertado por su repentina aparición y la intensidad de su tono. —¿Eres la Addy buena o la mala?

—¡Ig! —dice, lanzándome una mirada frustrada que solo *nuestra* Addy podría darme—. Ahora no. ¿Dónde está?

—Está en la enfermería con Zaiah. Justo íbamos a...

Antes de que pueda terminar, Adelaide grita: —¡No! —Su rostro, que ya estaba pálido antes, ahora parece casi fantasmal. Sin decir una palabra más, sale disparada por el pasillo hacia la enfermería, dejándonos mirándo tras ella en estado de shock.

—¡Addy, espera! —grita Corvus tras ella, pero ya está desapareciendo por la esquina, su velocidad vampírica en acción.

Intercambiamos miradas desconcertadas antes de salir corriendo tras ella. Mientras corremos, me pregunto qué tiene a Adelaide tan alterada. ¿Qué sabe sobre Hartridge que nosotros no? Y más importante aún, ¿qué le pasó en el tiempo desde que la vimos por última vez?

—¿Qué demonios está pasando? —pregunta Zephyr mientras corremos tras Adelaide.

—Ni idea —responde Corvus, su velocidad vampírica manteniéndolo fácilmente a la cabeza —. Me dijo que necesitaba estar sola, y lo siguiente que sé es que está atravesando la academia como una loca. Algo debe haber pasado, algo grande.

La urgencia en las acciones de Adelaide me llena de pavor. Después de todo lo que hemos pasado, parece que estamos a punto de enfrentar otra crisis, y dados los nuevos poderes de Adelaide como el Amanecer Inmortal, cualquier amenaza hacia ella podría tener consecuencias catastróficas para todos nosotros.

Al acercarnos a la enfermería, puedo oír voces alzadas. Los tonos de pánico de Adelaide se mezclan con las respuestas confusas de Zaiah, creando una cacofonía que solo aumenta mi ansiedad. Irrumpimos por las puertas para encontrar una escena de caos que supera incluso mis peores expectativas.

Adelaide está de pie cerca de la cama de la profesora Hartridge, su cuerpo tenso y listo para la acción. El poder que la rodea es realmente visible, llenando la habitación con una carga eléctrica que hace que mis llamas bailen erráticamente. Zaiah está entre ellas, con las manos levantadas en un gesto conciliador, pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos. Está fuera de su elemento aquí, todos lo estamos.

—Addy, cálmate —está diciendo Zaiah, su voz tensa mientras intenta mantener el control de la situación—. ¿De qué estás hablando? La profesora Hartridge está herida, necesita nuestra ayuda.

—¡No! —grita Adelaide, sus ojos sin abandonar nunca la forma postrada de la profesora. La intensidad en su mirada es aterradora—. ¡Intentó matarme! Está trabajando con ellos, ¿no lo ven?

Doy un paso adelante, tratando de darle sentido a la situación. La tensión en la habitación es tan espesa que se podría cortar con un cuchillo, y puedo sentir mis propios poderes respondiendo a ella, mi temperatura corporal subiendo, necesitando combustionar. —Addy, ve más despacio. ¿Qué quieres decir con que intentó matarte?

Adelaide se vuelve hacia nosotros, sus ojos desenfrenados de ira. La emoción cruda en su rostro es alarmante. —Cuando era la otra yo. Hartridge intentó matarme con un hechizo. ¡No es quien creemos que es!

Corvus se mueve al lado de Adelaide pero no la toca. Ella se estremece ligeramente aunque él no le haya puesto una mano encima, y trago saliva. Esto no es bueno. —Addy, ¿estás segura? ¿Podría ser un malentendido?

Antes de que Adelaide pueda responder, una débil risa viene de la cama. Todos nos giramos para ver a la profesora Hartridge, sus ojos abiertos y una sonrisa sardónica jugando en sus labios. La visión me hiela. Hay algo mal en su expresión, algo que no encaja con la amable y maternal profesora que hemos conocido.

—Bueno —croa—, supongo que el gato está fuera de la bolsa ahora, ¿no es así?

La habitación cae en silencio mientras todos miramos a Hartridge con sorpresa. Las implicaciones de sus palabras son asombrosas. Si lo que Adelaide dice es cierto, si Hartridge realmente intentó matarla... significa que hemos tenido un gato entre nuestras palomas todo este tiempo. *¿Qué coño pasa con las analogías de gatos de repente?*

Sacudo la cabeza para aclarar mis pensamientos errantes.

—¿Por qué? —escupo, agitando las manos para que las llamas broten de mis palmas, encerrando a Hartridge en un amplio círculo que hace que Addy grite y retroceda de miedo. Mi alma llora por ella y por lo que hice, que claramente está reviviendo ahora, de alguna manera recordándolo tal como le sucedió.

Pero no puedo dejar que eso me haga retroceder. Este es un problema que necesita ser resuelto.

La sonrisa de Hartridge se ensancha, con un toque de locura en sus ojos. —Oh, no tienes idea de lo que se avecina. El Amanecer Inmortal nunca debió ser despertado, y ahora que lo ha sido... —Se interrumpe, con los ojos fijos en Adelaide con miedo y odio.

—¿Qué sabes sobre el Amanecer Inmortal? ¿Para quién trabajas realmente?

Pero antes de que Hartridge pueda responder, su cuerpo de repente se pone rígido. Sus ojos se ponen en blanco y un jadeo ahogado escapa de sus labios. Luego, para nuestro horror, su cuerpo comienza a desintegrarse ante nuestros ojos, convirtiéndose en cenizas que se esparcen por la cama.

—Blackthorn —murmura Zaiah, y levanto la mirada, dejando que las llamas se apaguen.

El profesor Blackthorn se acerca a grandes zancadas, con un libro de hechizos en la mano, recitando una invocación que aparentemente trae la muerte.

Todos miramos fijamente al profesor Blackthorn mientras baja la mano, el libro de hechizos cerrándose con un golpe sordo. Las cenizas que una vez fueron la profesora Hartridge se asientan en la cama, un sombrío recordatorio de lo que acabamos de presenciar.

—Adelaide —dice—. Bienvenida de vuelta.

Ella asiente, el resto de su cuerpo congelado de terror mientras asiente una vez, su mirada pasando rápidamente a la mía antes de desviarse de nuevo.

—¿Qué demonios es esto? —exige Corvus, pero ya no los estoy escuchando. Necesito arreglar esto con Adelaide antes de que se pudra y destruya lo que tenemos.

Acercándome a ella, la miro con pesar. Ella se estremece e intenta retroceder, pero una cama de enfermería está detrás de ella, atrapándola. —Lo siento —murmuro—. Sé el dolor que te he causado, y desearía que hubiera una manera de retroceder el tiempo y encontrar otra solución.

Ella sacude la cabeza, abriendo la boca como si fuera a hablar, pero no sale ninguna palabra.

—¿Puedes perdonarme? —susurro, las lágrimas picando mis ojos por primera vez. Estoy mortificado, pero al mismo tiempo, no me importa. Lo único que me importa es Adelaide y arreglar esta pesadilla entre nosotros.

Ella toma un respiro tembloroso. —Quiero hacerlo —susurra—. Entiendo por qué lo hiciste. Pero todavía puedo sentir las llamas, Ig. Todavía puedo oírme gritando.

Sus palabras me atraviesan como un cuchillo. El dolor en su voz, el miedo en sus ojos, es casi más de lo que puedo soportar. Pero tengo que soportarlo. Tengo que enfrentar lo que hemos hecho.

—Lo sé —digo suavemente—. Y pasaré el resto de mi vida tratando de compensártelo, si me lo permites. Todos lo haremos.

Ella me mira por un largo momento, su mirada escrutadora. Luego, lentamente, vacilante, extiende la mano y toma la mía. Su toque es ligero, apenas perceptible, pero es un comienzo. Es esperanza.

—Necesito tiempo —dice—. No quiero perderos. A ninguno de vosotros.

El alivio me inunda, tan intenso que casi duele. —No lo harás —prometo—. Estamos aquí, Addy. Siempre.

Ella asiente, una pequeña sonrisa curvando sus labios. No es mucho, pero es un comienzo. Un frágil inicio sobre el que podemos construir.

Nuestro momento es interrumpido por Blackthorn aclarándose la garganta. Nos giramos para enfrentarlo. Adelaide suelta mi mano, y por primera vez en mi vida, siento que mis entrañas se congelan.

ADELAIDE

SUELTO la mano de Ignatius y me giro para enfrentar al profesor Blackthorn, tratando de apartar el miedo y el dolor persistentes. Hay asuntos más urgentes que tratar ahora que mis frágiles emociones por algo que, francamente, no es personal. Entonces se me ocurre algo y frunzo el ceño, pero la voz de Blackthorn interrumpe mi cadena de pensamientos.

—Lamento que hayas tenido que ver eso —dice Blackthorn en voz baja—. Pero era necesario. Hartridge era un peligro para Adelaide.

—¿Quién era ella? —pregunto, encontrando mi voz—. ¿Qué quería? ¿Por qué intentó matar a mi otro yo, que, por cierto, ahora es todo yo? Nos fusionamos —añado, mirando a cada uno de los chicos para que estén al tanto.

Blackthorn suspira, de repente pareciendo muy viejo y cansado.

—Era miembro de una orden antigua, una que cree que el Amanecer Inmortal debe permanecer dormido para siempre. Temen su poder y lo que podría significar para el equilibrio entre los reinos.

—¿No será la Orden de la Sombra Carmesí, por casualidad? —pregunta Ignatius lentamente.

La mirada seria de Blackthorn a Ignatius parece ser confirmación suficiente para él.

—¡Esos bastardos! —ruge, y me echo hacia atrás cuando su cuerpo se envuelve en llamas, disipando momentáneamente su ira de una manera que es tan genial pero aterradora al mismo tiempo—. ¡Confié en ellos!

—No se puede confiar en nadie cuando se trata del Amanecer Inmortal —dice Blackthorn.

—Discrepo —declara Zephyr, molesto como la mierda.

—Bueno, ustedes cuatro van sin decir —dice Blackthorn, haciendo un gesto despectivo con la mano.

Me pregunto entonces si sabe que su hija ha muerto.

—¡Mamá está muerta! —suelto y veo que la habitación se queda inmóvil.

Su mirada se fija en la mía, llena de pesar.

—Lo sé.

Asiento, con lágrimas picándome los ojos de nuevo. Mierda. Estoy tan jodidamente harta de llorar, que ahora me estoy molestando incluso a mí misma. Me enderezo y me recompongo.

—Entonces, esta Orden que me quiere muerta. ¿Para quién trabajan?

Los ojos de Blackthorn se oscurecen ante mi pregunta, y él también se recompone.

—La Orden de la Sombra Carmesí no trabaja para nadie más que para ellos mismos. Son una organización antigua, establecida para vigilar los reinos, más específicamente el Reino Inferior, los Primeros y el Vacío. Su único propósito es mantener lo que perciben como el "orden natural" de las cosas.

—Y yo soy una amenaza para ese orden —afirmo.

Él asiente gravemente.

—El Amanecer Inmortal tiene el potencial de alterar el equilibrio entre los reinos. A sus ojos, eres un peligro que debe ser eliminado.

—Pero ¿por qué ahora? —pregunta Zephyr, con el ceño fruncido—. La profecía del Amanecer Inmortal ha existido durante siglos. ¿Por qué actúan solo ahora? Seguramente han tenido múltiples ocasiones para actuar antes de que llegara a todo esto.

—Porque ahora ha despertado —dice Corvus en voz baja. Todos nos giramos para mirarlo—. Eso es lo que dijo Hartridge, ¿no? Que el Amanecer Inmortal nunca debió ser despertado.

Miro fijamente a Zephyr, ignorando las palabras de Corvus. ¿Está insinuando que deberían haberme matado mientras aún era "humana"? Él capta mi mirada y pone los ojos en blanco, eliminando esa duda. Está tratando de reunir hechos, no hacer que me maten.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? ¿Van a seguir viniendo por mí?

La expresión de Blackthorn es sombría.

—Me temo que sí. La Orden es implacable en sus persecuciones. No se detendrán hasta que hayan logrado su objetivo.

—Así que tengo al Consejo de Primeros imbéciles por un lado susurrándome que me deshaga de Carmesí, hecho; me deshaga del Vacío, aún no hecho; y destruya este reino para que puedan tener un nuevo comienzo, y luego tengo a los imbéciles de la Orden de las Sombras Carmesí tras de mí para evitar que haga cualquiera de lo anterior. Fabu-jodidamente-loso. Este día apesta. Tacha eso. Este mes apesta.

—Realmente lo hace —murmura Zaiah.

—¿Y Lyra? ¿Quién es ella en este desastre?

Blackthorn suspira.

—Una estudiante vulnerable en la que Hartridge clavó sus garras, al parecer. ¿Dónde está?

—Muerta.

Nuestras miradas se cruzan.

—Ya veo —murmura—. Adelaide. Necesitas ponerte a la altura de las circunstancias, como se suele decir. Esto no va a desaparecer, así que ahora pasas a la ofensiva.

Levanto la barbilla.

—Puedo hacer eso.

—Es peligroso.

—¿Qué de todo esto no lo es? —gesticulo salvajemente.

Él sonríe con suficiencia, pero es de corta duración.

—Mucho más peligroso que cualquier otra cosa a la que te hayas enfrentado hasta ahora. Necesitas llegar al Vacío, atraparlo y empujarlo de vuelta al Reino Inferior. El portal debe ser cerrado y sellado para que nunca pueda abrirse de nuevo.

—De acuerdo, bueno, eso parece estar controlado por los Primeros —señalo.

—Entonces toma el control —Su simple declaración está respaldada por una mirada firme.

—¿Y qué pasa entonces?

Un silencio del tipo del fin del mundo llena el aire antes de que él pronuncie una palabra que envía mi alma a un torbellino de pánico.

—Armagedón.

ADELAIDE

—¿POR qué no me sorprende? —murmuro, cabreada hasta el infierno—. ¿Cómo puedo evitar que eso suceda?

La expresión de Blackthorn es sombría cuando responde:

—No puedes. El Armagedón es inevitable a estas alturas. La cuestión ahora es cómo controlarlo y minimizar el daño.

Sus palabras se asientan sobre mí como una pesada manta. Los chicos se mueven inquietos a mi alrededor, irradiando tensión.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando exactamente? —pregunta Zephyr con voz tensa—. ¿Destrucción total de los reinos?

Blackthorn atrapa mi mirada y la mantiene.

—Solo hay una manera de que este reino y todos los demás no se vean afectados por esto.

—¿Ah, sí? —balbuceo, mientras el pavor se arrastra sobre mí y se filtra en mi alma—. ¿Y cuál es?

Más silencio.

No es Blackthorn quien habla a continuación, sino Zaiah.

—El InfraMundo. Tienes que estar en el InfraMundo, sellada donde nada de esto pueda tocar el resto.

Trago saliva, pero tengo la boca seca, así que toso, un débil balbuceo mientras eso se asienta.

—Sacrificarme para salvar a todos.

—¡No! —dice Corvus, acercándose a mí y dudando inciertamente porque no puede tocarme —. ¡Encontraremos otra manera!

—No hay otra manera —digo en voz baja antes de mirar a Blackthorn—. ¿Verdad? —No es una pregunta, más bien una afirmación que necesita confirmación.

Él niega con la cabeza.

—Zaiah tiene razón. Es la única manera de contenerlo y destruir a los Primeros y al Vacío junto con él.

—Y a mí. —Me sorprende lo firme que es mi voz. Hay algo surrealista en todo esto, como si le estuviera sucediendo a otra persona y yo lo estuviera viendo desde lejos. Pero no en el sentido de que esté en negación. Sé lo que tengo que hacer ahora.

—Addy, no —dice Zephyr, acercándose y agarrando mis manos tan fuerte que no puedo apartarlas, aunque quisiera. Que no quiero. Ni ahora. Ni nunca.

Corvus toma eso como una luz verde para agarrar mi brazo y acunar mi rostro, haciéndome girar para mirarlo.

—Encontraremos otra manera.

Le doy una sonrisa temblorosa, mi corazón rompiéndose en un millón de pedazos.

—No hay otra manera —digo suavemente—. Escuchaste a Blackthorn. Esta es la única forma de salvar a todos.

—¡A la mierda todos! —gruñe Ignatius, con llamas parpadeando alrededor de sus puños apretados—. ¿Qué hay de ti? ¿Qué hay de nosotros?

Miro a cada uno de ellos, pero todo lo que encuentro es una sensación de paz en la furia de mi alma.

—Os quiero —susurro—. A todos vosotros. Pero esto es más grande que nosotros. El destino de todos los reinos está en juego.

—Entonces iremos contigo —dice Zaiah con firmeza—. Estamos en esto juntos, ¿recuerdas?

Niego con la cabeza, las lágrimas se acumulan y caen por mis mejillas.

—No. No os condenaré a ese destino. Este es mi destino, mi carga que llevar.

—A la mierda con esto —gruñe Corvus, sus ojos brillando peligrosamente—. Encontraremos otra manera. Siempre lo hacemos.

Niego con la cabeza, acariciando suavemente su rostro.

—Esta vez no, amor. Para esto fui destinada.

—¿Para morir? —pregunta Zaiah amargamente, el único de mis chicos que mantiene la distancia.

—Para salvar a todos —le corrijo—. Para hacer lo que nadie más puede.

—Puedes devorar mundos —escupe—. Así que devora ese y acaba con esto.

—Si fuera tan simple, ¿no estaría listado como opción A? —pregunto con una suave risita. Aunque esto no tiene nada de gracioso—. Además, creo que eso es lo que se supone que debo hacer, solo estar allí cuando suceda.

—Voy contigo.

—No, no lo harás.

—Sí, lo haré. Esta no es tu decisión.

—Lo es, y estoy diciendo que no.

—No estoy pidiendo tu maldito permiso —dice Zaiah con firmeza, su mandíbula obstinadamente apretada—. Donde tú vayas, yo voy. Fin de la discusión.

—¿Así que simplemente te dejamos sacrificarte? —grita Corvus, su voz cargada de emoción —. ¿Cómo es eso justo?

—No se trata de justicia —digo suavemente, extendiendo la mano para tocar su brazo—. Se trata de hacer lo necesario para salvar a todos, incluidos vosotros.

—Necesitas encontrar el Vacío —interrumpe Blackthorn—. Nada de esto puede suceder sin traerlo de vuelta de donde fue desterrado.

Recuerdo mis pensamientos anteriores y asiento.

—Creo que tengo una forma de encontrarlo. Poseyó mi cuerpo. Tuve sus pensamientos. Tienen que estar aquí en alguna parte. —Me toco el lado de la cabeza—. Incluyendo el conocimiento de dónde posiblemente pensó que podría terminar después de que lo desterraras.

—Bien, entonces, ¿cómo vas a hacer eso? —espeta Zephyr.

Le doy una sonrisa tensa. Sé que no está enojado conmigo sino con esta situación. ¿Quién no lo está? No quiero morir, pero parece que no tengo elección. Pueden hablar de renacimiento y creación todo lo que quieran, pero no soy estúpida. Sé lo que es el Armagedón. No hay manera de que pueda estar en el centro de eso y sobrevivir. Alba Inmortal o no, todo puede ser asesinado. Mi propio poder me matará. Es así de simple.

Respiro profundamente.

—Creo que necesito meditar, tratar de acceder a esos recuerdos y pensamientos de cuando el Vacío me poseyó. Tienen que seguir aquí en alguna parte.

Blackthorn asiente con aprobación.

—Es un buen comienzo. Tu conexión con el Vacío, aunque breve, puede proporcionar información valiosa.

—Yo te ayudaré —se ofrece Zaiah inmediatamente—. Mis habilidades de djinn podrían ser útiles para guiar tu mente.

Vacilo, dividida entre querer su ayuda y temer lo que podría ver en mi mente. Pero el tiempo apremia. —De acuerdo —acepto a regañadientes.

—Deberíamos movernos a un lugar más cómodo —sugiere Corvus, mirando alrededor de la enfermería.

—De vuelta a la sala de la torre —dice Zaiah.

—Os dejaré solos para que os concentréis —dice Blackthorn, poniendo una mano reconfortante sobre mi hombro—. Confío en ti, Adelaide.

Trago saliva y murmuro: —Gracias.

Con un gesto amplio, Blackthorn nos envía a todos de vuelta a la sala de la torre.

Me siento con las piernas cruzadas en el suelo, y Zaiah se acomoda frente a mí. Los demás forman un círculo protector a nuestro alrededor.

—Cierra los ojos —instruye Zaiah suavemente—. Concéntrate en tu respiración. Deja que todo lo demás desaparezca.

Hago lo que me dice, intentando calmar mis pensamientos acelerados. Sus manos se posan suavemente sobre mis sienes, y un calor suave se extiende desde su toque.

—Ahora, piensa en el momento en que el Vacío te poseyó. No luches contra los recuerdos. Déjalos venir.

Al principio, no hay más que oscuridad. Luego, lentamente, las imágenes comienzan a formarse. Destellos de una conciencia que no es mía. Un poder antiguo y aterrador. Un hambre tan vasta que podría consumir mundos enteros.

Jadeo, mi cuerpo se tensa mientras los recuerdos me inundan. Los pensamientos del Vacío, sus deseos, su esencia... todo está ahí, enterrado en los recovecos de mi mente.

—Tranquila —murmura Zaiah, sus pulgares acariciando suavemente mis sienes—. Estás a salvo. Solo observa.

Me obligo a relajarme, a dejar que los recuerdos me invadan sin resistencia. Vislumbres de otros reinos, de batallas libradas hace eones. La creación del Reino Inferior, una prisión construida para contener el apetito insaciable del Vacío.

—Prisión —murmuro—. El Reino Inferior era su prisión.

De repente, como una estaca atravesando mi cabeza, veo sus pensamientos. Es un lugar de sombras y susurros, donde la realidad se dobla y se retuerce. El miedo del Vacío a ser desterrado a este lugar, oculto en los espacios entre los reinos.

—Sé dónde está —susurro, abriendo los ojos de golpe.

Los chicos se inclinan hacia adelante. —¿Dónde? —pregunta Corvus con urgencia.

Sacudo la cabeza, tratando de poner en palabras los conceptos alienígenas. —No es exactamente un lugar. Es más bien un estado del ser. El Vacío existe en las grietas entre las realidades, en las sombras que separan un reino de otro.

—¿Cómo coño se supone que vamos a encontrar eso? —gruñe Ignatius—. Esta cosa fue desterrada, así que dondequiera que haya ido, seguramente no podemos acceder a ella. ¿Cómo la des-desterramos?

—¿De vuelta a la biblioteca? —suspira Zephyr.

Niego con la cabeza. —No, no creo que necesitemos la biblioteca para esto. Necesitamos a Zaiah.

Él me mira para que aclare.

—El Vacío existe en los espacios entre las realidades —murmuro, cerrando los ojos—. Para encontrarlo, necesitamos dar un paso lateral. Hacia las grietas.

—¿Un paso lateral? —repite—. ¿Qué significa eso siquiera?

Abro los ojos, encontrando su mirada. —Significa que necesitamos encontrar una manera de existir entre las realidades. No completamente en un reino u otro, sino en los espacios intermedios.

—¿Y cómo hacemos eso exactamente? —pregunta Zephyr.

Respiro hondo, preparándome para lo que estoy a punto de decir. —No lo hacemos. Lo hago yo.

La reacción es inmediata y explosiva.

—¡Absolutamente no! —gruñe Corvus.

—Ni de coña —gruñe Ignatius al mismo tiempo.

Zaiah agarra mi mano con fuerza, pero no dice nada. No tiene que hacerlo. Sabe que tengo que hacer esto sola. Él es la plataforma de lanzamiento, y una vez que haya rebotado en él, eso es todo. Estoy sola.

—Zaiah. Puedes ayudarme a llegar allí. Tus habilidades de djinn te permiten doblar la realidad, ¿verdad?

Asiente lentamente. —Sí, pero Addy, esto está más allá de cualquier cosa que haya intentado antes.

—Lo sé —digo suavemente—. Pero confío en ti. Podemos hacerlo.

Los demás empiezan a protestar de nuevo, pero levanto la mano. —Por favor —digo, con la voz quebrándose ligeramente—. Necesito que confiéis en mí. Que me apoyéis, ¿vale?

Me miran fijamente, sin querer ser los primeros en ceder, pero finalmente Ignatius, mi dulce incendiario, asiente. —Lo hacemos, Addy. Siempre. Simplemente no queremos perderte. Otra vez.

—No lo haréis. Lo único que puede matarme es mi propio poder, y no tengo intención de que eso suceda. El Vacío no puede volver mis poderes contra mí.

—Eso esperas —murmura Zephyr.

Le lanzo una mirada furiosa. —No es muy alentador.

—Mira —espeta—. Detesto sentirme impotente, y ahora mismo, me estás haciendo sentir impotente. Me estás haciendo sentarme aquí y verte ir al peligro, *otra vez*, mientras nosotros no hacemos nada.

—No es peligroso —digo con calma, tratando de no alterarme por su tono cortante—. Y no estaréis sin hacer nada. Necesito que ayudéis a Zaiah, que lo reforcéis un poco para que no me pierda.

—¿Perderte? —ruge Corvus, sobresaltándome—. ¿Eso es siquiera una posibilidad?

—Bueno, nada está garantizado —digo, pero me callo cuando su rostro se torna tormentoso. Respiro hondo, tratando de calmar la creciente tensión en la habitación—. Mira, sé que esto da miedo. A mí también me aterroriza. Pero no tenemos elección. El Vacío debe ser encontrado y devuelto al Reino Inferior, y no va a venir por sí solo. Soy la única que puede hacerlo.

Corvus se pasa una mano por el pelo, con la frustración grabada en cada línea de su cuerpo.

—Tiene que haber otra manera. Una que no te ponga en tanto riesgo.

Niego con la cabeza.

—Si la hay, no la conocemos, y nos llevará horas preciosas averiguarlo. Esta es la forma más rápida.

—¿Y qué pasa cuando lo encuentres? —Zephyr hace la pregunta del millón—. ¿Qué harás entonces? ¿Simplemente le pedirás amablemente que te acompañe de vuelta a su prisión?

—Obviamente no —me burlo, pero a decir verdad, no tengo ni idea. Nunca he ido a perseguir una dimensión maligna que ha sido desterrada a los espacios intermedios para arrastrarla de vuelta a su lugar de encarcelamiento.

—¿Y bien? —exige, claramente esperando una respuesta.

—Tendré que improvisar —digo finalmente.

Él me sisea, sus ojos volviéndose negros.

—No.

—¿No?

—No.

—No puedes...

—Lo prohíbo.

Me quedo boquiabierta.

—¿Disculpa?

—Me has oído. Lo prohíbo absolutamente sin un plan sólido.

—No puedo darte uno, y si vuelves a usar esa palabra, ¡te patearé en las pelotas! —Me pongo de pie, cerniéndome sobre él, pero él también se levanta, y entonces las tornas se invierten. Pero no me echo atrás. Ni en sueños. Estoy nerviosa, demonios, estoy asustada, pero tengo que hacer esto. *Quiero* hacer esto. Salvará incontables reinos e infinitas criaturas. La Addy débil es un ser del pasado. Estoy abrazando este destino, y que se joda todo lo demás.

Miro a Zephyr con furia, la ira y la frustración burbujeando dentro de mí.

—No tienes derecho a prohibirme hacer nada —gruño—. Ya no soy una niñita indefensa. Soy el Amanecer Inmortal, y tengo un trabajo que hacer.

Los ojos de Zephyr destellan peligrosamente.

—Y nosotros somos tus compañeros. Tenemos derecho a protegerte, incluso de ti misma, si es necesario.

—¿Protegerme? —Me río amargamente—. ¿Dónde estaba ese instinto protector cuando me estabas quemando viva?

Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, y me arrepiento inmediatamente. El dolor cruza el rostro de Zephyr, rápidamente reemplazado por la ira.

—Eso no es justo —gruñe—. Hicimos lo que teníamos que hacer para salvarte.

—Y ahora yo estoy haciendo lo que tengo que hacer para salvar a todos los demás —replico —. No puedes elegir cuándo se me permite hacer sacrificios.

La tensión en la habitación es asfixiante. Puedo sentir a los demás moviéndose incómodos, atrapados entre nosotros.

Corvus gruñe:

—Miren. Pelear no va a resolver nada.

Respiro hondo, tratando de calmarme. Tiene razón. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Miren —digo, forzando mi voz a permanecer firme—. Sé que tienen miedo. Yo también lo tengo. Pero esto es más grande que nosotros. El destino de reinos enteros pende de un hilo. No podemos permitirnos perder el tiempo discutiendo.

La mandíbula de Zephyr se tensa, pero puedo ver que la lucha abandona lentamente sus ojos.

Sabe que tengo razón, aunque lo odie.

—Está bien —dice finalmente, con la voz tensa—. Pero lo hacemos juntos. Tanto como podamos, de todos modos.

Asiento, el alivio me inunda.

—Gracias.

Volviéndome hacia Zaiah, pregunto:

—¿Estás listo?

Él respira hondo, sus ojos encontrándose con los míos.

—Tan listo como puedo estar. Pero Addy, necesitas entender: una vez que estés entre realidades, no podré guiarte. Estarás por tu cuenta.

—Entiendo —digo suavemente.

—Estaremos justo aquí —dice Corvus, tomando mi mano—. Anclándote a esta realidad.

Ignatius asiente, sus ojos feroces.

—Ni se te ocurra perderte ahí fuera, Addy. Vuelve a nosotros.

Aprieto la mano de Corvus, dándoles a todos una pequeña sonrisa.

—Lo haré. Lo prometo.

Respirando profundamente, cierro los ojos.

—¡Espera! —exclama Ignatius, haciendo que mis ojos se abran de golpe.

Se arrodilla junto a mí, con la cabeza inclinada.

—Necesito saber que nos perdonas por lo que te hicimos. No sabíamos que todavía estabas ahí dentro. Tu madre dijo que te habías ido. Si lo hubiéramos sabido, tienes que creer que no lo habríamos hecho.

Le sonrío y tomo su rostro entre mis manos, obligándolo a mirarme.

—Lo sé. Os perdono. A todos vosotros. Me equivoqué al echároslo en cara hace un momento. Tienen mi palabra, nunca volveré a hacerlo.

Él estampa sus labios contra los míos, y me abro para él, enredando mi lengua con la suya mientras escucho un zumbido en mi oído. Alejándome con una sonrisa, digo:

—Orby, ¿qué pasa?

Está flotando sobre un libro cuando me giro hacia él.

—Lleva esto. Encarcelará al Vacío.

—¡Mi libro! —exclamo y lo arrebato de debajo de él—. ¿Estás seguro?

Él asiente seriamente.

—Sí. Es lo único que puede contenerlo. El hechizo está ahí. Lo sabrás cuando lo veas.

Orby sale disparado, dejándome lamiéndome los labios. Me giro hacia Zephyr y levanto el libro.

—Un plan sólido.

Me fulmina con la mirada. —Esa maldita cosa nos metió en problemas en primer lugar.

—Y ahora nos va a sacar de ellos. ¿Listo, Z-man? —Me dejo caer de nuevo, casi emocionada por comenzar con esto.

Resopla. —Z-man. Bueno, supongo que sí. Allá vamos.

Coloca sus manos en mi cabeza, y cierro los ojos.

ADELAIDE

CIERRO LOS OJOS, respirando profundamente mientras siento las manos de Zaiah en mis sienes. Los chicos nos rodean, su presencia es un ancla reconfortante mientras me preparo para adentrarme en lo desconocido. Aferrándome fuertemente al libro, espero y ruego que esta cosa me acompañe a donde sea que me dirija.

—Concéntrate en mi voz —murmura Zaiah—. Siente los bordes de la realidad a tu alrededor. Los límites entre este mundo y el siguiente.

Al principio, no hay nada más que oscuridad detrás de mis párpados. Luego, lentamente, empiezo a sentir algo: un destello, como ondas de calor elevándose del pavimento caliente. El suelo sólido bajo mis pies comienza a sentirse menos sustancial, como si estuviera sentada en un pequeño bote, meciéndome de un lado a otro.

—Eso es —me anima Zaiah—. Ahora, alcanza esos bordes. Empuja a través de ellos.

Me concentro, imaginándome empujando contra una barrera invisible. Por un momento, no sucede nada. Entonces, de repente, siento que cede. Como rompiendo la superficie del agua, empujo a través.

La sensación es indescriptible. Estoy en ninguna parte y en todas partes a la vez. Fragmentos de realidades giran a mi alrededor: vislumbres de mundos extraños, ecos de voces en idiomas que nunca he escuchado. Es hermoso y absolutamente, absolutamente aterrador.

—¿Addy? —La voz de Zaiah suena distante, amortiguada—. ¿Puedes oírme?

—Sí —intento decir, pero no sale ningún sonido. O tal vez sí, y simplemente no puedo oírlo en este lugar entre lugares.

—Recuerda por qué estás aquí —dice él—. Encuentra el Vacío. Atrápalo. Tráelo de vuelta.

Cierto. El Vacío. Me concentro, tratando de sentir la presencia del Vacío en este extraño espacio intermedio. Todo es negro a mi alrededor, pero un foco brilla desde arriba, lo que solo exacerba mi miedo a este lugar. Es un lugar de la nada. No hay vida, ni luz, ni amor, ni odio. Solo un abismo de nada.

—¡Zaiah! —grito, el miedo apoderándose de mí, y giro, necesitando salir de aquí—. ¡Zaiah!

No responde. O no puede oírme, o yo no puedo oír su respuesta. Estoy sola, pero esa es la naturaleza de esta misión. Solo yo puedo hacer esto. Me agacho, sintiendo los bordes del libro presionarse contra mí. Miro hacia abajo, aliviada de ver que hizo el viaje conmigo. Respiro profundamente, el aire húmedo llenando mis pulmones como si hubiera inhalado una nube de vapor. Empiezo a sudar, sintiendo mis axilas pegajosas y húmedas.

—Bueno, desodorante. Supongo que es tu momento de brillar —murmuro y me levanto de nuevo, decidida a seguir adelante a pesar de que todos mis instintos me dicen que salga de aquí. El problema es que no sé cómo salir de aquí. Tiro de mi camiseta, haciendo un movimiento de

aleteo para intentar aliviar el sudor que se forma en toda mi piel. Mi frente está empapada, y mi labio superior está salado al sabor cuando me lamo los labios nerviosamente—. Entonces, si yo fuera un Vacío sin fondo, ¿dónde me escondería?

Tristemente, no llegan respuestas, solo más nada.

Doy un paso adelante, y el foco me sigue. Me pregunto quién o qué me está observando. —Eso no es nada espeluznante. Vamos, Addy, tú puedes con esto. —Sigo hablando en voz alta para llenar el silencio interminable, así sé que no soy parte de él. Siento que si me quedo callada, me perderé en el abismo, para no ser vista ni oída nunca más.

Sigo avanzando, aunque en este lugar, la dirección parece carecer de sentido. El foco me sigue, cada paso que doy. Aprieto el libro con más fuerza, obteniendo consuelo de su presencia sólida.

Momentos después, hay un cambio en el aire, un frío que se me cala en los huesos. Giro, tratando de localizar la fuente.

—Vamos, maldito —murmuro—. Muéstrate.

Como si respondiera a mi desafío, la oscuridad a mi alrededor parece espesarse. El foco parpadea, atenuándose por un momento antes de volver a brillar.

Cerrando los ojos y respirando profundamente, trato de relajarme y concentrarme en lo que tengo que hacer. El libro presionado firmemente contra mi pecho es lo único que se siente real en este espacio surrealista.

Dando un paso cauteloso hacia adelante, de repente, el suelo bajo mis pies se siente diferente. Más suave, casi esponjoso. Miro hacia abajo, pero bajo el resplandor duro del foco, no puedo distinguir ningún detalle. ¿Me lo estoy imaginando, o la oscuridad se está moviendo bajo mis pies?

Un sonido llega a mis oídos, ¿o solo está en mi mente? Un suave susurro, pero cada vez más fuerte. Me esfuerzo por distinguir palabras, pero es como tratar de atrapar humo con las manos desnudas. Los susurros bailan justo al borde de la comprensión, tentadores y aterradores.

—¡Muéstrate! —exijo, mi voz quebrándose ligeramente por los nervios—. Sé que estás aquí, Vacío. Solo estás prolongando lo inevitable.

Los susurros se intensifican, convirtiéndose en un estruendo de sonidos ininteligibles que parecen más fuertes después del silencio. El foco sobre mí gira, proyectando sombras vertiginosas que me hacen tambalear. Cierro los ojos, tratando de bloquearlo, pero los susurros parecen estar dentro de mi cabeza ahora.

Cuando abro los ojos de nuevo, jadeo sorprendida. La oscuridad a mi alrededor ha tomado una forma vaga, como una criatura masiva y ondulante hecha de sombras. Cambia y se transforma mientras observo, sin asentarse nunca en una forma definida.

—¿Eres tú el Vacío?

La forma no responde, al menos no de una manera que pueda entender. Continúa cambiando y arremolinándose, a veces pareciendo extenderse hacia mí antes de retroceder de nuevo. Los susurros se vuelven más fuertes, más insistentes, pero todavía no puedo distinguir ninguna palabra.

Respiro profundamente, armándome de valor. —No te tengo miedo —miento, esperando que mi voz no traicione mi temor—. He venido a atraparte, a evitar que destruyas todo.

La masa sombría parece detenerse por un momento, como si considerara mis palabras. Luego, sin previo aviso, se abalanza hacia mí. Grito, tropezando hacia atrás, pero no hay ningún lugar adonde huir en este espacio sin características.

Justo cuando la oscuridad está a punto de engullirme, el foco se intensifica, brillando tan

fuerte que lastima mis ojos. La criatura de sombra retrocede, retirándose de nuevo hacia la negrura informe más allá del alcance de la luz.

Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en mi garganta. —Gracias —murmuro a quien sea o lo que sea que esté controlando la luz—. Te debo una.

Mientras mi pulso vuelve lentamente a la normalidad, el libro en mis brazos vibra ligeramente, como si reaccionara a la presencia del Vacío. Lo miro, formándose una idea en mi mente.

—Bien. Intentemos esto.

Abro el libro. La magia se encarga del resto. Las páginas se voltean hasta detenerse en una página de palabras en un idioma que no entiendo, pero de alguna manera, sé exactamente cómo leerlas. Mientras leo en voz alta, el aire a mi alrededor parece espesarse aún más.

La masa sombría regresa, flotando justo al borde del alcance del foco. ¿Parece curiosa? ¿Cautelosa? Es difícil atribuir emociones a algo tan ajeno, tan completamente distinto.

Mientras continúo leyendo, mi voz haciéndose más fuerte con cada palabra, la sombra comienza a retorcerse más violentamente. Los susurros regresan, más fuertes que nunca, casi ahogando mi voz. Pero sigo adelante, determinada a terminar el encantamiento.

Justo cuando llego a la última palabra, la sombra se lanza contra mí de nuevo. Esta vez, me mantengo firme, sosteniendo el libro como un escudo. Hay un momento de frío abrasador mientras la oscuridad me envuelve, y entonces...

Se ha ido. La sombra retrocede, fundiéndose de nuevo en la interminable oscuridad más allá de mi pequeño círculo de luz. Me quedo allí de pie, jadeando, con el libro apretado fuertemente contra mi pecho.

—¿Fuiste tú? —grito hacia la oscuridad—. ¿O solo otro truco de este lugar?

No llega ninguna respuesta. Solo más silencio, más oscuridad.

El Vacío está ahí fuera, puedo sentirlo. Pero no está listo para mostrarse todavía. Este encuentro, fuera lo que fuese, fue el acto de apertura. Voy a encontrar el acto principal, no importa cuánto tiempo me tome, no importa cuán aterrador se vuelva este lugar, no importa cuántas pistas falsas me lance.

Porque yo soy el Alba Inmortal. Y tengo un trabajo que hacer.

ZAIAH

MANTENGO mis manos firmes en las sienes de Addy, pero por dentro soy un desastre de preocupación y miedo. Su cuerpo está inmóvil, con los ojos cerrados, pero puedo sentir que su conciencia se ha deslizado hacia el lugar intermedio.

—¿Está bien? —susurra Corvus detrás de mí.

Asiento sin voltearme. —Está allí. Puedo sentirla, pero es débil.

Los otros se mueven inquietos a nuestro alrededor. La tensión en la habitación es sofocante. Todos somos agudamente conscientes del peligro al que se enfrenta Addy, y nuestra incapacidad para ayudarla directamente es enloquecedora.

De repente, el cuerpo de Addy se sacude. Un pequeño jadeo escapa de sus labios.

—¿Addy? —digo, tratando de mantener mi voz calmada—. ¿Puedes oírme?

No hay respuesta, pero puedo sentir su conciencia parpadeando. Todavía está ahí, aún luchando.

—Recuerda por qué estás ahí —digo, esperando que mis palabras puedan alcanzarla de alguna manera—. Encuentra el Vacío. Atrápalo. Tráelo de vuelta.

Pasan los minutos, que se sienten como horas. La respiración de Addy se vuelve laboriosa, su piel húmeda bajo mi tacto. Resisto el impulso de traerla de vuelta, de terminar con esto antes de que sea demasiado tarde. Ella tiene que hacer esto. Debemos confiar en ella.

—Mierda —murmura Zephyr, paseándose detrás de mí—. Esto está tomando demasiado tiempo. Nunca deberíamos haberle permitido hacer esto.

Cierro los ojos y hago una mueca. Uso cada gramo de fuerza que tengo para atar mi magia a Addy usando el vínculo que es feroz dentro de nosotros. Me pide a gritos que la salve, pero no es para eso que estamos aquí. Por mucho que me duela, tengo que dejarla ir.

Dejando caer mis manos de su cabeza, los lazos mágicos flotando desde sus sienes hasta mis dedos, me recuesto. Ella cae hacia atrás en el suelo, su cabeza amortiguada por la almohada que Corvus rápidamente lanzó debajo de ella, como sabía que lo haría.

—Esto es malo, muy malo —murmura Ignatius, mirándola fijamente—. Zephyr tiene razón, nunca deberíamos haber permitido esto...

—Basta —digo con calma, pero con suficiente fuerza para que todos dejen de preocuparse y me miren—. No somos nosotros quienes debemos decirle qué debe y no debe hacer. Hemos empeorado mucho las cosas al tratar de protegerla, de escudarla de su destino, pero así no es como funciona esta mierda. Por mucho que nuestras almas nos griten que evitemos que le pase algo malo, ese no es nuestro trabajo. Se nos ha dicho una y otra vez que *nuestro* trabajo es ayudarla y guiarla. Todo lo que hemos hecho hasta ahora es lastimarla. Obstaculizarla. Eso termina ahora.

El silencio me recibe, pero sé que no durará. Están procesando mis palabras y las harán pedazos a menos que siga hablando.

—Estamos dejando que Adelaide haga esto a *su* manera, ¿y saben por qué? Ella es el Amanecer Inmortal. Es la única que puede atrapar al Vacío y enviarlo de vuelta al Reino Inferior, donde luego tiene que destruirlo y todo lo demás en esa dimensión. Si no lo hace, bien podríamos decir adiós ahora mismo, porque ese será nuestro destino. Vaporizados por una dimensión que quiere borrarnos a todos para tener un reinicio. Addy nos lo ha dicho. Nos lo ha explicado una y otra vez. Otros nos lo han dicho. No hemos escuchado. Ahora, vamos a escuchar, joder. Nos hacemos a un lado y dejamos que Adelaide haga lo que sea que crea que necesita hacer.

—Aunque la mate —escupe Zephyr.

Me levanto entonces y lo enfrento. Está furioso. Parece que quiere hacer pedazos el mundo, y no lo culpo. —Sí.

—¡A la mierda con eso! —gruñe.

Me mantengo firme, enfrentando la ira de Zephyr con mi calma. —No me gusta más que a ti. Pero esto es más grande que nosotros, más grande que nuestros sentimientos por Addy.

—¿Así que nos quedamos aquí sentados sin hacer nada mientras ella arriesga su vida? —gruñe Corvus, sus colmillos alargándose mientras su ira aumenta.

—No estamos haciendo nada —digo con firmeza—. Estamos sosteniendo el espacio para ella, anclándola a esta realidad. Nuestra presencia aquí importa.

Ignatius se pasa una mano por su cabello de fuego, dejando marcas de quemaduras en el suelo donde camina. —¿Pero y si nos necesita? ¿Y si algo sale mal?

Respiro profundamente, tratando de calmar mi preocupación. —Entonces confiamos en que Addy es lo suficientemente fuerte para manejarlo. Se ha enfrentado a peores probabilidades antes y ha salido victoriosa.

La habitación vuelve a quedarse en silencio, el aire cargado de tensión y temores no expresados. Todos miramos la forma inmóvil de Addy, su pecho subiendo y bajando constantemente.

De repente, su cuerpo se sacude violentamente. Un grito ahogado escapa de sus labios, y su espalda se arquea del suelo.

—¡Addy! —grita Zephyr, abalanzándose hacia adelante.

Agarro su brazo, deteniéndolo. —¡No la toques! Podríamos interrumpir la conexión.

Observamos impotentes cómo Addy se retuerce, su rostro contorsionado de dolor o miedo, o ambos. El libro apretado contra su pecho brilla con una luz azul, pulsando salvajemente. El aire a su alrededor parpadea, la realidad se dobla y se distorsiona.

—Mierda —sisea Corvus—. ¿Qué le está pasando?

Sacudo la cabeza, incapaz de responder. Mi corazón está acelerado, cada instinto me grita que intervenga, que aleje a Addy de cualquier horror al que se esté enfrentando. Pero me obligo a permanecer quieto, a confiar en su fuerza.

—Eso es todo —gruñe Zephyr—. La voy a sacar.

Antes de que alguno de nosotros pueda detenerlo, alcanza a Addy. En el momento en que sus dedos tocan su piel, una explosión de energía lo lanza al otro lado de la habitación. Se estrella contra la pared con un golpe escalofriante.

—¡Zephyr! —Ignatius va hacia él.

Zephyr está furioso como una serpiente. —¡No! —ruge—. ¡Esto no está funcionando!

—Sí lo está —murmuro—. Sea lo que sea a lo que Addy se esté enfrentando en ese espacio,

tiene que hacerlo, y tiene que hacerlo sola. Nadie se acerca a ella de nuevo.

Zephyr gruñe como una bestia rabiosa, su naturaleza de hada oscura sale a la superficie mientras las sombras parpadean a su alrededor mientras avanza hacia mí. —No puedes impedirme que la proteja.

—Puedo y lo haré —digo, levantando mi mano para crear una barrera de protección alrededor de mí y de Adelaide—. Todos lo haremos. Por el bien de Addy.

Zephyr sisea, lanzándome una mirada asesina. Le devuelvo la mirada. Addy necesita que haga esto por ella. Si soy el único que puede quedarse quieto y dejarla hacer lo que necesita hacer, que así sea.

Los ojos de Zephyr destellan con furia, pero da un paso atrás, con los puños apretados a los costados. —Si algo le pasa...

—No pasará —digo, con más confianza de la que siento—. Addy es fuerte. Puede hacer esto.

Todos volvemos nuestra atención a Addy. Sus sacudidas han disminuido, pero su rostro aún está retorcido en concentración o dolor. El libro continúa pulsando con esa extraña luz azul.

Los minutos pasan como horas. El estrés en la habitación es tan espeso que podría asfixiarnos. Corvus camina inquieto, su naturaleza vampírica le dificulta quedarse quieto. Ignatius se sienta con las piernas cruzadas en el suelo, con los ojos cerrados, pequeñas llamas bailando en sus dedos mientras intenta calmarse. Zephyr permanece rígido, su mirada nunca abandona el rostro de Addy.

Mantengo mi posición junto a ella, una mano flotando cerca de su sien, listo para restablecer nuestra conexión si es necesario. Todavía puedo sentir su presencia a través de los lazos mágicos; es tenue pero está ahí, como una estrella distante.

Sentándome de nuevo cerca de ella, cierro los ojos y medito, centrándome en la conexión que tengo con Addy. Siento su miedo, y me asusta. Empiezo a sudar como ella, goteando de su frente mientras lucha a través de la nada para completar su tarea. Intento enviar energía calmante a través de nuestro vínculo, esperando que la alcance en ese extraño lugar intermedio, y sonrío cuando siento que se relaja un poco.

Zaiah. ¿Estás conmigo?

—Estoy contigo, nena. Nunca te dejaré, lo sabes.

Gracias. Tengo miedo.

—Lo sé, pero puedes con esto. Eres una cosa Immortal Dawn increíble, y nada puede derrotarte.

Ella sorbe ruidosamente. *Te quiero.*

—Yo también te quiero, nena. Todos te queremos. Los otros son unos cabezones, pero creo que finalmente los he hecho entrar en razón. Ya no nos encontrarás resistiéndonos a tu destino.

Ella se ríe. *Tengo que irme. Necesito terminar esto.*

—Lo sé. Ten cuidado.

La conexión con ella vuelve a ser lo que era antes, apenas un débil destello, pero estoy satisfecho de que, por ahora, está a salvo.

ADELAIDE

LAS PALABRAS de Zaiah resuenan en mi mente, un consuelo en este mar de la nada. Su confianza en mí me fortalece, y siento una renovada oleada de determinación recorriendo mi alma.

Avanzo a través de la oscuridad, el foco aún siguiendo cada uno de mis movimientos como un acosador sobrenatural. El libro en mis brazos pulsa con una tenue luz azul, como si respondiera a mi presencia. Está cálido contra mi pecho, asegurándome que aún estoy aquí, que todavía existo en este vacío de...

—Espera. *Vacío. ¿Cómo puede existir un Vacío dentro de un vacío? ¿Es eso siquiera posible?* La ciencia no es mi fuerte. Demonios, ninguna clase en la escuela lo era. Parece que solo me estaba yendo bien en MistHallow porque Crimson me estaba ayudando. Pero creo que estoy en algo aquí. Solo necesito conectar los puntos.

—Bien. Sea lo que sea esto, librito, encontremos a ese bastardo del Vacío y acabemos con él —las palabras suenan huecas, bravuconería frente a lo desconocido, pero me aferro a ellas como a un salvavidas porque no tengo una mierda más, Zaiah se ha ido de nuevo pero de alguna manera eso es bueno. Necesito concentrarme.

Mientras camino, el paisaje —si se le puede llamar así— comienza a cambiar. La oscuridad se espesa en lugares, formando formas vagas que se ciernen sobre mí. Siluetas retorcidas que podrían ser árboles, o podrían ser seres monstruosos, no puedo decirlo. No puedo decir si son reales o solo trucos de mi mente, desesperada por encontrar patrones en la nada. Mis ojos se esfuerzan en la tenue luz, tratando de dar sentido a las sombras siempre cambiantes.

El aire se vuelve más denso, más opresivo con cada paso. Es como vadear a través de un jarabe invisible, cada movimiento requiere más esfuerzo que el anterior. El sudor perla mi frente y se desliza por mi espalda, haciendo que mi camiseta se me pegue. El silencio solo es roto por mi respiración y el ocasional crujido de la encuadernación de cuero del libro mientras lo aprieto con más fuerza.

Sin previo aviso, el suelo bajo mis pies desaparece. Un momento estoy caminando, al siguiente estoy cayendo, dando tumbos por el espacio sin sentido de arriba o abajo. Mi estómago da un vuelco, mi corazón saltando a mi garganta. Me muerdo para no gritar, aferrando el libro con más fuerza contra mi pecho como si pudiera salvarme de esta caída libre. El foco se apaga, dejándome en total oscuridad.

Justo cuando el pánico comienza a apoderarse de mí, cuando estoy segura de que seguiré cayendo para siempre, aterrizo con fuerza en lo que se siente como suelo sólido. El impacto me deja sin aliento, y por un momento, me quedo ahí tendida, jadeando como un pez fuera del agua.

Gimiendo, me pongo de pie, cada músculo protestando por el movimiento. El foco parpadea de vuelta a la vida, iluminando mis alrededores. Estoy en lo que parece una vasta caverna, las

paredes goteando con algún tipo de líquido oscuro y viscoso. Se desliza en lentos riachuelos, acumulándose en charcos poco profundos en el suelo. Cada respiración es una lucha. Huele a humedad, como a moho y descomposición, con un regusto metálico subyacente que me hace pensar hambrientamente en sangre.

—Está bien —digo, tratando de mantener mi voz firme a pesar del temblor que puedo sentir construyéndose en mi alma—. Esto es nuevo. Espeluznante como la mierda, pero nuevo y bastante emocionante. Cosas para mirar y oler —las palabras hacen eco en las paredes de la caverna, volviendo a mí distorsionadas y extrañas mientras arrugo la nariz por el hedor.

Doy un paso cauteloso hacia adelante, y el suelo hace un ruido de chapoteo bajo mis pies. Mirando hacia abajo, veo que estoy parada en un charco poco profundo del mismo líquido oscuro que cubre las paredes. Se adhiere a mis zapatos, pareciendo tirar de ellos con cada paso, como si intentara mantenerme en mi lugar. Me recuerda a la melaza, y mi estómago gruñe de hambre.

—Asqueroso —murmuro, pero sigo adelante, cada pisada acompañada por un sonido húmedo de succión.

Mientras me abro paso por la caverna, escucho susurros de nuevo. Son diferentes esta vez, no los murmullos ininteligibles de antes, sino palabras claras que envían hielo deslizándose por mi espalda sudorosa, haciéndome sentir como si tuviera gripe. Parecen venir de todas partes y de ninguna a la vez, llenando el aire a mi alrededor.

—Amanecer Inmortal —sisean, las palabras deslizándose en mis oídos como serpientes heladas—. No perteneces aquí. Regresa.

Aprieto los dientes, superando mi miedo. Mis manos están temblando, pero las obligo a estabilizarse.

—Ni lo sueñes —digo con los dientes apretados, mi voz haciendo eco en las paredes viscosas —. Estoy aquí por el Vacío, y no me voy sin él.

Los susurros se vuelven más fuertes, más insistentes, un coro de voces sobrenaturales que me presionan por todos lados.

—Niña tonta. No sabes lo que buscas. El Vacío está más allá de tu comprensión, más allá de tu poder.

—Eso ya lo veremos —gruño, mi agarre en el libro apretándose. La pulsante luz azul de sus páginas se vuelve más fuerte, como si respondiera a mi desafío.

De repente, el líquido en el suelo comienza a subir. Se arremolina alrededor de mis piernas, subiendo cada vez más alto. Intento moverme, pero ahora es como vadear a través de alquitrán. El pánico sube por mi garganta mientras la sustancia oscura alcanza mi cintura, luego mi pecho. Está frío, tan frío que quema, y puedo sentirlo tratando de filtrarse en mis huesos.

—¡No! —grito, sosteniendo el libro sobre mi cabeza—. ¡No dejaré que me detengas!

Justo cuando el líquido está a punto de cubrir mi cara, siento una oleada de poder surgir. Comienza en mi núcleo, un calor que se extiende hacia afuera, contrarrestando el frío de la sustancia oscura. El libro en mis manos brilla con más intensidad, su luz cortando la oscuridad como un faro. De repente, la sustancia oscura retrocede. Se aleja de mí como si quemara, dejándome de pie en un círculo seco.

Tomo una respiración profunda y temblorosa, mi corazón latiendo tan fuerte que puedo sentirlo en mi garganta.

—Gracias —murmuro al libro, pasando una mano por su cubierta—. Parece que hacemos un buen equipo.

Los susurros se han silenciado, pero puedo sentir una sensación de sorpresa en el aire. Sea lo

que sea este lugar, sea lo que sea que lo controle, no esperaba eso. El pensamiento me da un ligero impulso de confianza. No estoy indefensa aquí.

Sigo adelante, adentrándome más en la caverna, pero tiene más trucos reservados para mí. Pero eso es todo lo que son. Trucos. Las paredes se estrechan, el techo desciende hasta que me veo obligada a agacharme. El aire se vuelve más denso, más pesado, haciendo que cada paso sea una lucha, cada movimiento requiera un esfuerzo consciente.

La luz azul del libro es mi compañera constante, pulsando suavemente como un latido. Es extrañamente reconfortante, un recordatorio de que no estoy sola en este abismo.

Justo cuando empiezo a preguntarme si encontraré este maldito Vacío y lo atraparé, el techo se eleva, desapareciendo en una oscuridad tan completa que ni siquiera mi foco puede penetrarla.

En medio de este espacio imposible, veo algo que me hiela la sangre.

Es un vórtice arremolinado de absoluta nada. No oscuridad, no vacío, sino una ausencia completa de todo. Es como un agujero en la realidad, un lugar donde los mismos conceptos de existencia dejan de tener significado. Es el Vacío en el vacío, en toda su gloria aterradora.

Supongo que eso responde esa pregunta entonces.

—Mierda santa —susurro. La visión es hipnotizante. Quiero correr, esconderme, cerrar los ojos y fingir que nunca lo vi. Pero al mismo tiempo, no puedo apartar la mirada.

El Vacío late, pareciendo notar mi presencia. Los susurros regresan, más fuertes que nunca, llenando la cámara con su coro espeluznante.

—Alba Inmortal —dicen—. No deberías estar aquí. No puedes esperar contenernos. —El Vacío palpita, y de repente, me golpea una ola de imágenes. Inundan mi mente, abrumando mis sentidos. Mundos naciendo y muriendo en un abrir y cerrar de ojos. Universos enteros colapsando y reformándose. El ciclo interminable de creación y destrucción, desarrollándose a lo largo de eones en el lapso de segundos.

Me tambaleo bajo el asalto, casi dejando caer el libro. Mi cabeza se siente como si fuera a explotar, incapaz de procesar la pura escala de lo que estoy viendo. Pero mientras las imágenes retumban a través de mí, empiezo a entender. El Vacío no es malo. Es una parte necesaria del equilibrio cósmico. Sin él, no puede haber nuevos comienzos. Como yo, es inevitable.

—Maldito fuego del infierno en un palo de mierda —jadeo—. Ahora lo veo. Lo veo todo. No eres el enemigo. Solo estás haciendo tu trabajo.

Los susurros se suavizan, volviéndose casi gentiles. —Sí. Somos lo que somos. Al igual que tú, Alba Inmortal.

—Lucretia, ¿verdad? ¿Ese es quien eres, eras? —Recuerdo este nombre de la batalla fuera del círculo de piedra. El yo que quedó atrás lo tiene en sus recuerdos. Nuestros recuerdos—. Tú... ellos... el Consejo, es decir. ¿Ellos te hicieron esto?

El Vacío pulsa y siento una ola de algo. No es exactamente una emoción, sino un reconocimiento.

—Sí —responden los susurros—. Una vez fuimos Lucretia. Pero eso fue hace mucho tiempo. El Consejo temía nuestro poder, nuestro potencial. Nos desgarraron, nos esparcieron a través de las realidades. Pero al hacerlo, crearon algo mucho más grande. Nos convertimos en el Vacío.

Trago saliva, tratando de procesar esta revelación. —Entonces, ¿no estás tratando de destruir todo? ¿Solo reiniciar las cosas? ¿Estás tratando de que las cosas vuelvan a ser como eran? —Esta comprensión repentina me golpea justo en los sentimientos. *Mierda*.

—Creación y destrucción son dos caras de la misma moneda —responde el Vacío—. Traemos el fin para que nuevos comienzos puedan florecer. Es el camino de todas las cosas.

—Eso no es una respuesta.

—Es todo lo que tenemos.

Asiento lentamente, mi mente dando vueltas. —Pero la destrucción... toda esa gente, esos mundos...

—Necesario —dice el Vacío, sus susurros teñidos con lo que podría ser arrepentimiento—. Lo viejo debe dar paso a lo nuevo. Es el ciclo de la existencia.

Respiro profundamente, armándome de valor. —¿Y qué hay de mí? ¿Cuál es mi papel en todo esto?

El Vacío pulsa de nuevo, más fuerte esta vez, una reacción visceral. —Tú eres el Alba Inmortal. El puente entre los finales y los comienzos.

—Se supone que debo destruirte. El Consejo de los Primeros quiere que te destruya.

—Temen lo que les haremos primero.

—Ellos son los malos. —No es una pregunta. Ya había llegado a esta conclusión.

—El mal encarnado. Quieren reiniciar la creación, asegurarse de tener control sobre todos los reinos.

—No podemos permitir que eso suceda.

—¿Nosotros? —El Vacío se burla—. ¿Estás diciendo que deberíamos trabajar juntos?

Considero eso. —Tal vez —digo astutamente—. Todo me dice que no debería confiar en ti.

—Sin embargo, estás aquí parloteando en lugar de atraparnos. ¿Por qué, chica?

Resoplo divertida por su elección de palabras. —Destruirte trae el Armagedón. Eso es lo que ellos quieren. ¿Es eso lo que tú quieres?

—Queremos ser devueltos.

—¿Como Lucretia? —me aventuro, pero no estoy completamente segura si este es su objetivo final o no.

—No podemos responder tu pregunta.

—¿Por qué?

—No tenemos respuesta.

La tristeza me invade y llámame loca, pero siento lástima por este pobre Vacío de destrucción que se traga mundos y destruye dimensiones. No quieren hacerlo, no tienen elección. Como yo. —¿Qué se necesitará para traerte de vuelta?

—Armagedón.

Pongo los ojos en blanco con una expresión facial que *sé* que grita "por favor". —Si una criatura más me da esa respuesta de una palabra con ese tono dramático una vez más, voy a desatar el Armagedón sobre su trasero.

Silencio.

Y luego risas. Risas genuinas. No una risa siniestra ni una carcajada malévola. Simplemente diversión.

La risa me toma por sorpresa. No es en absoluto lo que esperaba de un vacío que todo lo consume. Pero hay algo familiar en ella.

—Eres una peculiar, Alba Inmortal —dice el Vacío, sus susurros aún teñidos de diversión.

Me encojo de hombros. —Sí, me lo dicen mucho.

El Vacío pulsa, y juro que puedo sentir la curiosidad emanando de él. —No eres lo que esperábamos.

—Lo mismo digo —murmuro.

—Tienes dolor por ser llamada algo que no eres. Tienes dolor por ser atormentada. Te has aislado.

Trago saliva. —¿Cómo sabes todo eso?

—Somos lo mismo.

Mi estómago se revuelve. —Tú eras el Alba Inmortal.

Hay un momento de silencio, y puedo sentir al Vacío considerando si responderme. No le doy la oportunidad.

—Tú eras el Alba Inmortal —digo más fuerte—. Y no hiciste lo que querían, así que encontraron una manera de aprisionarte y esparcir mentiras sobre ti. Eres en lo que me convertiré si no cumplo con este destino. Entonces, ¿qué es? ¿Cuál es el verdadero objetivo final aquí?

Silencio.

—¡Háblame! —exijo—. ¡No quiero terminar como tú! No quiero ser nada.

—¿Crees que nosotros sí? —rugen—. ¡No tuvimos elección!

—¡Pero tienes la opción de salvarme de este destino!

—Hacer lo que ellos piden te salvará de este destino.

—¡No quiero! No quiero destruirte a ti ni a los reinos para que ellos puedan gobernar de forma absoluta.

—¿Entonces qué?

—Tú y yo necesitamos trabajar juntos para destruirlos. Vamos a volver al Reino Inferior para acabar con esto de una vez por todas.

—¿Y cómo propones que hagamos eso, niñita?

—No me llames niñita. Soy la puta Alba Inmortal, y tú también lo eres. Juntos, somos más poderosos que cualquier cosa que alguien haya visto o creado. Tú y yo podemos acabar con este reinado de terror sin perdernos en el proceso.

—No podemos salir de aquí.

—Tú sí puedes —levanto el libro—. En esto.

—¿Esperas que confiemos lo suficiente en ti como para quedar atrapados en ese libro?

—Si no lo haces, te quedas aquí, y yo sigo adelante con mi plan de destruir el Consejo y el Reino Inferior. Sin mí, no obtienes nada.

—Joder —murmuran.

ADELAIDE

SONRÍO ante la exasperación del Vacío. Es extrañamente humanizador escuchar a esta fuerza cósmica maldecir como un adolescente frustrado.

—Sí, eso lo resume bastante bien —digo—. Entonces, ¿qué va a ser? ¿Quedarse aquí revolcándose en la nada o arriesgarse a formar equipo?

El Vacío pulsa, su energía cambiando. Puedo sentir su indecisión, su cautela.

—Hablas de confianza, Aurora Inmortal, hija mía. Pero ¿cómo podemos confiar en ti? ¿Cómo sabemos que esto no es algún truco?

Hija mía. Siento una punzada de dolor por mi madre, pero la aparto. No puedo lidiar con eso ahora. Pero entonces más mierda me inunda, y trago el bocado de saliva que llenó mi boca.

—¿Hija? ¿Qué quieres decir con eso?

—¿No entiendes el significado de la palabra?

—Oh, sé lo que es una hija, pero tú no eres mi madre.

—¿No lo soy?

—¿Cómo? Yo tenía una madre. Murió. Devorada por un monstruo.

—Conocí a Edie Légère. Pero ella no era tu madre.

Mi estómago se me cae a los pies.

—¿Qué? ¿Y tú sí? ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Tú me diste a luz?

—La nada no puede dar a luz a un hijo —dice con amargura—. Pero aun así eres mía.

Niego con la cabeza; esto se está volviendo mucho más confuso de lo que ya era. Ya habrá tiempo para eso más tarde. Edie era mi madre, sin importar lo que diga esta cosa. Ella me crió y estuvo ahí para mí todos los días. Vale, me mintió descaradamente, pero es algo que puedo perdonar, dado que está muerta, y no puedo guardar rencor a una mujer muerta.

Suspiro, pasándome una mano por el pelo húmedo de sudor, volviendo a la conversación anterior.

—Olvida eso por ahora. Mira, lo entiendo. La confianza no es fácil de conseguir en este momento. Pero estoy poniendo todas mis cartas sobre la mesa. No quiero destruirte, y seguro que no quiero convertirme en ti. Creo que ambos queremos lo mismo: detener al Consejo, acabar con este ciclo de destrucción y que vuelvas a ser como eras antes de convertirte en este Vacío.

—Eso significa que tienes que renunciar a quien eres.

—¿Quién? ¿La Aurora Inmortal? Ya estoy harta. Si crees que eso es algo que me va a detener, estás muy equivocado. No quiero esto. No lo pedí. Puedes recuperarlo.

Hay una larga pausa, los susurros se callan. Entonces, lentamente, el Vacío comienza a contraerse, replegándose sobre sí mismo.

—Muy bien —dice, su voz ahora singular en lugar del coro de susurros—. Tomaremos esta

oportunidad. Pero te lo advierto, si nos traicionas, no habrá lugar en toda la existencia donde puedas esconderte.

Asiento solemnemente, sintiendo el peso de este momento.

—Entiendo. Nada de traiciones, lo prometo. Ahora estamos juntos en esto.

El Vacío continúa contrayéndose, condensándose en una esfera arremolinada de oscuridad del tamaño de un balón de baloncesto. El libro flota ante mí, casi ansioso por meter al Vacío dentro.

—Abre el libro —ordena el Vacío.

Con manos temblorosas, hago lo que me dicen. En el momento en que levanto la cubierta, la esfera sale disparada hacia adelante, desapareciendo entre las páginas. El libro se cierra de golpe con tanta fuerza que casi se me escapa de las manos.

Por un momento, no pasa nada. Luego el libro comienza a vibrar, calentándose en mis manos. El resplandor azul se intensifica, volviéndose casi cegadoramente brillante. Entrecierro los ojos contra la luz, sujetando el libro con fuerza mientras el poder lo atraviesa.

Cuando la luz finalmente se desvanece, abro los ojos para descubrir que la caverna ha desaparecido. Estoy de pie en el mismo vacío sin rasgos en el que empecé, el foco de luz una vez más mi único compañero.

—Bueno —murmuro, mirando el libro ahora silencioso en mis manos—. Eso fue algo.

Respiro hondo, tratando de procesar todo lo que acaba de suceder. Tengo al Vacío atrapado en un libro, pero no está realmente atrapado, es más como si hubiéramos formado una alianza incómoda. Y aparentemente, podría ser mi madre. Eso es todo un lío que no estoy lista para desenredar todavía. Si es que alguna vez lo estoy.

—Ahora a salir de aquí... —La única salida es a través de mi vínculo con Zaiah.

Cierro los ojos, concentrándome en mi conexión con Zaiah. Al principio, no hay nada, solo el abismo interminable a mi alrededor. Pero entonces lo siento, un leve tirón en mi pecho. Como un hilo de telaraña que se extiende a través de las realidades, conectándome con el mundo que dejé atrás.

—Zaiah —susurro, aferrándome a ese tenue vínculo—. Estoy lista para volver.

El tirón se hace más fuerte y, de repente, me estoy moviendo. No caminando ni volando, sino siendo arrastrada a través del espacio mismo. El espacio se desdibuja a mi alrededor, un caleidoscopio de la nada pasando a toda velocidad.

Hay un momento de desorientación, una sensación de ser volteada del revés y de vuelta otra vez. Luego, con un jadeo, abro los ojos para encontrarme de vuelta en mi habitación con los chicos.

—¡Addy! —El rostro de Zaiah se enfoca sobre mí, sus ojos abiertos de alivio.

Intento sentarme, pero mi cuerpo se siente como plomo. Cada músculo me duele y me palpita la cabeza.

—Estoy bien —logro decir con voz ronca.

Los demás se agolpan a mi alrededor. Zephyr me ayuda a sentarme, su toque es suave pero insistente.

Me aprieta contra él y yo lo rodeo con mis brazos.

—Te amo —murmura en mi pelo.

—Yo también te amo —respondo—. Los amo a todos. Gracias por traerme de vuelta.

—¿Lo conseguiste? ¿Atrapaste al Vacío? —pregunta Zaiah.

Me desenredo de Zephyr y hago una mueca de dolor.

—Sí, sobre eso...

ZEPHYR

—¿QUÉ QUIERES DECIR CON "SOBRE ESO"? —pregunto, tratando de mantener el tono de mi voz. —¿Algo salió mal? —Miro fijamente a Addy, aliviado de que haya regresado sana y salva, siendo ella misma, pero sus palabras me provocan un escalofrío.

Addy respira profundamente, sus ojos moviéndose entre todos nosotros. —No salió mal, exactamente. Solo que no fue como esperábamos. —Levanta el libro. —El Vacío está aquí dentro. Pero no está atrapado. Hemos llegado a un entendimiento.

—¿Un entendimiento? —sisea Corvus. —¿Con la cosa que ha estado destruyendo reinos enteros? ¿Que amenazó con matarnos a todos y que nos dijeron que desterráramos?

Addy se estremece ante su tono. —Sí, nos *dijeron* que desterráramos. ¿Y quién exactamente nos lo dijo? —Me mira fijamente, esperemos que en lugar de mi padre que no está presente y no porque crea que esto tiene algo que ver conmigo. —Es complicado. El Vacío no es lo que pensábamos. No es malvado. Es más como una fuerza de la naturaleza. Es como yo. *Exactamente* como yo.

Entrecierro los ojos y pregunto con temor llenando mi alma porque creo que lo sé: —¿Qué quieres decir?

—Solían ser el Amanecer Inmortal. Ella, en realidad, Lucretia. No entiendo completamente cómo me convertí en el Amanecer Inmortal en su ausencia, pero tiene algo que ver con el hecho de que se llamaban a sí mismos mi madre.

—Eh... —murmura Ignatius. —¿Puedes repetir eso?

—Sí, lo sé. Como dije, no conozco todos los detalles.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. ¿El Vacío, la cosa que lastimamos a Addy para desterrar, solía ser el Amanecer Inmortal? ¿Y de alguna manera, la madre de Addy? Mi cabeza da vueltas mientras intento procesar esta información.

—Addy —digo lentamente, tratando de mantener la calma en mi voz—, ¿estás segura de esto? El Vacío podría estar mintiendo, tratando de manipularte.

Ella niega firmemente con la cabeza. —No, no lo creo. Todos los demás están mintiendo. Pude sentir la verdad en ello. —Sus ojos se encuentran con los míos, suplicando comprensión. —Sé lo loco que suena esto, pero por favor, solo escúchame.

Respiro profundamente, forzándome a escuchar. Por mucho que quiera proteger a Addy, sé que necesito confiar en su juicio.

—De acuerdo —digo, asintiendo para que continúe. —Cuéntanos todo.

Addy comienza su historia, explicando su encuentro con el Vacío en vívido detalle. Mientras habla, puedo ver las reacciones de los demás reflejando la mía, es decir, incredulidad y una creciente sensación de inquietud.

—Así que déjame ver si entiendo —interrumpe Corvus en un momento, su voz tensa por la tensión. —El Vacío solía ser una persona llamada Lucretia, a quien conocemos como la madre de Crimson, que aparentemente era el Amanecer Inmortal anterior. El Consejo le hizo algo, convirtiéndola en un Vacío que devora mundos. ¿Ahora ustedes dos se han unido para qué? ¿Destruir el Consejo?

—Y el Reino Inferior. Y con suerte, restaurar el orden natural.

—¿Que es? —pregunto con sospecha.

—Lucretia como el Amanecer Inmortal.

—Pero esa eres tú. ¿Qué te pasa a ti? —Algo de esto no cuadra. No nos está contando toda la historia.

—No tengo idea. Pero el Vacío y yo vamos al Reino Inferior para arreglar este desastre cósmico y librar al universo del Consejo de los Primeros.

—El poder del Vacío puede matarte.

—Y yo puedo matar al Vacío. Confía en mí. Sabemos de lo que somos capaces. —Me mira profundamente a los ojos, y no veo más que determinación, resolución y amor.

—Tengo una pregunta —dice Zaiah. —¿Cómo restableces el orden natural?

—Creando el apocalipsis. Uno contenido, en el Reino Inferior, que lo destruirá desde adentro hacia afuera y todo lo que hay en él.

—Incluyéndote a ti —digo entre dientes.

—Sí. Pero...

—¡No! —espeto. —¡No! No hay peros. ¡No puedes hacer esto, Addy!

—Zephyr, ¿de qué hablamos? —dice Zaiah, su tono advirtiéndome que me calle, pero me importa un carajo. No voy a perder a la única mujer que puedo amar porque decidió hacerse explotar. No va a pasar. No bajo mi vigilancia.

—¡Me importa un carajo de lo que hablamos! —le gruño a Zaiah. —Esto es una locura. ¡No vamos a dejar que Addy se sacrifique basándose en una historia absurda del Vacío!

Los ojos de Addy brillan con molestia. —No son mentiras, Zephyr. Sé que es difícil de entender, pero tienes que confiar en mí. Esto es lo que tengo que hacer.

—¡No, no lo es! —discuto, paseando por la habitación con agitación. —Debe haber otra manera.

—No hay otra manera —dice Addy suavemente. —Ya hemos discutido esto mil veces. Este es mi destino. Siempre lo ha sido.

Me giro para enfrentarla, con el corazón latiendo con fuerza. —¡Al carajo el destino! No te perderé, Addy. No puedo.

Su expresión se suaviza y extiende la mano para tocar mi mejilla. —No me estás perdiendo, Zephyr. No realmente. Pase lo que pase, una parte de mí siempre estará contigo.

Me inclino hacia su toque, cerrando los ojos contra el ardor de las lágrimas. —Eso no es suficiente —susurro.

—Tiene que ser así —responde ella con suavidad.

Corvus se aclara la garganta, rompiendo la tensión.

—Por mucho que me cueste admitirlo, es posible que Addy tenga razón. Si lo que dice es cierto, esta podría ser nuestra única oportunidad de detener al Consejo y salvar todos los reinos. Tenemos que confiar en que esto funcionará.

—Sacrificio por salvación —susurra antes de presionar sus labios contra los míos.

Me aferro a ella, introduciendo mi lengua en su boca, sin querer dejarla ir. La llevo hacia atrás hasta la cama, la empujo sobre ella y uso mis sombras para mantenerla en su lugar mientras

la desnudo con magia. Ella jadea, extendida en la cama, y me tomo un momento para empaparme de su imagen. Sus ojos están llenos de deseo, su respiración entrecortada. No puedo imaginar un mundo sin ella, y estoy decidido a aprovechar al máximo el tiempo que nos queda.

Deslizo mis dedos por su cuerpo, saboreando la sensación de su suave piel bajo mi tacto. Me inclino para besar su cuello, mordisqueando suavemente el punto sensible justo debajo de su oreja. Addy gime, arqueando la espalda, desesperada por más. Quiero dárselo, pero al mismo tiempo, quiero devastarla con mi miembro. Quiero embestirla contra la cama y hacerla correrse sobre mí hasta que grite mi nombre. Pero me contengo, adorando su cuerpo lentamente, tomándome el tiempo para explorar cada centímetro de ella.

Provocando su clítoris con toques suaves como plumas, hago que mueva sus caderas, intentando obtener más fricción, pero la mantengo quieta con mis sombras, haciéndola esperar. Me encanta cómo se retuerce debajo de mí, desesperada por alcanzar el clímax. Me hace sentir poderoso y en control.

Deslizo un dedo dentro de ella, sintiendo su humedad, su calor. Está tan apretada, tan lista para mí. Añado otro dedo, luego otro, bombeándolos dentro y fuera de ella lentamente, girando, aumentando su placer. Ella gime, sus uñas clavándose en la colcha mientras intenta aguantar.

Inclinándome, chupo sus pezones, lamiéndolos y mordiéndolos hasta que están duros y sensibles. Ella grita, su espalda arqueándose sobre la cama. Puedo sentir que se está acercando, sus músculos tensándose alrededor de mis dedos. Sé que está cerca. Mis instintos me piden a gritos que la lastime, que le dé el dolor que anhela junto con el placer, pero por una vez en mi vida, no quiero imponerme. Solo quiero amarla.

Retiro mis dedos, haciéndola gemir en protesta, pero rápidamente los reemplazo con mi lengua. Lamo y succiono su clítoris, sintiéndola estremecerse debajo de mí. Sabe dulce, como la miel, y no puedo tener suficiente de ella. Empujo sus piernas más separadas, sujetándola con mis manos mientras la devoro. Ella se retuerce y gime, sus caderas moviéndose contra mi rostro mientras busca su liberación. Siento que se acerca, sus músculos se tensan, y entonces está gritando mi nombre mientras se deshace para mí.

Le doy un momento para recuperar el aliento antes de desnudarme y arrastrarla hacia el borde de la cama, las sombras moviéndose con ella. Me introduzco profundamente en su sexo, muy lentamente, saboreando la sensación de su apretado calor rodeándome. Ella jadea mientras la lleno por completo. Me quedo quieto por un momento, provocándola antes de empezar a mover mis caderas. Salgo lentamente, luego embisto de vuelta, fuerte y profundo. Ella grita, su cuerpo arqueándose para encontrarse con el mío. Establezco un ritmo implacable, mis caderas golpeando contra las suyas mientras nos llevo a ambos hacia el borde.

Puedo sentir que se está acercando, sus músculos apretándose a mi alrededor. Bajo la mano entre nosotros, encontrando su clítoris con mis dedos. Lo froto y pellizco, llevándola al límite otra vez. Ella grita mi nombre mientras se corre, su sexo apretándose alrededor de mi miembro con fuerza, de manera posesiva. No hay mejor sensación en el mundo, no quiero perderla.

Pero sé, cuando la miro, cabalgando la ola de su orgasmo, sé que tengo que dejarla ir.

ADELAIDE

LA DESESPERACIÓN en su mirada me destroza. Está intentando aferrarse tan fuerte como yo.

Pero también veo algo más en sus ojos: una feroz determinación. Es como si me estuviera instando a encontrar otra manera, a cambiar de opinión sobre el apocalipsis. Desearía poder hacerlo, más que nada, pero sé en el fondo que es la única forma de salvar a todos, incluyéndome a mí misma. No tengo intención de morir, pero supongo que no hay certeza en eso.

Me libera de las sombras, y me incorporo, capturando sus labios en un beso abrasador. Él responde con entusiasmo, sus manos enredándose en mi cabello mientras nuestras lenguas se entrelazan. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, la desesperada necesidad de aferrarse a mí, pero sé que tengo que dejarlo ir. Empuja más profundo y luego se pone rígido al derramarse dentro de mí, sus manos tirando bruscamente de mi cabello.

A regañadientes, me aparto, presionando mi frente contra la suya. —Te amo, Zephyr Nethershade —susurro, mi voz temblando de emoción—. Por favor, recuerda eso, sin importar lo que pase.

Los ojos de Zephyr brillan de dolor, pero asiente lentamente. —Lo haré —promete, su voz ronca de emoción—. Pero tú también tienes que prometerme algo.

—¿Qué? —pregunto, con el corazón adolorido por saber que este podría ser nuestro último momento juntos.

—Prométeme que lucharás con todo lo que tienes —dice Zephyr con fiereza—. Eres más fuerte de lo que crees, Addy. Puedes hacer esto.

Asiento, parpadeando para contener las lágrimas. —Lo haré —prometo, respirando profundamente para componerme.

Entonces soy arrebatada de él a los brazos de mi vampiro desnudo.

Corvus muerde con fuerza mi cuello, succionando con todas sus fuerzas mientras me retuerzo en sus poderosos brazos.

—Sabes tan jodidamente bien, Addy —gruñe, sus colmillos rozando mi piel mientras se aparta—. Puedo sentir su miembro presionando contra mí, duro como una roca y listo para mí—. Te amo.

—Yo también te amo, Corvus —susurro, mi voz ronca de deseo.

Él asiente, sus ojos ardiendo con una intensidad que me quita el aliento. —Te necesito, Addy. Necesito estar dentro de ti.

Me levanta más alto, y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura. Me empuja contra la pared y entra en mí lentamente, su miembro estirándome deliciosamente mientras me llena. Gimo, mis uñas clavándose en su espalda mientras bombea sus caderas, sus embestidas profundas y constantes. Puedo sentir que ya me estoy acercando al clímax.

—Empapa mi verga, Addy. Déjame saber lo bien que te hago sentir.

—¡Ah! —grito cuando arremete contra mi coño con más fuerza esta vez.

Pero no quiero correrme todavía. Quiero saborear este momento, recordar cómo se siente dentro de mí durante el mayor tiempo posible. Así que me obligo a relajarme, a dejar ir el placer que se está acumulando en mi centro. Me concentro en cambio en la forma en que Corvus me está mirando, su mirada llena de amor y lujuria y algo más que no puedo descifrar del todo.

—Eres mía, Addy —gruñe, sus dedos clavándose en mis caderas mientras embiste con más fuerza—. Mía.

—Siempre —susurro, inclinándome para capturar sus labios en un beso abrasador.

Él gime, su miembro palpitando dentro de mí mientras profundiza el beso. Puedo sentir que se está acercando. Acelera, embistiéndome, y sé que no podré aguantar mucho más.

—Joder, Addy —gime Corvus, sus dedos clavándose en mis caderas mientras embiste aún más fuerte—. Me voy a correr.

Gimo, mi orgasmo construyéndose mientras lo siento hincharse dentro de mí. Puedo sentir sus colmillos presionando contra mi cuello, la amenaza de dolor mezclándose con el placer de su toque.

—Hazlo —jadeo, mis uñas arañando su espalda—. Muérdeme, Corvus.

Con un gruñido, hunde sus colmillos en mi cuello de nuevo, enviando oleadas de placer a través de mí. Grito, mi cuerpo temblando mientras me corro más fuerte que nunca antes.

Corvus me sigue al borde, sus caderas sacudiéndose mientras me llena con su liberación. Se aparta, ofreciéndome su cuello para alimentarme. Gimo mientras presiono mi boca contra su cuello, mis colmillos saliendo y cortando su piel mientras bebo profundamente de él. Puedo sentir nuestra conexión profundizándose, nuestro vínculo fortaleciéndose con cada sorbo. El sabor de su sangre es embriagador, y siento una oleada de poder fluyendo a través de mí.

Corvus jadea, sus brazos apretándose a mi alrededor mientras bebo de él. Está duro dentro de mí otra vez, pero Ignatius ya no espera más su turno.

Sus ojos arden con una feroz necesidad mientras retraigo mis colmillos, y me toma de Corvus. Mi cuerpo se calienta mientras sus manos recorren mi piel. Traza las líneas de mi espalda, mis caderas, mis muslos, encendiendo cada terminación nerviosa con deseo.

—Eres tan jodidamente hermosa, Addy —gruñe, su voz baja y áspera—. Te necesito.

Asiento, mi propia necesidad espiralizándose fuera de control. Me levanta, llevándome de vuelta a la cama. Me acuesta suavemente, su toque reverente mientras explora cada centímetro de mi cuerpo. Me arqueo ante su toque, mi piel sensible y receptiva a cada uno de sus ardientes movimientos.

Ignacio me besa profundamente, su lengua danzando con la mía mientras entra en mí lentamente. Envuelvo mis piernas alrededor de él y lo atraigo más profundamente hacia mi sexo. Su miembro está rígido y frota todos los lugares correctos. Sus embestidas son profundas y medidas, construyendo el placer entre nosotros.

Ignacio gime, su cuerpo temblando mientras se hunde dentro de mí. Retrocede y luego embiste de nuevo, más fuerte esta vez. La sensación es exquisita, y gimo, mis dedos clavándose en su espalda mientras establece un ritmo implacable.

—Se siente tan bien, Addy —murmura, sus labios recorriendo mi mandíbula—. Podría quedarme dentro de ti para siempre.

Sus palabras me provocan un escalofrío, y levanto mis caderas, instándolo a ir más profundo. Él responde con entusiasmo, sus caderas moviéndose más rápido mientras la tensión crece entre nosotros.

Mis muslos se tensan mientras me hace el amor, preparándome para el orgasmo. Me besa profundamente, su lengua invadiendo mi boca mientras me lleva al borde.

—Córrete para mí, Addy —susurra, su voz ronca de deseo—. Déjame sentirte.

Con un grito, hago exactamente eso, mi cuerpo convulsionándose mientras me deshago en sus brazos. Ignacio me sigue al borde, sus caderas sacudiéndose mientras se derrama dentro de mí.

Y entonces el momento se desvanece cuando Zaías se acerca, sus manos alcanzándome mientras susurra algo en mi oído.

—Te amo, Adelaide.

—Yo también te amo, Zaías. Tómame, reclámame.

La sonrisa de Zaías es traviesa mientras me atrae a su regazo, sus manos recorriendo mi cuerpo con un toque diestro que me deja sin aliento. Presiona un beso en mi cuello, sus labios subiendo hasta mi oreja mientras susurra palabras de amor y devoción. Puedo sentir su miembro duro debajo de mí, y me froto contra él, desesperada por liberación.

—Eres mía, Addy —gruñe Zaías, sus manos agarrando mis caderas mientras embiste hacia arriba—. Mía.

—Sí —jadeo—. Soy tuya.

Se mueve con un ritmo constante, sus caderas subiendo y bajando en una danza hipnótica que envía oleadas de placer sobre mí.

—Zaías —gimo, mi cuerpo temblando mientras me aferro a él—. No pares.

Él se ríe, su aliento caliente contra mi cuello mientras acelera. Puedo sentir que me acerco a la liberación, mis músculos tensándose mientras me acerco al borde.

—Córrete para mí, Addy —susurra Zaías, sus dedos rozando mi clítoris—. Quiero sentirte correrte a mi alrededor.

Las palabras y el toque de Zaías me llevan al límite. Gimo, mi cuerpo temblando mientras oleadas de placer me invaden. Me aferro a él, abrumada por la intensidad de mi orgasmo.

—Eso es, nena —murmura Zaías, sus caderas aún moviéndose mientras me ayuda a superar las réplicas—. Eres tan hermosa cuando te corres.

Gimo, hipersensible pero sin querer que se detenga. Zaías parece entender, ralentizando su ritmo a embestidas suaves y superficiales. Cubre mi rostro con suaves besos mientras bajo de mi éxtasis.

—Te amo —susurro, mi voz ronca—. Tanto.

—Yo también te amo, Addy —responde Zaías, sus ojos brillando de emoción—. Siempre.

—Tu turno —digo con una sonrisa, empujándolo sobre su espalda.

Lo monto lentamente al principio, luego aumento la velocidad. Zaías gime, sus manos agarrando mis caderas mientras reboto sobre su miembro. Me inclino para besarlo profundamente, tragando sus jadeos mientras siento que se acerca.

—Addy —dice con voz ronca—. Móntame, Ama. Móntame duro. Hazme correrme para ti.

—Joder —gruño y muevo mis caderas más rápido, frotándome contra él lo suficientemente fuerte como para romper su miembro.

—Sí —jadea—. Joder, sí.

—Córrete para mí, Zaías. Córrete en mi sexo como un buen chico.

—Ungh —gime.

Lo monto más duro, más rápido, frotando mis caderas contra él mientras siento su miembro palpitar dentro de mí. —Córrete para mí, Zaías —jadeo—. Llena mi sexo con tu semen.

Con un gemido, las caderas de Zaías se alzan, y siento su cálida liberación pulsar dentro de

mí. Disminuyo la velocidad, exprimiendo hasta la última gota de él. Sus dedos encuentran mi clítoris, frotando círculos apretados, y grito su nombre mientras me corro, apretándome alrededor de él.

Me derrumbo sobre su pecho, ambos respirando pesadamente. Los brazos de Zaías me envuelven, sosteniéndome cerca.

—Te amo —murmura en mi cabello.

—Yo también te amo —susurro en respuesta.

Nos quedamos ahí por unos momentos, disfrutando del resplandor posterior. Pero la realidad comienza a colarse. Tengo una misión que completar, un destino que cumplir. Por mucho que quiera quedarme aquí para siempre con mis chicos, sé lo que tengo que hacer.

Lentamente, me desenredo de Zaías y me siento. Los otros me están mirando, sus ojos llenos de una mezcla de amor, preocupación y resignación. Ellos también saben lo que viene.

—Es hora —digo suavemente.

ADELAIDE

ZEPHYR PARECE que va a discutir de nuevo, pero lo silencio con un beso.

—Necesito asearme y prepararme —digo, mirando a mis chicos—. ¿Podéis dejarme un tiempo a solas?

Asienten, sabiendo que realmente no pueden negarse. Piensan que esta es la última vez que estaremos juntos, pero se equivocan. No dejaré que eso suceda. Volveré con ellos. Pero intentar decírselo, explicarles cómo cuando ni yo misma lo sé, es una montaña demasiado alta para escalar. No me creerán, y probablemente solo empeorará las cosas. Falsa esperanza y todo eso, especialmente si fracaso.

A regañadientes, se levantan y se dirigen hacia la puerta. Zephyr se queda rezagado, con su mano en mi brazo.

—Te amo, princesa. Eres todo para mí, Adelaide. Nunca... No puedo... vuelve a mí. —Las lágrimas brillan en sus ojos, y yo trago las mías.

Todos los pensamientos de falsa esperanza se desvanecen mientras asiento. —Lo haré.

Sonríe tristemente, sin creerme. Pero está bien. Se lo demostraré a él y a todos ellos cuando reaparezca después de este evento cataclísmico.

Eso espero.

Me lamo los labios y, después de que se van, subo al baño y abro lentamente la ducha. Me cepillo los dientes mientras se calienta, y me miro en el espejo. Esperando a medias que aparezca Crimson, me decepciono cuando no lo hace. Una parte de mí desea tener a Crimson aquí. Ella me presionaba y me hacía esforzarme para lograr mis metas. Pero no la necesito cuando tengo a su madre. ¿Verdad?

Verdad.

Suspiro cuando me meto bajo el torrente de agua caliente. Cae sobre mí, lavando el sudor y otros restos de mis apasionados encuentros con los chicos. Mientras froto mi piel, mi mente da vueltas con todo lo que ha pasado y lo que aún está por venir.

Apoyo las manos en la pared de azulejos y dejo caer la cabeza mientras el agua golpea mi espalda. La enormidad de lo que estoy a punto de hacer se asienta sobre mí como una pesada capa. Salvar los reinos, destruir el Consejo, restablecer el equilibrio cósmico, no matar al Vacío y no morir en el intento.

Estoy a punto de entrar en el Reino de las Sombras, armada con nada más que un libro que contiene al Vacío y mi propia determinación.

Menudo desastre.

—Sin presiones —murmuro para mí misma, conteniendo una risa histérica que amenaza con escapar de mi garganta.

Mientras me lavo el pelo, intento concentrarme en los aspectos prácticos de lo que necesito hacer. Necesito llegar al Reino de las Sombras. Necesito enfrentarme al Consejo. Y entonces... ¿qué? ¿Liberar al Vacío? ¿Combinar nuestro poder, destruirlo todo y esperar que todo salga bien?

—Vaya plan —me burlo, enjuagándome el champú del pelo.

Pero en el fondo, sé que es la única manera. El Vacío —Lucretia— y yo somos dos mitades de un mismo todo. Juntas, tenemos el poder de restablecer el equilibrio, de deshacer el daño que el Consejo ha causado. Pensamos que era Crimson, incluso Crimson pensaba que era Crimson, pero no es así. Somos yo y su madre. Mi madre. Ahora tiene sentido. Edie me dio a luz, pero de alguna manera, sé que pertenezco a Lucretia. Es ese giro cósmico del destino al que le encanta morderte el trasero, al parecer.

Mientras salgo de la ducha y me seco, puedo sentir el poder del Amanecer Inmortal arremolinándose en mi alma. No he tenido realmente mucha oportunidad de evaluarme desde que me fusioné con mi otro yo y me curé del dolor ardiente. Pero lo siento ahora. Es una marea creciente que no espera a nada ni a nadie.

Con un movimiento de mi mano, observo en el espejo cómo me visto con un vestido de terciopelo rojo oscuro que se acumula a mis pies y las mangas flotan alrededor de mis muñecas.

—Apropiado —murmuro con una lenta sonrisa, impresionada con esta demostración de magia pero también sin sorprenderme de que esto se esté acumulando dentro de mí. Chasqueo los dedos y mi pelo se seca al instante, cayendo en una cortina recta y negra por mi espalda. Dándole la espalda al espejo, levanto el vestido y añado unas botas de motero al conjunto antes de bajar ruidosamente las escaleras de vuelta a mi habitación, donde el libro me espera con Orby sentado encima.

—Hola, Pixie. ¿Qué mensaje de fatalidad y pesimismo me traes esta vez?

Me lanza una mirada ofendida. —No solo te traigo fatalidad y pesimismo. Pero ¿resolviste lo de Hartridge?

—Blackthorn la mató.

—Ay.

—Sí, no parecía bonito.

—El Consejo tiene espías en todas partes —dice—. Ten cuidado en quién confías.

Asiento, ya sabiendo esto. De repente, todo se ha vuelto muy claro. —Gracias, Pixie-stick —digo, arrebatándole el libro de debajo—. Tengo trabajo que hacer.

—Ten cuidado, Adelaide Black.

—Légère —le corrijo—. Mi nombre es Adelaide Légère.

Asiente lentamente con una sonrisa. —Anotado. Intenta no morir. Tus chicos no sobrevivirán si lo haces.

Su rostro adopta una expresión sombría, y no estoy segura de si lo dice literal o figuradamente. Pero antes de que pueda preguntarle, ha desaparecido de nuevo.

Respirando profundamente, aprieto el libro contra mi pecho. Ha llegado el momento. Es hora de enfrentar mi destino. Es hora de hacerlo sin los chicos, sin nadie que venga a rescatarme. Este es mi espectáculo, y voy a ser la estrella principal y mostrarle al Consejo exactamente dónde pueden meterse sus planes de reinicio cósmico. Me dirijo escaleras abajo, mis pasos resonando en la torre silenciosa. Al abrir la puerta en la parte inferior de la torre, miro alrededor del borde, exhalando lentamente con alivio al no ver a los chicos rondando.

Salgo, cierro la puerta detrás de mí y empiezo a caminar.

Como esperaba, apenas he dado cinco pasos cuando siento una presencia detrás de mí. No

dejo de caminar, pero digo:

—Malachar. Pensé que estarías al acecho.

Él se ríe y se pone a mi lado.

—Yo no acecho, chica. Observo.

—Es lo mismo en este caso. Sabes que no puedes detenerme.

—Esa no es mi intención.

—Tus intenciones no están nada claras.

—¿Y eso no me hace intrigante?

—Te crees mucho, ¿no?

Él suelta una carcajada.

—Conozco mi valía, Princesa.

—Puaj. No me llames así.

—Es lo que eres. O lo que serás cuando mi hijo se case contigo.

—Ah, vale. Con P mayúscula, entonces.

Él inclina la cabeza.

—Entonces, si no estás intentando detenerme, ¿qué estás tratando de hacer? —Hemos cruzado el patio y nos dirigimos fuera del campus. Espero volver a verlo pronto, pero no es una garantía.

Malachar guarda silencio por un momento mientras caminamos, manteniendo mi ritmo aunque puedo ver que está acortando sus largas zancadas como resultado. Cuando finalmente habla, su voz es inusualmente sombría.

—Estoy aquí para ofrecerte un consejo, Adelaide. Y quizás una advertencia.

Lo miro de reojo, sorprendida por su tono serio.

—Te escucho.

—El Reino Inferior no es un lugar para tomarse a la ligera. Es un reino de caos y oscuridad, donde las mismas leyes de la realidad se desmoronan. Incluso para alguien con tu poder, será peligroso.

—Lo sé —digo, tratando de no sonar a la defensiva—. Pero tengo que ir.

Malachar asiente.

—Lo entiendo. Pero necesitas estar preparada para lo que enfrentarás allí. El Consejo no caerá sin luchar, y tienen poderes más allá de tu imaginación.

Levanto el libro que contiene el Vacío.

—Yo también tengo poderes más allá de su imaginación.

Su mirada se desvía hacia el libro y luego vuelve a la mía con una ceja levantada.

—¿No me digas que es el Vacío?

—Así es, y sí. Están conmigo.

—¿Contigo?

—Parece que no lo sabes todo, Malachar. Estas mangas tienen muchos trucos, incluido un as.

Él se detiene y agarra mi brazo con fuerza.

—¿Cómo? —gruñe, con los ojos fijos en el libro.

Bajo el brazo y miro fijamente su mano sobre mí. Su piel se chamusca. Él sisea y retira la mano. Una neblina roja ha caído sobre mi visión. Malachar me mira con cautela, dando un paso atrás.

—No pretendía ofenderte.

—No vuelvas a tocarme nunca más —declaro y vuelvo a caminar.

Malachar vuelve a caminar a mi lado, con expresión cautelosa.

—Mis disculpas —dice rígidamente—. Simplemente me sorprendí. El Vacío no es una entidad con la que quieras alinearte.

—En realidad, te equivocas —respondo fríamente—. Como dije, ahora están conmigo. Tenemos un entendimiento.

Permanece en silencio por un largo momento, contemplando esta nueva información. Cuando vuelve a hablar, su voz es baja y urgente.

—Adelaide, escúchame con atención. El equilibrio de poder que estás a punto de alterar es más delicado de lo que crees. Las consecuencias podrían ser catastróficas.

Dejo de caminar y me giro para enfrentarlo completamente.

—¿Más catastróficas que reinos enteros siendo destruidos? ¿Más catastróficas que el Consejo reescribiendo toda la existencia?

Los ojos de Malachar se entrecierran.

—No entiendes el alcance completo de lo que estás tratando.

—Entonces ilumíname —lo desafío—. Porque desde donde yo estoy, soy la única que está tratando de arreglar realmente este lío.

Sus ojos relampaguean.

—El Consejo no son solo seres poderosos. Son anclas cósmicas. Si los destruyes, nos destruyes a todos.

Siento un escalofrío recorrer mi columna.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que si los destruyes directamente, podrías deshacer el tiempo mismo. Su sangre conecta a todos los seres sobrenaturales, incluida la mía, la tuya, la de mi hijo y sus amigos. Tu abuelo, los estudiantes de aquí... ¿necesito continuar?

—¿Estás diciendo que si mato al primer vampiro, todos los vampiros mueren?

Nos miramos fijamente durante el momento más largo mientras todo mi plan se desmorona a mi alrededor.

ADELAIDE

SIENTO que la sangre se me va del rostro mientras asimilo las implicaciones de las palabras de Malachar. Mi mente corre, tratando de procesar esta nueva información y lo que significa para mi plan. Suponiendo que tenga razón. Lo cual, debo admitir, es muy posible. Tiene sentido en un extraño nivel sobrenatural.

—¿Entonces me estás diciendo que no puedo destruir al Consejo sin potencialmente eliminar a todos los seres sobrenaturales? —aclaro, para tenerlo claro en mi mente.

Malachar asiente gravemente.

—No se trata solo de matarlos, Adelaide. Su mera existencia está entretejida en la trama de nuestra realidad. El reino sobrenatural. Si los eliminas por completo, esa trama comienza a deshilacharse.

—Para sangrar en el reino mortal, destruyéndolo también.

—Entre otros.

—¿Entonces estás diciendo que tienen inmunidad por quiénes son? *¡Joder! ¡Joder! ¡Maldita sea!*

—Sí. A menos que planees destruirnos a todos.

—Ese era su plan, de todos modos. Entonces, ¿qué ganas tú? ¿Por qué primero querías que salvaran a Crimson y segundo, que desterraran al Vacío?

Sonríe con suficiencia.

—¿Aún no lo has descubierto, niña?

—Si lo hubiera hecho, no estaría preguntando. O tal vez sí. Solo quiero que confieses la verdad.

—Bien hecho —murmura—. Serás una excelente reina algún día.

Ignoro ese comentario y lo miro fijamente para que responda.

—Las cartas sobre la mesa, Malachar. Es el momento de la verdad.

—Crimson era el Amanecer Inmortal. Con ella muerta, tú lo eres. Heredado de Lucretia, quien, como estoy seguro que ya sabes, es tu madre biológica.

—¿Cómo sabes que Crimson está muerta?

Sonríe con tristeza.

—Ella era mi destino. Sentí cuando se fue.

—Oh —murmuro, sintiéndome terrible—. Lo siento.

Resopla.

—Nunca te disculpes por tus acciones, niña. Acéptalas. Regocíjate en ellas. Los arrepentimientos son para los débiles.

Y el imbécil ha vuelto.

—Entonces, básicamente, ¿esto es un poder heredado?

Asiente.

—Y con la influencia de Edie sobre mí como la mujer que me dio a luz, mi madre sustituta, supongo, ¿este poder es aún más avanzado?

—Se podría decir que sí.

—Así que de los tres legados del Amanecer Inmortal, ¿yo soy la más imponente? —Lo miro fijamente mientras levanta una ceja.

—En efecto.

—Eso significa que tengo más poder del que tú conoces. No tienes ni idea de lo que soy capaz.

—Bueno... quizás no.

—Crimson está muerta. Lucretia está en este libro. Querías que Crimson fuera libre para... ¿hacer qué exactamente si no matar al Consejo? ¿Cuál era tu gran plan?

—Piénsalo, Princesa. Tu poder más atractivo. ¿Cuál es?

Lo considero. Realmente no lo sé, hasta que lo sé. El poder que probablemente quiera toda criatura.

—La habilidad de succionar.

—No solo succionar, absorber.

—El plan de Crimson era volver al Reino Inferior para absorber el poder del Consejo. Efectivamente convertirse en el Consejo... pero ¿por qué deshacerse del Vacío?

—Esa cosa es impredecible.

—No si le hablas amablemente.

—Lo tendré en cuenta —dice sarcásticamente, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué debería confiar en algo de lo que estás diciendo?

—¿Quién ha dicho algo?

Miro fijamente a Malachar, mi mente corriendo mientras intento unir todas las piezas. Tiene razón: en realidad no ha dicho mucho, solo me ha guiado hacia ciertas conclusiones. Pero ¿puedo confiar en esas conclusiones? ¿Puedo confiar en él?

—De acuerdo —digo lentamente—. Déjame ver si lo he entendido bien. Querías que Crimson fuera liberada para que pudiera absorber el poder del Consejo, convirtiéndose en una especie de ser superpotente de todas las criaturas. Pero no querías que el Vacío estuviera involucrado porque era impredecible.

Malachar asiente, su expresión indescifrable.

—Pero ahora Crimson está muerta, y yo soy el Amanecer Inmortal. Entonces, ¿cuál es tu jugada ahora? —pregunto, observándolo cuidadosamente.

Sonríe, y hay algo depredador en ello que me inquieta.

—Mi "jugada", como tú la llamas, sigue siendo la misma. El poder del Consejo necesita ser contenido, controlado. Pero no destruido.

—¿Y se supone que yo soy la que debe hacer eso?

—Tú eres el Amanecer Inmortal —dice.

—Tanto poder no será estable en una sola criatura. Ni siquiera en mí.

—Entonces muévelo. —Su mirada se dirige de nuevo al libro, y yo trago saliva.

—Al Vacío.

—Ella es la original.

—La que fue establecida para hacer esto hace eones.

Sonríe pero no dice nada.

Esto se siente como una traición al Vacío. No era nuestro plan. ¿O sí lo era? ¿Nos confundimos? Claramente, Lucretia, hace mucho tiempo, intentó esto una vez antes, y por eso se volvieron contra ella y la convirtieron en el Vacío.

Gimo internamente y sacudo la cabeza. Por una vez, desearía que la gente me dijera la verdad en lugar de intentar usarme. Pero al mismo tiempo, solo puedo culparme a mí misma. Para ser alguien que no confiaba en nadie cuando llegué aquí, ciertamente he repartido esa confianza bastante últimamente.

Bueno, es hora de terminar con eso.

Me tengo a mí, a mí misma y a mí, y eso es todo lo que necesito. Es todo lo que siempre he necesitado. No dejaré que ninguna otra criatura intente decirme qué debería o no debería hacer. Ya no más. Ni Crimson, ni el Consejo, ni el Vacío, y ciertamente no el Rey de las Hadas Oscuras.

No, este plan necesita una reconsideración, absolutamente. Pero yo seré quien piense y planee. No necesito que nadie más interfiera con esto.

Con solo un pensamiento, doy un paso lateral hacia el portal que se abre junto a mí.

—¡No! —Malachar hace un intento desesperado por agarrarme cuando me ve a punto de escapar, pero ya estoy cerrando el portal desde el otro lado, apareciendo en la zona de amortiguación con la tierra quemada bajo mis pies.

—Paz al fin —murmuro y empiezo a caminar.

IGNATIUS

CAMINO inquieto por la habitación de Corvus, incapaz de quedarme quieto. La ansiedad me está devorando vivo, sabiendo que Addy está ahí fuera enfrentándose a quién sabe qué peligro, y nosotros estamos aquí sentados, inútiles.

—Deberíamos haber ido con ella —gruño, con llamas chisporroteando en mis dedos.

Zephyr niega con la cabeza.

—Sabes que no podíamos. Esta es su batalla.

—Tonterías —gruñe Corvus—. Somos sus compañeros. Deberíamos estar a su lado.

—Chicos —dice Zaiah suavemente—. Addy tomó su decisión. Tenemos que respetarla.

Me vuelvo hacia él.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo con esto? ¡Podría estar caminando hacia su muerte!

Los ojos de Zaiah centellean.

—¿Crees que no lo sé? ¿Piensas que no me está matando por dentro? Pero enfadarnos y atacarnos entre nosotros no va a ayudar a Addy.

Las palabras suenan huecas en mis oídos. La fe no es suficiente. No cuando la vida de Addy está en juego. No cuando se está enfrentando sola a los horrores del Reino Inferior.

—¡Necesito espacio! —declaro, con la voz cargada de emociones. Sin esperar respuesta, recurro a mi poder de teletransporte de fuego. En un estallido de llamas, desaparezco de la habitación, dejando una marca de quemadura en la cara alfombra de Corvus.

Me materializo en el corazón de un volcán activo, el calor abrasador calma mis nervios crispados. El magma burbujea y se agita a mi alrededor, un reflejo del tumulto en mi alma. Aquí, rodeado por el poder crudo de la tierra, finalmente puedo liberarme.

Echo la cabeza hacia atrás y rujo, un sonido primario de dolor, anhelo y miedo. La tierra tiembla bajo mis pies, respondiendo a mi angustia. No me importa. Quiero que este volcán erupcione a mi alrededor, que iguale el caos que se desata dentro de mí.

Como si respondiera a mi llamada, el volcán retumba de manera ominosa. La cámara magmática debajo de mí se agita con intensidad creciente, la presión aumentando a niveles catastróficos. Puedo sentirlo, el inmenso poder reuniéndose, listo para explotar.

—¡Vamos! —grito, mi voz perdida en el creciente rugido del volcán que despierta—. ¿Eso es todo lo que tienes?

El suelo se sacude violentamente, casi derribándome. Aparecen grietas en la roca bajo mis pies, brillando al rojo vivo mientras el magma se filtra. El aire se vuelve denso con vapores sulfurosos, una niebla asfixiante que mataría a cualquier mortal en segundos.

Pero a mí no. Soy un elemental de fuego, y esto, esto es una extensión de mí mismo.

Con un estruendo ensordecedor, el volcán entra en erupción. Una enorme columna de ceniza

y humo se eleva hacia el cielo, oscureciendo el sol. Enormes trozos de roca fundida son lanzados al aire, cayendo a mi alrededor en una tormenta mortal de fuego.

Me quedo de pie en medio de todo, con los brazos extendidos, dando la bienvenida al caos. El magma se eleva a mi alrededor, un mar hirviente de fuego líquido. Debería quemar, debería consumirme, pero en su lugar, me rodea, acariciándome, queriendo estar cerca de mí. Me levanta del suelo, enviándome a toda velocidad por el aire mientras nos disparamos hacia la cima del volcán.

Mientras la lava comienza a fluir por los lados del volcán, floto sobre ella, viendo la destrucción y deleitándome en ella.

—Buen trabajo —dice una voz suave detrás de mí—. Un poco rápido para mi gusto, pero lleno de toda la rabia correcta.

Giro mi forma de fuego y recupero algo de mi apariencia humana, todavía envuelto en el fuego, para ver a mi madre, su cabello una llama danzante, sus ojos brasas brillantes y a mi padre, su piel del color del magma enfriándose, con grietas de fuego recorriendo su superficie.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto, con la voz ronca de tanto gritar.

—Sentimos tu angustia. Vinimos a ofrecerte orientación.

Me río amargamente.

—¿Orientación? ¿Qué orientación podéis ofrecer? ¡La mujer que amo está caminando hacia el mismo infierno, y no puedo hacer nada para ayudarla!

—¿No puedes? ¿Estás tan seguro de tu impotencia, mi pequeña chispa? —pregunta mi madre.

Miro entre ellos, con la confusión luchando contra la esperanza en mi pecho.

—¿Qué queréis decir? Addy dijo que tenía que ir sola.

Mi padre niega con la cabeza, con una sonrisa cariñosa en su rostro.

—Ignatius, hijo mío. ¿Cuándo ha estado el amor verdaderamente solo?

—Eres necesario, todos vosotros —añade mi madre, con voz suave pero firme—. Puede que ella aún no lo sepa, pero te necesita.

—Pero... ¿cómo? ¿Cómo podemos ayudarla en el Reino Inferior?

Mis padres intercambian una mirada de complicidad.

—Eso es algo que tendréis que descubrir por vosotros mismos. Pero sabed esto: vuestro vínculo con Adelaide es más fuerte que cualquier reino, cualquier poder. Confía en ese vínculo.

—Eres fuego, Ignatius —dice mi madre, acunando mi rostro entre sus manos—. Recuérdalo.

Asiento, sabiendo de repente lo que necesito hacer, dónde necesito estar. Ya no es decisión de Addy. Es mía.

—Gracias —digo, atrayéndolos a ambos en un fuerte abrazo—. Necesitaba oír esto.

Me sostienen por un momento, su calor penetrando en mi alma. Luego, lentamente, comienzan a desvanecerse, fundiéndose con la lava que fluye a nuestro alrededor.

—Recuerda, hijo mío —la voz de mi padre resuena mientras desaparecen—. El amor es la magia más grande de todas.

Mientras su presencia se desvanece, me yergo ante la frase cursi, pero tiene razón. Un nuevo fuego arde en mis ojos. Sé exactamente lo que tengo que hacer.

Con otro estallido de llamas, me transporto de vuelta a la habitación de Corvus. Los chicos siguen allí, con aspecto abatido y perdido.

—Haced las maletas, chicos —anuncio, sacándolos de su melancólica ensoñación—. Nos vamos de viaje.

Zephyr arquea una ceja.

—¿Un viaje? ¿De qué hablas, Ig?

Sonrío, sintiéndome más vivo que en días.

—Vamos al Reino Inferior. Vamos a encontrar a Addy.

—Pero ella dijo... —empieza Corvus, pero lo interrumpo.

—Sé lo que dijo. Pero se equivoca. Nos necesita, aunque aún no lo sepa. Somos su destino, sus compañeros. Nuestro verdadero propósito aún no ha terminado.

Zaiah se pone de pie, con un destello de esperanza en sus ojos.

—¿Estás seguro de esto, Ignatius? El Reino Inferior no es ninguna broma.

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida. Pertenecemos con Addy, no importa a dónde vaya. Incluso si es directamente al infierno. Podéis quedaros aquí con el culo pegado a la silla o podéis levantaros y buscar a nuestra chica. ¿Qué va a ser?

Por un momento, el silencio reina en la habitación. Luego, lentamente, veo el cambio en mis amigos. La desesperación desaparece de sus hombros, reemplazada por determinación.

Corvus es el primero en hablar.

—Cuenten conmigo. Addy se va a enfadar, pero lo superará.

—Ella no nos dice qué hacer —dice Zephyr, aunque suena más como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo que a los demás.

Todos nos giramos hacia Zaiah, la voz de la razón en nuestro grupo. Nos mira a cada uno, luego suspira.

—Esto es una locura —dice—. Absolutamente descabellado. —Una lenta sonrisa se extiende por su rostro—. Pero bueno, ¿cuándo ha sido algo relacionado con Addy cuerdo? Contad conmigo.

ADELAIDE

LA TIERRA chamuscada cruje bajo mis pies mientras camino por la zona de amortiguación. El aire aquí es denso y acre, haciendo que mis ojos lagrimeen. Pero sigo caminando, necesito pensar. Necesito averiguar si confío en lo que dijo Malachar y qué hacer al respecto si ese es el caso.

Sosteniendo el libro frente a mí, murmuro:

—Bueno, Lucretia. Parece que ahora solo somos tú y yo.

No hay respuesta, por supuesto. El libro permanece silencioso e inmóvil. Pero puedo sentir el poder que emana de él, un recordatorio constante de la fuerza increíble y aterradora que llevo conmigo.

El paisaje cambia a mi alrededor, la tierra quemada cediendo paso a un terreno retorcido y sobrenatural. La realidad parece doblarse y distorsionarse, desafiando las leyes de la física. Tengo que darme prisa y tomar mi decisión sobre qué hacer.

Entregar los poderes del Consejo al Vacío o conservarlos.

Sea lo que sea que decida, será una elección que tome y con la que tendré que vivir, pero el tiempo se agota. Tengo que regresar al reino sobrenatural para poder acceder al portal del Reino Inferior.

—Bien, pensemos esto detenidamente —murmuro—. Si Malachar está diciendo la verdad, destruir al Consejo directamente podría desentrañar toda la existencia sobrenatural. Pero, ¿puedo confiar en él? —Miro el libro que contiene al Vacío, que contiene a Lucretia. Mi supuesta madre —. ¿Qué opinas? —le pregunto al libro, sin esperar realmente una respuesta—. ¿Debería intentar absorber el poder del Consejo yo misma? ¿O transferirlo a ti?

El libro permanece en silencio, pero siento un pulso de energía proveniente de él. Casi como un reconocimiento.

Suspiro, frustrada.

—Genial. Muy útil.

Una parte de mí quiere simplemente seguir adelante con el plan original. Destruir al Consejo, que se jodan las consecuencias. Pero no puedo sacudirme la molesta sensación de que Malachar podría tener razón. El riesgo es demasiado grande.

—De acuerdo —digo finalmente—. Nuevo plan. Llegamos al Reino Inferior y improvisamos. No es el mejor plan, pero no sé si puedo confiar en Malachar. —Él tiene intereses en juego que no están del todo claros.

Otro pulso de energía. Elijo tomarlo como un acuerdo.

Quizás tontamente. Lucretia probablemente está ansiosa por poner sus manos en el poder que buscó hace siglos.

Cierro los ojos y me concentro, extendiendo mi poder para abrir un portal de regreso al reino sobrenatural. El aire tiembla y se divide, revelando los terrenos familiares de la Academia MistHallow.

Al cruzar, miro alrededor buscando a Malachar. No está aquí, pero parece que he abierto el portal en un lugar diferente. No sabía que eso era una opción. Está tranquilo, demasiado tranquilo. Pero es algo a lo que me estoy acostumbrando. Cerrando el portal a la zona de amortiguación, me dirijo rápidamente a través del bosque hacia el círculo de piedras donde se encuentra la entrada al Reino Inferior, sin querer arriesgarme a encontrarme con alguien que pueda intentar detenerme.

Mientras me acerco al círculo de piedras, un escalofrío recorre mi piel. La energía mística que se ha infundido en el suelo de este lugar es aterradora, pero al mismo tiempo, me siento atraída hacia ella. Las antiguas piedras se alzan ante mí, sus superficies grabadas con las runas que inscribí, que se retuercen y cambian mientras observo.

—Tenemos que hacer esto de manera diferente. Las cosas tienen que ser diferentes esta vez. Calma, firmeza, confianza.

El libro se sacude de mis manos y se abre de golpe.

—Paciencia. No puedo dejarte salir mientras aún esté en este reino.

Las páginas se voltean irritadas.

—No te enojes conmigo. Tenemos que hacer esto bien. Si te dejo salir antes de que lleguemos al Reino Inferior, ¿quién sabe qué podría pasar? —Agarro el libro y lo cierro, manteniéndolo más apretado mientras se sacude.

Miro fijamente las barreras que Zephyr e Ignatius establecieron y me preparo para romperlas. No sé cómo, pero todo esto es una curva de aprendizaje.

Justo cuando estoy a punto de entrar en el círculo, una voz grita detrás de mí.

—¡Addy! ¡Espera!

Me doy la vuelta para ver a Zephyr corriendo hacia mí, con los demás cerca detrás. Mi corazón da un salto al verlos, pero rápidamente reprimo el sentimiento. No pueden estar aquí. No pueden venir conmigo.

—¿Qué están haciendo aquí? —exijo cuando me alcanzan—. Les dije que tenía que hacer esto sola.

Ignatius da un paso adelante, sus ojos ardiendo con algo tan intenso que casi retrocedo.

—No, no tienes que hacerlo. Somos tus compañeros, Addy. Donde tú vayas, nosotros vamos.

—Esto no está a discusión —digo firmemente—. El Reino Inferior es demasiado peligroso. No arriesgaré sus vidas.

—Y nosotros no dejaremos que arriesgues la tuya sola —responde Corvus.

—No tienen opción —espeto, sintiendo crecer la frustración—. Este es mi destino, mi lucha.

Zaiah se acerca y me agarra del codo porque mis manos están luchando por mantener el libro cerrado y en mi posesión.

—Addy, escúchame. No estamos aquí para detenerte o tomar el control. Estamos aquí para apoyarte, para luchar a tu lado. No tienes que hacer esto sola. No deberías. No debes.

Niego con la cabeza, sintiendo lágrimas picando en mis ojos.

—No lo entienden. Si algo les sucede por mi culpa, no podría soportarlo.

—¿Y cómo crees que nos sentiríamos si te pasara algo y no estuviéramos allí? —desafía Zephyr antes de que Zaiah pueda responder—. Somos más fuertes juntos, Addy. Lo sabes.

Los miro, viendo el amor y la determinación en sus ojos. Una parte de mí quiere ceder, aceptar su ayuda y apoyo. Pero la otra parte, la que no puede soportar verlos heridos, se resiste.

—Esto no se trata solo de nosotros —digo, con la voz temblando ligeramente—. El destino de todos los reinos está en juego. No puedo dejar que los sentimientos personales interfieran con eso.

—Los sentimientos personales son lo que nos hace más fuertes —argumenta Corvus—. Son lo que nos da fuerza, lo que nos hace luchar más duro los unos por los otros.

—No sabéis lo que estáis pidiendo. El Reino Inferior no es un lugar agradable. Yo estaba en la burbuja, pero fuera de ella, caminaban horrores, monstruos, criaturas de vuestras pesadillas...

—*Nosotros* somos criaturas de pesadillas —dice Zephyr, mostrando sus dientes afilados mientras su rostro adquiere una palidez fantasmal. Lo miro fijamente, y me jodo si no lo encuentro aún más atractivo.

Suspirando, los miro con el ceño fruncido. Su determinación es una lucha para la que no tengo fuerzas, su amor por mí brilla en sus ojos, y a pesar de mis temores por ellos, sé que estoy a punto de ceder.

—¿De verdad no me dejaréis hacer esto sola? —pregunto, sabiendo ya la respuesta.

Niegan con la cabeza.

—Nunca —dice Zephyr con firmeza.

—Ni hablar —añade Corvus.

—Estamos contigo, hasta el final —declara Ignatius.

Zaiah simplemente asiente, apretando su mano en mi brazo.

Cierro los ojos por un momento, sopesando mis opciones. La verdad es que, por mucho que quiera protegerlos, ¿es realmente justo pedirles que se queden mientras yo me voy?

—De acuerdo —digo finalmente, abriendo los ojos—. De acuerdo, podéis venir. Pero tenéis que prometerme algo.

—Lo que sea —dice Zephyr inmediatamente.

—Si las cosas se tuercen, si parece que no podemos ganar, os iréis. Os salvaréis a vosotros mismos. Prometédmelo.

Intercambian miradas, claramente descontentos con esta condición.

—Addy... —empieza Corvus, pero lo interrumpo.

—Prometédmelo —insisto—. O os quedáis aquí.

Después de un momento de tenso silencio, asienten a regañadientes.

—Lo prometemos.

Asiento, esperando que no lo rompan si la situación se complica.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunta Zaiah, soltando mi brazo mientras el libro intenta escaparse de mi agarre—. ¿Liberas al Vacío y los dos le patean el trasero al Consejo?

Frunzo el ceño y luego recuerdo que no lo saben. Ahora, tengo que perder tiempo poniéndolos al día con lo que dijo Malachar. Sabiendo que necesito informarles rápidamente sobre las nuevas complicaciones, empiezo a hablar. —Ha habido un cambio de planes. Malachar me dijo algunas cosas que complican la situación.

Les doy un breve resumen de lo que Malachar dijo sobre el Consejo siendo anclas cósmicas y cómo destruirlos directamente podría desentrañar la existencia sobrenatural.

—Así que ahora no estoy segura si debería intentar absorber su poder yo misma o transferirlo al Vacío —concluyo—. O si puedo confiar en absoluto en lo que dijo Malachar.

Los chicos intercambian miradas preocupadas.

—Eso sí que complica las cosas —dice Zephyr lentamente—. Pero, ¿podemos confiar en mi padre? Seré el primero en decir que parece poco probable. Todo es un poco demasiado conveniente. Mi mejor suposición... —Me mira fijamente, con el semblante sombrío.

—¿Qué? —le insto—. Tú lo conoces mejor que nadie, Zeph. ¿Qué piensas?

—Mi mejor suposición es que quiere los poderes del Consejo para sí mismo.

Mi estómago se revuelve mientras asimilo eso. —Joder. Es tan jodidamente obvio, ¿cómo no lo vi?

—¿Es eso siquiera posible? Es un ser poderoso, pero ¿*tan* poderoso como para contener el poder infinito de criaturas de las que ni siquiera forma parte? —pregunta Ignatius.

—No lo sé —murmura Zephyr—. Supongo que él debe pensar que sí.

—Entonces, ¿cuál es el nuevo plan? —pregunta Corvus.

—Honestamente, no tengo uno —admito—. Estaba pensando que entramos, liberamos a Lucretia y nos adaptamos sobre la marcha. Vemos a qué nos enfrentamos y tomamos decisiones según avancemos.

—Eso no es mucho de un plan —dice Ignatius con cautela.

—Lo sé —afirmo—. ¿Aún queréis venir?

Cuatro pares de ojos furiosos me devuelven la mirada, dándome mi respuesta.

IGNATIUS

MIENTRAS MIRO en esas profundidades negras de la mujer que amo, de repente sé lo que hay que hacer. Sé por qué estamos aquí en MistHallow en este momento, con ella. Todo tiene un sentido tan cegador, y nadie lo vio porque nadie estaba mirando. Este Consejo de los Primeros nos ha vendido la moto a todos, pero el velo de la verdad finalmente se está levantando, y es como el sol saliendo en el día más frío y oscuro del año, anunciando un nuevo amanecer.

Trago el bocado de saliva mientras mis pensamientos se vuelven más reales, más tangibles.

—¿Qué pasa? —pregunta Adelaide, con los ojos entrecerrados con sospecha mientras le sonrío, prácticamente partiéndome la cara.

—¡Sé nuestro verdadero propósito!

Los otros tres chicos me dan miradas curiosas y exasperadas.

—Estamos aquí para apoyar a Addy, para ser sus anclas —empieza Zaiah, pero sacudo la cabeza.

—No. Bueno, sí, pero no. Ese no es el motivo por el que estamos aquí, ahora mismo, en este lugar, con Addy, con el Amanecer Inmortal. Podríamos haber estado en cualquier parte, cualquiera de nosotros a estas alturas, pero nos necesitaban aquí. Para un propósito muy específico que el destino ha estado ocultando a plena vista.

—¿Ah sí? —Zephyr levanta una ceja hacia mí—. ¿Y cuál es ese propósito fatídico, entonces?

Mi sonrisa se ensancha mientras tomo el codo de Addy. Ese libro se está volviendo loco en sus manos, probablemente ya sabiendo lo que he llegado a comprender. La guío a través de las barreras de fuego, las llamas lamiendo nuestra piel inofensivamente mientras invito a los demás a pasar. Las barreras de sombra de Zephyr ondean por la perturbación pero se mantienen firmes. Todos somos demasiado valiosos ahora para arriesgarnos a estar al descubierto. Si uno de nosotros cae, Addy fracasará.

—Ig —espeta Corvus—. Deja las mierdas crípticas. ¿Qué crees que sabes?

—Oh, no creo. Lo sé. Sé que soy un elemental, tú eres un vampiro, Zephyr es fae y Zaiah es un djinn, y Addy es la fuerza cósmica que mantiene todo lo demás unido.

—Sí, ¿y? —espeta Zaiah.

La fuerte inhalación de Addy en el siguiente segundo es tan satisfactoria como meter mi polla profundamente dentro de ella. Ella lo sabe. —Mierda. Se supone que debéis tomar los poderes de los Primeros. Uno para cada uno de vosotros, más el mío.

—Y ella lo ha captado. Caballeros, señorita, tenemos un plan.

—Mierda —dice Addy de nuevo, alejándose de mí y empezando a caminar de un lado a otro —. ¡Mierda! —Se detiene y nos mira fijamente mientras los otros tres chicos están asimilando silenciosamente la enormidad de esto.

—Mierda no alcanza a cubrir esto —dice Zephyr, con los ojos entrecerrados—. Quizás ese sea el plan de papá, sin embargo. Tomar solo el poder Fae. Los otros ancianos, todos estaban involucrados en esto...

—Nuestros propios padres nos han jodido bien y de verdad.

—Y abuelos —susurra Addy—. Blackthorn tenía que saberlo. Tenía que saberlo.

—Bueno, mierda —resoplo, la traición picando como una perra. La revelación flota en el aire, pesada y opresiva. La enormidad de lo que acabamos de descubrir es casi demasiado para comprender. Observo cómo los demás procesan la información, sus rostros llenos de shock, ira y comprensión naciente.

El caminar de Adelaide se vuelve más frenético, sus movimientos bruscos y agitados. El libro en sus manos se está volviendo más frenético. —Esto no puede estar pasando —susurra—. Nos han estado manipulando desde el principio. Todos y cada uno de ellos.

Corvus se pasa una mano por el pelo, sus ojos oscuros de furia. —Nuestros propios padres —escupe, sacudiendo la cabeza—. Esto es increíble. Querían que Crimson iniciara todo esto.

—Tal vez incluso Lucretia antes que ella —dice Addy.

Zaiah permanece en silencio, pero puedo ver el conflicto en sus ojos. —¿Pero por qué Alec intentó evitar que levantáramos a Crimson?

—Tal vez porque sabía que con Addy como el Amanecer Inmortal, el poder vampírico vendría a mí, y no quería eso. Tal vez estaban tratando de ganar tiempo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunto, mirando por encima de la barrera de fuego, teniendo un muy mal presentimiento sobre esto. Puedo sentir que las cosas están a punto de convertirse en el mayor desastre que el mundo haya conocido jamás.

—Seguimos con el plan, pero en lugar de que Addy tome todo el poder, o el Vacío, eso es un gran no, ¿de acuerdo, chica? —digo, mirando a Addy, quien asiente vigorosamente—, tomamos los poderes de nuestras especies.

—¿Pero cómo lo hacemos? —pregunta Zaiah, finalmente rompiendo su silencio—. Tomar los poderes de los Primeros no será fácil. Son los seres más poderosos que existen. Está muy bien decir que vamos a hacer esto, pero necesitamos un plan adecuado.

La sonrisa de Adelaide se vuelve maliciosa. —Ahí es donde entra esto —dice, levantando el libro—. Creo que finalmente entiendo por qué me lo dieron. No es solo una guía o un arma. Es una llave.

—¿Una llave para qué? —pregunto, intrigado.

—Para desbloquear nuestro máximo potencial —explica—. Para acceder a las fuerzas cósmicas que nos permitirán enfrentarnos a los Primeros y ganar.

Mientras habla, el libro comienza a brillar más intensamente, sus páginas volteándose por sí solas. Aparecen símbolos y diagramas que nunca antes había visto en sus páginas, que son imposibles de leer. —Necesito encarcelar al Vacío de nuevo. El hechizo necesita ser vinculado.

Le doy un asentimiento. —Adelante.

Adelaide respira hondo y comienza a cantar en una lengua antigua, leyendo del libro. El aire a su alrededor resplandece y chisporrotea con poder. El libro levita de sus manos, sus páginas volteándose rápidamente como si estuvieran atrapadas en un torbellino.

Zaiah coloca su mano en la nuca de ella, y su magia recibe un impulso en el departamento de poder.

De repente, un vórtice de energía arremolinada erupciona del libro, fusionándose en una forma humanoide. El Vacío se manifiesta y se cierne sobre nosotros, un ser de pura oscuridad y caos.

—¡No! —chilla, el decibelio lastimando mis oídos—. ¡Mentisteis!

—¡Tú también mentiste! —le grita Addy mientras el vórtice gira y gira en una exhibición vertiginosa que succiona al Vacío de vuelta al libro, chillando a todo pulmón. El libro se cierra de golpe, y Addy lo deja caer al suelo, sus manos temblando.

—Bueno —digo después de una pausa—. Eso fue divertido.

Addy me lanza una mirada asesina, pero sonrío y la atraigo para besarla.

ADELAIDE

POR UN MOMENTO, me permito olvidar la tarea monumental que tenemos por delante y simplemente disfruto del confort de su abrazo mientras me derrito en el beso de Ignatius, sintiendo el calor de su naturaleza elemental de fuego filtrarse en mí.

Pero la realidad me abofetea demasiado rápido. Me aparto, con mis pensamientos a toda velocidad. —Bien, ya hemos lidiado con el Vacío por ahora. Mi poder es capaz de acabar con el Consejo, solo tengo que averiguar cómo hacer eso mientras transfiero su poder a todos nosotros... —me interrumpo y los miro—. ¿Están todos seguros, absolutamente cien por ciento seguros de que...?

—¡Sí! —me responden todos con exasperación.

Me río. —Vale, solo comprobaba. Así que, esto va a ser un delicado equilibrio entre no matarlos antes de la transferencia de poder.

Zephyr asiente, con expresión sombría. —Tendremos que ser inteligentes con esto. No podemos simplemente entrar con las armas en ristre.

—Estoy de acuerdo —dice Corvus—. Necesitamos una estrategia. Y debemos estar preparados para cualquier cosa. Los Primeros no renunciarán a su poder o sus vidas sin luchar.

Recojo el libro de donde lo dejé caer, sintiendo su peso en mis manos. —Este libro es la clave —digo, más segura que nunca—. Contiene conocimiento y poder más allá de todo lo que hemos encontrado. Solo tenemos que averiguar cómo usarlo.

Zaiah extiende su mano. —¿Puedo?

Dudo por un momento, sin querer que nada perturbe el encarcelamiento del Vacío, antes de pasarle el libro. Tan pronto como toca sus manos, las páginas comienzan a pasar rápidamente, deteniéndose brevemente en una página, antes de continuar, solo para hacer lo mismo de nuevo.

—¿Qué estás buscando? —pregunto en voz baja.

Pero no llega a responderme cuando una explosión de tierra se lanza al aire al impactar una bola de magia contra el suelo.

—Ahí están todos —dice Malachar—. Probablemente ya lo tengan todo resuelto, ¿verdad?

—Oh, no tienes ni idea —gruño, mis colmillos descendiendo por voluntad propia mientras la rabia burbujea dentro de mí.

Los ojos de Malachar pasan de un rostro a otro, deteniéndose en la mirada desafiante de Zephyr.

—Así que —dice—, lo han descubierto. Bravo.

—Déjate de tonterías, papá —gruñe Zephyr—. Sabemos lo que realmente buscas.

La expresión de Malachar se endurece. —¿Ah, sí? ¿Y qué crees que es exactamente?

—El poder del Primer Fae —digo, dando un paso adelante—. Eso es lo que has querido todo

este tiempo. Pues mala suerte. Pierdes.

Se ríe, pero sin humor. —Oh, pequeña mestiza inteligente. Lo tienes todo resuelto, ¿no?

—Lo suficiente para saber que estás lleno de mierda.

Los ojos de Malachar se entrecierran peligrosamente. —Cuida tu tono. No tienes idea de con qué estás lidiando.

—Tú tampoco —siseo, sintiendo el poder dentro de mí enroscarse con fuerza, listo para pelear. Este es el momento de irnos. Ahora o nunca. Le arrebato el libro a Zaiah—. Chicos, ¿están listos?

—Siempre —dice Corvus y agarra mi brazo con firmeza. Los otros chicos hacen lo mismo.

Zephyr rompe su barrera de sombras y, como uno solo, atravesamos la grieta en la realidad. Grito cuando mi cuerpo es jalado en todas direcciones. El agarre de los chicos sobre mí se afloja y nos separamos mientras nos precipitamos a través del tiempo y el espacio hacia las profundidades del Reino Inferior, donde aterrizo con un fuerte golpe en el suelo reseco, el libro ha desaparecido, arrancado de mi agarre.

Gimiendo, me incorporo, con la cabeza dando vueltas. El aire acre del Reino Inferior quema mis pulmones mientras observo mis alrededores. Tierra árida y agrietada se extiende hasta donde alcanza la vista, salpicada por formaciones rocosas irregulares que parecen desafiar la gravedad. El cielo sobre mí es una masa arremolinada de nubes oscuras, ocasionales destellos de relámpagos sobrenaturales iluminan el paisaje.

—Mierda —murmuro, dándome cuenta de que definitivamente estoy sola. Los chicos no están a la vista y, peor aún, el libro ha desaparecido. El pánico sube por mi garganta—. ¿Chicos? —grito, mi voz haciendo eco de manera espeluznante a través del terreno desolado.

Sin respuesta.

Me pongo de pie tambaleándome, tropezando con el vestido largo. Me agacho y rasgo la tela, haciéndolo más corto. Necesito encontrar a los otros y el libro. Apuesto a que los Primeros ya saben que estamos aquí y nos han separado. Volver a reunirnos va a ser difícil, si no imposible, pero tengo que tener fe en que no ha terminado antes de empezar.

Un rugido bajo en la distancia llama mi atención y mientras observo, el suelo comienza a moverse y ondular, como olas en un mar tormentoso.

—Oh, mierda. —Empiezo a correr, mis pies golpeando contra el suelo inestable. No tengo idea de adónde voy, pero sé que tengo que alejarme de *eso*.

Pero es demasiado tarde. Tropiezo con un tentáculo del tamaño de un tronco de árbol y caigo duramente al suelo antes de que una criatura se cierna sobre mí, que me dará pesadillas cada vez que cierre los ojos.

La criatura se alza sobre mí, su forma masiva oscureciendo la poca luz que se filtra a través de las nubes arremolinadas arriba. Se me corta la respiración mientras observo sus grotescas características: una masa retorcida de tentáculos, cada uno tan grueso como mi cuerpo, brotando de una masa central bulbosa. Múltiples ojos, brillando con un verde espeluznante, parpadean hacia mí desde varios puntos de su cuerpo.

—Mierda —susurro, arrastrándome hacia atrás con manos y pies.

La criatura suelta un chillido escalofriante que reverbera por todo mi cuerpo. Uno de sus tentáculos se lanza hacia mí con una velocidad aterradora. Ruedo hacia un lado, apenas evitando ser aplastada.

—Muy bien, Adelaide, ya es hora de ver de qué estás hecha.

Me concentro, recurriendo al poder de succionar y absorber. Mi poder más atractivo, según Malachar. Bien, veamos cómo le va a esta criatura contra sí misma. El poder del monstruo

recorre mis venas, caliente y eléctrico, salado como el mar en mi lengua. Extiendo mis manos hacia adelante, canalizando esa energía hacia afuera. Una ráfaga de fuerza pura brota de mis palmas, golpeando a la criatura.

Tambalea hacia atrás, emitiendo otro grito ensordecedor. Pero no es suficiente. La criatura se recupera rápidamente, sus tentáculos azotando en un ataque frenético.

Esquivo y me muevo, mis habilidades de vampiro me dan una velocidad y agilidad mejoradas. Pero no puedo mantener esto para siempre. Necesito un plan para incapacitarla. Usar su propia magia contra ella no está funcionando. Es demasiado fuerte.

Pero entonces se me ocurre. Estoy en un lugar con miles, quizás decenas de miles de monstruos. ¿Puedo hacer esto? ¿Puedo usar todo su poder para matar a esta cosa, o terminará matándome?

—Solo hay una forma de averiguarlo, Addy —jadeo mientras doy media vuelta y corro hacia unas rocas puntiagudas que sobresalen del suelo a poca distancia. Si puedo subir más alto, tal vez sea más fácil. Como una especie de antena.

Usando mi velocidad de vampiro, que no es una ventaja sobre esta criatura, corro tan rápido como puedo y salto sobre las rocas, agradecida de haber acortado mi vestido antes.

Los tentáculos de la criatura se lanzan, derribándome. Mis manos se raspan contra la superficie áspera mientras me esfuerzo por ponerme de pie. Mi pierna palpita donde me golpeó, pero no hay tiempo para ser una cobarde, así que lo ignoro y extiendo mis manos tan alto como puedo alcanzar.

Respirando profundamente, cierro los ojos y me concentro. Extiendo mi poder, no solo hacia la monstruosidad que agita sus tentáculos hacia mí, sino hacia todo lo que nos rodea. El aire del Reino Inferior ondula con energía oscura, y la absorbo.

La sensación es abrumadora. El poder me inunda, crudo, negro y caótico. Es como intentar contener un océano en un dedal. Mi cuerpo tiembla con el esfuerzo, sintiendo como si pudiera ser desgarrado por él.

Pero aprieto los dientes y supero el dolor. Soy el Amanecer Inmortal. Olvida eso, soy Adelaide jodida Légère. Puedo hacer esto. No voy a morir en este vertedero antes de tener la oportunidad de acabar con el Consejo. Piensan que pueden deshacerse de mí con este imbécil y sus tentáculos de tronco de árbol... están equivocados.

—¡Ah! —grito cuando me azota, golpeándome en el estómago y arrancándome la piel a través del vestido. Siento la sangre brotando de mis entrañas, pero sacudo la cabeza. Sanaré—. ¿Crees que soy tan fácil de derribar? —grito, sin hablarle al monstruo tipo kraken sino al Consejo—. ¡Que os jodan! —levanto ambos dedos medios mientras absorbo la energía mágica de todas las criaturas de este lugar, incluyéndolos a ellos.

Cerrando los ojos, puedo sentir su poder como ríos de oro líquido en mis venas.

Mientras el viento azota mi cabello contra mi cara, me río a carcajadas, pero no me detengo para apartarlo.

Relámpagos destellan y queman mis dedos mientras absorbo tanta energía mística que quiero vomitar, pero de una buena manera.

Abro los ojos de golpe y veo que la criatura ha captado quién está al mando ahora. Se detiene, sintiendo el cambio de poder. Levanto mis manos aún más alto, sintiendo cómo la energía se mezcla a nuestro alrededor en un gigantesco poder demoledor.

—Veamos cómo te gusta esto, bastardo tentaculado —gruño.

Desato el poder en un torrente cegador. Golpea a la criatura con la fuerza de mil tormentas. El monstruo chilla, su cuerpo convulsionando mientras la energía lo atraviesa. En segundos, se

reduce a nada más que cenizas.

Tambaleo, casi cayendo de mi percha. La oleada de poder me deja mareada y con náuseas. Me desplomo contra la roca dentada, luchando por recuperar el aliento.

—Joder —jadeo, mirando el montón de cenizas que antes era un monstruo aterrador—. ¿Quién es la perra que manda ahora?

Pero no hay tiempo para maravillarme con lo que hice. Esto no fue nada comparado con lo que se avecina. Necesito encontrar a los demás y el libro, y rápido, antes de que el Consejo venga por mí. Algo me dice que no lo harán todavía. Se mantuvieron en una burbuja de cristal por una razón. No pondrán un pie fuera de ella a menos que se acerque el fin del mundo, y aunque se acerca, realmente necesito encontrar a los chicos primero. Eso me da algo de tiempo.

Bajo de las rocas, haciendo una mueca cuando mi estómago protesta. La herida está sanando, pero aún duele como el demonio. Arranco una tira de mi vestido y la ato alrededor de mi cintura, esperando que ayude con el proceso de curación o, al menos, evite que la abra de nuevo antes de que termine de cerrarse.

—Bien —murmuro, observando el desolado paisaje—. Si yo fuera un grupo de chicos sobrenaturales guapos y un libro potencialmente apocalíptico, ¿dónde estaría?

Un rugido distante llama mi atención. Entrecierro los ojos, tratando de distinguir qué lo causa. A lo lejos, veo destellos de luz y lo que parece una enorme nube de polvo.

—Bueno, eso parece prometedor —digo, dirigiéndome en esa dirección con los dientes apretados—. O increíblemente estúpido. Probablemente ambos.

Mientras me muevo hacia el alboroto, sacudo mis manos. Tengo un caso grave de hormigueo, y es jodidamente molesto. Intento extender mi poder, confiando en los vínculos que comparto con estos chicos, buscando cualquier señal de ellos o del libro. Pero el Reino Inferior está tan saturado de energía oscura que es como tratar de escuchar un susurro en medio de un huracán. No puedo sentir nada específico.

El suelo tiembla bajo mis pies mientras me acerco a la fuente del disturbio. Los destellos de luz son más frecuentes ahora, acompañados por sonidos de batalla. Rugidos, explosiones y lo que sospechosamente suena como Corvus maldiciendo a diestra y siniestra.

Empiezo a correr, ignorando las protestas de mi cuerpo aún en proceso de curación. Al llegar a la cima de una cresta, finalmente veo qué está causando todo el alboroto.

Corvus está de pie en el centro de un remolino de sombras, sus ojos brillan rojos mientras se defiende de una horda de criaturas grotescas. Los otros chicos no están a la vista, lo que significa que estamos completamente separados.

—¡Corvus! —grito y corro hacia él.

Él gruñe y golpea a una criatura en la nariz, enviándola volando hacia atrás contra un par de sus compañeros. —Muñeca. ¿Dónde coño has estado?

—Atrapada en el tráfico —replico, haciéndole sonreír—. Permíteme.

Levanto mis manos de nuevo y, con el poder aún burbujeando dentro de mí, aniquilo a la media docena de criaturas que rodean a mi amor vampiro. —Nadie lo toca y vive —espeto, bajando mis manos mientras caen y se desintegran en la nada.

—Bonito —dice, acercándose a mí y aplastándome en un abrazo que me hace doler el estómago, pero no hago ruido. Se preocupará, y no necesito eso ahora. Estoy prácticamente curada y perfectamente bien.

Me aparto del abrazo de Corvus, escaneando el área. —¿Dónde están los otros? ¿Y el libro?

Él niega con la cabeza, todavía con los colmillos al descubierto. —Ni idea. Todos nos separamos cuando atravesamos. He estado luchando contra estos cabrones desde que aterricé.

—Mierda —murmuro—. Necesitamos encontrarlos rápido. El Consejo sabe que estamos aquí.

Corvus asiente sombríamente. —¿Alguna idea de cómo rastrearlos en este infierno?

Cierro los ojos, extendiendo mi poder de nuevo. Tengo que hacer esto. Tengo que encontrarlos. Sin peros, sin excusas y sin monstruos que se interpongan.

ADELAIDE

ESTA VEZ, me concentro en las firmas energéticas únicas de Zephyr, Ignatius y Zaiah. Es como intentar distinguir voces individuales en un estadio rugiente, pero persevero.

—Allí —digo, señalando hacia el este—. Creo que es Zephyr.

—¿Crees? —pregunta Corvus, arqueando una ceja.

—Podría ser el Primer Fae —murmuro, ante lo cual palidece ligeramente.

—Eso no es tranquilizador.

—No pretendía serlo.

Sin decir una palabra más, Corvus y yo echamos a correr. El terreno cambia y se deforma a nuestro alrededor, dificultando mantener el equilibrio. Pero seguimos adelante, impulsados por la urgencia y el miedo por nuestro compañero.

Al coronar otra cresta, nos encontramos con un ejército de estatuas de piedra, no muy diferentes a las que vimos en los túneles subterráneos de MistHallow.

—Mierda —murmuro mientras él se detiene y nos rodean—. Tú encárgate del combate físico mientras yo los hago volar en pedazos.

—Entendido —murmura, ya dos pasos por delante, con los puños apretados y los colmillos al descubierto.

Mientras Corvus se lanza contra la estatua de piedra más cercana, invoco el poder que he absorbido. Chisporrotea a través de mí, indicándome que se está escapando. No puedo contenerlo. Al menos no sin concentración. Esto no son buenas noticias para nuestro bando. Tomándome los preciosos segundos para recuperarlo, lo concentro en una explosión de energía pura que golpea a un grupo de estatuas, haciéndolas añicos.

Corvus se mueve con velocidad sobrenatural, esquivando puños de piedra y asestando golpes demoledores. Su fuerza vampírica es suficiente para agrietar las estatuas, pero no para destruirlas por completo.

—¡Un poco de ayuda por aquí, muñeca! —grita mientras forcejea con una estatua particularmente grande.

Giro, canalizando otra ráfaga de poder. Golpea a la estatua en pleno pecho, haciéndola pedazos. Corvus me dedica una sonrisa colmilluda antes de girar y estampar su pie contra la estatua a su espalda.

Caemos en un ritmo: Corvus enfrentándose a las estatuas en combate cuerpo a cuerpo mientras yo las elimino a distancia. Pero por cada estatua que destruimos, dos más parecen ocupar su lugar.

—¡Esto no está funcionando! —grito, haciendo estallar otro grupo en pedazos. Cada vez que creo tener el control del poder, se agota, dejándome casi sin nada. Algo no está bien—. ¡Necesito

más tiempo!

Corvus gruñe frustrado mientras esquiva un puño de piedra.

—¿Cuánto...?

—¡No lo sé!

—Ponte a trabajar, muñeca. ¡No tenemos todo el puto día!

Bueno, no se equivoca en eso. Confío en que él me protegerá, así que cierro los ojos e intento sentir de dónde viene la fuga para poder arreglarla. Presiono mi mano contra mi estómago y siento el material empapado envuelto alrededor de la herida. Frunciendo el ceño, lo arranco y miro hacia abajo. La herida está rezumando sangre y poder—. Ahí estás, pequeña mierda —En cierto nivel, tiene sentido para mí. Estoy perdiendo sangre y, por lo tanto, el poder. Está conectado a mi sangre. Tengo que tapar esta fuga, y solo se me ocurre una manera de hacerlo tan rápido como necesito. Me preparo y sostengo mi mano sobre la herida. Apretando la mandíbula tan fuerte que oigo mis dientes crujir, me disparo en el estómago con una marca de poder abrasador que me hace gritar.

Mis rodillas se doblan, pero no me detengo. Ni siquiera cuando Corvus se lanza hacia mí.

—¡Addy! —grita Corvus, con los ojos abiertos de horror mientras se acerca a mí.

Levanto una mano, deteniéndolo.

—¡No! ¡Lo tengo controlado! —digo entre dientes—. ¡Mantenlos alejados!

Él gira con los puños volando y siguiendo con patadas viciosas para mantenerlos a raya.

El dolor es insoportable, como lava fundida vertida directamente en mis venas. Pero puedo sentir que está funcionando. La herida se está cauterizando, cerrándose y atrapando el poder dentro de mí.

Cuando la última gota de energía se filtra de vuelta a mi cuerpo, jadeo y tropiezo. Corvus me atrapa antes de que golpee el suelo.

—¿Qué coño ha sido eso? —exige saber.

—Arreglando una fuga —jadeo, enderezándome—. Ahora, terminemos con esto.

Con renovado enfoque, alcanzo el pozo de poder dentro de mí. Responde ansiosamente, surgiendo a través de mi cuerpo como una marea. Levanto las manos, sintiendo la magia venir a mí, haciendo que mis manos se entumezcan.

—¡Atrás! —le grito a Corvus.

Él salta hacia atrás justo cuando desato una enorme explosión de relámpagos. Barre el campo de batalla en una ola cegadora, reduciendo a polvo cada estatua de piedra a su paso.

Cuando la luz se desvanece, nos quedamos de pie en una nube de polvo y un campo de escombros. Corvus silba bajo.

—Recuérdame que nunca te haga enojar —dice, observando la destrucción.

Me río débilmente, tambaleándome. Él me atrapa, y lo miro a los ojos, un pensamiento me golpea de repente.

—Bebe de mí.

—¿Qué? ¿Ahora? —se ríe, mostrándome sus colmillos.

—El poder está en mi sangre. Necesitas tomar algo de él si vamos a sobrevivir a esto. Bebe de mí.

No necesita más razón que esa. Me endereza y hunde sus colmillos en mi cuello, succionando con un gemido bajo.

—Para —jadeo mientras acelera—. No puedes contener más que eso.

Corvus se retira, con sangre goteando de sus colmillos mientras me mira con ojos desorbitados. —Joder —respira—. Esto es intenso.

Asiento, presionando mi mano contra las heridas punzantes en mi cuello, pero ya están sanando. —Sí. Ahora ves con lo que estoy lidiando.

Flexiona sus manos, con una expresión de asombro en su rostro. —Eres jodidamente asombrosa, Adelaide. Joder.

—Ay, qué dulce, pero vámonos ya, ¿sí?

Sonríe, rejuvenecido por la pelea gracias a mi sangre. Él fue fácil. La parte difícil será lograr que los otros den un buen trago de mis venas.

Mis manos tiemblan y mi cuerpo se estremece, temblando involuntariamente mientras nos dirigimos en la dirección donde creí sentir a Zephyr.

ZEPHYR

EL ACRE hedor a azufre llena mis fosas nasales mientras esquivo otro zarpazo de una monstruosa criatura del Reino Inferior. Sus garras silban junto a mi oreja, lo suficientemente cerca como para sentir el desplazamiento del aire. No tengo tiempo de aliviarme por no haber acabado como Van Gogh; hay docenas más de donde vino ese cabrón.

Desde que caí del cielo y aterricé aquí sin los demás, me he visto rodeado por un mar agitado de bestias de pesadilla, cada una más horripilante que la anterior. Algunas tienen múltiples cabezas, con ojos parpadeando de forma inquietante y asincrónica. Otras lucen tentáculos donde deberían estar las extremidades, retorciéndose y agarrando el aire. Hay criaturas que parecen estar hechas enteramente de dientes y garras, sus cuerpos una masa de bordes afilados y fauces rechinantes. Todas ellas están enfocadas en una cosa: hacerme pedazos.

Pero no puedo permitir que eso suceda. No cuando estoy tan cerca de mi objetivo.

En la distancia, apenas visible a través de la multitud de monstruos, sé que está ahí: el libro. Está en el suelo, abierto de par en par por el impacto. Estaba a solo unos metros de mí cuando recuperé el sentido, pero en todo el tiempo que llevo luchando contra estos cabrones, no me he acercado más, pero no puedo detenerme. Es la clave de todo: nuestro propósito, nuestro poder, nuestro futuro.

—Vamos, feos bastardos —gruño, con sombras arremolinándose alrededor de mis puños y azotando. La oscuridad responde a mi llamada, abalanzándose hacia adelante y a mi alrededor.

Una criatura que parece un cruce entre una serpiente y un escorpión se abalanza sobre mí. Su cabeza es una masa de tentáculos retorcidos, cada uno rematado con un aguijón venenoso. Me agacho bajo su aguijón, mis sombras solidificándose en una hoja que corta su vientre. La bestia aúlla de dolor, rociando sangre negra de la herida. El líquido silba al tocar el suelo, corroyendo la piedra como ácido.

No tengo tiempo de celebrar la pequeña victoria. Dos monstruos más toman su lugar, sus ojos brillando con hambre maligna. Uno es una parodia retorcida de un ciervo, sus astas afiladas como navajas y goteando una sustancia verde enfermiza. El otro parece que alguna vez pudo haber sido humano, pero su carne está podrida, con gusanos retorciéndose en el músculo expuesto.

Mis sombras se lanzan, formando una barrera protectora a mi alrededor. No durará mucho, pero me compra un momento para recuperar el aliento y evaluar la situación. La barrera ondula mientras las criaturas se estrellan contra ella, sus aullidos de frustración amortiguados pero aún lo suficientemente fuertes como para distraerme.

El mar de monstruos parece interminable. Por cada uno que derribo, aparecen tres más. Es como luchar contra la maldita Hidra. Pero no puedo rendirme. No lo haré. Demasiado depende

de que alcance ese libro.

Busco en lo más profundo de mí mismo, aprovechando el manantial de poder que conlleva ser el Príncipe de las Hadas Oscuras. Las sombras a mi alrededor se oscurecen, volviéndose más sustanciales. Se arremolinan y retuercen, formando zarcillos afilados como navajas que azotan a las criaturas circundantes.

—Veis, yo también tengo algunos —me burlo, sin poder evitarlo.

Los monstruos chillan y aúllan mientras mis armas de sombra los destrozan. Las astas de la criatura similar a un ciervo se hacen añicos como el cristal contra mis defensas, mientras que el humanoide en descomposición es partido en dos por un zarcillo de oscuridad parecido a un látigo. Pero no es suficiente. Son demasiados, y me estoy cansando rápidamente. El uso constante de mis poderes me está agotando más rápido de lo que puedo reponer mi energía.

Una criatura masiva, algo que parece haber salido reptando de las profundidades del océano, se alza ante mí. Su cuerpo es una masa de tentáculos y aletas, pero su rostro es inquietantemente humanoide, torcido en una sonrisa grotesca. Su boca se abre, revelando filas y filas de dientes serrados. Me preparo para el ataque, sabiendo que podría no sobrevivir a este.

De repente, una explosión de energía pura golpea a la criatura, vaporizándola instantáneamente. Donde antes se erguía una monstruosidad imponente, no hay nada más que una lluvia de cenizas y el persistente hedor a pescado podrido. Me doy la vuelta para ver a Adelaide y Corvus cargando hacia mí, ambos con aspecto de haber pasado por lo peor, pero muy vivos.

—¡Zeph! —grita Addy, con los ojos desorbitados. Su cabello está chamuscado en las puntas, y hay un corte de aspecto desagradable en su vestido, pero se mueve con determinación—. ¿Estás bien?

Logro sonreír, a pesar del agotamiento.

—Nunca mejor, princesa. Solo tengo un pequeño problema de monstruos.

Corvus resopla, sus colmillos alargados y listos para la batalla. Hay un desgarro en su camisa que revela una herida que está sanando ante mis ojos.

—Menuda subestimación, principito.

Resoplo ante el apodo, pero me lo tomo con filosofía. Las manos de Adelaide están brillando con poder, sus ojos resplandeciendo con una luz carmesí que es jodidamente espeluznante, pero al mismo tiempo, irresistiblemente sexy.

—Necesitamos llegar a ese libro —digo, señalándolo.

—Vamos entonces —dice y se gira para enfrentar al ejército de horrores.

—Más fácil decirlo que hacerlo —murmuro, evaluando la horda de monstruos entre nosotros y nuestro objetivo. Las criaturas se están reagrupando, su sorpresa inicial por el ataque de Adelaide se está desvaneciendo.

—Entonces hagámoslo más fácil —afirma Addy. Levanta sus manos, relámpagos negros destellando alrededor de sus dedos. El olor a ozono se intensifica, y puedo saborear metal en mi lengua.

Adelaide desata una ola de puro poder que barre el campo de batalla. Es como ver un tsunami de luz. Los monstruos se desintegran al contacto, sus gritos impíos interrumpidos mientras se reducen a cenizas, la ola de poder dejando marcas de quemaduras a su paso.

Arqueando una ceja, estoy impresionado por ella y también locamente excitado. La demostración de poder bruto es diferente a cualquier cosa que haya visto jamás. Es impresionante y absolutamente aterrador.

Adelaide se tambalea ligeramente, y extiendo la mano para sostenerla. Su piel está húmeda, y

puedo sentirla temblar.

—¿Estás bien, princesa?

Ella asiente, aunque puedo ver la tensión en sus ojos. Pequeñas chispas de energía bailan bajo su piel, como relámpagos en miniatura. —Estoy bien. Pero no puedo hacer eso de nuevo. Al menos no de inmediato. Este volumen de poder es intenso, necesito acostumbrarme.

Asiento, comprendiendo. —Bien entonces. Aprovechemos esta oportunidad, ¿de acuerdo?

Empezamos a movernos hacia el libro, abriéndonos paso entre los montones de cenizas de monstruos. El suelo está chamuscado y lleno de hoyos, evidencia de la batalla que acaba de tener lugar. Pero nuestro respiro es de corta duración. Nos están rodeando de nuevo. Puedo oírlos cuchichear y gruñir.

—Parece que la segunda ronda está comenzando —gruñe Corvus, tensando sus músculos para la acción. Sus ojos escanean el área, identificando amenazas antes de que puedan formarse por completo.

—¿El comité de bienvenida del Consejo? —pregunto con sarcasmo.

—Se podría decir eso —espeta Addy y agarra el libro, metiéndolo por el frente de su vestido.

—Entonces démosles un espectáculo que no olvidarán.

Cuando los monstruos cargan, caemos en un ritmo perfecto. Es como si hubiéramos estado luchando juntos toda nuestra vida, cada uno de nosotros sabiendo instintivamente dónde estarán los otros.

Corvus toma la delantera, su fuerza y velocidad vampíricas lo convierten en un torbellino de destrucción. Despedaza a las criaturas con sus manos desnudas, sus colmillos destellan mientras arranca gargantas y aplasta cráneos. Una criatura parecida a un lobo de tres cabezas se abalanza sobre él, pero Corvus es más rápido. Agarra dos de sus cabezas y las estrella juntas con un crujido nauseabundo.

Lo flanqueo, sombra y hielo formando varias armas según sea necesario. En un momento, estoy blandiendo un enorme martillo de guerra, dejándolo caer sobre una criatura que parece un cruce entre un oso y un puercoespín. Al siguiente, estoy empuñando un par de dagas terriblemente afiladas, cortando los tentáculos de una monstruosidad similar a un calamar. Las sombras se mueven casi por sí solas, anticipando mis necesidades antes de que pueda siquiera formar el pensamiento.

Los poderes de Adelaide están más enfocados ahora. En lugar de una destrucción a gran escala, elimina criaturas con precisos estallidos de energía. Cualquier monstruo que se acerque demasiado a ella es inmediatamente vaporizado. Una criatura voladora que parece un murciélago mutado se lanza hacia ella, pero levanta una mano y explota en el aire, rociándonos con tripas y sangre de murciélago.

Avanzamos de manera constante aunque sangrienta, pero es lento. Los monstruos parecen interminables, ola tras ola estrellándose contra nosotros como una marea implacable.

—Necesitamos terminar esta maldita pelea para que pueda concentrarme en encontrar a Ig y Zaiah —escupe Addy.

—¿Cuánta energía necesitas? —grito en respuesta.

—No yo —dice, sacudiendo la cabeza y extendiendo sus garras de vampiro. Se corta la muñeca y me la ofrece—. Bebe.

Miro la sangre que brota con los ojos entrecerrados.

—Hazlo —gruñe Corvus—. No tenemos tiempo para tonterías. Necesitas su poder.

—Ah —murmuro, entendiendo por qué Corvus es una máquina en este momento. Encogiéndome de hombros, me acerco y agarro la muñeca de Addy, presionando mis labios

contra su herida.

En el momento en que la sangre de Adelaide toca mi lengua, siento una descarga de puro poder que recorre mi cuerpo haciendo cantar cada terminación nerviosa. El sabor es embriagador, una mezcla perfecta de dulzura y algo más oscuro, más primario.

Me obligo a apartarme después de unos tragos profundos, sabiendo que no podemos permitirnos que me deje llevar. Mientras me enderezo, puedo sentir el poder corriendo por mis venas, amplificando mis propias habilidades diez veces.

—Joder —respiro, flexionando mis dedos. Las sombras bailan a su alrededor, más receptivas que nunca—. Ese es el poder del Primer Fae.

—Sí.

—Mierda. —Me giro para enfrentar a la horda que se acerca, una sonrisa maliciosa extendiéndose por mi rostro—. Oh, esto va a ser divertido.

Con un solo pensamiento, convoco una marea de sombras. Se elevan detrás de mí, una masa retorcida de oscuridad que se alza sobre el campo de batalla. Los monstruos hacen una pausa en su avance, sintiendo el cambio de poder.

—Mi turno —gruño.

Desato las sombras, enviándolas a estrellarse contra el ejército de criaturas. La oscuridad las envuelve, solidificándose alrededor de sus cuerpos. Puedo oír sus chillidos ahogados mientras las sombras se contraen, aplastándolas y despedazándolas.

En segundos, el campo de batalla está despejado. Donde antes había un ejército de bestias de pesadilla, ahora no hay más que montones de cadáveres destrozados y charcos de sangre negra.

Tambaleo ligeramente, el repentino gasto de poder me deja mareado. Adelaide me estabiliza con una mano en mi brazo.

—Tranquilo, tigre —dice con una sonrisa burlona—. Guarda algo para el evento principal.

Asiento, respirando profundamente. El poder todavía está ahí, zumbando justo debajo de mi piel, pero puedo sentir que se asienta ahora, integrándose con mis propias habilidades como si siempre hubiera estado destinado a ello.

—Bien —dice Corvus, escaneando el campo de batalla ahora vacío—. Ahora solo necesitamos encontrar a Ignatius y Zaiah.

Adelaide cierra los ojos, su ceño frunciéndose en concentración. Después de un momento, señala hacia el este. —Fuego —murmura, girándose para mirar detrás de ella.

Sin decir una palabra más, echamos a correr, confiando implícitamente en sus instintos.

IGNATIUS

EL CALOR ES INTENSO, incluso para mí. Es un tipo diferente de calor, uno que no está hecho de fuego elemental sino como si hubiera sido arrastrado directamente del infierno. El sudor corre por mi rostro, chisporroteando al tocar el suelo abrasado bajo mis pies. Estoy rodeado por un mar de llamas, el fuego bailando y retorciéndose en patrones antinaturales.

He estado luchando durante lo que parece horas, pero probablemente no sea tanto tiempo. El tiempo no tiene significado aquí. Las únicas constantes son el implacable asalto de criaturas de fuego y el creciente agotamiento en mis huesos.

Debería estar en mi elemento aquí, pero estoy luchando. Estas llamas no responden a mis órdenes como el fuego normal. Resisten, contraatacan e intentan consumirme a cada paso. Es como tratar de domar una bestia salvaje decidida a despedazarme.

Otra oleada de criaturas de fuego se abalanza hacia mí. Son vagamente humanoides en forma, pero sus cuerpos están hechos enteramente de llamas. Sus ojos brillan con las llamas del fuego oscuro del NetherRealm.

Aprieto los dientes y convoco mis llamas, obligándolas a fusionarse en una enorme ola ardiente de destrucción. Cuando la primera criatura me alcanza, empujo con fuerza. La ola conecta con un satisfactorio whoosh, y la criatura de fuego explota en una lluvia de brasas.

Pero hay más, siempre más, fénix resurgiendo de las cenizas.

El suelo bajo mis pies tiembla. El mar de llamas se parte y algo enorme surge de las profundidades. Mis ojos se abren de par en par mientras observo la monstruosa forma que emerge ante mí.

Es un dragón, pero como ningún dragón que haya visto o del que haya oído hablar. Su cuerpo está hecho de llama viva, constantemente cambiando y reformándose. Sus alas son vastas sábanas de fuego que envían oleadas de calor sobre mí con cada batido. Sus ojos son pozos de lava fundida, fijos en mí con intención depredadora.

—Joder —murmuro, dando un paso atrás involuntario—. Eres jodidamente hermoso.

El dragón ruge, y es como estar frente a un alto horno. El sonido por sí solo es suficiente para hacer que mis oídos zumben. Luego se abalanza, con las fauces abiertas y llenas de fuego.

Me lanzo hacia un lado, rodando por el suelo ardiente.

Al levantarme de mi rodada, desato un torrente de mis propias llamas contra el dragón. Golpean su flanco pero parecen hacer poco más que irritarlo. La bestia gira su enorme cabeza hacia mí, entrecerrando los ojos.

—Bien —jadeo, reuniendo fuerzas para otro ataque—. Esto podría ser un problema.

La cola del dragón se agita, más rápido de lo que algo de ese tamaño tiene derecho a moverse. Intento esquivarla, pero no soy lo suficientemente rápido. La punta me alcanza en el

pecho, lanzándome hacia atrás. Me estrello contra una formación rocosa que me hace rechinar los dientes y me sacude los huesos.

El impacto me deja sin aliento, y por un momento, veo estrellas. Cuando mi visión se aclara, veo al dragón avanzando, su boca abriéndose de par en par.

Esto es todo. Así es como muero. Devorado por un dragón de fuego en las profundidades del NetherRealm. Mamá y papá estarán tan decepcionados.

Justo cuando me estoy preparando para el final, una voz familiar corta a través del rugido de las llamas.

—¡Ig! ¡Agáchate!

No dudo. Me tiro al suelo justo cuando un enorme rayo de magia aterradora pasa sobre mi cabeza. Golpea al dragón en la parte posterior de su boca, haciendo que se eche hacia atrás con un chillido de dolor y furia.

Levanto la vista para ver a Adelaide, Corvus y Zephyr cargando hacia mí. Se ven magullados y chamuscados, pero están vivos.

—Ya era hora —les grito, mi alivio haciéndome sentir eufórico.

—Teníamos algunos de nuestros propios monstruos con los que lidiar —dice Corvus.

—Apuesto a que el mío es más grande que el tuyo —replico.

—No puedo discutir eso —murmura Zephyr.

Mientras me pongo de pie, evalúo la situación. Adelaide se enfrenta al dragón, sus manos brillando con el poder que ahora posee. Zephyr usa sus sombras para crear una barrera entre nosotros y las interminables oleadas de criaturas de fuego.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunto, volviéndome para enfrentar al dragón que se está recuperando del ataque de Adelaide.

—El plan —dice Adelaide, su voz tensa por la concentración— es salir de aquí e ir a buscar a Zaiah.

—Me parece bien —estoy de acuerdo—. Pero ¿cómo? Esa cosa no va a dejarnos salir así como así.

Como para enfatizar mi punto, el dragón ruge de nuevo, escupiendo llamas en nuestra dirección. Adelaide levanta una mano, y una barrera brillante surge, desviando el fuego.

—Tengo una idea —dice—, pero no te va a gustar.

—A estas alturas, nena, estoy abierto a cualquier cosa —respondo.

Se vuelve hacia mí, y el pavor llena mi alma. —Necesito que absorbas tanto de este fuego como puedas. Todo, si es posible.

Parpadeo hacia ella, seguro de que debo haber oído mal. —Perdona, ¿qué? Addy, hay demasiado. Incluso para mí, esto es... Si pudiera hacer eso, ya lo habría hecho.

—Lo sé —dice—. Pero puedes hacerlo. Eres más fuerte de lo que crees, Ig. Y yo te ayudaré.

La miro a ella, luego al infierno que nos rodea. Es una locura. Pero, de nuevo, todo en esta situación es una locura.

—Está bien —digo, cuadrando los hombros—. Está bien. Puedo hacerlo.

Addy extiende su muñeca y la corta con sus garras. Entrecierro los ojos al ver la sangre, pero ella me la pone en la cara.

—Bebe. Necesitas absorber algo de este poder. El poder del Primer elemental.

—Vaya —murmuro, pero le hago caso. Los otros dos asienten en acuerdo, así que me acerco y pongo mi boca en su muñeca. La sangre golpea mi lengua como un latigazo de hielo y fuego a la vez. Intento no retroceder y trago unos cuantos sorbos, aliviado cuando me dice que pare.

Adelaide asiente y luego se vuelve hacia los demás.

—Corvus, Zephyr, necesito que mantengan a ese dragón y a cualquier otra cosa desagradable lejos de nosotros mientras trabajamos. ¿Pueden encargarse de eso?

Ambos asienten, moviéndose a posiciones defensivas a nuestro alrededor.

—¿Listo? —me pregunta Adelaide.

Respiro profundamente, sintiendo todos los elementos arremolinándose dentro de mi cuerpo, listos para ser desatados.

—Tan listo como puedo estar.

Adelaide coloca su mano en mi pecho, justo sobre mi corazón. Siento una oleada de energía fluir hacia mí, amplificando mi propio poder. Es como nada que haya experimentado antes, como si estuviera conectándome con la mismísima fuente del fuego.

—Ahora —dice Adelaide—. Atráelo hacia ti.

Cierro los ojos y extiendo mis sentidos. Puedo sentir cada llama, cada chispa en el área. Lenta y cuidadosamente, comienzo a atraerlas hacia mí. Es como intentar redirigir un río con las manos desnudas, pero atravieso la resistencia.

El fuego lucha contra mí al principio, resistiéndose a mi atracción. Pero a medida que canalizo más del poder de Adelaide, comienza a ceder. Siento el calor intensificarse a mi alrededor mientras más y más llamas son atraídas.

Es abrumador. La cantidad de energía que fluye hacia mí es como nada que haya experimentado antes. Es doloroso, emocionante y aterrador como la mierda, todo a la vez. Puedo sentir mi cuerpo cambiar, adaptándose para contener este inmenso poder.

Justo cuando creo que no puedo soportar más, cuando estoy seguro de que estallaré en llamas, esta vez para siempre, siento un cambio. Las últimas llamas son atraídas hacia mí y, de repente, todo queda en silencio.

Abro los ojos para encontrar el paisaje transformado. Donde antes había un mar de fuego, ahora solo hay tierra árida y chamuscada. El dragón de fuego ha desaparecido, presumiblemente consumido junto con todo lo demás.

Corvus y Zephyr me miran con los ojos muy abiertos. Me miro a mí mismo y jadeo. Mi piel está brillando, con patrones de fuego arremolinándose justo debajo de la superficie. Me siento diferente. Poderoso de una manera que nunca antes había sido.

—¿Ig? —dice Adelaide suavemente—. ¿Estás bien?

—Me siento... increíble —respiro—. Todos los elementos están dentro de mí a toda potencia.

—Eso probablemente te hace el más poderoso de todos nosotros —afirma Corvus.

—Necesitamos encontrar a Zaiah —dice Addy con urgencia—. El Consejo está intensificando sus ataques. Están furiosos como el infierno. Tenemos que darnos prisa antes de que lo maten.

Con esas palabras de condena asentándose sobre nosotros, nos movemos en la dirección que Addy indica, esperando encontrar a Zaiah antes de que sea demasiado tarde.

ZAIAH

EL AIRE a mi alrededor crepita con magia mientras esquivo otro rayo. La versión del NetherRealm de una tormenta eléctrica no se parece a nada que haya experimentado antes. El cielo es una masa turbulenta de nubes oscuras, teñidas de un tono púrpura antinatural. Los rayos no solo caen desde arriba, sino que parecen arquearse horizontalmente a través del paisaje, creando una red mortal de electricidad.

El constante bombardeo de ataques elementales me ha dejado exhausto, mis poderes parpadean como una vela al viento. Esta es energía que no puedo manipular, por más que lo intente.

Otro rayo golpea el suelo cerca de mis pies, enviando fragmentos de tierra chamuscada por el aire. Tropiezo, apenas logrando mantener el equilibrio. Mis pulmones arden con cada respiración.

—Vamos, Zaiah —murmuro, forzando a mis piernas a seguir moviéndose—. Sigue moviéndote.

Pero, ¿hacia dónde? No tengo idea de adónde voy o si siquiera hay un lugar seguro en este reino infernal. Todo lo que sé es que no puedo detenerme. Detenerse significa la muerte.

Como si percibiera mi momento de duda, la tormenta se intensifica. Las nubes teñidas de púrpura giran más rápido, formando un vórtice directamente sobre mí. Puedo sentir el vello de mis brazos erizándose, una señal segura de la masiva carga eléctrica que se está acumulando.

Cierro los ojos, buscando en lo más profundo de mí mismo cualquier resto de poder. Como djinn, debería ser capaz de manipular la realidad, de doblar las leyes de la física a mi voluntad. Pero aquí, en el NetherRealm, mis poderes se sienten amortiguados, restringidos.

Aun así, tengo que intentarlo.

Concentro toda mi energía en crear un escudo, visualizándolo tan claramente como puedo en mi mente. Una cúpula brillante de protección, impenetrable a los elementos. Por un momento, no pasa nada. Luego, justo cuando oigo el ensordecedor estruendo del trueno directamente sobre mí, una tenue luz dorada aparece a mi alrededor.

El rayo cae, un relámpago masivo que me habría obliterado por completo. En su lugar, choca contra mi escudo, la energía dispersándose en un deslumbrante despliegue de luz y sonido.

El escudo parpadea y se desvanece, pero me brindó un momento de respiro. Desafortunadamente, ese momento es todo lo que obtengo.

El suelo bajo mis pies comienza a retumbar y sacudirse. Aparecen grietas, extendiéndose hacia afuera como una telaraña. De estas fisuras, emergen criaturas. Son diferentes a todo lo que he visto antes: parte roca, parte relámpago, con ojos púrpura brillantes que se fijan en mí con intención depredadora.

—Oh, por el amor de Dios —gimo, retrocediendo lentamente—. ¿No puede un tipo tener un respiro?

Las criaturas avanzan, con electricidad arqueándose entre ellas. Sus extremidades rocosas arañan el suelo, creando un sonido como uñas sobre una pizarra que me pone los pelos de punta.

Me giro para correr, pero encuentro mi camino bloqueado por más de estas monstruosidades. Me han rodeado, cerrando desde todos los lados. Estoy atrapado.

El pánico sube por mi garganta, lo cual negaré contra todo pronóstico. Pero esto es malo. Jodidamente malo.

Respiro profundamente. Luego, desato cada pedacito de poder que me queda. Una luz dorada explota desde mi cuerpo, golpeando a las criaturas. Algunas de ellas se desmoronan bajo el ataque, sus cuerpos rocosos incapaces de soportar la fuerza de mi ataque.

Pero son demasiadas. Puedo sentir mi fuerza desvanecerse rápidamente. Mi visión se nubla, los bordes se oscurecen. Tropiezo, mis rodillas golpean el suelo con fuerza.

Cierro los ojos, preparándome para el final.

Eso es, chico. Cede. Ríndete. No puedes ganar esto. No te dejaremos.

—¿Quiénes son "nosotros"? —gruño, pero supongo que son los capullos Primigenios.

En lugar de su respuesta, escucho una voz familiar que corta a través del caos.

—¡Zaiah!

Mis ojos se abren de golpe para ver a Adelaide cargando hacia mí. Detrás de ella, puedo distinguir a Corvus, Zephyr e Ignatius, todos con aspecto de haber estado en batalla pero vivos.

El alivio me inunda, dándome un segundo aire. Me esfuerzo por ponerme de pie, justo cuando Adelaide me alcanza. Agarra mi brazo, su toque enviando una descarga de energía a través de mi cuerpo.

—Tienes un aspecto horrible —dice con una sonrisa.

Logro soltar una risa débil. —Deberías ver a los otros tipos, nena.

Los ojos de Adelaide se estrechan mientras observa la horda de criaturas que nos rodea. —Vamos a encargarnos de ellos juntos, ¿te parece?

Levanta sus manos, y una ola de energía pura explota hacia afuera. Golpea a las criaturas, vaporizándolas instantáneamente. Las que sobreviven son rápidamente eliminadas por los demás: Corvus destrozándolas con fuerza vampírica, las sombras de Zephyr cortando a través de sus cuerpos rocosos, e Ignatius es algo completamente diferente. Su piel brilla con patrones de fuego arremolinándose justo debajo de la superficie, pero hay algo más. Algo más en él.

—¡Bebe! —dice Addy, empujando su muñeca sangrante hacia mí.

—¿Eh?

—¡Solo hazlo! —me gritan los tres chicos.

Agarro la muñeca de Addy y la llevo a mi boca. Doy un sorbo tentativo, pero eso rápidamente se convierte en un trago, y luego otro. Siento una oleada de poder, diferente a todo lo que he experimentado antes. Es como si todos los deseos del mundo volvieran a anidar en mi núcleo, encendiendo cada célula de mi cuerpo. Puedo sentir mi fuerza regresando, mis poderes amplificándose a niveles que nunca creí posibles.

Me aparto, jadeando. —Mierda santa —resoplo—. ¿Qué ha sido eso?

—El poder del Primer Djinn —explica Adelaide rápidamente—. No tenemos tiempo para una explicación completa, pero básicamente, todos estamos recibiendo mejoras. Temporalmente. Tenemos que movernos. Vienen a por nosotros.

—¿El Consejo? Sí, no me digas. Me hablaron. Me dijeron que me rindiera.

Ella asiente, asimilando eso y se vuelve hacia las criaturas que nos rodean. Pongo mi mano

en la parte posterior de su cuello, y ella me sonríe. —Veamos ahora quiénes son los que deberían rendirse.

Usando el nuevo poder que fluye a través de mí, concentro mi energía y extiendo mi mente. El aire a nuestro alrededor tiembla mientras la realidad misma se dobla a mi voluntad. Las criaturas que nos atacan se congelan en su lugar, sus movimientos ralentizándose hasta convertirse en un arrastre. Sonrío, sintiendo la oleada de poder. —Solo un poco de manipulación de la realidad. Nada del otro mundo.

Con un movimiento de mi mano, las criaturas congeladas comienzan a desmoronarse, convirtiéndose en polvo ante nuestros ojos. En segundos, toda la horda ha desaparecido, dejando solo montones de escombros.

Adelaide sonríe. —Impresionante. Pero no podemos quedarnos aquí. El Consejo enviará más.

Asiento, todavía experimentando la euforia de este nuevo impulso de poder. —¿Adónde vamos?

—Necesitamos encontrar la burbuja del Consejo —dice ella—. Es hora de llevar la lucha hasta ellos.

Mientras empezamos a movernos, noto que el cielo sobre nosotros está cambiando. Las nubes teñidas de púrpura están arremolinándose más rápido, formando un vórtice masivo. Los relámpagos crepitan en su interior, más intensos que antes.

—Eh, ¿chicos? —digo, señalando hacia arriba—. No creo que el Consejo esté muy contento con nosotros.

Zephyr maldice por lo bajo. —Se están preparando para algo grande. Necesitamos darnos prisa.

Echamos a correr, el paisaje difuminándose a nuestro alrededor mientras nos esforzamos al máximo.

De repente, el suelo frente a nosotros se abre. Aparece un abismo, extendiéndose hasta donde alcanza la vista en ambas direcciones. Desde sus profundidades, oímos un rugido infernal.

—¡Oh, venga ya! —murmuro mientras nos detenemos bruscamente y luego retrocedemos torpemente ante el puro horror frente a nosotros.

CORVUS

EL ACRE hedor a azufre y putrefacción inunda mis fosas nasales mientras contemplo la nueva abominación que el Inframundo ha decidido escupir desde sus profundidades. Todos mis instintos me gritan que proteja a Adelaide y que salgamos de aquí, pero de ninguna manera hemos terminado. Ni siquiera hemos empezado. Estoy cansado, temo por Addy y estoy harto de este maldito lugar, del Consejo de los Primeros y de toda esta situación.

El Consejo finalmente ha mostrado sus verdaderos colores, y son tan oscuros y horripilantes como temíamos. El cielo sobre nosotros se retuerce con nubes de tormenta antinaturales, con relámpagos púrpuras que se arquean entre ellas en patrones que hieren mis ojos al mirarlos. El suelo bajo nuestros pies se mueve y cambia con cada paso, como si la tierra intentara hacernos tropezar.

Un alboroto infernal de rugidos, chillidos y aullidos inhumanos llena el aire. El sonido por sí solo es suficiente para hacer que mis sentidos vampíricos se tambaleen, pero no es nada comparado con la visión que tenemos ante nosotros.

Emergiendo del abismo que ha partido la tierra hay una criatura que desafía toda descripción, una pesadilla hecha carne. Es enorme. En realidad, eso es quedarse corto. Su cuerpo es una masa retorcida de tentáculos, ojos y bocas. La piel de la criatura, si se le puede llamar así, se mueve y ondula, cambiando de colores y texturas en un despliegue repugnante.

En su centro hay lo que parece ser un rostro, pero no es como ningún rostro que haya visto antes. Múltiples pares de ojos, cada uno de diferente tamaño y color, parpadean independientemente unos de otros. Filas y filas de dientes bordean bocas que se abren y cierran al azar, cada una emitiendo un sonido horripilante diferente.

—Maldita sea —musito—. ¿Qué demonios es esa cosa?

Adelaide está a mi lado, su rostro pálido, pero nunca la he visto más decidida.

—Creo que es la defensa final del Inframundo. El último esfuerzo del Consejo para detenernos.

Zephyr deja escapar un silbido bajo.

—Bueno, ciertamente se han esforzado al máximo, ¿no?

Ignatius, su cuerpo aún brillando con ese extraño fuego interior, la mira.

—¿Entonces cómo la matamos?

Zaiah, con su magia de djinn chisporroteando a su alrededor, niega con la cabeza.

—No estoy seguro de que podamos. Esta cosa... no es solo una criatura. Es como una manifestación del propio Inframundo.

Como para confirmar las palabras de Zaiah, el monstruo lanza un rugido que sacude los cimientos de la realidad. El suelo bajo nuestros pies tiembla y se estremece, y puedo sentir las

vibraciones en mis huesos. El aire a nuestro alrededor parpadea, la realidad parece distorsionarse y doblarse en presencia de la criatura.

—Tenemos que intentarlo —dice Adelaide, su voz firme a pesar del miedo que puedo ver en sus ojos—. Hemos llegado demasiado lejos para rendirnos ahora.

Asiento en acuerdo, aunque sigo sin estar contento con la situación.

—Bien. Entonces, ¿cuál es el plan?

Antes de que Adelaide pueda responder, uno de los enormes tentáculos de la criatura se lanza hacia adelante, moviéndose más rápido de lo que algo de ese tamaño tiene derecho a moverse. Nos dispersamos, lanzándonos en diferentes direcciones para evitar ser aplastados.

Me pongo de pie de un salto, con los colmillos extendidos, listo para la acción. Pero, ¿qué acción? ¿Cómo se lucha contra algo así?

Ignatius es el primero en atacar. Con un rugido propio, desata un torrente de llamas contra la criatura. El fuego envuelve uno de sus tentáculos y, por un momento, creo que podríamos haber encontrado un punto débil.

Pero entonces la carne quemada simplemente se desprende, revelando una nueva piel inmaculada debajo. El tentáculo cercenado se regenera en segundos, y la carne descartada comienza a retorcerse y girar, formando criaturas más pequeñas, pero igualmente horripilantes.

—¡Oh, vamos! —grita Zephyr, su magia de sombras arremetiendo para destruir las monstruosidades recién formadas—. ¡Eso no es justo, imbécil!

No podría estar más de acuerdo. Esta cosa no es solo poderosa, es adaptable. Cada ataque que le lanzamos solo parece hacerla más fuerte, más diversa en sus amenazas.

Adelaide, con las manos resplandecientes de poder, desata una descarga de relámpagos contra la masa central de la criatura. El ataque da en el blanco, creando un cráter masivo en el cuerpo de la cosa. Pero incluso mientras observamos, la herida comienza a cerrarse, nueva carne uniéndose a una velocidad imposible.

—Esto no está funcionando —gruño, esquivando otro golpe de un tentáculo—. Necesitamos una nueva estrategia.

Zaiah, su forma brillando mientras teje complejas ilusiones para confundir a la criatura, grita:

—¡Necesitamos golpearla todos a la vez! ¡Combinar nuestros poderes!

Es un plan desesperado, pero es el único que tenemos. Cruzó la mirada con Adelaide, y ella asiente, entendiendo sin necesidad de palabras.

—¡Todos, a mí! —grita ella, su voz llevándose por encima de los interminables rugidos de la criatura.

Convergemos en su posición, formando un círculo con nuestras espaldas una contra la otra. El monstruo, percibiendo nuestro plan, intensifica su asalto. Los tentáculos arremeten desde todas las direcciones, bocas en su cuerpo abriéndose para escupir algún tipo de bilis ácida.

Las sombras de Zephyr forman una cúpula a nuestro alrededor, proporcionando protección momentánea. Pero puedo ver la tensión en su rostro; no podrá mantenerla por mucho tiempo.

—Lo que sea que vayamos a hacer —dice entre dientes—, ¡tenemos que hacerlo rápido!

Adelaide asiente, sus ojos ardiendo.

—Todos, canalicen su poder a través de mí. Actuaré como un conducto, enfocando nuestra fuerza combinada en un solo ataque.

Extiendo la mano, tomando la suya. Su piel está caliente al tacto, casi febril, con el poder que fluye a través de ella. Uno por uno, los demás se unen, formando un círculo ininterrumpido.

En el momento en que todos estamos conectados, lo siento. El poder, crudo y salvaje, fluye entre nosotros.

Los ojos de Adelaide brillan, todo su cuerpo iluminándose desde dentro. Pero está logrando contener el poder. Todo. Ni siquiera está sudando. Es espectacular. Me pierdo en una burbuja de asombro mientras la miro. El mundo, la batalla que se libra fuera de la cúpula de sombras, se ralentiza hasta convertirse en un ruido de fondo. Todo lo que veo es ella. Su cabello ondeando en una brisa hecha de magia, sus ojos destellando con confianza, un poco de arrogancia y cuando me atrapa mirándola, sonríe.

—¿Qué? —pregunta, como si no estuviéramos a las puertas de la muerte.

—Eres hermosa. Te amo. Si nosotros, o más bien, yo, no sobrevivo a esto, necesito que lo sepas.

Ella extiende la mano y aprieta mi otra mano antes de soltarla. —Yo también te amo, tonto. Pero todos vamos a salir de aquí. Dame tu fuerza y te haré sentir orgulloso.

—Ya lo estoy —digo seriamente—. Eres extraordinaria.

Sonríe y aprieta mi mano con fuerza.

Fuera de nuestra burbuja protectora, la criatura parece sentir el peligro. Aumenta sus esfuerzos por atravesarla, sus ataques se vuelven más frenéticos y desesperados.

—¡Ahora! —grita Adelaide, su voz resonando con poder.

Levanta su mano libre y un rayo de energía pura y cegadora brota de su palma. Tengo que cubrirme los ojos por temor a que se me quemen en el cráneo con la fuerza de la magia.

Todo queda en silencio.

Entonces, el monstruo grita. Es un sonido de pura rabia agonizante; un sonido de algo fundamentalmente erróneo siendo desgarrado por las costuras. El rayo se expande, envolviendo a la criatura por completo.

Mirando por debajo de mi mano, puedo ver grietas formándose en su cuerpo. Las grietas se extienden, haciéndose más grandes y numerosas por segundo.

Pero la criatura no se rinde sin luchar. Incluso mientras está siendo despedazada, ataca una última vez. Un tentáculo, envuelto en ese extraño relámpago púrpura, atraviesa la barrera de sombras de Zephyr.

El tiempo parece ralentizarse. Veo el tentáculo dirigiéndose directamente hacia Adelaide, crepitando con energía mortal. Sin pensar, me lanzo frente a ella, usando mi cuerpo como escudo.

El impacto me sacude hasta el alma. El dolor explota a través de cada nervio de mi cuerpo.

Vagamente soy consciente de golpear el suelo, de la voz de Adelaide llamándome. Pero todo parece muy lejano. El mundo se está oscureciendo por los bordes y puedo sentir que me estoy desvaneciendo.

Adelaide cae de rodillas y presiona sus labios contra los míos. La sensación es más que un simple beso. Es vida. O toda la vida que un vampiro puede tener.

Inmortalidad.

La verdadera.

Ella la insufla en mí, y los dolores se desvanecen hasta la nada, pero más que eso. Me siento más fuerte, más rápido, más vivo de lo que he estado en mis veintiún años.

Le sonrío. —¿Ganamos?

Ignatius me mira. —Lo hicimos. Esa cosa explotó como una supernova.

Mis ojos nunca dejan los de Addy mientras me ayuda a ponerme de pie. —No vuelvas a hacer eso nunca —dice, su voz quebrándose ligeramente—. No puedo perderte.

La atraigo hacia mí, respirando su aroma. —Es instinto, Adelaide. Eres mía para proteger, aunque seas más dura que yo. Pero no voy a ir a ninguna parte. Lo prometo.

Nuestro momento es interrumpido por la voz urgente de Zephyr. —Odio interrumpir la reunión, pero tenemos compañía.

Levanto la mirada para ver de qué está hablando. El paisaje a nuestro alrededor ha cambiado drásticamente en los pocos segundos que todo esto ha durado. Donde una vez hubo tierra árida y calcinada, ahora hay una extraña sensación de nada excepto una interminable extensión de niebla arremolinada con un tinte púrpura.

Emergiendo de esa niebla hay cinco figuras.

El Consejo de los Primeros.

Los cinco nos ponemos a la defensiva de inmediato, pero ellos no atacan.

No todavía, al menos.

Se acercan lentamente, sus formas volviéndose más claras a medida que se aproximan. Cada uno es una versión perfecta e idealizada de sus respectivas razas.

—Bueno —dice la Primera Vampiro, su voz resonando de manera antinatural—. Ciertamente has hecho un gran desastre, ¿no es así, niña?

Adelaide da un paso adelante, con la barbilla levantada desafiante. —El desastre de una criatura malvada es la limpieza de otra criatura buena. Ustedes son todo lo que queda, perras, y no será por mucho tiempo. —Hace crujir sus nudillos.

—Eh, Addy —murmuro—. No antagonices a los seres poderosos.

—Bah —se burla—. Aún no han visto el poder.

Entonces hace algo tan inesperado que frunzo el ceño e intercambio una mirada con los otros chicos.

ADELAIDE

ME ENCUENTRO ante el Consejo de los Primeros, con el corazón acelerado pero mi determinación inquebrantable. El libro se estremece contra mi pecho, ansioso por salir y hacer lo que dijimos que haríamos. Puedo sentir su poder, antiguo y oscuro, desesperado por ser liberado para acabar con esta mierda. Los encarcelé, pero fue un error. Uno que pretendo rectificar ahora mismo. Esto no se trata de mí, se trata de *nosotros*, y sean cuales sean sus motivos, sé en lo más profundo de mi alma que no me harán daño. Ni a los chicos. Nos necesitamos. Nos necesitamos mutuamente para superar esto.

Sin previo aviso, meto la mano en mi vestido y saco el libro. Con todas mis fuerzas, lo arrojo hacia ellos, gritando palabras que surgen de mis labios. Están en un idioma que no puedo leer ni entender, pero fluyen de mí tan naturalmente como respirar, como si hubieran estado esperando milenios para ser pronunciadas.

El libro se abre en el aire, sus páginas revoloteando salvajemente mientras libero al Vacío de su prisión.

—¿Addy? —ruge Zephyr—. ¿Qué coño estás haciendo?

Ni siquiera lo miro al responder:

—Lo que hay que hacer.

Un zarcillo de oscuridad, como tinta derramándose del libro, emerge. Pero rápidamente crece, expandiéndose y tomando forma, desafiando todas las leyes de la física y la realidad.

El Vacío se materializa frente a nosotros. Es un ser de pura oscuridad, su forma cambiando y fluyendo constantemente como una cascada negra. Irradia un aura de absoluta nada, un hambre que amenaza con devorar todo a su paso.

Los Primeros retroceden, un genuino temor cruzando sus rostros perfectos. Parecen inseguros.

—No —gruñe la Primera Elemental, su cuerpo parpadeando rápidamente entre varias formas elementales—. ¡Estás cometiendo un gran error, niña!

—¿Ah, sí? —replico—. Porque a mí me parece que estoy a punto de patearles el trasero de aquí hasta el más allá.

El Vacío se vuelve hacia mí, y siento la conexión entre nosotros. No hay palabras, pero sí un entendimiento que resuena en cada fibra de mi ser. Somos dos partes de un todo, luz y oscuridad, creación y destrucción.

Y juntos, somos imparables.

Así es como debía ser desde el principio. Ahora lo sé, en lo más profundo de mi alma. Esta es una lucha que ninguno de nosotros puede ganar por sí solo. Por eso Lucretia fue encerrada en primer lugar. No tenía ninguna posibilidad.

Asiento hacia ellos, y se mueven. Más rápido que el pensamiento, se extienden, rodeando a los Primeros. Intentan escapar, pero el Vacío está en todas partes y en ninguna a la vez. En segundos, han formado un círculo perfecto alrededor del Consejo, atrapándolos en su lugar. La oscuridad se retuerce y pulsa, una barrera viviente que ni siquiera los Primeros pueden penetrar.

Doy un paso adelante, sintiendo el poder fluir a través de mí. Ya no es solo mío. Puedo sentir a los chicos detrás de mí, su fuerza fluyendo hacia mí como ríos hacia un océano; el Vacío trabajando conmigo. Es una sensación embriagadora, como estar al borde de un acantilado y saber que puedes volar.

—Se acabó —digo, mi voz resonando con autoridad—. Su tiempo ha pasado. Un nuevo amanecer se acerca.

Los Primeros no se rinden sin luchar. Pasan a la acción, cada uno desatando sus considerables poderes en un intento desesperado por liberarse.

La Primera Vampiro se mueve a una velocidad cegadora, convirtiéndose en un borrón de movimiento mientras intenta atravesar la barrera de Lucretia. Sus colmillos se alargan, goteando un veneno que sisea y humea donde cae. Pero el Vacío simplemente la absorbe, dejándola agitándose en la oscuridad, su velocidad sobrenatural inútil en la ausencia de espacio y tiempo.

El Primer Fae teje ilusiones complejas, sus manos danzando en intrincados patrones mientras intenta confundirnos y desorientarnos. El aire tiembla con imágenes falsas: ejércitos de monstruos, versiones alternativas de nosotros mismos, mundos enteros que surgen y colapsan en un abrir y cerrar de ojos. Pero el Vacío ve a través de todos los engaños, su oscuridad cortando las falsas imágenes como si ni siquiera estuvieran allí. La realidad y la ilusión no tienen significado para ellos.

La Primera Elemental invoca un vórtice de elementos: fuego, agua, tierra y aire arremolinándose en un torbellino mortal. Llamas lo suficientemente calientes para derretir piedra chocan con olas que podrían ahogar continentes. Terremotos sacuden los cimientos del Reino Inferior mientras tornados aúllan con la furia de mil tormentas. Pero el Vacío simplemente lo devora todo, los elementos desapareciendo en su abismo interminable mientras murmuro palabras que no tienen significado para mí pero que están alimentando al Vacío. Frente a la nada, incluso las fuerzas fundamentales de la naturaleza son impotentes.

El Primer Ifrit invoca magias antiguas, palabras de poder que sacuden los cimientos de la realidad. Símbolos de lenguajes olvidados aparecen en el aire, brillando con energía sobrenatural. El tejido del espacio-tiempo se deforma y dobla bajo el asalto de hechizos que no se han pronunciado desde el amanecer de la creación. Pero conmigo respaldando al Vacío, y los chicos respaldándome a mí, sus manos en mi espalda, incluso los hechizos más poderosos se disipan y mueren. La magia, después de todo, es solo otra forma de energía, y la energía no tiene lugar en la ausencia absoluta del Vacío.

Pero no se rinden. La Primera de la Energía Cósmica extiende su mano, tratando de desentrañar el tejido de la existencia a nuestro alrededor. Sus ojos brillan con la luz de estrellas moribundas mientras canaliza las fuerzas fundamentales que unen el universo. Por un momento, siento que la realidad tiembla, amenazando con desgarrarse. Los límites entre dimensiones se difuminan, y vislumbro otros mundos y otras posibilidades.

Pero me mantengo firme. Soy el Alba Inmortal, el puente entre la luz y la oscuridad, la vida y la muerte. No seré deshecha.

Levanto mis manos, canalizando todo el poder a mi disposición. Los chicos detrás de mí gruñen mientras tomo su fuerza, pero no se resisten. Confían en mí completamente, su fe es una cálida presencia en mi espalda.

La fuerza vampírica de Corvus fluye hacia mí, trayendo consigo el hambre primordial de la noche y la voluntad indomable de sobrevivir. La magia feérica de Zephyr baila por mis venas, salvaje e impredecible, rebosante del poder de la naturaleza desatada. El fuego elemental de Ignatius arde en mi núcleo, una llama purificadora que promete el renacimiento de las cenizas de la destrucción. Los poderes de genio de Zaiah expanden mi conciencia, mostrándome las infinitas posibilidades que yacen dentro de un solo momento.

Lucretia, sí, Lucretia ahora, responde a mi voluntad, su oscuridad fluyendo alrededor y a través de mí. Debería ser aterrador, estar llena del poder del Vacío. Pero se siente correcto, como si siempre hubiera estado destinado a ser así. El viento azota a nuestro alrededor, mi cabello vuela hacia mi boca mientras sigo cantando. Los chicos están prácticamente de rodillas por la fuerza de todo esto. Hace un frío helador y un calor abrasador al mismo tiempo. Es sólido y aire, empujando contra nosotros, pero ni siquiera me estremezco.

Juntas, Lucretia y yo rechazamos el asalto de la Primera Cósmica. La realidad se estabiliza, luego comienza a remodelarse según nuestra voluntad. Las energías caóticas que la Primera ha desatado son absorbidas por el Vacío, aún a nuestro alrededor, luego canalizadas a través de mí y se les da un nuevo propósito. Donde ella buscaba destruir, nosotras creamos. Donde ella intentaba desentrañar, nosotras tejemos.

La batalla continúa, cada lado desatando poderes más allá de la comprensión mortal. La Primera Vampiro se lanza hacia mí, su velocidad difuminando su forma en una estela sombría. Me agacho, apenas evitando sus garras afiladas como navajas, y contraataco con una explosión de energía del Vacío. Ella sisea mientras la oscuridad la envuelve, momentáneamente aturdida.

A mi lado, Corvus forcejea con el Primer Fae. Las ilusiones se arremolinan a su alrededor, pero los sentidos vampíricos de Corvus atraviesan el engaño. Él asesta un puñetazo sólido, haciendo tambalearse al Primer Fae.

Zephyr se mueve a través del caos, sus sombras fusionándose con la oscuridad de Lucretia. Juntos, acorralan a la Primera Elemental, que se agita salvajemente, desatando torrentes de fuego y hielo.

Ignatius se enfrenta al Primer Ifrit, sus llamas chocando en un espectacular despliegue de pirotecnia. El calor es tan intenso que el aire se inflama a su alrededor.

Zaiah, con sus poderes de genio en plena fuerza, teje complejos hechizos para contrarrestar las habilidades de distorsión de la realidad de la Primera de la Energía Cósmica. El espacio entre ellos ondula y se distorsiona, fragmentos de otras dimensiones se filtran.

El tejido del Reino Inferior se deforma y se desgarra a nuestro alrededor, incapaz de contener las fuerzas que estamos manejando. Una montaña erupciona desde el suelo bajo mis pies, obligándome a saltar a un lado. Al aterrizar, la roca sólida se convierte en líquido, luego en gas, casi haciéndome perder el equilibrio.

Me lanzo contra la Primera Vampiro, canalizando el poder de Lucretia a través de mi puño. Impacta en su rostro perfecto, y el golpe la envía volando y agrietándose como porcelana. Pero está lejos de ser derrotada. Se levanta, sus heridas sanando instantáneamente, y carga de nuevo.

Un océano de fuego nos separa repentinamente, cortesía de la Primera Elemental. Me sumerjo a través de él, la oscuridad de Lucretia protegiéndome de las llamas. Cuando emerjo al otro lado, me encuentro en un desierto de hielo, el cambio abrupto de temperatura robándome el aliento de los pulmones.

Sobre nosotros, el cielo cicla a través de colores que no tienen nombre. Puedo sentir la tensión en mi cuerpo, las inmensas energías queriendo desgarrarme. Cada célula de mi ser grita en protesta mientras canalizo más poder del que cualquier ser jamás debió contener. Mis

músculos arden, mis huesos se sienten como si estuvieran a punto de romperse, y hay una presión acumulándose detrás de mis ojos que me hace pensar que mi cerebro está a punto de explotar.

Pero me mantengo firme, apretando los dientes contra el dolor. No fallaré. No ahora, no cuando estamos tan cerca. Empujo contra la Primera Vampiro, igualando su velocidad con la omnipresencia de Lucretia. Intercambiamos golpes más rápido de lo que el ojo puede seguir, cada impacto resonando a través del Reino Inferior.

Mientras la lucha continúa, me doy cuenta de un cambio. Lucretia ya no solo está trabajando conmigo, se está convirtiendo en parte de mí. La conciencia de Lucretia se fusiona con la mía, nuestros pensamientos y poderes se entrelazan hasta que no puedo distinguir dónde termino yo y dónde comienza ella.

Es como sumergirse en un océano de tinta, pero en lugar de ahogarme, descubro que puedo respirar en la oscuridad. Me siento expandiéndome, mi conciencia extendiéndose por todo el campo de batalla. Puedo sentir cada puñetazo que Corvus lanza, cada hechizo que Zaiah conjura, cada llama que Ignatius invoca, cada sombra que Zephyr arroja. Todos son extensiones de mí ahora, sus poderes fluyendo a través de mí tan naturalmente como los míos propios.

Con esta nueva conciencia viene una oleada de poder. Extiendo tentáculos de energía del Vacío y agarro a la Primera Vampiro. Ella lucha, su fuerza inmortal impresionante, pero fútil contra la nada absoluta del Vacío.

Me encuentro en el centro del caos, la oscuridad de Lucretia arremolinándose a mi alrededor como una capa viviente. En este momento, soy tanto el Vacío como el Amanecer, el fin de todas las cosas y el principio de todo.

—No puedes esperar controlar este poder —advierte la Primera de la Energía Cósmica, su voz temblando ligeramente—. Te consumirá.

Sonrío, sintiendo cómo la diversión de Lucretia burbujea junto con la mía.

—Te equivocas —respondo—. Esto es para lo que estaba destinada. Para lo que *nosotras* estábamos destinadas.

—¡No! —Los gritos de Belleza llenan el aire mientras dejo que la oscuridad la devore, lenta y dolorosamente—. ¡No puedes hacer esto!

—Observa. —Extiendo la mano hacia el libro, y este vuela hacia mí, abierto en la página que supongo necesito para arrancar los poderes de los Primeros y entregárselos a los chicos. Mis chicos—. ¿Estás lista, mamá? —pregunto.

Si no la conociera mejor, juraría que escuché un ligero titubeo en su respiración, pero luego declara:

—Hazlo. Haz lo que yo no pude y acaba con ellos.

Canto palabras que fluyen de mí con una familiaridad inquietante. El libro tiembla en mis manos, palpitando con magia antigua. Mientras hablo, zarcillos de oscuridad serpentean desde las páginas, envolviéndose alrededor de cada uno de los Primeros.

Luchan y gritan, sus voces llenas de rabia y terror. Pero es inútil. Lucretia y yo somos demasiado fuertes juntas.

—¡Destruirás todo el mundo sobrenatural! ¿Qué estás haciendo? —chilla Túnicas Rojas mientras forcejea con los zarcillos.

Sonrío. Es oscuro, es siniestro y está lleno de una emoción que no creo que pueda *jamás* replicar mientras viva, al darle una respuesta de una sola palabra:

—Armagedón.

El horror en sus rostros es algo que me mantendrá cálida si todo esto se va al carajo.

Pero en el fondo, sé que no será así. Estamos en un curso de colisión con el destino, y nada va a frenar este tren.

Volviendo a mirar el libro, pronuncio la última palabra del hechizo que separará los poderes y los liberará en este reino para que se asienten en sus nuevos hogares.

Todo se vuelve amortiguado, distante, mientras la explosión comienza en lo profundo del subsuelo. La tierra bajo nuestros pies tiembla con la fuerza de la misma. Los poderes del Consejo de los Primeros son arrancados de ellos en una mutilación agonizante y brutal de sus cuerpos y esencias.

Una onda expansiva de poder puro atraviesa los velos mientras nos mantenemos en el ojo de la tormenta, intactos ante el caos que nos rodea. Los chicos están en el suelo, protegiéndose el rostro del embate de tierra, fango y lodo que se agita desde el suelo. Los gritos de los Primeros se pierden en el rugido ensordecedor mientras sus poderes son arrancados.

Corrientes de energía, cada una de un color diferente, estallan desde sus cuerpos. Se retuercen en el aire como seres vivos, buscando nuevos anfitriones. Observo, con el corazón acelerado, cómo se dirigen hacia nosotros con determinación y entonces hay un destello cegador de luz blanca que quema mis retinas cuando el ápice del Armagedón golpea, aniquilando todo a su paso, incluyéndonos a nosotros.

ADELAIDE

ABRO los ojos parpadeando y miro el espacio sobre mí. Es de un blanco puro pero no brillante, lo cual no tiene sentido. Mis pulmones se sienten como si hubieran sido quemados desde dentro, mis entrañas están revueltas, y mi cuerpo se siente como si un avión me hubiera embestido y luego retrocedido solo para hacerlo todo de nuevo y en repetición durante mil años.

Gimiendo, me cubro los ojos con una mano y me quedo inmóvil cuando escucho pasos acercándose.

—Ahí está —dice una voz suave y melodiosa mientras una mujer se agacha a mi lado y coloca su mano fría en mi frente—. ¿Cómo te sientes?

Apartando mi mano, trago saliva mientras miro unos ojos iguales a los míos, pero más viejos, más sabios y no tan malvados como los de Crimson. —¿Lu-Lucretia? —croajo.

Ella inclina la cabeza con gracia.

—¿Lo logramos? ¿Nos deshicimos de los Primeros? —Me incorporo, y ella se levanta, agitando su mano para hacer aparecer una silla en la que se sienta.

—Lo hicimos. Se han ido.

Exhalo con alivio y luego, en pánico, miro a mi alrededor, pero todo lo que veo es un mar interminable de blanco. —¿Dónde están los chicos?

—De vuelta en el reino sobrenatural —dice ella—. Están bien.

—Bien —repito en voz baja. Esperemos que lo diga en sentido literal. Pero saber que están a salvo es todo lo que necesito ahora mismo, y me dejo caer de nuevo al suelo, cubriéndome los ojos con los brazos. Lucretia no dice nada, así que aprovecho la oportunidad para hacer una evaluación más profunda de mí misma. Empiezo a sentirme menos destrozada, lo cual es un comienzo—. ¿Dónde estamos?

—El Reino Inferior. O lo que será.

—¿Qué significa eso?

—Destruimos lo que era. Tomará tiempo reconstruirlo.

—¿Destruimos todos los reinos? —pregunto con temor.

—No exactamente. El tiempo se reinició.

Esas palabras me hielan hasta los huesos. Retiro el brazo y me incorporo de nuevo para mirarla fijamente. —¿Reiniciado cómo?

—Las cosas están como deberían estar.

—Qué críptica.

—Siempre tuvo una manera de serlo.

Mi sangre se congela al escuchar la nueva voz, y me doy la vuelta para ver a Crimson de pie detrás de mí. Pero es diferente. Menos malvada, más vampira hermosa. —No moriste.

—Oh, sí lo hice. Nada cool, por cierto, hermanita. Pero he renacido. O reiniciado, como dice Madre.

—Reiniciado. —Esa palabra se está convirtiendo en un ruido extraño en mi cabeza. Me vuelvo hacia Lucretia—. ¿Cómo eres mi madre?

—Tu esencia me pertenece. Edie fue un recipiente diseñado para llevar una heredera poderosa. Le di mi luz para crearte.

Mi boca se seca. —¿Tu luz?

—Sí —dice la voz de mamá desde mi otro lado. Estoy rodeada de gente muerta, y ahora empiezo a perder la esperanza de estar viva.

—Así que, cuando dijiste que eras humana, lo decías en serio —murmuro.

Ella asiente. —A pesar de tener un padre vampiro, nací humana.

—Ya veo. —Aunque realmente no veo nada en absoluto—. ¿Y Randall? ¿Está él aquí también?

—No —dice Lucretia—. Él estaba destinado a morir.

—¿Y mamá y Crimson no?

—No.

—Crimson es malvada —señalo.

—Grosera —dice, pero no parece ofendida mientras deja caer su trasero cubierto de cuero negro a mi lado y estira las piernas—. Nunca fui realmente *malvada*, per se. Tenía que ser lo que era para intentar derrotar al Consejo.

—Pero no pudiste.

—No era mi destino.

—Era el mío.

Ella asiente sabiamente.

—¿Sigo siendo el Amanecer Inmortal?

—Siempre tendrás ese legado —dice Lucretia—. Pero ese poder me ha sido otorgado a mí.

—¿Porque así debía ser?

—Creo que lo está entendiendo —dice Crimson, dándome un ligero puñetazo en el brazo.

Pero apenas lo siento. —Los chicos —digo rápidamente—. ¿No obtuvieron los poderes de los Primeros?

Lucretia sonríe. —Lo hicieron. Es demasiado poderoso para que una sola entidad lo contenga.

El alivio me inunda. —Entonces, ¿están realmente bien?

—Más que bien.

—Y yo soy solo yo. *¿Cómo se sentirán los chicos sobre eso? ¿Cómo me siento yo sobre que ellos tengan ese poder y yo sea solo una... qué soy, incluso?* —¿Qué soy ahora?

—Una vampira muy especial. No puedo decir que seas única, pero sí una entre dos —dice Crimson con una sonrisa que parece fuera de lugar en su rostro. Estoy acostumbrada a sus muecas y sonrisas maliciosas.

—Entonces, ¿solo una vampira? ¿Sin trucos raros ni poderes ocultos listos para brotar y apoderarse de mí?

—Solo una vampira. Pero una fuerte.

—Puedo vivir con eso —digo con una risa aliviada y me dejo caer al suelo, sintiendo que el peso de todos los reinos se levanta de mis hombros—. ¿Pero qué hay de los chicos?

—¿Qué pasa con ellos? —pregunta Lucretia.

—¿No serán diferentes ahora?

—No, no realmente. Albergan el poder de su especie. Ahora son verdaderos inmortales. No pueden morir.

—Matamos a los Primeros.

—La entidad que mató a los Primeros ya no existe.

Asimilo esas palabras y me siento extrañamente reconfortada.

Me incorporo lentamente, procesando todo. —¿Y qué pasa ahora?

Lucretia sonríe suavemente. —Ahora vuelves a MistHallow y empiezas de nuevo. Vive tu vida, Adelaide. Te lo has ganado.

—¿Pero qué pasa con todo esto? —hago un gesto vago hacia la interminable extensión blanca que nos rodea—. ¿El Reino de las Sombras, el mundo sobrenatural...?

—Se ha reiniciado a como debería haber sido desde el principio —dice Crimson.

—Realmente estoy empezando a odiar esa palabra —refunfuño.

Crimson sonríe con sorna.

Asiento, todavía sintiéndome abrumada. —¿Y ustedes tres? ¿Qué les pasa? ¿Están vivas-vivas?

Mamá extiende la mano y aprieta la mía. —Sí, volveremos a nuestras vidas como las conocíamos antes.

Miro a Crimson con el ceño fruncido. Es una vampira antigua. *¿Cómo encajará en el mundo ahora?*

—Solo hay una forma de averiguarlo —se ríe y me guiña un ojo.

—No —digo, levantando la mano—. No vamos a hacer eso. Ya he tenido suficiente de tus pensamientos para toda una vida.

—Nos vemos en la próxima entonces, hermanita —dice, y con un movimiento de su mano, desaparece para ir a donde sea que deba estar. Joder, espero que no sea MistHallow.

Me pongo de pie y me sacudo los vaqueros y la camiseta que llevo puestos ahora. Parte del *reinicio*, supongo. Inhalo profundamente, tratando de asimilar todo lo que ha sucedido. —Entonces, ¿simplemente vuelvo a MistHallow? ¿Como si nada hubiera cambiado?

Lucretia asiente. —Todo y nada ha cambiado, Adelaide. El mundo se ha reiniciado, pero tus experiencias, tu crecimiento, eso permanece. Te has ganado el derecho de vivir tu vida como elijas.

Mamá da un paso adelante y me abraza fuertemente. —Estamos tan orgullosas de ti, cariño. Has hecho más de lo que jamás podríamos haber esperado.

Le devuelvo el abrazo, sintiendo que las lágrimas pican en mis ojos. —¿Volveré a verlas?

Se aparta, acunando mi rostro entre sus manos. —Por supuesto. Somos familia. Pero por ahora, es hora de que vuelvas a tu vida, a tus chicos.

Mi corazón da un vuelco al mencionar a los chicos. —Claro. Mis novios inmortales y todopoderosos. Eso no es nada intimidante.

Lucretia se ríe. —Siguen siendo los mismos hombres de los que te enamoraste, Adelaide. Solo que ahora son un poco más resistentes.

Asiento, respirando hondo. —Está bien. Estoy lista. Creo.

Lucretia hace un gesto con la mano y aparece un portal brillante. —Esto te llevará de vuelta a MistHallow. Recuerda, Adelaide: puede que ya no tengas poderes cósmicos, pero sigues siendo extraordinaria. Sigues siendo más fuerte que la mayoría de los vampiros, que la mayoría de las mujeres. Nunca lo olvides. Estaré por aquí cuando quieras hablar.

Tragando las lágrimas que pican mis ojos, asiento, pero entonces recuerdo algo. —Lyra. ¿Está muerta o viva? ¿Qué hay del profesor Hartridge?

Lucretia inclina la cabeza, con una mirada triste en su rostro, y siento una punzada de remordimiento. Pero supongo que así debía ser.

Caminando hacia el portal, lo atravieso, y en un abrir y cerrar de ojos, la oscuridad me rodea.

EPÍLOGO

ADELAIDE

Me sumerjo en la oscuridad al atravesar el portal, pero no es una oscuridad absoluta. Hay luz proveniente de ornamentadas farolas de hierro, cuyo cálido resplandor proyecta largas sombras sobre el camino empedrado. El edificio gótico que alberga la universidad se alza imponente ante mí, sus ventanas iluminadas con una luz cálida y acogedora que se derrama sobre los patios y los cuidados jardines. Es de noche, y MistHallow bulle con el animado parloteo y las risas de los estudiantes, sus voces llevadas por la fresca brisa nocturna.

Miro a mi alrededor, observando el entorno familiar pero de alguna manera nuevo, preguntándome qué demonios se supone que debo hacer ahora. El aire está impregnado con el aroma de las hojas otoñales y el leve sabor a magia que siempre parece persistir alrededor del campus. Bajo la mirada y veo mi bolsa de viaje a mis pies, su superficie desgastada una visión reconfortante en esta situación surrealista. Parpadeando, la miro con el ceño fruncido. —¿Qué demonios?

El ronroneo de un potente motor corta el aire nocturno, el sonido suave y dominante. Me giro para ver un elegante Rolls Royce negro deslizándose por el camino hacia mí, su superficie pulida reflejando la luz de la luna. Se me corta la respiración.

Retrocedo mientras veo pasar el coche. Tengo las palmas sudorosas y puedo sentir mi corazón acelerado, mis nervios a flor de piel mientras los recuerdos y las nuevas realidades chocan en mi mente.

El Rolls se detiene a unos metros de mí. La puerta trasera se abre de golpe y un hombre sale. Es devastadoramente apuesto, su alta figura perfectamente ajustada en un traje negro y camisa con una corbata morada que sé que hace juego con sus extraordinarios ojos. Cierra la puerta con un suave golpe y mira hacia atrás, su mirada recorriendo el campus. Esta vez, a diferencia de mi recuerdo original, sus ojos se fijan en mí, y una lenta y seductora sonrisa se extiende por su rostro.

Se dirige hacia mí, sus movimientos gráciles y decididos. *¿Lo recordará?*

Antes de que pueda procesar completamente lo que está sucediendo, me estrecha contra él, sus fuertes brazos envolviéndome en un abrazo familiar. —Lo lograste —murmura, su voz un bajo rumor contra mi oído.

—¿Te acuerdas? —pregunto, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar a esos hipnotizantes ojos morados y plateados que me habían cautivado todas esas semanas atrás. Brillan con orgullo, alivio y algo más profundo que hace que mi corazón se salte un latido.

—Sí —responde, con un toque de asombro en su voz—. Es surrealista y un poco borroso. El tiempo se reinició.

—Eso he oído —digo con una sonrisa burlona.

Él se ríe, el sonido vibrando a través de su pecho hasta el mío. Su mano se levanta para acunar mi mejilla, su pulgar acariciando suavemente mi piel. —Fuiste magnífica, princesa —dice, su voz llena de asombro y afecto.

—Gracias —respondo, sintiendo cómo el calor se extiende por mi cuerpo ante su elogio—. Pero tuve ayuda.

—Sí, sobre eso —dice, su tono volviéndose ligeramente serio—. Fue arriesgado.

Niego con la cabeza, sintiendo cómo la certeza de nuestro camino se asienta en mis huesos. —Nah, era el destino.

Me lanza una mirada exasperada, sus cejas juntándose de esa manera adorablemente preocupada suya. Pero antes de que pueda discutir, agarro su barbilla y me pongo de puntillas para besarlo de nuevo. Sus labios son suaves y frescos contra los míos, y por un momento, el mundo se desvanece.

El momento se rompe al sentir unas manos en mi cintura. Me giro instantáneamente, sabiendo quién es antes incluso de verlo. Corvus me estrecha contra él, su fuerza vampírica evidente en la forma en que me sostiene. Me derrito en su abrazo, respirando su aroma familiar. Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y puedo sentir el poder crudo vibrando a través de él. Es embriagador.

—Te extrañé —murmura contra mi pelo, su fresco aliento haciéndome cosquillas en la oreja.

—Solo han sido unos minutos —bromeo, pero entiendo el sentimiento detrás de sus palabras. El reinicio ha dejado todo sintiéndose ligeramente desequilibrado, como despertar de un sueño vívido e intentar distinguir la realidad de la ficción.

Se aparta, sus ojos azul hielo escrutando los míos con una intensidad que me deja sin aliento. —¿Estás bien? —pregunta.

Asiento, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora. —Estoy bien. Diferente, pero bien.

Una cálida mano aterriza en mi trasero, el toque a la vez familiar y electrizante. Me giro para ver a Zaiah de pie junto a nosotros, sus ojos blancos brillando bajo la luz de la luna. —Bienvenida de vuelta, pequeño amanecer —dice con una sonrisa que ilumina todo su rostro.

Antes de que pueda responder, una ráfaga de calor anuncia la llegada de Ignatius. Se materializa en un remolino de llamas, el aire a su alrededor brillando con el calor residual. Su pelo rojo está más alborotado que nunca, como si acabara de salir de una tormenta de viento.

—¡Addy! —exclama, su voz llena de alegría. Me envuelve en un abrazo que me quita el aliento, levantándome del suelo—. ¡Joder, lo hicimos!

Me río, el sonido ligeramente histérico mientras el peso completo de lo que hemos logrado finalmente comienza a hundirse. —Realmente lo hicimos, ¿verdad? —digo, mi voz llena de asombro e incredulidad.

—Los reinos se están asentando —dice Zaiah en voz baja, sus ojos blancos escaneando el área como si pudiera ver más allá del mundo físico—. Esto nos llevará un tiempo acostumbrarnos, supongo.

—¿Quién lo dice? —digo, sintiéndome más ligera que nunca, como si me hubieran quitado un gran peso de encima—. Estamos aquí, nos tenemos los unos a los otros, y lo único que tenemos que hacer es ir a clase, patear traseros en los juegos de las Casas y simplemente ser. —Pero entonces se me ocurre algo y frunzo el ceño, un destello de preocupación arrugando mi frente—. ¿A menos que sientas que necesitas más ahora?

Zephyr me aprieta la mano de manera tranquilizadora. —No, princesa. Este poder es extraño. Está ahí, pero no me siento diferente. No creo que sea un escenario activo.

—Más bien como conocimiento —añade Ignatius.

—¿Entonces no sois súper supes? —pregunto tentativamente, sintiendo que el alivio me invade ante la idea de que no me quedaré atrás en cuanto a poder.

Corvus se ríe, atrayéndome de nuevo. —Somos exactamente como éramos, muñeca. Solo que con un poco más de conciencia, podría decirse.

—Bien —digo, relajándome contra él—. Porque me preocupaba tener que mejorar mi juego para estar a vuestra altura.

Nos reímos, y por un momento, se siente como antes: antes del Vacío, antes del Consejo, antes de que todo cambiara. Pero ahora hay un trasfondo de algo más, una profundidad en nuestra conexión que antes no existía. Es como si hubiéramos sido forjados en el fuego, nuestro vínculo templado y fortalecido por las pruebas que hemos enfrentado.

—Vamos —dice Zaiah, recogiendo mi bolsa de viaje con facilidad—. Vayamos a organizar nuestras habitaciones.

Nos dirigimos hacia la oficina de alojamiento, mientras las vistas y sonidos familiares de MistHallow nos envuelven. Los estudiantes pasan corriendo mientras charlan sobre el próximo semestre. Algunos llevan cajas con sus pertenencias, otros se agrupan comparando horarios de clases. El aire está lleno de un zumbido de anticipación y posibilidades. Todo es tan normal, tan maravillosamente ordinario, que siento que se me forma un nudo en la garganta.

Cuando nos acercamos a la entrada principal de la universidad, con sus agujas góticas alzándose hacia el cielo estrellado, veo a un grupo de personas de pie cerca de las puertas de madera intrincadamente talladas. Mis pasos vacilan al reconocerlos: los ancianos, los padres de mis chicos y Blackthorn. Nos observan acercarnos, sus rostros son máscaras ilegibles de neutralidad.

A medida que nos acercamos, me pregunto si saben o no lo que ha sucedido. Los chicos ignoran mayormente a sus padres, probablemente ya se habrán despedido de ellos, pero mis ojos están fijos en Malachar. Su mirada se encuentra con la mía, sus ojos antiguos parecen escudriñar mi alma. Entonces, para mi total asombro, hace una profunda reverencia, su alta figura inclinándose en una muestra de respeto que nunca pensé que vería.

El alivio me inunda como una marea, casi haciéndome doblar las rodillas. Cualquiera que sea su estado mental, cualquier cosa que recuerden o no recuerden, soy aceptada. Amiga, no enemiga.

Blackthorn da un paso adelante, su rostro curtido suavizándose en una cálida sonrisa. —Señorita Légère —dice, con voz áspera pero amable—. Es maravilloso tenerla aquí.

—Abuelito —digo con una sonrisa, la palabra se me escapa antes de que pueda detenerla. Me quedo helada, al igual que los chicos a mi lado. Me miran con interés, pero solo puedo encogerme de hombros impotente. Salió de forma natural, sintiéndose correcto de una manera que no puedo explicar. Entonces, como una presa que se rompe, una avalancha de nuevos recuerdos irrumpe: recuerdos de Blackthorn en mi vida, de cenas familiares y celebraciones festivas, de una infancia llena de amor y magia. Exhalo un suspiro tembloroso, sintiéndome mareada por el aluvión de información. Sí, esto va a llevar algo de tiempo acostumbrarse—. Quiero decir, profesor Blackthorn —me corrijo, tratando de mantener alguna apariencia de decoro.

Él se ríe y asiente, con un brillo de complicidad en los ojos. —Mejor —dice—. Ahora id. Esas habitaciones se están agotando rápido.

Seguimos avanzando, pasando por la gran entrada hacia el bullicioso interior de la universidad. Mientras nos unimos a la cola en la oficina de alojamiento, siento que una sensación

de paz se apodera de mí. Hemos pasado por el infierno y hemos vuelto, nos hemos enfrentado a fuerzas cósmicas y hemos remodelado la realidad. Pero ahora, podemos simplemente estar aquí. Vivir, aprender, amar.

El futuro se extiende frente a nosotros, lleno de posibilidades. Habrá otros desafíos que enfrentar, otras batallas que librar, no tengo duda. Pero ahora mismo, no quiero pensar en nada de eso. Cruzaremos esos puentes cuando lleguemos a ellos. Por ahora, estoy contenta de estar aquí, rodeada de los hombres que amo, embarcándonos en esta nueva aventura.

Mientras esperamos, sonrío. Esto es. Este es nuestro felices para siempre. No un final, sino un nuevo comienzo. Una oportunidad de vivir la vida por la que hemos luchado tanto y que ni siquiera sabíamos que estaba al otro lado.

Corvus se acerca por detrás, rodeando mi cintura con sus brazos. Su toque frío me hace estremecer en el calor de la habitación abarrotada. —¿Un centavo por tus pensamientos, muñeca? —murmura.

Me apoyo contra él, saboreando su sólida presencia. —Solo pensaba en lo lejos que hemos llegado —respondo suavemente—. Cuánto ha cambiado.

—Y sin embargo, cuánto ha permanecido igual —murmura, presionando un suave beso en mi cuello que me pone la piel de gallina.

Me giro en sus brazos, mirando hacia esos hermosos ojos que he llegado a amar tan profundamente. Contienen un universo de emociones: amor, orgullo, un toque de preocupación persistente y una emoción por lo que está por venir. —Lo hicimos bien, ¿verdad? —pregunto, buscando confirmación del increíble viaje que hemos realizado.

Sonríe, esa sonrisa torcida que nunca falla en hacer que mi corazón se salte un latido. —Lo hicimos increíblemente bien, Addy —dice, su voz llena de calidez y orgullo—. Tú lo hiciste increíblemente bien.

—Entonces —dice Ignatius, sus dedos jugueteando con un mechón de mi cabello mientras avanzamos en la fila—. ¿Qué sigue?

Sonrío, mirando alrededor. —Bueno, primero, creo que necesitamos patear traseros en serio en los juegos de las Casas.

Todos se quejan de buen humor, pero puedo ver la emoción en sus ojos.

—¿Y después de eso? —pregunta Zaiah, sus ojos blancos brillando.

Me encojo de hombros, sintiéndome ligera y libre. —¿Quién sabe? Tenemos todo el tiempo del mundo para averiguarlo.

Somos cinco criaturas que nos encontramos contra todo pronóstico, que luchamos, amamos y cambiamos el tejido de la realidad. Y ahora, podemos vivir. Vivir de verdad.

Y honestamente, no puedo pensar en una mejor manera de comenzar el semestre en MistHallow, que, curiosamente, no es mi primer semestre.

Si disfrutaste este Harén Inverso de Academia Paranormal, reserva mi próxima serie en preventa: Poison Ivy: Kings of Thornfield, Libro 1 (preventa para octubre)

Únete a mi Grupo de Lectores en Facebook para más información sobre mis últimos libros y catálogo:

Suscríbete a mi boletín para noticias exclusivas, sorteos y concursos:

Poison Ivy

Venenosa. Peligrosa. Brutal.

La Academia Thornfield es un lugar donde yo, Ivy Hammond, me mezclo con las criaturas sobrenaturales cotidianas que pueblan estos pasillos. Pero cuando cae la oscuridad, abrazo mi vocación. Soy una asesina cambiaformas, invocada a través de una combinación de rituales

antiguos y la dark web para impartir justicia sobrenatural donde las leyes mortales fallan.

Este yo se llama Poison, y soy una maestra de los secretos. Pero cuando surge una misión, por primera vez, no puedo completar un trabajo, y podrían ser mis últimos días. Mis jefes no son el tipo de criaturas con las que quieras meterte, pero esta... toca demasiado cerca de casa.

Para complicar más las cosas, me siento atraída por tres hombres que debería evitar a toda costa. Son brutales, son arrogantes y quieren lo que no pueden tener: Poison.

Torin Ashford: el encantador vampiro subjefe del Aquelarre Ainsley, un poderoso sindicato sobrenatural con el que me he cruzado antes.

Bram Sinclair: el ejecutor Fae Oscuro con magia tan antigua y traicionera como los bosques salvajes que rodean la academia.

Tate Blackwell: el brujo protector cuyos hechizos podrían ser mi salvación o mi perdición.

Los tres están atados por juramentos inmortales, peligros arcanos y lazos místicos que ahora me involucran.

Mientras nuestros mundos colisionan y las lealtades de sangre son puestas a prueba, debo decidir si desvanecerme en las sombras y huir o quedarme y luchar contra los seres que poseen mi alma.

Pero escapar no es tan simple, y cuando mi próximo contrato alcance su fecha límite, me enfrentaré a una elección que podría llevar a mi destrucción definitiva.

Este es un harén inverso de academia paranormal oscura con muchas advertencias de contenido. Tiene lugar en un mundo completamente ficticio ambientado en el Reino Unido. Este es el primer libro de 1 de 3. Quemadura rápida.

OTRAS OBRAS DE EVE NEWTON

https://www.amazon.com.mx/stores/Eve-Newton/author/B009MWXN5Q